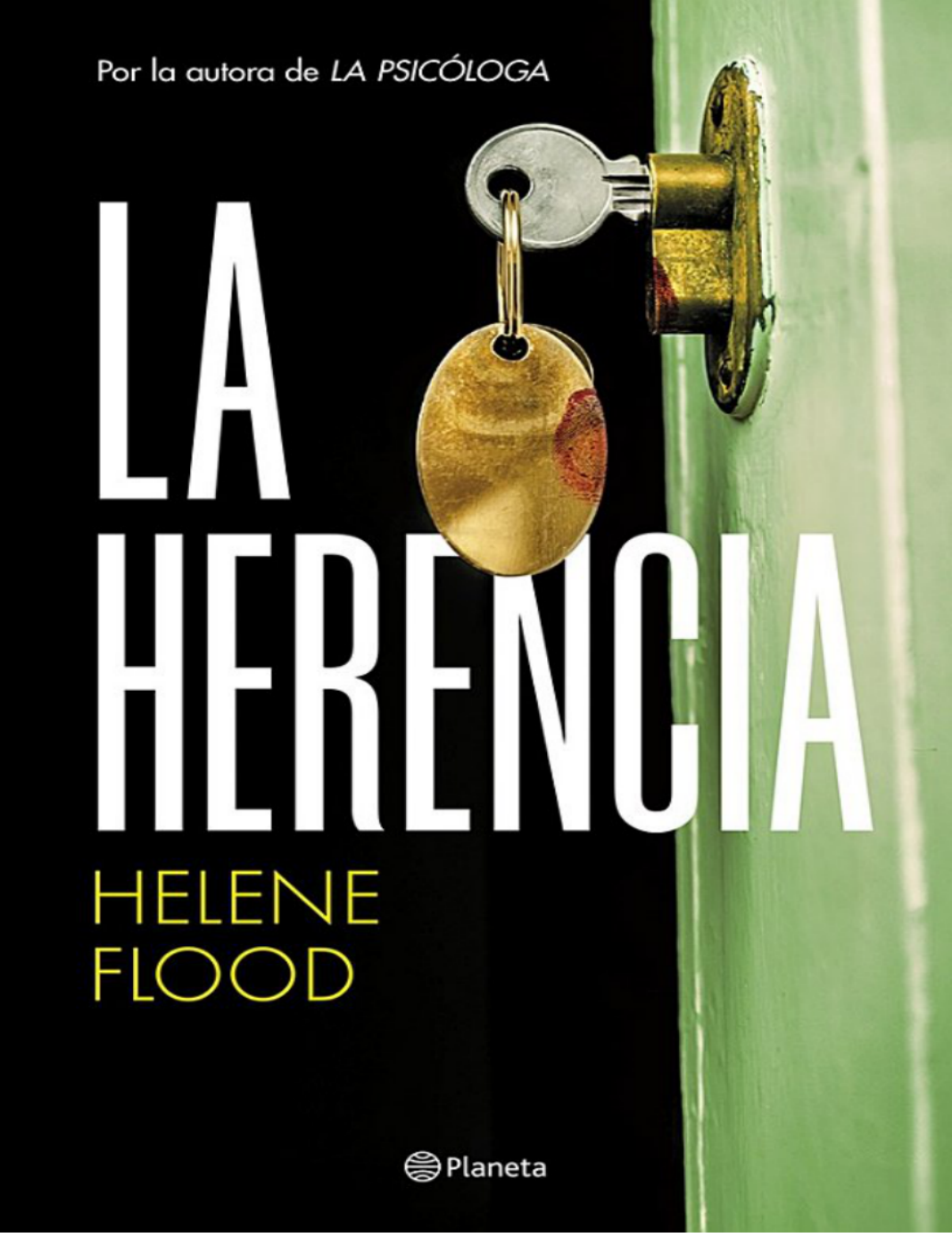
Por la autora de *LA PSICÓLOGA*



LA HERENCIA

HELENE FLOOD

Planeta

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

VEINTICINCO DÍAS DESPUÉS

CUATRO DÍAS DESPUÉS

¡Mamá! —oigo vocear a Bård…

CINCO DÍAS DESPUÉS

Un año antes de jubilarse…

CUARENTA Y NUEVE AÑOS ANTES

SEIS DÍAS DESPUÉS

AQUEL DÍA

SIETE DÍAS DESPUÉS

VEINTICINCO DÍAS DESPUÉS

OCHO DÍAS DESPUÉS

DIECIOCHO DÍAS ANTES

NUEVE DÍAS DESPUÉS

Cuando Hanne se ha marchado…

DIEZ DÍAS DESPUÉS

Había salido en la bici…

VEINTICINCO DÍAS DESPUÉS

CUARENTA Y CINCO AÑOS ANTES

ONCE DÍAS DESPUÉS

¿De qué hablaron…

AQUELLA MAÑANA

DOCE DÍAS DESPUÉS

TRECE DÍAS DESPUÉS

Media hora más tarde…

VEINTICINCO DÍAS DESPUÉS

CATORCE DÍAS DESPUÉS

Eso que acabas de decir…

TREINTA Y NUEVE AÑOS ANTES

CATORCE DÍAS DESPUÉS

TREINTA Y CUATRO AÑOS ANTES

El profe de francés…

QUINCE DÍAS DESPUÉS

El bombero que habla…

CUATRO DÍAS ANTES

VEINTISIETE AÑOS ANTES

DIECISÉIS DÍAS DESPUÉS

La recepcionista…

Ya en la calle…

«Puede que no esté…

DIECIOCHO DÍAS ANTES

DIECISÉIS DÍAS DESPUÉS

VEINTISÉIS AÑOS ANTES

DIECISIETE DÍAS DESPUÉS

Hanne me está esperando…

VEINTITRÉS AÑOS ANTES

DIECIOCHO DÍAS DESPUÉS

Cuando llego a casa…

VEINTIDÓS AÑOS ANTES

DIECINUEVE DÍAS DESPUÉS

Synne me llama al móvil…

VEINTICINCO DÍAS DESPUÉS

VEINTE DÍAS DESPUÉS

VEINTIUNO, O QUIZÁ VEINTIDÓS DÍAS DESPUÉS

VEINTITRÉS DÍAS DESPUÉS

Diez horas más tarde…

Esta vez me ve llegar…

VEINTICINCO DÍAS DESPUÉS

Muy poco antes…

Son tres rostros…

UN AÑO DESPUÉS

Allí está, dominando…

Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Antes de que Erling sufriera un ataque al corazón y cayera fulminado en la calle, ya había sufrido una serie de “casi” accidentes bastante sospechosos. Ahora, sola en su inmensa casa, Evy, su esposa durante cuarenta y cinco años, reflexiona: hay algo que no encaja con la muerte de su marido. Además, todo a su alrededor empieza a cambiar, de forma muy sutil… objetos que desaparecen de la casa, sus hijos aparecen sin avisar y claramente le ocultan cosas, la puerta del sótano, que siempre está cerrada, de repente está entreabierta… Cuando aparece después de muchos años un viejo amigo de la juventud de Erling con algo que contarle Evy empieza a tener miedo. ¿Puede ser que alguien deseara hacerle daño a Erling? ¿Y si ahora la persona que iba tras él, va tras ella?

La herencia

Helene Flood

Traducción de Inger-Lise Østrem y José Arconada Rodríguez

La línea que separa el bien del mal pasa justo a través de todos los corazones humanos. ¿Quién está dispuesto a destruir una parte de su propio corazón?

ALEKSANDR SOLZHENITSYN

Fuck you, I won't do what you tell me.

RAGE AGAINST THE MACHINE

VEINTICINCO DÍAS DESPUÉS

Justo antes de que lleguen, enciendo todas las velas. Las de la mesa del comedor, las del aparador, las del estante. Me tomo mi tiempo. Supongo que quiero mostrarles algo, con tanta vela encendida, aunque estemos en junio y fuera todavía haya claridad. Que no tengo miedo, tal vez.

Pero ¿acaso es verdad? Las llamas vacilan sobre la superficie de la mesa. Oigo a mi espalda el péndulo del reloj del salón, como suspiros pausados. Sí. Yo creo que sí. Estoy tensa, es cierto. Puede que un poco nerviosa también. Pero, sobre todo, estoy preparada.

Fuera el cielo está cubierto y hay niebla. Abro la puerta de doble hoja que da al vestíbulo de entrada y el olor a quemado me asalta de inmediato. Es acre y desagradable; apesta a ceniza amarga y a leche cortada. Así huele después de un incendio. No hay nada que huela igual. Te lastima la nariz. Es un olor que no se olvida.

El pasamanos está parcialmente chamuscado, y el papel pintado también ha sufrido. La puerta al despacho de Erling está entreabierta. Allí dentro todo ha ardido. Paso de largo sin mirar.

Por la ventana del pasillo alcanzo a ver la calle. A decir verdad, desde aquí se divisa el barrio entero y hasta el fiordo al fondo. La cala que suele distinguirse entre los árboles queda oculta por la niebla. Eso no tiene importancia. Miro a la calle, atenta a coches que se detengan; a haces de luz que apunten hacia la casa.

Vendrán. Están en camino y no tardarán en llegar. Y no tengo miedo. Estoy lista.

CUATRO DÍAS DESPUÉS

Resuena un eco en mis oídos, incluso en medio del silencio. Es como si alguien le hubiera quitado de pronto el volumen a un altavoz que hubiese tronado durante horas y que, aun silenciado, dejara un rastro de su estruendo. Me hallo sentada en el sofá, escuchando un ruido que no existe. Me tiemblan las manos. Me apetece tomar algo que me calme los nervios, pero no me muevo. Aquí estoy, sentada y escuchando lo único que se oye en toda la casa: el tictac del reloj del salón.

La idea es que no debo estar sola. Me lo han dicho así de claro. Yo no opino lo mismo, pero reconozco en mí una tendencia a desconectar en las conversaciones. La doctora que habló con nosotros aquel día pidió verme a solas. Apenas recuerdo lo que me dijo. Ronda los cincuenta, y tiene junto a las comisuras de la boca esas líneas; surcos que décadas y décadas de sonrisas, carcajadas, gritos y voces dejan en la piel para siempre. Mientras la miraba, me pregunté en qué momento me habrían salido a mí. ¿Sería yo mayor que ella o más joven? No las había visto llegar. La primera vez que se hicieron visibles fue como si las hubiera tenido desde siempre. En eso pensaba yo mientras me hablaba la doctora. Había hecho un hueco en el ajetreo de su día para hablar conmigo. Es de suponer que lo que me dijo era importante.

Mis hijos han resuelto que no debo vivir sola. He oído a mis hijas hablar de ello. Fue uno de estos días, puede que ayer, o el día anterior. Estaban en el despacho de Erling y yo las escuchaba desde el pasillo. Era Hanne la que hablaba, haciendo hincapié en lo que decía. Hanne suele ser la que más acapara la conversación.

—Esto va a ser un trabajón de cuidado —dijo—. Papá tenía al menos cinco cajas llenas.

Silje no reaccionaba. O puede que yo no oyera sus comentarios. Hanne comentaba todo lo que encontraba. Comprendí que asumía como suya la responsabilidad de todo. De las cosas. Se proponía

ocuparse de todas ellas, de clasificarlas y hasta de tirarlas. De eso no estaba yo al tanto. Las cosas de Erling están por todas partes. ¿Y por qué no iban a estarlo? Esta es nuestra casa.

Y ahora tienen que ocuparse de mí, dijo Hanne. Silje hizo un ruido de asentimiento. Hanne siguió hablando: «Tiene que ser tan duro... Mamá no debería quedarse sola». Ah, ¿no?, pensé yo. ¿No debería? Siempre me ha gustado estar sola.

La puerta estaba entreabierta y me asomé a mirar. Las vi de pie junto al escritorio, clasificando papeles. Su agenda se encontraba sobre el escritorio, abierta. Probablemente, llena de citas y compromisos que ya nunca se van a cumplir. Mis hijas daban la espalda al pasillo desde donde las miraba. Ninguna de ellas me vio.

Hoy le toca venir a Bård. Ha llamado hace un momento para decirme que estaba en camino. Que antes debía pasar a ver a un cliente; no recuerdo en qué lugar ha dicho. ¿Era Drammen? ¿Tønsberg? He vuelto a tener uno de esos momentos. Me he descolgado de la conversación. Estos días me ha sucedido varias veces. ¿Será por lo que ha ocurrido? ¿Un efecto secundario de la conmoción? Hasta ahora, la vida me había ahorrado pérdidas mayores, aunque sí que perdí a mi padre, pero hace ya muchos años. Y una oye cosas. De otra gente. De sus difuntos. ¿Acaso alguna vez se ha hablado de eso? La incapacidad para seguir una conversación. Toda la atención se te escapa; se detiene en lo que sea en lo que se detiene la mirada, en lo primero que se te cruza a la vista. Como si el cerebro perdiera la capacidad de priorizar.

Fuera, el porche está desnudo. Si cierro los ojos veo imágenes pasajeras de Aquel Día: Maria Berger corriendo calle arriba por Nordheimbakken, gritando mi nombre. La hebilla de plástico que le sujetaba a Erling el casco de la bici bajo la barbilla; el blanco de los ojos apenas visible bajo los párpados. La mano con la alianza de matrimonio, tan conocida para mí como la mía propia, tendida en el asfalto. Las sillas sorprendentemente incómodas de la sala de espera del hospital; el taconeo de los zapatos de Hanne en el pasillo por el que llegaba corriendo. Las arrugas que le enmarcaban la boca a la doctora. La canción que sonaba en la radio del coche de Bård mientras

me traía de regreso a casa: *«Oh, baby, baby, it's a wild world».* Encerrarme en casa. A solas. Y no me tomé un somnífero. Porque ¿y si Erling volvía a casa, después de todo? Yo tendría que estar despierta para abrirle la puerta. Sabía que no iba a volver. Tampoco estaba del todo chiflada. Ya no está aquí. Me tiembla el cuerpo; siento un cosquilleo en los dedos. «Erling ha muerto.»

Eso ya lo sé. Claro está. También lo sabía en su momento. Y, sin embargo, allí me quedé, acostada en la cama. Sola. Y pensé: «Si vuelve a casa, lo oiré llegar».

Contra el fondo de la pared del comedor veo la punta del papel gris que envuelve el ramo de flores. ¿Cuándo lo habré puesto allí? ¿Habrá sido justo antes de sentarme? No lo sé. Tampoco sé cuánto tiempo llevo aquí sentada. El ramo estaba colgado de la puerta de entrada cuando he vuelto de compras hace ya rato. No he hecho nada con él. Ni siquiera lo he abierto para ver quién lo manda. Sentada a la mesa del comedor, he pasado un largo rato contemplándolo.

Hay algo que no me cuadra en todo lo que se espera de nosotros, se me ocurre pensar: todas las tareas que trae consigo un manojo de flores. Primero tienes que desenvolverlo, tirar el envoltorio, recortarle los tallos. Hay que ir a desenterrar un jarrón de las profundidades del armario. Hay que llenarlo de agua y añadir nutrientes. Luego tienes que ocuparte de las flores: cambiarles el agua, quitar las flores marchitas y acomodar el resto. Y después se mueren todas y tienes que tirar todo el tinglado, y habrá que lavar el jarrón y secarlo. Luego habrá que sacar la basura. Qué idea tan espléndida: se te muere el marido y, hala, veinte plantas distintas, cortadas de raíz y por lo tanto al borde de la muerte, y a ti te toca ocuparte de ellas, hacer lo que puedas con tal de postergar lo inevitable, y eso antes de comprobar tu propia ineptitud, pues al final se marchitan y mueren. Por otra parte, son cosas que se hacen, y puede que no sea razonable darles mayor importancia. Erling daba importancia a la razón. «Es una señora razonable», decía de una u otra. «Se ha portado razonablemente», decía también. Era el mayor elogio capaz de pronunciar. Y lo contrario le merecía la condena absoluta.

El reloj de pie da la hora, hecho lo cual reanuda su tictac. Es el verdadero pulso de la casa. Estoy sentada en el sofá, contemplando la

punta del envoltorio floral. Una señora razonable iría a abrirlo. En mi imaginación lo dejo allí, apoyado en la pared del comedor. Le doy la espalda y subo desganada a la planta superior; entro en el baño y abro el armario de los medicamentos. Encuentro la caja con la marca, y la etiqueta con mi nombre impreso en hermosas letras negras: «Evy Krogh, contra el insomnio y la ansiedad». ¿Cuánto hace que no me las tomo?

Pero no es ansiedad lo que siento. No sé lo que es. Solo querría no tener nada que ver con esto.

Hoy mismo, hace unas horas, ha llamado a la puerta un joven de esa organización ecologista. Me ha presentado sus condolencias, acompañadas de una planta. «Ha sido una desgracia», ha dicho, y a continuación ha matizado: «En todo caso es una pena». Después me he quedado pensando en esa moderación. Erling tiene sesenta y ocho años. Tenía. Puede que fuera bastante mayor que los padres de ese chico. Me he abstenido de hacer ese comentario. Al menos la planta que ha traído viene en un tiesto.

Ayer vino Synne. Olav había venido ya al día siguiente del suceso, al igual que la hermana de Erling, que viajó enseguida desde Bergen. Yo estoy aquí sentada, tratando de llevar la cuenta de cuántos somos. Erling y yo llevamos una vida tranquila. No recibimos muchas visitas. Lo normal es que estemos solo él y yo, pero estos últimos días la casa es un tumulto.

Un sonido agudo rasga el aire del salón. El timbre de la puerta suena como una alarma, cortando el espacio y reclamando la entrada en acción. Ya era así cuando nos mudamos a esta casa donde antes vivían los padres de Erling. Supongo que lo haría instalar mi suegro. El timbre se ajusta al personaje. No tiene nada de acogedor. Te conmina a ponerte firme, y cada día de estos treinta y pico años he aborrecido su adusta severidad. Pero ahora me resulta reconfortante. «En pie y a moverse», dice el timbre, y mis piernas, que en otro momento me parece que no puedo controlar, obedecen.

—¡Mamá! —oigo vocear a Bård.

Por lo visto no he acudido a abrir a la velocidad que él esperaba y ha abierto él la puerta. No se ha quitado los zapatos. Igual que cuando era un niño, que se olvidaba de las reglas de la casa y ponía el suelo perdido con su calzado. Me da un vuelco el corazón solo de verlo.

Ahora es más alto que yo, y ya no es tan joven. Me da un abrazo y advierto que su cabello ha ido clareando en la parte de atrás, que aquellos rizos castaño claro han ido desapareciendo. Tiene el pelo del color que yo lo tenía cuando era más joven. Igual que Hanne. Pero a él se le está poniendo gris. Hanne ha mantenido su color, con toda probabilidad gracias a que recurre a peluquerías escandalosamente caras. Bård huele a coche y a café. Lleva una camisa celeste de buena factura. Lo libero de mi abrazo para poder mirarlo. La piel alrededor de sus ojos ha cobrado un tono gris y ha perdido elasticidad.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta, y yo no le digo nada sobre sus zapatos.

—Ya ves. Más o menos —digo—. ¿Y tú?

Se lleva la mano a la frente, como para limpiarse el cansancio, y me presenta una sonrisa desganada.

—Bueno. Ya sabes.

Bård es mi primogénito. Vino al mundo —enrojecido y oloroso— cuando tenía yo veintitrés años. Era un chiquillo sensible y tímido. Casi siempre estaba de buen humor, pero si se le provocaba se ponía furioso. No está bien clasificar a los hijos, y a todos ellos los quiero por igual, pero me siento más cercana a Bård. Me resulta más fácil leerlo a él que a las chicas. Y siento por él una ternura especial. Estamos ahora comiendo sin hablar. Se me ha olvidado poner los manteles individuales, advierto. La vieja mesa de caoba del comedor

era de los padres de Erling. Se raya con solo mirarla. Y hoy he puesto la grasienta caja del wok de pollo que ha traído Bård directamente encima.

Bård, de ojos vidriosos, mira sin mirar. Está lejos de aquí. ¿Estará pensando en su padre? ¿Le duele la muerte reciente? Pero no. No es eso. Una parte de él sigue en el trabajo, supongo. Estará rumiando la última reunión.

Alza la vista y se da cuenta de que lo estoy observando. Sonríe. Además, es guapo, mi chico. Al hacerse mayor perdió peso, y sus facciones son proporcionadas.

—¿Qué has hecho hoy, mamá? —pregunta.

—Nada —digo—. He estado aquí, sentada.

Eso lo sorprende. Sin duda no puede recordar la última vez que pasó un día en que no tuviera nada que hacer. Su mujer y él viven en una casa antigua que están renovando, y sus dos hijos están apuntados a todo tipo de actividades deportivas. Cada fin de semana van a algún encuentro, a algún partido o carrera, o venden gofres, o enceran esquís y aplauden los logros deportivos de los niños. Y si no es eso, entonces están pintando tablones de madera, o trabajando en el jardín.

—¿Todo el día?

—¿Qué tendría que estar haciendo? —pregunto.

Se lo piensa, y se le dibuja una sonrisa.

—Pues ahora que lo dices...

Se acerca la caja del wok y quedan a la vista las manchas de aceite en la brillantísima superficie de la mesa. Me pregunta por el envoltorio de papel gris que ha visto encima de un mueble de la cocina.

—Unas flores que han traído —digo—. No he tenido tiempo de sacarlas.

—¿No has tenido tiempo? —Ha dejado de sonreír—. Ya lo hago yo.

Las tijeras están en el despacho. El enorme escritorio es un legado del

padre de Erling, el juez Krogh, doctor en Derecho y magistrado del tribunal supremo. Es descomunal, de roble oscuro y decorado con volutas y arabescos que recogen un polvo casi imposible de retirar. Nunca me ha gustado. Heredamos una buena cantidad de muebles cuando nos mudamos a la casa, esta villa de madera oscura que se alza en lo alto de una de las colinas de Montebello. El mobiliario venía incluido. En los estantes que ocupan las paredes están todos los libros de Erling. El tablero del escritorio está vacío y despejado. Listo para trabajar en él.

Pero algo ha cambiado aquí. ¿Verdad que sí? No sé decir exactamente qué. Si el tablero impoluto del escritorio, o la silla de respaldo alto que le hace juego. Cojo las tijeras del portalápices y cuando llego a la puerta me vuelvo y miro otra vez. Está claro que algo no encaja.

Pero tal vez sea normal. Falta él, y puede que sea solo eso.

—Aquí tienes —dice Bård cuando ha quitado la primera capa de papel que envuelve el ramo. Me alcanza la tarjeta.

El sobre es blanco como la nieve, limpio, inmaculado, y la tarjeta que contiene es de papel texturizado, blanco crema. «Querida Evy —dice—, mi más sentido pésame. Erling era un amigo querido y tú también lo eres. Un saludo afectuoso. Edvard Weimer.»

El papel gris lleva un revestimiento de plástico. Bård suspira con desazón ante tanto embalaje. Yo no digo nada. Leo otra vez la tarjeta. «Un amigo querido.»

—¿Será posible? Tanto envoltorio para un ramo de flores —masculla Bård—. Papá estaría subiéndose por las paredes.

«Y tú también lo eres.»

El envoltorio encierra un ramo de veinte rosas blancas de tallo largo.

Madre se sabía las reglas para interpretar el color de las rosas. «Rojas para el amor; amarillas para la amistad; blancas para...» No me acuerdo. Hace décadas de la última vez que hablé con Edvard Weimer, pero algo me dice que es el tipo de persona que sabría esas cosas.

—¿Quién las manda? —pregunta Bård.

—Un tal Edvard —digo—. Un viejo amigo de papá.

Bård echa un vistazo a la tarjeta y frunce el ceño.

—Nunca he oído ese nombre.

Tampoco esta noche tomo somníferos, de modo que estoy más que despierta, dando vueltas y vueltas en la cama. Hacia las dos me levanto y bajo.

El pasillo está a oscuras. Solo alcanzo a ver una tenue luz de fuera que se cuela por la puerta abierta del despacho de Erling. Estoy parada y descalza en la penumbra. Me acerco a la puerta y me asomo al despacho.

Aquí hay algo que no encaja. Hay cosas que no están en su lugar. Cosas que tendrían que estar aquí no están.

¿Y qué? Las cosas cambian de lugar. Eso pasa todo el tiempo. La noche le alborota a uno las ideas. La oscuridad y el silencio hacen que las cosas que nos rodean cobren otro significado. Convierten cosillas sin importancia en oscuros presagios, cualquier fruslería en siniestros augurios. Debería subir de nuevo al dormitorio, acostarme y dormir algunas horas.

Sin embargo, permanezco inmóvil. Cuento los segundos y miro a mi alrededor.

CINCO DÍAS DESPUÉS

Los encuentro esperando en los escalones cuando abro la puerta de entrada. Un hombre y una mujer. El hombre es alto y nervudo. Luce un espeso bigote. Nunca me han gustado los bigotes ni las barbas. En eso he salido a mi madre, que opinaba que el vello facial era algo obsceno. La mujer junto a él lleva un chaquetón de cuero y el pelo, castaño, recogido en una coleta. El grandullón del bigote viste vaqueros y un chubasquero. Todo indica que ha sido él quien ha llamado a la puerta.

—¿Krogh? —pregunta—. ¿Evy Krogh?

—¿Sí?

—Soy Gundersen, de la policía. Mi colega aquí es Ingvild Fredly. Mi más sentido pésame.

Asiento con la cabeza. No sé qué se supone que debo decir.

—Tenemos algunas preguntas en relación con el fallecimiento de tu marido —dice—. ¿Podemos pasar?

El tal Gundersen impone con su estatura en el salón. Erling también era alto, pero con los años los hombros se le habían vencido un poco. Los de Gundersen son ostentosamente rectos, y va con el cuerpo algo inclinado hacia delante, como si tuviera prisa por ponerse a hacer lo que sea que lo ha traído aquí. Apenas ha entrado y ya nos lleva varios pasos de ventaja.

Ingvild Fredly dice:

—¿No te importa que echemos un vistazo a la casa?

No alcanzo más que a mirarla. ¿No me importa? No tengo ganas de que rebusque en mis cosas. Para nada. Pero a la policía no se le dice que no, ¿verdad? Sobre todo, si te han educado como es debido y has crecido junto a padres que siempre cumplieron con su deber, que

pagaban sus impuestos, que, como mucho, recibirían una multa por rebasar el límite de velocidad, y cuya fe en la autoridad era inquebrantable.

—No, adelante —digo.

Es una mujer de rasgos pronunciados, cejas grandes y mandíbula cuadrada. Pero tiene una mirada amable.

La precedo hacia el pasillo. Abro la pesada puerta de doble hoja que ha estado ahí desde siempre. Me imagino que sería idea de mi suegra. Cuando está cerrada, que es como suele estar, separa el espacio social de la casa del privado: la planta de arriba y los dormitorios, el despacho y la puerta que da al sótano. Antes de mudarnos aquí me resultaba un sistema anticuado, pero sin que nos diéramos cuenta terminamos por hacerlo nuestro también.

Cuando tenemos visita, aun si se trata de nuestros hijos, mantenemos la puerta de doble hoja cerrada. Lo que hay más allá de esa puerta es para Erling y para mí. Pero en cosa de días todo se ha puesto patas arriba. Mis hijas no dudan un instante en abrir esa puerta para entrar en el despacho. Dejo también pasar a Fredly. Tal vez sea anticuado pensar que lo que es privado debe mantenerse oculto, pienso, mientras veo a la mujer policía caminar resueltamente hacia las escaleras.

Cuando vuelvo al salón, encuentro a Gundersen mirando a un lado y a otro.

—¿Podemos sentarnos en algún sitio? —pregunta.

Ha desplazado el peso a los talones. Está observando. Puede dar la impresión de que se lo toma con calma, pero veo el rápido ir y venir de sus ojos observándolo todo.

Nos sentamos en el salón. Yo, en el sofá; él se decide por el sillón. Se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas.

—Bueno —dice—, te preguntarás qué hacemos aquí.

Asiento con la cabeza.

—Como sabes, a tu marido se le practicó una autopsia.

¿Lo sé? La doctora de las arrugas causadas por mucho reír. Las cosas que me dijo y a las que no presté atención. Me tiemblan un poco las manos y me las recojo en el regazo. Las escondo. Supongo que el policía advierte mi vacilación, porque rebusca entre sus papeles y dice

algo sobre la información que se me dio en el hospital.

—Fue Aquel Día —digo—. Hay cosas de las que no me acuerdo bien.

—No es para menos.

Hay compasión en la forma en que me mira, pero no demasiada, y eso me agrada. Tiene una mirada bondadosa él también, veo ahora.

—El caso es que hemos detectado algunas irregularidades, y nos ha parecido que vale la pena verificar. —Vuelve a revisar sus papeles —. El historial médico señala que Erling tomaba medicamentos de manera cotidiana. Pastillas para el corazón y cosas así. ¿Correcto?

—Sí —digo—. Todos los días.

Gundersen las enumera:

—Digoxina, Metoprolol, Simvastatina, etcétera. Medicamentos prescritos por el médico después de algún problema cardiaco hace cosa de un par de años.

Lo confirmo con un dócil gesto de la cabeza. He leído esos nombres en cajas y frascos en el baño, pero no recuerdo quién se las recetó ni para qué.

—Lo que le llamó la atención al patólogo —dice Gundersen— es que no se encontró en su organismo ningún rastro de dichas sustancias.

Tengo la impresión de oírlo solo a medias. Otra vez esa impresión. Como si hubiera pasado horas oyendo música a un volumen ensordecedor y alguien la hubiera quitado de repente.

—Parece que no había estado tomando sus medicamentos —continúa el policía— desde hacía semanas.

—Eso es muy raro.

—¿Nunca comentó haber dejado de tomarlos? ¿O que los efectos secundarios le preocuparan, o que se hubiera apuntado a un gimnasio? ¿Que se hubiera dedicado a comer cosas saludables, o que consultara a un homeópata, ese tipo de cosas?

Se me escapa una risita. Ha sonado fuera de lugar y nos sorprende tanto a él como a mí.

—Usted no conoce a Erling —digo—. Si el médico le decía que hiciera algo, lo hacía. De haberle dicho que corriera un maratón en la siguiente temporada, se habría puesto a correr. Y despreciaba las medicinas alternativas.

Gundersen sonríe.

—Conozco a ese tipo de gente —contesta—. Entonces resulta más extraño aún. ¿Sabe dónde guardaba sus medicamentos?

—Claro que sí. En el armario de los medicamentos del baño. Arriba.

Imagino las manos de Fredly en el armario. Y mi propia caja, «contra el insomnio y la ansiedad».

—Muy bien —dice, pero no se levanta del sillón, sino que se inclina hacia delante y me mira a los ojos—. Entonces ¿cómo se explica esto, Evy? Erling sigue escrupulosamente las instrucciones del médico, que le ha recetado medicamentos para el corazón y pastillas para el colesterol, y sin embargo no encontramos el menor rastro en su organismo.

—No lo sé —respondo—. No sé qué explicación tiene eso.

Oigo mi propia voz como si fuera un eco. Tengo mucho sueño. Estoy adormecida, aunque anoche no me tomara ninguna pastilla. Es como si nos viera a él y a mí desde una distancia. Como si nada de esto tuviera que ver conmigo. O como si fuera un sueño. Erling ha muerto y ahora hay un policía en nuestro salón.

—Gundersen —lo llama la mujer policía desde el piso de arriba.

—Voy —dice Gundersen, y se levanta del sillón.

El reloj de pie desgrana segundos sofocantes con su tictac hasta el regreso del agente. He contado ciento setenta y nueve.

—No hay medicamentos en el armario del baño —dice al volver.

—Pues es allí donde los guarda —replico—. Junto al espejo, en el armario fijado a la pared.

—Hemos buscado en los estantes —dice—. Hay analgésicos de venta libre, dos cajas con tu nombre y un frasco con cápsulas de aceite de hígado de bacalao. Nada de Erling.

Sigo lejos de aquí, como si nos estuviera mirando por el extremo equivocado de un catalejo. Siento un escozor desagradable detrás de una oreja. ¿No he visto yo ese pastillero hace muy poco?

La primera vez que le recetaron esos medicamentos fue hace cosa de tres años. Había empezado a quejarse de que se sentía corto de aliento, así que le dije: «Pues ve al médico». Y él dijo: «¿En serio te parece que sea necesario?». Pasaron un par de semanas y se lo conté a Hanne, quien llamó a nuestra médica de cabecera y concertó una cita

con ella. Luego Hanne llamó a Erling y le dijo: «Tienes cita el miércoles. ¿Me harás el favor de no faltar?».

La doctora lo escuchó, lo auscultó y se quedó preocupada. Mandó a Erling a hacerse un chequeo en el hospital y volvió a casa con las recetas. En la farmacia le dieron dos cajas de pastillas y un frasco, todo lo cual depositó en nuestra sufrida mesa de centro.

—De toma diaria —dijo. Se le veía algo pálido—. A partir de ahora tengo que medicarme hasta el final de mis días.

Nos quedamos los dos contemplando las cajas y el frasco. Erling me miró con esa sonrisa suya que a veces ponía.

—Nadie vive para siempre, Evy.

Parpadeé un par de veces. Sentí una emoción extraña. Pensé: «Así empieza la vejez». Aquel día me había tomado una copa de vino con la comida, y por eso me quedé con la duda. ¿De verdad fue eso lo que dijo exactamente? ¿Medicación para toda la vida?

Gundersen vuelve a sentarse. El sillón parece demasiado bajo para su tamaño; sus largas piernas sobresalen a cada lado, y sus rodillas apuntan a lo alto como sendas cumbres de montañas.

—¿Cómo iba la vida de pareja? —pregunta.

—Bien —digo.

Siento un burbujeo en la garganta. ¿No es esto absurdo? Una parte de mí piensa: «Erling va a quedarse de piedra cuando le cuente esto». Cuando caigo en la cuenta de que eso no va a suceder, de que nunca más le diré nada, un peso se me instala en el pecho y aprieta, me comprime los pulmones. Durante unos instantes brevísimos me quedo literalmente sin aire. La tráquea vacía, la garganta rígida y helada. Esta pérdida. Perder a Erling y todo lo que con él desaparece. No puedo ver ni oír. Y luego la sensación se disipa. Vuelven a mí vista y oído; como si nada hubiera pasado. Ha sido un momento, no creo que el policía se haya dado cuenta.

—¿Y con la familia? —pregunta—. Tienes hijos, ¿no es así?

—Sí —contesto—. Tres. Todos ellos adultos.

—¿Y están casados y tienen hijos también?

—Los dos mayores están casados y tienen hijos. Tengo tres nietos.

—¿Y qué tal te llevas con tus hijos? ¿Hay tiranteces, broncas y esas cosas?

—No.

—No me refiero necesariamente a grandes conflictos, sino a, ya sabes, tensiones, como las que suele haber.

Como si hablara desde muy lejos, despacio, digo:

—Nada de eso. Nos llevamos muy bien.

—Ya. Muy bien —dice Gundersen con gesto de aprobación—. De todo tiene que haber. ¿Y con el resto de la familia?

—Lo mismo. Mis suegros fallecieron. Mi cuñada vive en Bergen. De vez en cuando nos vemos con mi hermano y su familia. Mi madre está en una residencia. Voy a verla un par de veces por semana.

Gundersen asiente. Hago un cálculo mental. ¿Con qué frecuencia visito a mi madre en verdad? ¿De veras voy todas las semanas?

—¿Quién tiene acceso a la casa? —pregunta.

—¿Acceso?

—Quiero decir, ¿quién estuvo aquí en, pongamos, las cuatro semanas anteriores al fallecimiento de Erling?

—¿Cuatro semanas? A ver, que piense...

Tengo el cerebro hecho papilla. Todo se mueve con increíble lentitud ahí dentro.

—Él y yo. Y tal vez los hijos, que han pasado a vernos. ¿Cuándo? No me acuerdo.

Me resulta tan difícil recordar... ¿Pudo ser la comida de Pascua la última vez?

—Discúlpame —digo con voz rasposa—. Normalmente no soy así. No sé qué me pasa en la cabeza, que no...

Me aclaro la garganta, pero suena como un grito ahogado. Gundersen guarda silencio. Me deja recuperar la compostura y yo respiro hondo, llevando el aire hasta el vientre.

—La familia vino a comer el domingo de Pascua. Eso debió de ser hace unas tres semanas. Hacía bueno. Tomamos el aperitivo en la terraza y luego comimos asado de cordero en el comedor.

—¿Quién es la familia exactamente? ¿Hijos, yernos, nueras, nietos?

—Mi hijo Bård, su mujer y sus dos chicos. Hanne y su marido, con el niño de cinco años. También Silje, mi hija menor. También vino Olav, mi hermano, y vino con su mujer; y trajeron a mi madre. De modo que sí, la familia entera.

No anota nada, pero me doy cuenta de que lo registra todo en su memoria.

—¿Y quién ha estado aquí desde la muerte de Erling? —pregunta.

—A ver... Mis hijos. La hermana de Erling. Los parientes más cercanos. Y mi amiga Synne también ha venido. Vive cerca, en Røa.

Vuelvo a pensar, y mientras él coge aire para decir algo añado:

—Y el jefe de Agentes Verdes. Es la organización con la que Erling trabajó hasta mayo del año pasado, cuando se jubiló. Él estuvo aquí..., a ver cuándo... Creo que fue ayer. ¿Cómo se llama? ¿Kalle? No. No me acuerdo.

Gundersen alza una ceja. Mira rápidamente sus papeles. Me acuerdo del joven que trajo la planta en un tiesto. «Una desgracia. En todo caso es una pena.» También me acuerdo de cómo se apoyó en el marco de la puerta que da al despacho. El agente anota algo en el margen de una de sus hojas y cierra la carpeta sin darme tiempo a ver lo que ha escrito.

—Y, aparte de eso —dice—, ¿quién más tiene acceso a la casa? Pongamos que sales a dar una vuelta. ¿Cierras con llave? ¿Quién más tiene llaves de la casa?

—Nuestros hijos tienen llave. Y tenemos una de repuesto escondida en el garaje.

Arriba se oyen pasos. La mujer policía está revisando nuestras cosas, mirándolas con ojos de profesional. Los artículos de tocador de Erling, y también los míos. Encontrará su pijama, doblado y puesto en su lado de la cama, que no me he atrevido a mover. Las plantas en el dormitorio. Las fotos en la cómoda, de los chicos cuando eran pequeños. Silje sentada en las piernas de Hanne. Bård de pie detrás de sus hermanas, con la mirada seria. El marco de la foto con polvo acumulado. La ropa sucia que no he tocado desde la semana pasada. Quién sabe si estará revolviendo en mi ropa interior, y si encuentra la caja de pastillas que guardo de reserva, escondida entre bragas y sujetadores. Mi esfuerzo por recomponer la vida.

La mujer se acerca por el pasillo. Sus pasos son mesurados, y hacen un ruido que sorprende por lo acompasado.

—Hay algo más —dice Gundersen—. Si no me equivoco, hubo un accidente en bicicleta. Eso sucedió un par de meses antes de su

fallecimiento.

—¿Perdona? —pregunto—. Ah, ¿quieres decir cuando se cayó? Sí. Iba de camino a una reunión de Agentes Verdes. Ahora se ha jubilado, pero sigue yendo un par de veces por semana. De modo que se fue por Nordheimbakken y frenó porque se había olvidado en casa unos documentos. Los frenos no funcionaron; no logró detenerse y acabó en la cuneta. No sufrió heridas ni nada, solo algunos raspones. Fue una suerte que parara allí. De no haberse acordado de los papeles, puede que no hubiera tenido que frenar hasta Husebybakken, y entonces las cosas habrían ido mucho peor.

—Sí —dice Gundersen—. La verdad es que fue una suerte. ¿Pudo averiguar qué había sucedido?

—No. No lo sé —digo—. Serían los frenos. Es una bici vieja, ¿sabes? Erling repara él mismo las cosas. Y a veces sus reparaciones no son de la mejor calidad.

—¿Sufrió más accidentes?

—No.

—¿No había pasado algo con un flexo y un cortocircuito en su trabajo?

—No que yo recuerde. Y me lo habría contado.

Gundersen guarda silencio. Asiente con la cabeza, despacio. Como si ponderase mi premisa y no estuviese de acuerdo con ella. Me lo pienso otra vez. ¿Me lo habrá contado? Se me ocurre algo.

—¿Por qué lo preguntas? —digo.

Se encoge de hombros. Su colega viene bajando las escaleras.

—¿Por qué le hicieron una autopsia?

Gundersen tarda en responder:

—Es la práctica habitual. —Sus manos recogen los papeles y los ponen de vuelta en la carpeta—. La causa del fallecimiento parece que fue un ataque al corazón —dice sin mirarme—. Y a efectos médicos no tiene nada de raro. La médica de cabecera dice que podría haber vivido muchos años más de haber seguido tomando sus medicamentos. Pero, bueno, no lo hizo. Y, además, pertenecía al grupo de riesgo. —Alza la vista y me mira a los ojos. Su mirada es tranquila—. Pero hay algo que no entiendo —continúa—. No le des mucha importancia, Evy, pero ¿se te ocurre alguien que pudiera querer hacer daño a Erling?

La periferia de mi campo visual entra en vibración. Esto no puede estar sucediendo. Tal como decían mis hijas: «Mamá no debería quedarse sola».

—No —digo—. Llevamos una vida tranquila. Nadie tiene nada que reprocharnos.

Un año antes de jubilarse, Erling renunció sin previo aviso a su cargo en la Administración Noruega de Carreteras del Estado y aceptó un cargo con Agentes Verdes. Llevaba años hablando de cambio climático, de sostenibilidad y de la idiotez humana, y cada vez en términos más tajantes. Se puso a usar más la bicicleta y a reciclar con pasión. Su opinión sobre lo que comprábamos, comíamos y tirábamos era más radical aún. Comentaba los hábitos de consumo de la gente de una manera que a veces me resultaba embarazosa. Con todo, el cambio de empleo nos pilló por sorpresa. «La jubilación un poco demasiado anticipada de papá», era como había dado yo en referirme al cambio cuando hablaba con Hanne. Supongo que se trataba de lo que era: treinta y ocho años había trabajado para el mismo empleador. Entraba a las ocho en punto clavadas, comía a las once y media, despachaba sus tareas diarias y ya. Puede que al final se hubiera cansado de la monotonía.

No resultó fácil adaptarse al nuevo empleo. Su jefe era el chaval que vino a verme; Kyrre Jonassen, se llama, ahora lo recuerdo. Ninguno de sus colegas pasaba de los cuarenta y cinco, Erling resultaba irremediablemente anticuado, y él no lo sabía. Hanne solía decir: «Papá nació una generación demasiado tarde». Los padres de sus amigos iban a esquiar con sus amigos y tenían cuenta en Facebook.

No pudo sentirse muy a gusto en Agentes Verdes. Debió de hallarse fuera de su elemento. Hablaba de la pereza de sus colegas, de lo poco que entendían: ellos querían campañas en las redes sociales, cuando Erling quería iniciar acciones judiciales contra el Estado.

—¿Se piensan que van a cambiar el mundo con sus móviles? —preguntaba.

—Ahí fuera hay un mundo nuevo, Erling —le decía yo.

Él soltaba un resoplido.

—El mundo es el que ha sido siempre. Solo que más caliente y

con menos biodiversidad.

Debió de sentirse decepcionado. Pero rara era la vez que hablaba de sus sentimientos. En cambio, hablaba cada vez más del calentamiento global y de las emisiones y de los cambios en la biosfera. Llegó a aburrirme. En la mayoría de las ocasiones me descubría pensando en cualquier otra cosa mientras él peroraba.

Le cuento esto a Gundersen mientras caminamos hacia el garaje. Puede que me lo haya preguntado, pero no estoy del todo segura. Mientras hablo, él asiente y emite los sonidos de quien entiende lo que se le dice. Es de los que saben escuchar, me da la impresión. Dan ganas de seguir contándole cosas.

La puerta del garaje es pesada y cuesta algo abrirla. Gundersen se acerca a ayudarme. Agarra el tirador poniendo su mano junto a la mía. Tiene manos fuertes, aunque no muy grandes. Los pelos en el dorso de la mano son rubios y finos, y hay en sus dedos un algo de delicado. Cierra el puño y juntos tiramos de la puerta hasta abrirla.

—Lo siento —me disculpo, y le sonrío—. Es algo antigua.

La mesa de trabajo de Erling ocupa una de las paredes largas. Le muestro a Gundersen la copia de la llave de la casa, que descansa en uno de los cajones de la mesa. Luego lo llevo afuera, al otro lado del garaje, donde está aparcada la bici. Pero no hay nada junto a la pared. La DBS de Erling, una bici de los años noventa, con el manillar forrado con cinta adhesiva, no está.

—Esto sí que es raro —digo.

Gundersen no responde. Me asomo a la parte trasera del garaje, por si la bici ha rodado hasta allí. Pero no hay nada. La bici ha desaparecido.

Aquel día, la bici estaba tirada a su lado junto a la acera en Sondrevegen. Una de las ruedas había quedado suspendida en el aire. Al volver a casa, por la tarde, mientras Bård aparcaba el coche para dejarme bajar, y mientras en la radio sonaba *«It's a wild world...»*, la vi apoyada contra la pared del garaje. Alguien la ha debido de traer, me dije en su momento, y desde entonces no había vuelto a pensar en ella.

—Estoy segura de que estaba aquí.

Pero siento que se me va la cabeza, y no logro separar los días de

las horas. ¿Puedo afirmar, con absoluta certidumbre, que la bicicleta seguía allí después de su muerte?

—¿Cuándo la viste por última vez? —pregunta Gundersen.

—No estoy segura —digo—. No me acuerdo.

CUARENTA Y NUEVE AÑOS ANTES

—¿Es este? —preguntó Synne alzando la portada del disco de mi mesa de noche—. Casi parece una mujer.

Un delgado rayo de luz penetraba en mi habitación de Røaveien. Daba de lleno en la pared de ladrillo blanco, y en el cuerpo de Synne, que se hallaba reclinada sobre la colcha de la cama. Estábamos a la espera de que sonara la música que pronto llenaría la habitación. Durante todo el camino de vuelta a casa yo no había parado de cantarle alabanzas. «Es buenísimo. ¡Ya verás cuando lo oigas!»

Synne se tumbó en la cama. La ventana estaba entreabierta y se oía el tráfico de la calle. El aroma de la cena reptaba escaleras arriba y se infiltraba por debajo de la puerta. Cebolla frita, zanahorias hervidas. Empezamos a oír los primeros acordes, luego se aceleró el compás y el ritmo bailongo ocupó la habitación. Y entonces se oyó su voz, fina, dura.

Fue mi tío quien me lo compró. Tenía previsto ir a Londres y no dejé de darle la lata en un mes. «Te lo ruego —le decía— por favor. David Bowie. "Hunky Dory." Si quieres te lo escribo, mira.»

—Y ahora escucha —dije, alzando la mano como en advertencia de amonestación.

Synne no parecía impresionada.

—¿Y esto cómo se baila?

Fuera se oían voces. Chicos jóvenes que hablaban a gritos y con entusiasmo.

—¿Es Olav? —preguntó. Dejó caer la portada del disco en la cama. Se puso de pie y corrió a la ventana.

Yo la recogí, acariciando la etiqueta del precio en libras esterlinas, con el nombre de la tienda de discos: His Master's Voice.

—Son Olav y unos amigos. Acércate, Evy.

Mi hermano mayor y un grupo de amigos de su edad estaban fuera, frente a la puerta de entrada. Olav apuntó hacia lo alto, queriendo mostrarles algo, tal vez su dormitorio. Los otros miraron en

esa dirección y nos vieron a Synne y a mí. Algo les pasó entonces en la cara y en el cuerpo. Enderezaron la espalda y sacaron pecho. Lo vi suceder. Yo sabía y a la vez no sabía qué significaba aquello. Synne los saludó con la mano y ellos respondieron al gesto. A continuación, entraron. Se oyó el ruido de cerrojo de la puerta principal.

El más alto fue el último en entrar. De cabello negro y cejas anchas y negras. Antes de entrar, alzó la vista y me miró. Me sostuvo la mirada un par de segundos.

Una tarde, aquel otoño, se detuvo ante mi puerta. Yo estaba sentada a mi escritorio y la puerta estaba abierta. Él saludó y me volví a mirarlo.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Deberes.

Silencio.

—¿Noruego? —se interesó.

—Mates.

—¿Puedo entrar?

Me encogí de hombros. Él cruzó el umbral con cara de explorador que se adentra en territorio ignoto. Era tan alto que cada paso que daba le ladeaba el cuerpo. Era casi cómico. Se acercó a mí y miró por encima de mi espalda. Pasó un rato así, leyendo.

—Eso es correcto —dijo.

Lo dijo con voz de sorpresa, puede que más de la que le habría gustado revelar, y eso me hizo reír.

—Claro que es correcto.

—No insinuaba que no tuviera que serlo —dijo con sonrojo.

—Ya lo sé.

Pero no estaba segura de saberlo de verdad. Me sentí algo halagada. Era un par de años mayor que yo. Iba a la universidad, donde estudiaba Derecho con mi hermano. Seguro que las chicas que frecuentaba eran mucho más sofisticadas que yo. Y que él, probablemente.

—Mira esto. —Señaló el libro de ejercicios—. Hay un error. Has redondeado el decimal a la baja.

Lo vi al instante. Tenía razón, pero no quise darle la satisfacción de verme corregirlo. Me volví hacia él.

—¿Te dedicas a ayudar a hacer deberes o qué?

—Me llamo Erling —dijo.

—Yo soy Evy.

Me tendió la mano. De lo más formal. Me entraron ganas de reír otra vez, pero no lo hice. ¿Para evitarle otro sonrojo? ¿O porque al fin y al cabo yo era una chavala de secundaria, y qué sabía yo cómo se saludaba la gente en la universidad?

Desde entonces hizo de aquello un hábito. Cada vez que pasaba por mi puerta, si estaba abierta, se detenía. Apoyaba su largo cuerpo en el marco y me preguntaba cosas. ¿Qué tal las clases? ¿Me lo pasaba bien en el instituto? ¿Qué iba a querer hacer después? ¿Quería estudiar? ¿Qué quería ser de mayor?

Oía las bromas que le hacían Olav y los demás por el interés que me demostraba. «A Erling le gusta la fruta temprana», dijo uno de ellos. Olav, o tal vez fuese el que se llamaba Edvard. Se me formó un nudo en el estómago. ¿Era así como me veían? Yo no sabía exactamente qué me parecía Erling. Resultaba un poco torpe, de conversación algo tediosa. Y era tan serio...

—Me recuerda a mi padre —dijo Synne con pesadumbre—. ¿Qué le costará sonreír de vez en cuando?

Pero me gustaba su cabalidad. Y me gustaba que prestase atención cuando le hablaba, y que diera respuestas sinceras, sin usarlas para su propio lucimiento. También valoraba que no le hablase a Synne de la misma manera. A veces me levantaba a abrir la puerta de mi cuarto cuando oía a Olav llegar con sus amigos.

En una ocasión, en primavera, llamó a mi puerta, que había dejado cerrada para estudiar para los exámenes. Necesitaba concentrarme.

—¿Sí? —grité, pensando que era mi madre.

Abrió la puerta y entró balanceando su largo cuerpo.

—¿Te molesto? —Estaba más pálido que de costumbre.

—Para nada —dije, dejando el lápiz en el escritorio—. Hola, Erling.

Él sonrió y se humedeció los labios con la lengua.

—Hola. ¿Qué haces?

Los dos bajamos la vista a mis libros.

—Deberes —dije yo.

—¿Cuándo son los exámenes?

—En mayo.

Asintió con la cabeza. Se le veía nervioso.

—David Bowie —dijo, señalando con el mentón hacia la portada del disco, que seguía en mi mesa de noche.

—Sí. ¿Te gusta?

—No —contestó, como en dolida confesión. Y cuando vio la cara que puse añadió—: Pero tal vez si lo escucho más acabe por gustarme.

—No pasa nada. No te preocupes.

—Evy —dijo—, quería hablarte de una cosa. —Tenía las manos grandes, y daba la impresión de que le estorbaban. Enseguida las hundió en sus bolsillos, como queriendo apartarlas—. O, mejor dicho, enseñarte una cosa. Ahí fuera.

Esta vez el mentón apuntó hacia la ventana. Me puse de pie y caminé hacia allí. Y ahí nos quedamos, uno al lado del otro. Mirando hacia fuera.

—Los retoños del abedul están floreciendo —dijo, señalando hacia el árbol.

Me entró la risa.

—¿Querías mostrarme los retoños del abedul?

Sus mejillas se sonrojaron al instante. Pero sonreía.

—No era eso —confesó—. La idea era que te pusieras de pie.

Volví a reírme. Como lo habría hecho Synne.

—¿Y por qué?

Aparentaba yo más aplomo del que tenía.

—Para poder hacer esto.

Alzó la mano hasta mi cara. Me apartó un mechón de pelo. Me miraba como quien tantea el terreno. ¿Le pondría freno? Sentí un tirón en el estómago. Está pasando. Está ocurriendo. Todo el tiempo que había pasado yo pensando en si esto sucedería, y había llegado la hora. ¿Cuándo me cepillé los dientes por última vez? ¿Olería bien? ¿Se daría cuenta de que era mi primer beso, de que no sabía qué hacer con mis labios, con mi lengua?

Me besó. Yo pensé: «Así que es esto. Es esto de lo que hablan Synne y las otras que saben de estas cosas».

—¿Todo bien? —preguntó.
—Sí —dije.
Estaba increíblemente orgullosa de lo que había hecho.

Son tantos los puntos de partida que podría haber usado... El olor a tabaco de los cigarrillos que mis padres fumaban cuando viajábamos a la montaña. Uno tras otro. Las tacitas de cerámica que la abuela nos daba para coger y guardar bayas. Agrietadas y tan viejas; veteadas de delgadas líneas oscuras que parecían vasos sanguíneos, y con figuras de cestos de frutas, casi deslavadas por completo. El ruido que hacían las frambuesas al caer dentro. ¿Por qué todo tiene que empezar con Erling?

«Esto es solo el principio», dijimos Synne y yo al mismo tiempo aquella noche mientras comíamos helado, sentadas en la cerca del campo de fútbol. El primer chico. El primero de muchos, supuestamente. Con la de chicos que había en el colegio, los amigos de Olav, todos los chicos que caminaban por las calles, los que viajaban sentados en los autobuses, los que hacían sus compras o los que deambulaban por ahí sin más. Erling había sido el primero, y después de él los demás harían cola. Eran como las frambuesas en la taza. Bastaba con cogerlos.

SEIS DÍAS DESPUÉS

Silje ha traído un guiso de cordero y col. Lo ha hecho ella misma, dice. Ha pasado sabe Dios cuántas horas cocinando. Supongo que debería mostrarme impresionada. Está vaciando en una cacerola los tápers en que lo ha traído mientras dice: lo importante es dejarlo al fuego mucho rato, mucho más del que una se imagina, para que la carne cobre la consistencia exacta. Me resulta imposible comprender la situación; mis hijos entran en mi cocina como Pedro por su casa, como si no fuera yo capaz de cuidar de mí misma. Como si no os hubiera sonado la nariz y limpiado el culo, es lo que me apetece decir. ¿No os he preparado las fiambreras, día tras día, año tras año; no he hecho incontables comidas, desayunos y bocadillos para la cena? ¿De verdad me creéis incapaz de calentarme un simple guiso?

Pero es solicitud, supongo. La intención es buena, me imagino. Para todo hay un momento, uno para dar y otro para recibir. ¿Me ha llegado ese momento a mí? Tengo sesenta y seis años. ¿No soy demasiado joven?

Y lo que es más: lo hace mal. Con todo el tiempo que ha pasado cocinando, va y abre el gas del hornillo a todo dar, con lo que la carne ha quedado chamuscada por fuera y fría por dentro. Así ha sido siempre: grandes proyectos y soluciones extravagantes. Tanto tiempo y energía dedicados a la ejecución de proyectos que a nosotros no nos parece necesario emprender. Me cuesta entenderla, y no creo haberla entendido nunca, y si lo he logrado ha sido a medias. Es artista. Pinta cuadros que no comprendo y monta instalaciones cuyo sentido se me escapa. Erling y yo hemos acudido a todas sus exposiciones. Hemos estado en pequeñas galerías y leído las cartelas al lado de lienzos cubiertos de coloridas salpicaduras que dicen *No te acerques más* o *Estudio del caos en una sociedad ordenada.* Hemos tratado de captar el sentido de los títulos en función de lo que vemos, para poder decirle que son bonitos. La hemos visto suspirar y alzar los ojos al cielo. «Bonitos.» He probado con otros adjetivos como «potente» o

«expresivo», o si no «lúgubre» o «siniestro», si pensaba que era eso lo que quería oír, y siempre con la impresión de no entender lo que se suponía que debía pensar, de que dijera lo que dijese iba a salir mal parada. Erling, que lo dejaba siempre en «bonito», al menos era sincero. La exasperaba que yo quisiera comprenderlo.

—¿Quién es Gundersen? —pregunta Silje.

Me da un escalofrío. No le he contado a nadie que ha estado aquí la policía porque no sabría qué decir. Pero Silje me tiende el papelito donde escribió su nombre y número de teléfono.

—Ah —digo—. Es un policía.

—¿Un policía?

—Sí. Ha venido la policía. Por no sé qué del informe de la autopsia.

No digo más. No quiero entrar en lo otro.

La bici estaba allí. Aquel día, al volver del hospital. Estoy casi segura. Alguien tuvo que traerla mientras Erling y yo íbamos en la ambulancia. Sin duda un vecino. Tal vez Maria Berger. Y ahora ya no está. Puede que la hayan robado. Con lo despistada que he estado, no se me ocurrió ponerle el candado.

Pero ¿y sus medicamentos, los que tenían que haber estado en su armario del baño de arriba? Nadie, salvo él y yo, tiene nada que hacer allí. La delgada franja blanca de córnea, apenas visible bajo las pestañas; la hebilla de plástico bajo su mentón. Y luego Gundersen: «¿Se te ocurre alguien que pudiera querer hacerle daño a Erling?».

Podía mostrarse testarudo. Me imagino que los jóvenes de Agentes Verdes habrán querido en más de una ocasión echarlo a la calle, literalmente. Como si lo viera. Kyrre Jonassen, pulcro pero informal, con vaqueros y jersey de lana.

Esta mañana me han mandado un mensaje de texto. No Kyrre. Otra persona. Una mujer. O, mejor dicho, una jovencita, porque el mensaje venía lleno de dibujos a color, caras sonrientes, corazones y pulgares en alto. «Erling se ha dejado algunas cosas aquí —decía—, no sé si querrás venir para llevártelas.» Añadió que lamentaba el fallecimiento de Erling, y completó la declaración con una cara lacrimosa y un corazón rojo. Firmaba Miriam. No sé cómo será ella, pero guardo una clara imagen de Kyrre Jonassen, con sus dedos fuertes de hombre de campo sujetando la taza de café, apoyado en una mesa del desgastado paisaje del despacho mientras explica la campaña

que se le ha ocurrido. Emplea las palabras que le gustan a su generación: *followers*, *likes*, algoritmos. Visibilidad e impulso. Los rostros que lo miran sonríen. Miriam la de los corazones lo escucha y lo observa con arrobo. El único que no manifiesta su aprobación es él, el vejestorio que se ve a la derecha. Cruza los brazos cubriéndose el pecho; interrumpe a Kyrre. Se hace el difícil.

Y entonces Kyrre pone la vista en la grapadora que hay en el escritorio en que se apoya. Se imagina grapando el documento que sostiene en la mano, donde describe su campaña en incisos separados, en la frente de Erling. Se ve alzando la grapadora, oye el sonido y siente la presión en la palma de la mano cuando la empuja de modo que la grapa punzante se hunde en la piel y en el cráneo que recubre. «¿Conque no te gusta mi idea, eh, jurista de mierda? ¿No será que no te la has leído bien?»

—Así que ha venido la policía —dice Silje mientras remueve el guiso —. ¿Será que es protocolo?

—Sí —contesto. Y me doy cuenta de lo débil que suena mi voz.

Pienso en el día en que Bård estuvo aquí. Cuando fui al despacho de Erling a buscar las tijeras. Estando allí me dio la impresión de que algo no estaba como debía estar, algo que no podía señalar con el dedo. Y antes de eso, el mismo día, cuando Kyrre Jonassen vino de visita. Se quedó ahí, a la puerta del despacho, apoyado en el marco. Yo había ido a la cocina a hacer café. ¿Cuánto tiempo me habría ausentado? ¿Dos minutos? ¿Cuatro? ¿Diez?

Movida por un impulso, me levanto y salgo de la cocina, camino por el pasillo hasta la puerta de doble hoja y entro en el despacho. El escritorio está despejado y pulido. Más allá de la silla, la ventana está cerrada con su pestillo. Me detengo allí y siento que se me acelera el pulso. Algo no encaja. Algo no encaja y ahora sé qué es.

Con pasos esforzados me acerco al escritorio y barro el tablero con la mano. El ordenador de Erling descansa en una esquina, con el teclado recién comprado muy cerca. Aparte de eso no hay nada más encima del escritorio. En otras palabras: ha desaparecido la agenda.

Y siempre está ahí. Abierta o cerrada, siempre al lado del ratón, para tenerla siempre al alcance de la mano.

Y hay más: estaba ahí el día en que murió. Yo la vi, y de eso

estoy cien por cien segura. Fue el día que estaba yo en el pasillo, oyendo a mis hijas hablar de que no debía quedarme sola. Me daban la espalda y allí estaba, en medio del escritorio, como siempre ha estado. Encuadernada en cuero y con el año impreso en números dorados. No se parece a ningún otro libro. No hay manera de confundirla. Allí estaba, y de eso hace solo cuatro días.

Cuando vuelvo a la cocina, Silje está de espaldas a mí. El guiso borbotea mansamente. Me detengo a la entrada, mirándola y notando el pulso latirme en las sienes. Sus hombros estrechos; el cabello ensortijado y recogido en un moño en lo alto de la cabeza. El cuello de pronunciados tendones, testigos de una fuerza de carácter que su menudo cuerpo esconde. Se gira hacia mí.

—¿Ha pasado algo? —pregunta.

—¿A qué te refieres?

—A que te has marchado así, tan de pronto.

—No, nada —digo. Y sigo—: Silje, ¿te acuerdas cuando estabas con Hanne recogiendo las cosas de papá en el despacho? ¿Visteis su agenda en el escritorio?

Pasamos unos segundos mirándonos.

—Me parece que sí —dice—. Todo estaba como de costumbre.

AQUEL DÍA

Erling camina hacia el garaje. Yo estoy sentada en el jardín, con los guantes puestos, combatiendo las malas hierbas. El año pasado mi trabajo dejó que desear y ahora estoy pagando el precio. Si quiero que el jardín parezca un jardín este año, habrá que ponerle un poco de ganas. Estoy mareada y siento una ligera náusea. Intento respirar con calma. Alzo la vista y lo sigo con la mirada. Sus largas zancadas que le hacen mecer el resto. Su cuerpo alto y delgado desaparece al doblar la esquina del garaje.

Cuando reaparece por el otro lado, va empujando la bicicleta. Lleva el casco puesto y sujeto con la hebilla bajo el mentón. Con esa cúpula de plástico en la cabeza, parece un champiñón. Resulta un poco cómico.

—Estaré de vuelta a eso de las tres —me dice a voces.

—Ve con cuidado —le respondo en la misma voz.

Eso es lo último que le diré. Pero no lo sé todavía.

Lo sigo con la mirada mientras se desplaza a lo largo de la cerca y hasta que desaparece tras el seto de los vecinos. Hundo la pala en las raíces de una pie de gato particularmente recalcitrante, y pienso que tal vez debería escribir otro libro para niños. Quizá logre convencer a Bilal de que se encargue él de las ilustraciones.

Eso no va a suceder. Mi tiempo ha pasado ya, y lo sé, pero la idea me entretiene; me ayuda a controlar la náusea. Me pongo en pie. Siento el sol en la nuca y se me ocurre que deberíamos invitar a los chicos este fin de semana. Nos lo pasamos tan bien el domingo de Pascua... Y aún faltan un par de semanas para ir a la cabaña de Tjøme. Y en ese momento la oigo.

Maria Berger viene gritando a voz en cuello. Seguro que se la oye

hasta en Makrellbekken. Me llevo la mano a la frente para mirar en su dirección. ¿Me siento alarmada? Maria es muy abierta con sus emociones, pero esto lo supera todo. Viene corriendo por Nordheimbakken. Veo su figura avanzando a la carrera y su chaquetón amarillo flota en el aire como si fuera una capa.

—Estoy aquí —grito a medias, y Maria se detiene al llegar a la cerca.

—¡Evy! ¡Tienes que venir!

Veo ahora su rostro compungido.

—Es Erling.

Pero si acaba de salir hace un par de minutos. Hace un instante ha bajado por el camino de acceso con su traje gris. Lo veo con total claridad: cada mechón de su cabello recogido bajo el casco; cada poro de sus esmeradamente afeitadas mejillas. Aún oigo cada tonalidad de su voz: «Estaré de vuelta a eso de las tres».

No sé en qué estoy pensando mientras corremos. Solo veo la silueta de Maria delante de mí, con su chaqueta amarilla como punto focal de mi mirada. No logro dar con otra idea aparte de una plegaria pueril: que esté todo bien. Sin beneficiario ni Dios ni Providencia ni nada de eso: solo esa plegaria sin destinatario mientras corremos por Nordheimbakken en dirección a Sondrevegen.

Hay un corro de gente a su alrededor. Un señor en ropa de ciclista se agacha, y a su lado una señora con chaqueta deportiva está hablando por teléfono. Y hay también una pareja de nuestra edad. La bicicleta está tirada a un lado de la carretera. Una de las ruedas está vuelta hacia arriba.

Y entonces veo las piernas, que sobresalen del corro que lo rodea. El pantalón gris del traje. Las desgastadas zapatillas deportivas. Algunos nos miran antes de apartarse para dejarnos pasar.

Erling está tendido boca arriba. Su cabeza está justo al lado de un pedazo roto del bordillo de la acera. Aún lleva el casco puesto, sujeto con la hebilla bajo el mentón. Tiene los ojos cerrados, pero no del todo. Alcanzo a ver algo de blanco bajo la línea de las pestañas. Como si aún los pudiese abrir y tan solo yo pudiera decir algo importante

que le hiciera prestar atención.

Se me escapa un «Ay, no» al tiempo que me desplomo a su lado en el asfalto.

Es todo lo que me sale decir. «Ay, no, no, no.» La mujer que habla por teléfono dice:

—Ha llegado su esposa.

No sé con quién habla, pero me da la impresión de que han pedido ayuda y que está por llegar. Alguien vendrá para arreglarlo todo. Alargo las manos para desabrocharle el casco y me doy cuenta de que llevo puestos los guantes de jardinería.

Erling dijo una vez que él moriría primero. «Es pura estadística —dijo—. Yo soy hombre, tú mujer. Vosotras sufrís, nosotros nos morimos.» Recuerdo haber pensado: «No me lo puedo imaginar». No porque me diera miedo, sino porque era imposible representarme la idea, como cuando tratas de pensar en cómo puede ser quedarse ciega, o sorda, en la ausencia de algo que siempre ha estado ahí.

Me dijeron que murió en la ambulancia, lo que significa que aún vivía cuando lo encontré tirado allí, en el asfalto de Sondrevegen. Puede que entonces ya fuera demasiado tarde, que estuviese agonizando. Puede que yo no hubiera podido hacer nada por salvarle la vida; que no hubiera logrado decir nada que lo trajera de regreso. Que no hubiera manera de captar su atención, ninguna posibilidad de intercambiar unas últimas palabras, de decir algo que fuese más importante, que tuviera más significado que «Ve con cuidado».

Sin embargo, esa era la impresión que tenía. Que habría podido despertarlo si tan solo hubiese encontrado las palabras justas. Como si hubiera podido tirar de él y traerlo de vuelta al mundo, pero hubiera fracasado.

SIETE DÍAS DESPUÉS

El teléfono suena mientras busco la agenda. Esta mañana, sentada en la cocina, se me ha ocurrido de pronto mientras oía el borboteo de la cafetera; que tal vez alguien la hubiera guardado en un cajón o en un estante cuando los chicos ordenaban sus cosas. Me encuentro hurgando en el fondo de los cajones de la cómoda del pasillo cuando oigo la vibración asordinada. En la pantalla figura un número desconocido.

—¿Diga?

—Hola —saluda una voz joven y animosa—. Habla Peter Bull-Clausen. Llamo del bufete de abogados Vika. —Su voz baja a un tono más grave, como si se esforzase por adaptarla a la situación—. Mi sentido pésame.

—Gracias —digo con voz cansada. Me pregunto: «¿Peter qué? ¿Qué querrá?».

—A ver —continúa ahora, de nuevo animado, tal vez alegrándose de no tener que extenderse en condolencias—, como puede que sepas, yo gestiono el patrimonio de Erling, y quería invitaros a ti y a los demás herederos a reunirnos. ¿La semana que viene os iría bien?

Más allá de la ventana, se extiende el camino de acceso, desatendido. Desde la ventana del pasillo alcanzo a ver la pared del garaje en la que ya no hay una bicicleta apoyada.

—No entiendo de qué se trata —digo.

—Pues, como sin duda sabes, mucha gente busca asesoría jurídica cuando tiene previsto invertir —explica Peter con entusiasmo.

—No. No —lo interrumpo—. Lo que no entiendo es quién eres. Porque nuestro abogado es Olav Lien.

Peter no da con una respuesta inmediata. Por un momento reina un silencio absoluto. Y digo, esta vez más alto:

—Y lo sé porque Olav Lien es mi hermano.

—Sí —dice Peter—. Entiendo. —Su voz se vuelve ahora más apagada, más humilde.

—Hemos arreglado con Olav todo lo que es testamento, propiedades y separación de bienes —digo—. Fuimos los dos hará, no sé, cosa de cinco años, tal vez.

—Siete años y medio —indica Peter, servicial.

—Bueno, pues eso —repongo, algo molesta al ver que lo sabía, y con pocas ganas de darle la razón.

—Ya —dice Peter—. A veces la gente cambia de abogado. Y que conste que esto no es una crítica a su hermano. Solo que en ocasiones puede ser útil recurrir a alguien de fuera.

—Nunca hemos necesitado hacerlo.

—Ya sé que no es fácil —contesta Peter—. El caso es que Erling se puso en contacto conmigo hace un par de semanas porque quería hacer unas inversiones y reasignar parte de los bienes. Los últimos documentos fueron firmados la semana anterior a su fallecimiento, de manera que esos son los documentos válidos. Así de sencillo.

Se le escapa una risita. Como si le resultara contrario a su naturaleza controlar su jovialidad. Yo tengo la vista puesta en la desnuda pared lateral del garaje, donde debería estar la bici.

—Así que si tus hijos y tú pudierais venir a verme sería fantástico —dice Peter—. ¿Os iría bien el jueves?

Pero es que Erling siempre me ha tenido al tanto de todo lo que hace en relación con las finanzas familiares. No siempre le presté la debida atención, lo reconozco. A menudo lo dejaba hablar. «Vale, cariño», le decía. Siempre pensé que no era algo de mi incumbencia. La mayor parte de nuestras posesiones son de Erling, en régimen de separación de bienes, porque su padre, el doctor en Derecho Krogh, así lo quiso. Pero Erling siempre ha querido cuidar de mí. Me lo ha dicho muchas veces. Y, de todas formas, ¿qué importa? ¿Por qué tendría que preocuparme de si el dinero está invertido en tal o cual banco? ¿O si por la cabaña se pagan tantos o cuantos impuestos? Soy de un espeso impresionante para todo lo que tiene que ver con esas cosas.

Con todo, siempre me tuvo al tanto de sus decisiones. De hecho, insistía en ello. Durante la reunión con Olav de hace siete años y medio, fueron ellos los que hablaron la mayor parte del tiempo. Los dos abogados, ambos hombres. ¿Qué podía aportar yo? No sé de leyes y no tengo mayores bienes que proteger. Las ideas de Erling sobre

cómo gestionar nuestros ingresos eran sin duda más valiosas que las mías.

El teléfono vuelve a zumbar encima de la cómoda del pasillo. Esta vez figura el nombre de Synne en la pantalla.

—Hola —balbuceo.

—¡Hola! —grita ella de lo más animada.

Hay ruido de pitidos al otro lado de la línea. Puede que esté en el coche. Era desde el coche desde donde solía llamar en la época en la que hablábamos una vez por semana.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta.

—Synne —digo—, acabo de tener una conversación de lo más rara por teléfono.

Le cuento la conversación. Ella dice «anda» y «¿de verdad?» un par de veces mientras le hablo, pero no me detengo. No le doy la ocasión de interrumpirme.

—Así que ya ves —digo cuando le he contado todo—. No entiendo nada de esto. ¿Por qué iba Erling a cambiar de abogado? ¿Y por qué no me dijo nada?

—Bueno, ya sabes —contesta Synne, y en ese momento aumentan los pitidos—, y esto no te lo tomes a mal, Evy, pero ya sabes que a veces Erling iba a contracorriente. Se ponía difícil.

Inspiro hondo. Hace un par de años, Synne y su pareja vinieron a cenar. A Synne le acababan de dar un ascenso ese mismo día y estaba literalmente deslumbrante. «Tendré a quince personas a mi cargo —nos contaba a voces mientras nos servía vino blanco—. Un aumento salarial de cien mil, quién sabe si más contando las horas extras. ¡Voy a poder intervenir en las decisiones estratégicas de la empresa!» Erling parecía molesto, y sus pobladas cejas se habían contraído con aire malhumorado. Synne trabajaba para una línea aérea y llevaba quince años en servicios de tierra, subiendo en el escalafón. Había tenido tiempo para pensar en estrategias: era mucho lo que se podía ganar ofreciendo escapadas de bajo coste. Un paquete básico sin costes extras y con la posibilidad de comprar comodidades adicionales.

—Supongo que eres consciente de que es una pésima idea —dijo Erling.

Yo escondí la boca tras la copa. Synne se volvió hacia él. Cada músculo de su rostro decía: «¿Perdona?». Erling describió con aspereza

qué otras cosas implicaban las escapadas de placer a efectos de emisiones. «Pero ¿acaso no es volar también un sueño? —preguntó Synne con los labios apretados—. La idea también es conectar a unos con otros, ¿no? Más allá de las fronteras nacionales y de las culturas.» «Pamplinas —dijo Erling—. ¿De qué nos servirá la solidaridad si nos quedamos sin un planeta en el que vivir?»

Synne tenía el rostro encendido. Yo guardaba silencio. Su pareja intervino con cautela para decir que, al margen de la opinión de Erling sobre la industria, no dejaba de ser una buena noticia que hubieran ascendido a Synne. No tardaron en marcharse.

—¿Quién sabe si Erling y Olav riñeron por algo? —pregunta Synne al otro lado de la línea, ahora crepitante—. No sé. Algo que tuviera que ver con dinero o con la legislación. A lo mejor por eso Erling buscó a otro.

—Pero entonces ¿por qué no dijo nada?

Tengo que llamar a Olav.

Pero no lo llamo. He estado a punto de hacerlo. Tengo su número en el teléfono. Me basta con pulsar un botón. Pero me vienen unos temblores y ya no logro animarme a hacerlo.

Me dedico en cambio a deambular sin propósito por la casa. Escaleras arriba, de una punta a otra del pasillo, en el dormitorio, en las antiguas habitaciones de los chicos; escaleras abajo, el comedor; el salón, el despacho. Me asomo incluso a las escaleras que llevan al sótano. Abro la puerta y miro hacia abajo, de donde sube una corriente de aire que trae un leve tufo a manzanas viejas y a carcoma.

Es una bodega fría, excavada en la tierra misma, húmeda y oscura. Tiene algo que me asusta, y siempre ha sido así. Ese denso tufo a materia en descomposición. La impresión de que algo peligroso y sin ataduras puede rezumar desde abajo y envenenar lo que tenemos aquí arriba. Sigo detenida en el umbral, mirando abajo. Las paredes blancas, esa espesa oscuridad. Cambio de rumbo. Cierro la puerta con firmeza y la tranco.

VEINTICINCO DÍAS DESPUÉS

Las llamas consumieron el despacho casi por completo. De la alfombra solo quedan restos chamuscados. También la madera del suelo ha ardido y ha habido que retirar los tablones. Las cortinas no existen ya y las paredes presentan heridas abiertas. Las estanterías y sus libros han quedado reducidos a cenizas.

Parte de los daños fue ocasionada por los bomberos. Tuvieron que meterse por detrás de la pared y bajo el suelo, dijo el bombero que me explicó la intervención, para evitar que las brasas siguieran ardiendo sin ser vistas. Me pareció una solución muy práctica, eso de romperlo todo cuando se sospecha que algo está ardiendo. Como lo dijo el bombero: «Es fundamental saber con qué se está lidiando».

El despacho ha quedado vacío, abandonado. Pero el olor persiste, picante y amargo al mismo tiempo. «Control postincendio», lo llamó el bombero.

La ventana estaba abierta, dijo la policía. La botella la arrojaron por ahí. Se llama «cóctel molotov». Era una botella de whisky, llenada a medias con alcohol de quemar y taponada con un trapo de tela a modo de mecha. Los pedazos de la botella rota fueron hallados en el suelo de la estancia.

Todo esto me lo explicaron durante el interrogatorio en la comisaría, al día siguiente del incendio, en un despacho pequeño, con plantas artificiales y luz de neón. Me había vestido con ropa de Synne, y me sentía extrañamente incómoda. Los pantalones no me quedaban bien, y apretaban por donde no debían. Y el jersey no paraba de subírseme por la espalda. La mujer policía de pelo castaño que hablaba en dialecto de Nordland estaba sentada frente a mí. Era la colega de Gundersen, la que había registrado mi casa. Me estaba explicando lo del cóctel molotov. La acompañaba un bombero, un tipo alto y serio,

de párpados algo caídos. Él es quien daba la mayor parte de las explicaciones.

La botella se habría roto contra el escritorio, contaba. Los cristales y el alcohol fueron a dar al suelo, donde el líquido incendiario empapó la alfombra. Era una alfombra muy vieja, y seca a más no poder. Debió de arder de inmediato. Todo esto lo decía con voz seria, casi triste, como apenado porque fuera aquello lo que había ocurrido. A partir de ahí las llamas alcanzaron las cortinas, que ardieron hasta su desaparición, y de allí avanzaron hacia la biblioteca. También los libros eran viejos y secos. «Pasto para las llamas», dijo.

Y entonces el fuego prendió en el escritorio. A partir de aquel momento, la temperatura en el despacho subió tanto, tan lleno estaba el aire de gas inflamable, que todo ardía. Para entonces yo ya debía de haber salido de la casa. Lo más probable es que estuviera parada en el jardín mientras el primer camión de bomberos se acercaba a toda marcha por Morgedalsveien. Cuando los bomberos entraron a la fuerza, encontraron la puerta del despacho casi cerrada, y vaya si fue aquello una bendición, dijo el bombero serio. De haber estado abierta, el aire habría estado tan cargado de gases tóxicos, como cianuro y ácido fórmico, que sin duda habría perdido el conocimiento intentando escapar. Tal como lo dijo él: «Una inhalación de ese humo te habría matado». Y añadió: «Te habríamos encontrado tendida en el pasillo».

En ese pasillo me encuentro ahora, mirándome los pies y tratando de entender: inhalas ese humo y caes al suelo. Mueres en estado de inconsciencia. Fue una suerte increíble que me despertara en el momento en que lo hice, dijo el bombero serio. Sobre todo, teniendo en cuenta que no había pilas en el detector de humo.

OCHO DÍAS DESPUÉS

Sería una exageración decir que la iglesia de Ullern estaba llena. Con un poco de buena voluntad podría decirse que estaba llena a medias, y aun eso sería inflar los números. Me encuentro en el banco de la primera fila, sentada entre mis hijas. El pequeño de Hanne está sentado junto a ella, y a continuación su marido, y luego Bård. La mujer de Bård y sus dos hijos están detrás de nosotros. Al otro lado del pasillo están madre, con Olav y familia. Olav tiene el brazo apoyado en los hombros de nuestra madre y le habla en voz baja. Mira hacia mí; nuestras miradas se encuentran y me sonríe con tibieza. Le devuelvo la sonrisa. Estoy pensando en ese joven abogado que llamó por teléfono, y siento una punzada en el estómago. Una sensación fea y abrasiva de que esto no ha terminado. Pero no pienso comentarle nada a Olav hoy. Me da algo de vergüenza el alivio de no tener que hacerlo.

Del órgano surge una nota potente, y a continuación suena algo más ligero. Me giro hacia atrás. En uno de los bancos a mitad de la nave están sentados Synne y su pareja. Cuando cruzamos miradas, ella baja la vista un poco. Y su actitud compasiva me reconforta y me preocupa a la vez. Ya casi al fondo, sin vecinos de asiento, están Maria Berger y su marido.

Maria vino a vivir al vecindario mucho después que nosotros. Era distinta de las otras esposas. Con su dialecto de Trønderlag, sus peinados altos, las hombreras pronunciadas: demasiado moderna. Demasiado todo. Sin sentido de la sobriedad en la elegancia. Se reía demasiado fuerte, hablaba demasiado, era demasiado abierta. Para completar el cuadro, era la segunda esposa de Carl Fredrik Berger. Muchas de las mujeres del barrio habían conocido a la primera y, aunque nunca había llegado a hacerse amiga de ninguna, operaba allí una suerte de lealtad. O quizá simplemente se sintieran amenazadas: si

Carl Fredrik era capaz de dejar a su esposa por alguien como Maria, entonces quién sabía si sus maridos eran capaces de lo mismo. A todas interesaba que esa posibilidad no resultase atractiva.

De modo que le hicieron el vacío. No con actos manifiestos, no de manera que pudiera señalarse, pero sí con un trato cruelmente frío, forzado. Y en esto cabe admirar a Maria, que no era tonta y sabía que, si por un instante se permitía reconocer que aquel ostracismo le dolía, estaría perdida. Con gran acierto, llegó a la conclusión de que no debía esperar compasión de las esposas del vecindario, de que no iba a ganarse afectos mostrándose sumisa, y fue lo bastante astuta para responder de la manera que más las irritase: haciendo como si no se enterase. Continuó con su risa escandalosa y su forma de vestir exuberante. No cambió en nada su habla dialectal, y cuando décadas de vida en Oslo terminaron por modular su pronunciación a la baja lo compensó usando palabras muy típicas de Trøndelag. Y, por supuesto, siguió portándose con ellas con una amabilidad desmedida.

También conmigo era amable, pero me daba la impresión de que yo le caía mejor. Yo no formaba parte de la pandilla, al menos no del todo, y ella lo había notado. Siempre se mostró especialmente atenta con mi familia. Me preguntaba por los éxitos de Bård en la escuela de negocios y por los proyectos artísticos de Silje. Cuando Hanne se casó con un chico originario del norte de Trøndelag, Maria indagó a fondo en su red de contactos hasta que nos anunció con orgullo que tenía una prima cuyo marido había nacido en la finca contigua a la de los padres de Ørjan. Nunca ha hecho nada semejante por las esposas del barrio, aunque nadie la puede acusar de no ser efusiva: cuando la oyes saludar a alguna de ellas en el supermercado, cualquiera diría que son amigas del alma; y les resulta en extremo irritante que, pese a décadas de ostracismo, Maria Berger se muestre por completo inmune.

Pero llegó Aquel Día. Hace más de treinta años que conozco a Maria, pero ese día eclipsa todos los demás. Vuelvo a verlo todo. El chaquetón amarillo; las grietas en el asfalto de Sondrevegen. La hebilla de plástico bajo el mentón. El blanco de los ojos bajo la línea de los párpados.

«Ay, no, no, no.»

Erling Krogh ha trascendido el tiempo, dice el pastor. Erling Krogh,

jurista, esposo, padre. Amigo y colega. Medioambientalista militante. Abuelo. Y ahora Erling ha trascendido el tiempo.

Hay algo en esa formulación. Trascender el tiempo. Dar un paso al lado, bajarse de la gigantesca cinta transportadora en la que viajamos el resto de los mortales, en un tiempo que corre sin frenos, y de pronto encontrarse fuera. Es hermoso. Casi como una liberación.

Hanne resopla por la nariz. Bård tiene los ojos muy abiertos y arruga la frente en una mueca que trasluce dolor, pánico absoluto. Lo más probable es que no se haya dado cuenta de la cara que ha puesto, pues de lo contrario lo habría disimulado de inmediato. Miro hacia el lado para ver a Silje. No llora. Su rostro es una máscara inmóvil. Tiene la mandíbula apretada y la vista clavada al frente.

El órgano nos señala cuándo hay que ponerse de pie. La hoja del programa nos dice que toca cantar *Amor por Dios*. Erling era un ateo radical. Sostenía que la religión era una plaga que la gente se infligía a sí misma sin otra razón que su debilidad psicológica, su incapacidad para hacer frente a las crueldades del azar. Resulta extraño cantar sobre el amor a Dios tan cerca de su ataúd.

Los de la funeraria preguntaron si iba a querer decir algo en la ceremonia. No se me podía ocurrir nada peor. Hanne se ofreció a hacerlo, y nadie presentó objeciones. A ella se le dan bien estas cosas. En este momento avanza despacio hacia el altar, y qué alivio. Hanne controla. Hanne se enjugará las lágrimas y cumplirá la misión. Justo delante está el ataúd de madera oscura y pulimentada. Me da casi miedo mirarlo directamente.

—Querido papá —dice Hanne desde el atril—, no puedo siquiera empezar a hacerme a la idea de que ya no estás. Hace apenas una semana que hablé contigo. Me diste datos del mercado inmobiliario y me aconsejaste que revisara mi declaración de la renta antes de que venciera el plazo.

Se oyen risas discretas en los bancos. Max señala con el dedo a su madre ante el atril y le dice algo a su padre en voz un poco demasiado alta. Ørjan le manda callar. Con el rabillo del ojo veo que Bård se pasa la mano por la cara. Silje sigue sin llorar, pero pone una mano fría en la mía y la aprieta.

La conversación con la policía se me antoja ahora más surrealista que

nunca. Tanto que empiezo a dudar de que haya ocurrido en realidad. Dos veces he tenido que buscar el papel donde Gundersen apuntó su número, solo para demostrarme que de verdad habían estado en casa. Parece tan descabellado... Casi como una exageración.

—Papá fue una persona íntegramente buena —dice Hanne—. Estos últimos días he hablado con varias personas que lo conocieron, y todos coinciden en que, pese a su actitud dura y a veces inflexible cuando debatía sobre algo, nadie puso nunca en duda que fuera una buena persona. Todo cuanto hizo papá fue con la intención de hacer del mundo un lugar mejor.

Ahora son varios los que moquean. Yo me siento curiosamente ajena a todo. Me llevo la mano a los ojos sobre todo para aparentar.

Hanne pronuncia un bonito discurso. Me agrada que no presente a Erling como un ser débil y dócil, que se atreva a revelar su lado duro. Ørjan y ella se casaron en esta iglesia, y ahora se encuentra casi en el mismo lugar que ocupó el día de su boda. Aún la veo, con flores blancas en el pelo y un vestido de boda de gusto exquisito que le dejaba los hombros al descubierto. A su lado, Ørjan lucía sorpresivamente apuesto con su esmoquin. Sus padres, que viven en una finca en Trøndelag, viajaron a Oslo para la ocasión. Su padre sonreía de oreja a oreja y tenía el rostro sonrojado. Saltaba a la vista que le emocionaba ver casarse a su único hijo. La madre decía poco, pero se mostraba contenta. Llevaba un vestido de seda azul. Se les veía felices a los dos. Recuerdo haber pensado en ello, que parecían a gusto consigo mismos y entre sí, y orgullosos de su hijo. ¿Qué imagen daríamos Erling y yo? También nosotros nos casamos aquí. Yo avanzaba por la nave central, con un vestido sencillo y un ramo de lilas en la mano.

Silje me aprieta la mano. No está mirando a su hermana mayor, no. Mira el ataúd. En un momento, cuando Hanne se toma un respiro, se vuelve hacia mí y veo en ella unos ojos desorientados, como si acabara de despertar. Miro hacia atrás para comprobar el efecto de sus palabras en la asamblea, y es entonces cuando lo veo.

Está sentado en medio de la gente. Ni muy delante ni muy al fondo. Desde que recibí su ramo de flores me he estado preguntando si lo reconocería en caso de encontrarme con él. No lo he visto en cuarenta años. Tanto tiempo puede cambiar a una persona hasta

hacerla irreconocible, pero me basta verlo para saber que es Edvard Weimer. Lleva el cabello ligeramente peinado hacia un lado; sin duda más gris que antes, pero mantiene el tono castaño. Es de rasgos agradables y proporcionados. Nariz recta y ojos simétricos. Labios delgados y bien formados. Mira a mi hija con expresión interrogativa, como si estuviera presentando una larga argumentación cuyas premisas no estuviera seguro de poder dar por buenas pero que consintiera en escuchar para comprender sus conclusiones.

Justo antes de volver la vista al atril, nuestras miradas se cruzan y asiente con la cabeza en gesto de reconocimiento. Nos miramos a los ojos un par de segundos.

Ya después, me hallo de pie en los escalones del pórtico de la iglesia junto a mis hijos, recibiendo pésames. Todos pasan delante de nosotros al salir del templo. Nos tienden la mano y mascullan condolencias y saludos. Madre es la única que no lo hace. Me mira con cara de sorpresa y dice:

—¡Pero si es Kari!

—Es Evy, madre —le dice Olav en voz baja—. Kari murió hace muchos años.

Le pone el brazo sobre los hombros y se la lleva.

No veo a Edvard Weimer, y estoy pensando que se habrá marchado, pero cuando caminamos hacia el coche se acerca hasta mí.

—Evy, querida —dice cogiendo mis manos en las suyas—. Cuánto me alegro de verte, y qué pena que sea en semejantes circunstancias.

—Gracias —contesto—. Y gracias por las flores.

Tiene una presencia que transpira amabilidad, pienso. Recuerdo que disfrutaba en su compañía cuando éramos más jóvenes. No llegamos a conocernos muy bien. Se apartó del grupo de amigos poco después de que Erling y yo empezáramos a salir. Se marchó a Dinamarca y no creo que mantuviese contacto con ninguno de nosotros.

—Verás —dice—, me gustaría hablar contigo de una cosa. Me imagino que en estos momentos estás más que ocupada, pero, si algún otro día te viene bien, estaré encantado de charlar contigo.

—Con mucho gusto —respondo.

Y además es cierto. De todos los compromisos que he tenido que atender en estos días, tanto grandes como pequeños, esto es lo primero que alguien me propone y que me apetece aceptar.

—Espera, que te doy mi tarjeta.

Es más bajo que Erling; más bien de mi estatura. Con el rabillo del ojo veo que Hanne se acerca. Edvard hurga en un bolsillo y me da una tarjeta. Se ve distinguida; es gruesa y está hecha con papel de primera. EDVARD WEIMER. ABOGADO.

—Hola —dice Hanne.

—Hola —responde Edvard, y le tiende la mano—. Edvard Weimer. Estudié con Erling. Me ha encantado tu discurso. Ha estado muy bien. Muy personal y al mismo tiempo sin sentimentalismos.

—Gracias.

Lo observamos mientras se aleja.

—Parece simpático —dice Hanne—. No recuerdo que papá mencionara a ningún Edvard.

Me despierto en medio de la noche. La luz que se cuela por entre las cortinas me dice que faltan unas cuantas horas para que amanezca. Del lado de la cama de Erling me llega una corriente de aire frío.

Abajo todo está en silencio. Las ventanas dejan entrar un brillo de luz gris, como si esta parte del día, la hora o dos que media entre la espesa oscuridad y el despuntar de la aurora, se distinguiese sobre todo por la ausencia de colores. Los espacios son grandes y espartanos en esta luz sin relieves. En el comedor se mantiene la mesa de caoba, esbelta y parda como un animal de presa. Vuelvo la vista a la terraza abandonada. Pondero lo fácil que sería introducirse en esta casa. La cadena de la puerta de entrada está echada, pero, si alguien quisiera de verdad meterse, el truco sería venir por este lado. Las ventanas ocupan casi toda la pared del comedor, y la puerta que da al porche lateral también es casi toda de vidrio. Bastaría con un instrumento contundente y buen tino para hacerla estallar en mil pedazos. Y luego

entrar.

Regreso escaleras arriba. Paso por delante del despacho y me detengo un momento en la puerta a contemplar el escritorio vacío. Estaba sentado allí la mañana de Aquel Día, me viene ahora a la memoria. Estaba haciendo no sé qué antes de marcharse a la ciudad. Debió de pasar una o dos horas ahí.

¿En qué estaría trabajando Erling? Creo que era algo importante. Pero en el escritorio no hay nada.

Algo tira de mí al sótano, escaleras abajo. Todo lo que guardamos allí adquiere el mismo olor: el tufo a manzanas rancias, desde la época en que almacenábamos la fruta del jardín ahí abajo. El olor ha penetrado las paredes y se mezcla con el de la tierra saturada de humedad justo al otro lado de las piedras que componen la pared. Allí abajo no hay ventanas. No sé a ciencia cierta por qué le tengo miedo a este rústico sótano.

Tengo la impresión de que esconde algo imprevisible, por mucho que sepa que es solo mi imaginación. Como si algo de naturaleza animal estuviese allí agazapado, a la espera de una ocasión para irrumpir de un salto. Y al mismo tiempo, sin que pueda entenderlo del todo, siento como un cosquilleo ante la idea. ¡Libertad para esa fuerza destructiva! Que se alce desde las profundidades y se apodere de nuestra casa. A ver qué pasa cuando todo cuanto hemos preservado con tanta diligencia y esmero salta por los aires.

Pero algo está fuera de lugar aquí. Puedo verlo incluso en la espesa penumbra: la puerta está entreabierta. Encuentro en esta puerta algo tan conminatorio que la mantengo siempre bien cerrada. Y justo ayer la cerré de un portazo y con llave. Ahora está abierta.

DIECIOCHO DÍAS ANTES

Los narcisos estaban en un jarrón encima de la mesa del comedor, y su amarillo me levantaba el ánimo. Hacía lo bastante bueno para empezar la fiesta fuera, y en la mesa del porche había un cuenco de ponche, amarillo, y otro cuenco más pequeño con ponche sin alcohol para los niños. Yo había dispuesto las cosas en torno al ramo de narcisos y había alargado la mesa con sus extensiones para que hubiera sitio para todos: diez adultos y tres niños. Hacía mucho tiempo desde la última visita. Era tan grato poner la mesa para una fiesta... Esperar a la llegada de los invitados.

Olav y Bridget fueron los primeros en llegar. Habían traído a madre.

—¡Qué bonito lo has puesto todo! —comentó Bridget al ver los narcisos.

Llevaba un vestido sencillo, pero los pendientes que lucía me decían que se había arreglado. Olav llevaba pantalones de vestir y camisa. Madre llegó en pantalones de punto y una blusa. En la residencia son un poco descuidados en materia de atuendo.

Me miró y dijo:

—¿Kari? ¿Eres tú?

—No, madre —le respondí, y me eché a reír porque hacía un día precioso—. Soy yo, Evy.

Luego vinieron Hanne y Ørjan. Ørjan llegó enfrascado en negociaciones con Max, quien había decidido calzar sandalias, y había estallado en una rabieta cuando sus padres le negaron la posibilidad. Por lo visto el crío se había pasado chillando todo el camino. A Hanne se la veía tensa.

Lise, Bård y sus niños llegaron con diez minutos de retraso. Lise podía quedarse solo una hora porque tenía que llevar a Henrik a un partido de fútbol.

—¿Un domingo de Pascua? —pregunté sorprendida.

Lise me respondió con una mirada de resignación. Puede que

compartiera mi extrañeza.

Silje fue la última en aparecer. En aquel momento estábamos todos en el porche, bebiendo ponche amarillo. Le alcancé una copa.

—¿Qué lleva? —preguntó, arrugando la nariz.

—Es ecológico —le dije para tranquilizarla.

Ya estábamos todos.

Erling hizo sonar su copa.

—Qué bien que hayáis podido venir todos —dijo—. Evy estará agotada con todo lo que ha hecho para que todo esté perfecto, y me parece que el cordero de Pascua también lo estará.

Aquello me dio risa. No estaba cansada, sino feliz de recibir visitas.

Pero le noté a Erling la voz tensa. Sonaba forzada, como si algo le comprimiera las cuerdas vocales.

Al cordero le faltaba mucho para estar en su punto, de modo que pasamos un rato largo en el porche. Los chicos de Bård jugaban al fútbol en el jardín. A Max le habían dado una pala de plástico con la que se entretenía golpeando la cerca y los muebles del jardín. Yo pasaba el tiempo entrando y saliendo con pasos rápidos, comprobando el estado del cordero que se horneaba. Oía a Olav hablando a voces y animadamente, pero no por lo que decía, sino por el tono. De vez en cuando oía la voz de Erling, más grave y monótona.

Y en eso sonó el timbre de la puerta. Grité a los que estaban en el porche que ya iría yo a abrir. Synne estaba en los escalones. Traía un ramo de tulipanes.

—Son para ti —dijo—. Tendrían que haber sido lilas, pero ya sabes que no es temporada.

Lucía un bonito peinado y estaba muy elegante con su traje. Yo llevaba el delantal puesto y sentía que se me rizaba el cabello en la frente por el sudor.

—Muchísimas gracias —contesté—. ¿No quieres pasar?

—No puedo estar mucho rato. —Me cogió del brazo—. ¿Va todo bien, Evy?

—Sí —respondí—. Ando un poco liada con la comida.

—Muy bien. Que la disfrutéis.

Volví a la cocina. Vi a mi madre pasar por delante de la puerta y fui a alcanzarla. La puerta de doble hoja estaba abierta y miraba hacia el pasillo.

—¿Adónde vas, madre?

—Eso no se hace —dijo.

Habló en un tono brusco. El tono con el que habla desde que se le agravó la demencia. Ella, que siempre había mostrado maneras tan suaves.

—Tienes razón, madre —dije, y la cogí del brazo para llevarla con cariñosa firmeza con los demás.

Tropezó con el marco de la puerta del porche y casi nos vamos las dos al suelo.

—La comida está casi lista —anuncié.

—No sé si tendremos tiempo de comer antes de llevarte —le dijo Lise a su hijo—. Será mejor que te prepare un bocadillo.

Luego pasamos a la mesa. Cuando Olav y yo éramos pequeños, nuestra madre solía decir algunas palabras antes de comer. Siempre era algo sobre el verdadero significado de la Pascua de Resurrección, y después bendecía la comida. Ahora era incapaz de hacerlo, de modo que intenté tomar yo el relevo en su lugar. No recordaba bien la oración y me equivoqué un par de veces, pero no tenía importancia. Lo que contaba era el ambiente. Y todos rieron, alzaron sus copas y brindaron.

Pero a Erling se le veía pensativo. Tenía la frente fruncida como un acordeón, y sus oscuras cejas acompañaban el gesto. Dijo poca cosa durante la comida.

NUEVE DÍAS DESPUÉS

Alguien ha estado en el sótano. Yo cerré la puerta con llave anteayer, y ayer estaba abierta. Desde entonces no ha venido nadie, y Dios sabe que yo no la he abierto.

Y nadie tiene nada que buscar allá abajo. Solo hay muebles viejos y trastos rotos, la reserva de emergencia de Erling y, aparte de eso, nada más que carcoma y arañas. Y aquella sensación desconocida que no quiero que se cuele aquí arriba.

También me pesa esa pequeña duda: «¿Estoy de verdad segura?». Hay momentos en los que desconecto. No logro retener lo que me dice la gente, la doctora, la policía, mis hijos. Y, además de eso, las cosas que faltan. No hay manera de que yo haya abierto la puerta y lo haya olvidado. ¿O sí?

Porque, si no he sido yo, entonces ha sido alguien. Eso quiere decir que alguien ha estado en casa sin que me entere. Quién sabe si ese alguien ha estado en las habitaciones y ha rebuscado entre mis cosas.

¿Ha entrado alguien como entra un ladrón? ¿Es por eso por lo que desaparecen cosas? De ser así, tendría que llamar a la policía. El papel en que Gundersen apuntó su número está en el despacho. Nada sería más fácil que entrar, coger el papel y llamar. Contar las cosas como son: que temo que alguien se haya metido en mi casa mientras yo no estaba o, peor aún, mientras dormía indefensa en la planta de arriba. Y eso explicaría en efecto todo lo demás, las cosas que han desaparecido.

Pero ¿qué pasará después? ¿Y si he sido yo? ¿Y si me estoy volviendo loca? ¿Si estoy yendo por el mismo camino que mi madre? Porque hay otras cosas de las que no me acuerdo. Cosas que Erling me dijo el día mismo de su muerte. Aquella mañana, estábamos sentados a la mesa de la cocina. Hablábamos de algo. Él me decía esto y aquello. Algo de su trabajo en Agentes, creo. La verdad es que no le presté mucha atención, y ahora no lo recuerdo.

Y hay más. Yo llevo una vida tranquila, igual que Erling la llevaba. Pero está claro que, si se mira con lupa, algo se encuentra. No quisiera que husmearan en mis asuntos privados. Y esa mujer de dialecto de Nordland y sus pisotones en las habitaciones de arriba, revolviendo en mis cajones. Si los llamo para denunciar la intrusión, ¿qué tan a fondo me investigarán? ¿Cómo de cerca llegarán? No. Mejor no remover el pasado. Y no puedo poner la mano en el fuego por la puerta cerrada con llave. Puede que haya una explicación del todo natural, algo en lo que no se me ha ocurrido pensar.

Tampoco llamo a Olav. Sé que debería preguntarle por el joven Peter Bull-Clausen, el del bufete de abogados. Bård me lo comentó después del funeral. Por lo visto, Bull-Clausen ha llamado a los chicos también. Y también Bård quedó extrañado. «¿No era el tío Olav vuestro abogado?», me preguntó. «Sí que lo es —le contesté—. Esto se trataba de otra cosa.» Ya hablaré con Olav para aclararlo todo. Lo haré pronto. Mucho antes de la reunión del jueves. Pero dejo los días pasar. «Mañana —llevo días diciéndome—; lo llamaré mañana.» Sin duda, esto tiene una explicación. Olav me tranquilizará. Claro que sí. Lo llamaré pronto.

La soledad en la casa es exasperante. Todo el santo día vagando por estas habitaciones. El tronar del reloj de pie. El tictac que machaca los minutos. Tengo la impresión de ver cosas con el rabillo del ojo. Movimientos rápidos. Formas fugaces. Desaparecen en cuanto me vuelvo a mirarlas de frente. Me tiemblan las manos. Veo borroso. Y tengo ganas de que Hanne llegue pronto para no estar sola.

—¿Para qué vino la policía? —pregunta Hanne.

Estoy sentada a la mesa de la cocina, y ella está de pie delante de la encimera, cortando tomates cherry para la ensalada.

—No lo sé.

Hanne devuelve la atención a la tabla de cortar. Por los movimientos de sus hombros veo su manera de picar, la eficiencia de sus gestos. Ørjan tiene una tienda de productos bio donde te cobran cuarenta coronas por un pepino. Todo lo que comen viene de allí.

—¿Qué te preguntaron?

—Pues... —empiezo a decir. Pero no estoy segura.

Me cuesta reconstruir mi conversación con Gundersen. Algunas

cosas las recuerdo con meridiana claridad, pero son irrelevantes: los pelitos de las puntas de su bigote, la imagen mental de Fredly poniendo nuestro dormitorio patas arriba, los dedos delicados junto a mi mano en el tirador de la puerta del garaje. Hanne jamás habría sido tan despistada. Y lo sé por el modo en que barre los tomates cortados al cuenco de la ensalada y se vuelve hacia mí con esa arruga que se le forma en la frente, una uve perfecta entre las cejas. Ha llegado la hora de las preguntas.

Hanne quiere saber qué dijeron, cómo lo dijeron y qué podrían haber querido decir con sus preguntas. Y ahora quiere saber del abogado. También de esto recuerdo muy pocos detalles, y no alcanzo a explicar cómo es que no he llamado a Olav. La cabeza no me da para más. Es tanto lo que no he entendido, tanto lo que no logro recordar... A las preguntas que va hilvanando Hanne respondo contradiciéndome, tartamudeando y comiéndome las palabras. La arruga de su frente se hace más pronunciada, y sé lo que está pensando. «Otra vez mamá liándolo todo.» Todo esto me supera. No me da el físico. Un llanto sonoro me sacude todo el cuerpo. «No puedo —digo—. No sé lo que me dijeron. No es culpa mía.»

Me mira, sorprendida, y se le borra la arruga de la frente.

—No le des importancia —me tranquiliza—. Solo tenía curiosidad.

—Es la conmoción —digo—. No me estoy volviendo como la abuela. Es solo que ahora mismo...

—Mamá —me corta, soltando el tomate y el cuchillo—, no estoy pensando que sea eso.

Se acerca para darme un abrazo. Tiene brazos fuertes mi Hanne. Da abrazos fuertes que te hacen sentir segura.

—Hanne —digo, ya sentadas a la mesa—, ¿tú has visto la agenda de papá?

Se queda mirándome. Estaba explicándome algo cuyo sentido no alcanzaba a entender. No puedo dejar de pensar en ello. Me ha estado dando vueltas en la cabeza y ahora voy y la interrumpo. Al hacerlo estoy revelando algo, pienso, lo que soy en realidad.

—No —responde, dejando el tenedor—. No la he visto.

Guardamos silencio un rato. Luego digo:

—Es que ha desaparecido, ¿sabes? Y no me puedo imaginar adónde ha ido a parar.

Hanne no dice nada.

—Y estaba aquí —sigo—. En el despacho de papá. El día en que Silje y tú recogíais las cosas. ¿No?

—No lo sé —contesta—. No me fijé.

—Yo creo que estaba allí. ¿Tú no la cogiste?

—No.

Se abre un silencio entre las dos. Entonces menea la cabeza y dice:

—No. ¿Por qué lo iba a hacer?

Trato de sonreír.

—Tiene que estar aquí —insisto—. En algún sitio.

—Pues eso —dice Hanne mientras nos llena los vasos de algo ligero y rojo.

Es té de kombucha. No lleva ácido carbónico. Las burbujas aparecen espontáneamente por la fermentación. Se supone que es muy saludable. Ørjan y su familia han empezado a tomarlo. Me asegura que es delicioso.

Hago un gesto de aprobación con la cabeza. La verdad es que habría preferido una copa de vino con la cena, pero Hanne ha venido con eso en una botella. Con ella las cosas son así: si ha previsto que se haga esto o aquello, eso será lo que se haga.

—Me estaba planteando comprar algún cuadro de ese artista palestino que ilustraba tus libros para niños —comenta—. Bilal Zou, ¿sabes? Ha expuesto en una galería del centro de Oslo. Ørjan y yo fuimos a verla. Impresionante. Muy fuerte. Y ahora se ha hecho muy conocido.

Eso me escuece como una nota desafinada. Siento que se me tensan los hombros. No quiero hablar de Bilal, y desde luego no quiero ver sus cuadros colgados en su pared devolviéndome la mirada cada vez que vaya a visitarla.

—Había uno que de verdad me gustó mucho —dice—. De un árbol en llamas. —Entrecierra los párpados, como si lo estuviera viendo—. Y Bilal forma parte de la historia de la familia, de alguna manera —añade con una sonrisa—. Me pareció que estaría bien.

Con ese gesto me está diciendo algo. Lo sé. Que me valora, tal

vez, o, mejor dicho, que reconoce lo que fui en otra época. Siento que tengo la garganta comprimida, el rostro rígido y como ajeno. Ella no puede estar al tanto del efecto que me causa lo que ha dicho, porque apenas he dicho nunca nada sobre el cese de mi colaboración con Bilal.

—Pensaba que preferirías comprar uno de los cuadros de Silje —digo.

Mi intención era la de llevar la conversación por otros derroteros, pero al oírme decirlo veo que suena a crítica. Como si le reprochara no apoyar a su hermana. Esto me suele suceder con Hanne. Una de las dos dice algo fuera de lugar, y el más benigno de los comentarios termina en un malentendido. Pero esta vez no lo ha interpretado así, creo.

—Ah —dice, frunciendo la nariz—. Ya, Bueno. Podría ser. No sé. De todas formas, los cuadros de Bilal son muy caros. Y en casa apenas queda espacio en las paredes.

Estoy pensando en qué decir, en sacar a colación algún otro tema de conversación, pero Hanne se me adelanta y me pregunta por las rosas. El ramo de Edvard está en una de las encimeras de la cocina: veinte rosas blancas de tallo largo.

—Las ha traído un viejo amigo —digo.

—¿Quién?

—Un compañero de facultad de tu padre. Se marchó a Dinamarca hace muchos años. No lo conoces.

—¿No estuvo en el funeral? —pregunta—. ¿No hablaste con él ya fuera de la iglesia?

La uve en la frente aparece de nuevo.

—Así es.

—¿Cómo se llamaba?

—Edvard Weimer —respondo, y me llevo el vaso a la boca.

A diferencia de lo prometido, el té con burbujas no está nada rico. Lo encuentro ácido y picante. Hago grandes esfuerzos por que no se note mi desagrado.

—¡Buf! —suelta Hanne de pronto, bruscamente. Y veo que los ojos se le han llenado de lágrimas—. Papá ya no está. No me lo puedo creer. Siempre estoy pensando que lo veré entrar por ahí en cualquier momento, con sus pantuflas viejas.

Lo dice mirando hacia el pasillo, y también yo me vuelvo en esa dirección. Por un segundo da la impresión de que estuviéramos las dos esperando a verlo entrar. El reloj de pie sigue con su tictac y, por supuesto, no sucede nada, pero lo cierto es que durante unos instantes hemos estado esperando su llegada, y eso me provoca un escalofrío. Luego nos miramos una a la otra. Sonriendo. Un poco avergonzadas. Veo en su mirada un brillo de alarma, creo. También en mis ojos puede que se vea. Como si algo nos hubiera asustado.

—Toma un poco del té este —le digo. A decir verdad, no está mal.

Cuando Hanne se ha marchado, pongo la cadena de seguridad de la puerta y compruebo que esté bien puesta. Paso por delante del despacho de camino hacia la puerta del sótano. Tiro de ella.

Está cerrada con llave. La cerré ayer. Empujé la puerta entreabierta y cerré con llave. Accioné varias veces el tirador para asegurarme. Lo hice ayer y otra vez esta mañana, pero tengo que cerciorarme una vez más. La llave está en la cerradura. La saco y me la meto en un bolsillo.

Mis pastillas «contra la ansiedad» están en su armario en el baño de arriba. Las miro con detenimiento y me quedo así un largo rato mientras la llave me quema en el bolsillo.

La primera noche, al volver del hospital, me detuve allí mismo, completamente sola en casa, y pensé: «No me voy a tomar una pastilla, porque ¿y si vuelve Erling?». Era ilógico, pues sabía que Erling estaba muerto, que su cuerpo yacía en aquel hospital, oficialmente declarado vacío de vida. Lo entendía por sentido común. Y, sin embargo, no me fiaba, porque algo me decía: «Erling siempre vuelve a casa».

Pero esta noche es distinto. Ahora me pregunto: «¿Y si alguien vuelve?». Tengo que permanecer despierta, alerta. Así que no me tomo la pastilla. Entro en mi cuarto. Escondo la llave del sótano en el fondo del cajón de mi ropa interior. Coloco una silla delante de la puerta del dormitorio. No impedirá a nadie entrar, pero al menos me despertará si la empujan para abrir. Nadie me va a pillar desprevenida.

No logro conciliar el sueño. Doy vueltas y vueltas en la cama. Pongo una mano en el bulto frío que forma el edredón de Erling, y pienso: «La primera noche anhelaba que volviese. Ahora tengo miedo de que vuelva». Como si fuera real. Una sombra escondida en los rincones.

DIEZ DÍAS DESPUÉS

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta Edvard mientras aparca el coche en Husebybakken.

—Bien —digo.

Luego entiendo que está preguntando por Erling. Es una pregunta que se le hace a una viuda reciente y de luto, y la respuesta conlleva ciertas expectativas. Es lo que pasa cuando tiendes a desconectar. La muerte de Erling es una de las cosas más definitorias que me ha ocurrido; y está siempre presente, como una sombra constante, y sin embargo tengo que recordarme a cada momento que Erling ha muerto, que ha sucedido de verdad. Aún me sobresalta la idea. ¿Es cierto? ¿De verdad?

—Bueno —rectifico—, todo lo bien que se puede esperar. Los días van pasando.

—Así es —dice Edvard—, y es bueno que así sea. En mi experiencia así son las primeras semanas. Hay que darle tiempo al tiempo. El trabajo de duelo llega después.

Tiene una sonrisa triste pero amistosa, y me digo: «Esta es la clase de solicitud que quiero». Está pensada para mí, ofrecida con arreglo a mis propias condiciones.

En aquellos tiempos no éramos lo que se dice amigos del alma, pero al sentarme en el asiento de su coche, me he sentido como si hubiera entrado en casa de un viejo amigo. Le dirijo miradas mientras conduce. Tiene buen perfil. Nariz recta y mandíbula fuerte. Cuando sonríe, se le estira la piel de las sienes, que revela finos vasos capilares azulados que se abren en abanico.

En una ocasión llamó a la puerta de mi habitación para invitarme a que me juntara con ellos. Olav, él y otros amigos estaban por salir. Oía sus pasos dando pisotones escaleras arriba.

—Hola —dijo Edvard—. Me estaba preguntando una cosa.

Estábamos uno frente al otro. Éramos exactamente de la misma estatura. No teníamos que alzar ni bajar la vista para mirarnos a los ojos. A mi espalda sentí que Erling se acercaba a la puerta y tomaba posición.

—Nos vamos de farra. A bailar —explicó Edvard—. Al club de remo, en Bygdøy. ¿Queréis venir?

Tuvo que alzar la vista para mirar a Erling a los ojos y echar la cabeza un poco hacia atrás. La pregunta quedó suspendida en el aire con un deje de algo imprevisto. Una fiesta de estudiantes como las que frecuentaban Olav y sus amigos. Nunca me habían propuesto que fuera yo también. Pero, ahora que me habían invitado, todo cuanto tenía que hacer era decir que sí.

—No podemos —dijo Erling detrás de mí—. Evy tiene que terminar un trabajo del instituto, y luego mis padres nos esperan a cenar.

No me volví a mirarlo. Estuve un instante pasando el peso del cuerpo de un pie al otro. En el club habría gente joven, una música pulsante en la que perderse, cuerpos danzantes, sudorosos, cerca unos de otros. Yo sabía vagamente que podría haber algo más, algo impronunciable: manos, caderas, lenguas, sexo. Aquello existía; ya latía en el interior del cuerpo; estaba al alcance, y cabía la posibilidad, pensé, si no de arrojarse a todo ello, al menos de ir, de estar cerca. «No seas tan muermo, Erling —podría haber dicho—. Claro que vamos con vosotros.»

Pero no lo dije. No dije nada. Me quedé allí parada. Dejé que Erling hablara por mí.

—Entiendo —dijo Edvard—. Pasáoslo bien.

Olav pasó por detrás de Edvard y le dio un amistoso empujón por la espalda. Venga, vamos. Y Edvard lo siguió escaleras abajo.

Fue un momento tan fugaz... Antes de que pudiera decidir, ponderar las consecuencias de un sí o un no, ya se había marchado.

El camarero nos lleva a una mesa junto a una ventana. Desde aquí se ve el fiordo. Yo me pido un bocadillo, y Edvard también.

—Vosotros los noruegos y vuestros bocadillos —dice—. Y eso que ahora hay ostras en el menú.

—Porque tú no eres noruego.

—Llevo veintisiete años viviendo en Dinamarca. Descontando cuando era niño, he pasado casi toda mi vida allí.

—¿Y por qué no iban a contar los años de tu infancia?

Vuelve la vista al mar, con una media sonrisa en los labios.

—Efectivamente, ¿por qué no iban a contar?

Se marchó a Dinamarca justo antes de graduarse. Entonces Oslo era distinta, dice. Había menos espacio para moverse. Me dirige una mirada rápida, para ver si estoy de acuerdo. Fue en Copenhague donde dio sus primeros pasos profesionales, y luego conoció a alguien. Sobre esto no dice gran cosa, pero da la impresión de que se trata de un amor que dejó huella.

—Pensé que me quedaría allí toda la vida —dice—. Se suponía que íbamos a envejecer juntos. Pero nos golpeó el cáncer. Enviudé a un año de cumplir los cincuenta.

Después de aquello, su madre cayó enferma y falleció. Su padre era de los chapados a la antigua, capaz de dejarse morir de hambre delante de la panera. Edvard volvió a su tierra.

—Mi padre y yo teníamos desacuerdos en más de una cosa cuando era más joven, y ahora que hemos tenido la oportunidad de limar asperezas —dice Edvard—, no te haces una idea de lo que eso ha significado para mí.

¿Habrá sido también un alivio dejar atrás Copenhague después de la muerte de su mujer? Apenas dice nada sobre su duelo, pero lo poco que revela lo hace aún más presente. No le hago preguntas. No quiero inmiscuirme, y sin embargo el intercambio de ojeadas me da valor.

He pensado no pocas veces en aquella noche en Røaveien a comienzos de los años setenta: Edvard llamando a la puerta para preguntarme si quiero ir con ellos. Erling diciendo que no, gracias, tenemos planes.

—¿Y qué me dices de ti? —pregunta Edvard—. ¿Te hiciste profe, como soñabas?

Siento una punzada en el estómago.

—Cursé los estudios —digo—, pero entonces llegaron los hijos y ya me quedé en casa un buen tiempo. En esa época no era fácil conseguirles plaza a los niños en una clase de párvulos. Aparte de que nuestras familias respectivas daban por sentado que me dedicaría al hogar. Así que no, la verdad es que nunca llegué a ejercer la profesión.

Edvard asiente con la cabeza. Dice algo elogioso sobre la importancia de dedicarse a los demás. A mí todavía me duele. Se me daba muy bien, siempre saqué buenas notas.

—A decir verdad, durante un tiempo me dediqué a la escritura —suelto, sin venir al caso. En cierta forma me resulta hasta más vergonzoso que hablar de mi inexistente carrera profesional, pero, ya que he empezado, tengo que seguir adelante—: Escribí una serie de libros para niños. Con ilustraciones de un artista, Bilal Zou, no sé si te suena.

Ya sé que más adelante me preguntaré si la desilusión fue mía en primer lugar o algo que proyecté en Edvard. Pero hace ya muchos años que hice las paces con aquel episodio.

—Yo quería hablar contigo de un asunto —dice Edvard.

Nos han traído el café. Hemos pasado la comida charlando y se había olvidado por completo de que quería hablarme de algo. A decir verdad, yo había pensado que era un pretexto para justificar el encuentro. Dejé mi taza en la mesa.

—Resulta que me vi con Erling hace un par de semanas —dice—. A finales de abril. Justo dos semanas antes de que muriera. Me llamó para que nos viéramos, así, sin más.

—¿Erling quedó contigo? —pregunto—. No me lo dijo.

Edvard me dirige una mirada inquisitiva.

—Pues nos veíamos un par de veces al año.

Coloco la cucharilla en perpendicular a mi lado de la mesa. Hace muchos años que Erling no pronuncia el nombre de Edvard, quién sabe si desde que éramos estudiantes. Y no es que le sobren los amigos. Es raro que quede con alguno.

—Pues sí, en estos últimos años lo hicimos costumbre —dice Edvard—. Antes de las Navidades, íbamos a cenar a algún lugar, y luego, antes del verano, volvíamos a quedar para una copa.

Asiento con la cabeza, casi a modo de disculpa. Porque si le dijera la verdad, que no tenía ni idea de aquellos encuentros, nuestra vida de pareja no iba a quedar muy bien parada.

—¿Cuánto tiempo lo hicisteis? —pregunto, como si estuviese al tanto de la costumbre y solo quisiera recordar cuándo la habían iniciado.

—Pues... —dice Edvard—. Los últimos cinco o seis años, diría yo.

Cinco o seis años. Eso son diez o doce reuniones, más o menos. ¿Qué me decía Erling en las ocasiones en que se encontraba con Edvard? Erling es sincero. No miente.

—La verdad es que me sorprendió que me llamara en abril para quedar —dice Edvard—. Teníamos una especie de sistema, y ya habíamos planeado vernos en mayo. Pero acepté y nos reunimos en un bar. Lo estábamos pasando bien, y justo cuando pensaba que eso iba a ser todo, una copa y charlar, Erling me dice que... —Se aclara la garganta—. Lo he estado pensando, Evy, y he llegado a la conclusión de que tengo que decir las cosas como son. Erling temía, sospechaba, que alguien estaba tratando de perjudicarlo.

Por un instante, es como si una quietud inusual ocupase el restaurante. Como si cuanto estuviese ocurriendo a nuestro alrededor cesara en deferencia hacia nosotros. Las imágenes están ahí: los dos agentes de policía en casa, el espacio vacío que tendrían que haber ocupado sus medicamentos para el corazón. La agenda. La puerta del sótano abierta.

—No me lo puedo creer —digo, más para mí que para él—. No tiene ni pies ni cabeza.

Por otra parte, también estaba el accidente con la bicicleta, el de marzo, el que Gundersen había mencionado. ¿Y acaso es práctica normal hacerle la autopsia a alguien que muere por problemas del corazón?

—Ya —dice Edvard—. También yo le hice un comentario por el estilo. Y le pregunté qué le podía llevar a pensar eso. Erling me contó que había sufrido un par de accidentes. De hecho, él pensaba que habían sido intentos de asesinato.

Alguien había cortado el cable de los frenos de la bici, le confesó a Edvard, pero habían ocurrido otras cosas. Una mala conexión a tierra del flexo de su escritorio lo habría electrocutado de no ser porque saltó el fusible de seguridad. Luego examinó el enchufe del flexo y le pareció que habían estado toqueteando los cables.

—Erling era consciente de lo descabellado que sonaba aquello —dice Edvard—. Me dijo: «Tú sabes que yo de paranoias más bien poco, Edvard, porque mi opinión sobre mi propia importancia es más bien modesta». En eso estuve de acuerdo con él, aunque sí que parecía algo paranoico.

Vuelve la vista hacia la ventana y de nuevo hacia mí. La gravedad le ha trasmutado el rostro. Se ve envejecido.

—Le pregunté si tenía idea de por qué, y sí la tenía. Entonces le pregunté si sospechaba de quién podía tratarse, y otra vez dijo que sí, que tenía sus recelos.

Durante un par de segundos me siento suspendida en el aire, sin suelo bajo mis pies, sin nada que me sujete.

—¿Quién? —pregunté de inmediato y con dureza.

Inspira hondo. Retiene el aire un momento y luego lo suelta en una larga exhalación.

—No lo dijo. No estaba del todo seguro, por eso no quiso decir nombres. Me dijo: «No es una afirmación que pueda hacerse a la ligera. Hay que estar seguro». Pero de lo que estaba convencido era de que lo iba a averiguar. Antes de nuestra cita de mayo sabría más. —Deja escapar un suspiro—. Como te puedes imaginar, le dije que se pusiera en contacto con la policía si de verdad pensaba que alguien lo quería ver muerto. Le dije también que al menos tendría que contarme de quién sospechaba. Hasta le dije que podría resultar peligroso guardarse sus sospechas para él. Pero él creía haber encontrado la manera de neutralizar a esa persona. Así las cosas, ¿qué podía hacer yo? Le dije que siempre podría acudir a mí en caso de necesitar ayuda, y le prometí que cuidaría de ti si, contra sus expectativas, algo malo le sucedía. Y ha sucedido. Y, Evy, cuando me enteré de que había muerto, apenas dos semanas después de que me contara todo aquello, pensé que debería haberle insistido hasta que me dijera de quién temía una agresión.

Hay dolor en su expresión, y tiene los hombros vencidos, como si cargara físicamente el peso de la culpa.

—La policía vino a verme —le digo, y siento mi voz lejana, como si repitiera algo que me hubiera sucedido en un sueño—. Llamaron a la puerta un par de días antes del funeral para decirme que no se le habían detectado rastros de su medicación en el cuerpo. Tampoco estaban en su lugar las cajas y frascos de medicamentos. Hemos buscado por todas partes. Y otras cosas han desaparecido de la casa. Su bicicleta. Su agenda.

Y la puerta del sótano estaba entreabierta. Pero eso no lo menciono. Parpadeo como para borrar la idea.

Había salido en la bici para dirigirse a la oficina de Agentes Verdes. Sería unos dos meses antes de su muerte. Al cabo de solo diez minutos estaba de regreso, y al oírlo entrar le pregunté: «¿Ya estás aquí?». Lo oí subir las escaleras, y para cuando salí del dormitorio estaba ya en el baño, quitándose los pantalones. Por la pantorrilla le bajaba un grueso cordón de sangre oscura que se le pegaba a los pelos de la pierna. También le sangraba la cara, y un hilo de sangre le cruzaba la mejilla hasta la cinta que le sujetaba el casco de la bici. Manchas rojas iban apareciendo en una de las mangas de la camisa.

—¡Santo Dios! —exclamé—. ¿Qué te ha pasado?

—Me he caído —dijo entre dientes mientras se examinaba la herida en la rodilla—. Los frenos de la bici no han funcionado. Por suerte me he dado cuenta antes de llegar a Husebybakken, de modo que muy rápido no iba. Solo he chocado con la cerca de los Berger. Pero me he dado un buen golpe.

Sacó de su envoltorio una bola de algodón y con gestos lentos se secó la sangre de la cara. Se inspeccionó el corte frente al espejo. No parecía profundo, pero él palideció. Le temblaba la mano con que sujetaba la bolita blanca.

Me detuve a observarlo. Allí estaba, en calzoncillos blancos y camisa ensangrentada. El miedo lo había vuelto menudo, vulnerable. Y pensé: «Así se empieza. Primero, no podrá conservar el equilibrio en la bicicleta. A continuación, se le hará complicado dar con el tren correcto y, si lo pilla, no pasarse de estación. Y luego cada vez tendrá más problemas al volante». Y yo no quería pensar en eso. Regresé, pues, a mi cuarto, y lo dejé allí, solo.

A bordo de su coche, de regreso a casa, le cuento a Edvard el episodio del accidente con la bici. También le hablo de la desaparición de los

frascos y cajas de medicamentos, todos ellos con etiquetas con el nombre y la posología. Han estado en esa parte del armario desde hace ya dos años. No sé cuántas veces habré leído esas etiquetas.

Una de las primeras noches posteriores a Aquel Día, fui al armario y observé los frascos y las cajas. Los nombres: metoprolol, digoxina, etcétera. «Erling Krogh, una al día. Por tratamiento prescrito.»

En aquellos días no tenía yo la cabeza en su sitio; tampoco la acusación había acabado de fraguar en mi mente; estaba en camino, pero sin todas las piezas. Esa doctora treintañera tan fabulosa, tan competente, a decir de Erling, tan con los pies en la tierra y tan honesta: tan *razonable*. Esa nos falló. Ella le había prescrito una solución, y sin embargo Erling se vino al suelo presa de un ataque al corazón mientras rodaba en bicicleta. No pensé «ha sido culpa suya». Pero el pensamiento no andaba lejos. Así estuve, mirando las cajas y los frascos. Eso fue hace solo un par de días, y estaban ahí.

Cuando vamos acercándonos a Montebello, el cielo se ha cubierto de nubes. Hacía tan bueno hace solo un momento, con un tono dorado esparcido por la playa y el fiordo, pero ahora se han apagado los colores; la ciudad se ha puesto gris. Antes de apearme, le pregunto a Edvard:

—¿Querrás quedar conmigo alguna otra vez?

El despacho de Erling está situado en una parte de la casa donde nunca da el sol de plano, y ahora, ya de tarde y con la puerta de doble hoja cerrada, reina la penumbra. Me detengo a la entrada y miro adentro. Me acuerdo de lo que sentí el pasado viernes, que faltaba algo. En aquel momento me dije que era por la ausencia de Erling. Ahora sé más.

¿Temía Erling por su vida? ¿De veras pensaba que alguien quería acabar con él? ¿Sospechaba de alguien en particular? Había quedado en verse con Edvard de nuevo dentro de una semana, y en aquel momento confiaba en que para entonces habría disipado sus dudas. ¿Qué debía de haber ocurrido entretanto? ¿Tenía previsto encontrarse con la persona de quien sospechaba?

Erling apuntaba cada uno de sus compromisos. Si tenía una cita acordada, la anotaba aplicadamente en su ahora desaparecida agenda.

VEINTICINCO DÍAS DESPUÉS

La mesa del comedor está puesta para la cena. Me detengo junto a la silla que ocuparé. Levanto el borde del mantel y dejo que mis dedos acaricien lo que he sujetado bajo el tablero de la mesa. Mi móvil descansa a un lado de mi plato. El mensaje está ya escrito; me basta con pulsar el botón de envío. Pero he de hacerlo en el instante justo. Todo depende de que todo suceda exactamente en su momento y lugar.

Si cierro la puerta de doble hoja, el olor a humo es menos penetrante. También me llega aquí en el comedor, pero con la puerta cerrada no apabulla los sentidos como lo hace a la puerta del despacho.

Cuando recuperé el control de mi casa, los bomberos me desaconsejaron que siguiera viviendo en ella. Es una casa antigua, y esas suelen ser más seguras, pero de igual forma ellos estaban obligados a decirme que las paredes aún podían encerrar gases del incendio. El que me dejó entrar me preguntó si no sería mejor que me alojara en un hotel. El seguro suele cubrir esos gastos, dijo. Pero no quise hacerlo. Tenía un plan.

Durante la entrevista con la policía yo no era yo. Sentada allí, ajustándome el jersey prestado y manoseando un pliegue en la tela de aquellos incómodos pantalones. Los oía hablar como si me relataran una historia desagradable que tenía que ver con otra persona. Y traté de aparentar que valoraba la situación por lo que era, aunque no lograba entender qué tenía que ver aquello con mi vida. Mientras los bomberos estudiaban el itinerario del fuego, mi cabeza empezó a rumiar pequeños y llamativos detalles. Como el hecho de que la ventana estuviese abierta, cuando yo sabía a ciencia cierta que no la había abierto. O que no hubiera pilas en los detectores de humo en el despacho, ni en la entrada ni en el pasillo de arriba, cuando Erling nunca habría quitado las pilas de no ser para cambiarlas por otras

nuevas.

Presté atención a lo que me decía el bombero. Me encontraba mucho más tranquila de lo que hubiera podido esperarse. Pero es que lo que tenía que hacer empezaba a germinar en mi mente.

CUARENTA Y CINCO AÑOS ANTES

Eran las cuatro y tendría que haber estado en la cama durmiendo. En cambio, me hallaba sentada en el antepecho de la ventana, contando los coches que circulaban por Røaveien. No eran muchos, era muy pronto, pero de vez en cuando se oía el motor de alguno que pasaba, y me ponía a pensar en quién iría en ese coche, adónde se dirigiría. El vestido de boda colgaba de la puerta del armario. Cada vez que lo miraba veía los duros capullos de lilas en sus arbustos en la entrada de la escuela de pedagogía y magisterio, y la puerta de doble hoja de la casa de Montebello.

La primera vez que vine a esta casa me detuve en el camino de acceso para mirar la empinada cuesta que conducía a la puerta de entrada. La casa era grande sin ser ostentosa. Las paredes exteriores estaban pintadas de negro y la edificación se hallaba rodeada de pinos que le quitaban sol. Era bonita. Es lo que madre habría dicho. Pero el montículo sobre el que se alzaba era empinado y largo. Erling ya estaba a medio camino y se volvió para llamarme.

Franqueada la puerta de entrada, se abría un pequeño recibidor donde se colgaban los abrigos. Y el espacio siguiente era lo que se llamaba el vestíbulo, un nombre que conocía solo de los libros, y estaba yo alerta y nerviosa. En el vestíbulo había tres puertas. Una se abría a la cocina, el territorio de la señora Krogh, donde en ocasiones se me concedía audiencia para que pudiera ayudar. La otra era la puerta de doble hoja, de madera maciza, que conducía a las habitaciones de la familia. En casa de mis padres, Erling y yo pasábamos el rato en mi habitación, poniendo discos y besándonos, pero aquí yo no podía ni asomarme a la suya, y en todas y cada una de mis visitas esa puerta permaneció siempre cerrada.

La tercera puerta daba al salón. En el momento en que entramos, el reloj de pie dio la hora con un rugido que resonó en toda la casa.

—Vaya, vaya —dijo el señor Krogh—. Habéis venido pronto.

La petición de mano de Erling fue de lo más prosaica, como podía esperarse de alguien como él. Estábamos sentados en el exiguo balcón de su cuarto de estudiante. Yo había puesto un disco de Joan Báez en el tocadiscos portátil, y Erling me dijo que le gustaría que me pudiese quedar a pasar la noche. «A mi madre no le haría ninguna gracia», dije yo, arrastrando las vocales en imitación de su acento del sur. «Yo no te he educado así.»

—Si estuviésemos casados, te podrías quedar —dijo Erling—. Te podrías quedar para siempre, Evy.

Aquello me hizo reír. Pero aquella noche, al volver a casa, empecé a acariciar la idea. Un anillo en el dedo. Un apellido nuevo. Las llaves de un bonito apartamento y, en la puerta, una placa con el apellido Krogh. Eran muchas las cosas que venían con ese apellido. Dinero, consideración. Pero aquello no era lo más importante. Lo bueno era que significaba hacerme adulta. De mí se diría que me había montado bien la vida. Y dado que lo más probable era que acabásemos juntos, ¿por qué no hacerlo ya?

La fecha escogida fue para principios de mayo, de modo que volviésemos de la luna de miel antes de los exámenes. A decir verdad, no quise opinar sobre la fiesta ni sobre el vestido de boda, pero sí que insistí en un ramo de las lilas de las que florecían a las puertas de la escuela de pedagogía. La floración del año anterior había sido extraordinaria. Una explosión de malva. El aroma había invadido las aulas, y era tan intenso y perfumado que costaba imaginar que no fuera artificial, y sin embargo era natural. «Así es como la naturaleza supera a los humanos», pensé entonces, y me parecía hermoso. Y había en ello algo que daba un poco de miedo también.

Las lilas florecen en mayo. A veces un poco antes, y ocasionalmente después. Depende de cosas que escapan a nuestro control, pero en eso no pensé hasta que fue demasiado tarde. Puede que ese fuera el problema. Compramos el vestido. Era de corte sencillo y líneas claras. Mi padre llevaba las cuentas. ¿Cuánto iba a costar la boda? La costumbre dictaba que pagaban los padres de la novia, y Erling era hijo de un hombre de enjundia. Los Krogh invitaron a mis

padres a comer un domingo. Allí manifestaron su deseo de que fuera algo sencillo.

—Hoy en día hay jóvenes que organizan su boda como si fuesen de la Casa Real —dijo mi futuro suegro—. A mí me parece tan de mal gusto como extravagante.

—Así es —convino su mujer—. Es de una vulgaridad tremenda. Nos alegra mucho que Evy sea una chica razonable y de una buena familia.

Eché una rápida ojeada a mi madre, que no cabía en sí de orgullo. Mi padre sonreía, aliviado. Al margen del dinero y de su posición social, la familia Krogh llevaba una vida sobria. Su hogar presentaba una decoración sensata, desprovista de indicios de un lujo exagerado. Al principio pensé que eso le daba un carácter especial a la casa de Montebello, pero después no me pareció que fuese necesariamente así. Allí cada cosa tenía una historia, y con esto me refiero a todas y cada una de las cosas, desde los cuencos para la sopa hasta los jarrones para las flores. En casa de mis padres solo había cosas que se usaban. Y eso que todavía no había franqueado la puerta de doble hoja.

En abril hizo frío. Los capullos de lila eran aún unos bultos duros. Empecé a considerar que se trataba de señales. Si las lilas florecían antes de la boda, querría decir que la decisión de casarse era acertada; de lo contrario, sería un indicio de mal augurio.

El vestido de novia colgaba de la puerta del armario y me miraba condescendiente. Sentada allí en el alféizar de la ventana, sentía los latidos en mis venas. «Uno, dos, tres, cuatro.» Todo va a salir bien. «Uno, dos, tres, cuatro.» A fin de cuentas, soy una futura esposa, y me estoy casando bien. «Uno, dos, tres, cuatro.» «Pero, pero, pero...» Salí sigilosa de mi habitación al pasillo, y de puntillas bajé las escaleras alfombradas. En el espejo encima de la mesa del teléfono me miré la cara, los ojos muy abiertos, las mejillas encendidas, como las de un niño con fiebre. Vi mis dedos pálidos y sudorosos mientras marcaba el número. Empezó a sonar y traté de controlar la respiración. Jadeaba como si hubiera estado corriendo. Era noche cerrada. No respondió

nadie. Lo dejé sonar, y cuando cesaron los timbrazos volví a marcar el número.

—¿Diga? —se oyó decir a una voz adormilada.

—Synne —susurré—. ¡Las lilas!

—¿Evy?

—Las lilas siguen sin florecer.

Se oía un ruido sibilante en la conexión.

—No han florecido —dijo— porque aún es muy pronto, como te he dicho ya muchas veces.

Asentí con la cabeza. Me quedé escuchando el silbido en la línea, los ruidos del mundo exterior.

—Temo estar a punto de hacer algo estúpido.

—¿No te quieres casar?

Mi reflejo en el espejo daba una imagen hueca. Mi rostro parecía una máscara.

—No lo sé —contesté.

Sentí como si todo cuanto había sido, todo lo que sabía cierto y verdadero, fuesen naipes en mis manos. Cartas que pudieran mezclarse, barajarse y repartirse de nuevo.

—Podríamos huir —dijo Synne—. Si quieres paso a buscarte. Cogemos mi coche y nos vamos a Estocolmo. Y nos quedamos allí unos días. Tengo algo de dinero. Podemos alojarnos en una pensión hasta que todo haya pasado.

Sentí el aire recorriéndome la garganta, y me percaté entonces de que sin duda había estado conteniendo la respiración. Synne había abandonado los estudios de secretariado y trabajaba de azafata en una línea aérea. Ganaba un sueldo y tenía un coche pequeño. Lo que me proponía era algo factible.

Y el compás de mis latidos. «Uno, dos, tres, cuatro.» Había pasado toda la noche así, sintiendo que había llegado la hora de la verdad. El anillo de compromiso, que tan bonito me había parecido en otoño; el nuevo apellido que pronto sería el mío: todas aquellas cosas sensatas y de adulta que tanto quería alcanzar mientras planeábamos la boda. Era como si los capullos de lila me lo preguntaran en tono de advertencia: ¿a qué estoy renunciando a cambio?

Y me vi quitándome el anillo de compromiso, estrecho, razonable; me vi metiéndolo en un sobre junto con una carta para

Erling. Y luego bajando de nuevo las escaleras, flotando como un espectro por la casa en que había crecido, y saliendo por la puerta de calle; cerrándola sin hacer ruido y corriendo hasta la cancela, donde me esperaría Synne en su escarabajo. Y entonces nos pondríamos en marcha y, al doblar la esquina, pisaría el acelerador y emprenderíamos el viaje.

¿Y después? Quién sabe. Podía pasar cualquier cosa. Podía huir para no volver jamás. Recorrer mundo; ir a Inglaterra, a España, a Estados Unidos. Conocer a un hombre alto, moreno, poderoso. Dueño de un coche grande y una casa frente al mar. También podía sufrir un accidente y acabar pobre, o muerta. Arrojada tal vez a una cuneta en cualquier lugar; o saltar de una gran altura, presa de la desesperación más absoluta. No lo sabía. Todo lo que escapaba al marco de una vida en la que llevara el apellido Krogh se presentaba impredecible y sin límites, como si el escarabajo de Synne fuese un bote que se precipitara hacia una catarata rugiente, mucho más grande y salvaje que el arroyuelo que surcaba el barrio en el que crecí y en el que me iba a casar.

Pero ya sabía que no emprendería ese viaje. Que saldría el sol y sería el día de mi boda. Que me pondría el vestido.

—Es un poco tarde ya para echarse atrás —dije al teléfono, con voz sorprendentemente tranquila. De modo que podía hablar con calma en medio de tanto jadeo—. ¿Qué haría entonces con todos los regalos? —continué—. No. Ahora que he llegado hasta aquí, más vale seguir adelante. Tampoco quiero perder a Erling.

Se abrió un compás de silencio en el que solo se oía el zumbido de la conexión. Luego Synne dijo:

—Tal vez sea lo mejor. Y, ahora que lo pienso, mañana trabajo.

Horas después fue ella quien llamó.

—¡Tenemos lilas! —gritó al teléfono—. Mi prima viene de Tønsberg a verme, y en su jardín están floreciendo. Son blancas, eso sí. Espero que no importe.

—Gracias, gracias, Synne —grité yo también. Y pensé: «Esta es la señal que esperaba».

Sin embargo, mientras me vestía las dudas me asaltaron de nuevo. Las lilas de la entrada de la escuela eran de color púrpura. ¿Y

no eran precisamente esas lilas las que yo quería, las de ese arbusto?

Pero yo era demasiado razonable para creer en augurios. Y si quería uno, ya lo tenía: iba a avanzar por el pasillo de la nave central con un ramo de lilas en los brazos. Así que me puse el vestido de novia; mi madre me subió la cremallera, y me llevaron a la iglesia de Ullern, donde me casé con Erling Krogh.

ONCE DÍAS DESPUÉS

Olav vino de visita pocos días después de la muerte de Erling. Había venido con Bridget, y Bård estaba aquí cuando llegaron, así como también algunos vecinos que se habían acercado a acompañarme. Era demasiada gente. Supongo que se esperaba de mí que actuara como anfitriona, o quizá solo yo lo sentía así. Hice café. Saqué de su envoltorio los dulces que habían traído y los presenté en bandejas. Las manos me temblaban sin parar; de eso me acuerdo. Son esos los recuerdos que persisten: el temblor de mis manos, que me metía en los bolsillos o recogía en el regazo para disimular. Las pantuflas de Erling, con las que no sé qué hacer. Olav y Bård fuera en la terraza, hablando. Olav se gira y me mira a los ojos. Creo que es Bård el que habla, pero yo estoy dentro y ellos fuera, y no alcanzo a oír lo que se dicen.

Poco después nos encontramos en la entrada. Los vecinos se habían marchado. Estábamos solo nosotros. Olav apoyó una manaza en la cómoda. Tiene los dedos gruesos como salchichas. Por alguna razón, la puerta de doble hoja estaba abierta, y se veían el despacho y las escaleras, y recuerdo que aquello me dio algo de apuro. Pero no fui a cerrarla. Habría parecido un gesto brusco. Fui en cambio a la cocina a poner bollitos de canela en cajas para que se los llevaran. Ellos siguieron allí a la entrada, junto a la puerta abierta. Bridget, Olav, Bård.

Pero eso no quiere decir nada. Cualquier otro podría haberse llevado la agenda. El día anterior habían estado Hanne y su familia, y pocas horas antes había pasado Silje. Al día siguiente vino Kyrre Jonassen y, sí, también estuvo Synne. Puede que incluso Edvard hubiera estado en casa. Quién sabe si fue él mismo quien trajo el ramo de flores. Puede que la puerta de entrada no estuviese cerrada con llave.

Antes de irse, Olav le dijo a Bård que iba a buscar algo en sus archivos y que lo llamaría. Bård le dio las gracias. No me dijo qué era lo que Olav quería verificar. Claro que podía ser cualquier cosa, no

necesariamente algo que tuviera que ver con Erling. Tampoco pregunté.

He estado metiendo bolsas de la compra en el coche, y cuando salgo del aparcamiento junto a la tienda de Sørkedalsveien conduzco en dirección opuesta a la casa. No tengo ganas de ir a casa. No tengo planes para hoy. Que yo recuerde, ninguno de mis hijos ha anunciado que vaya a venir visita. Y no me apetece volver a esa casa solitaria en la colina.

Además, esa casa nunca llegó a ser de verdad mía. Aún está llena de cosas de la familia Krogh, sus costumbres, su reloj de pie. Y no quiero ver el despacho, ni ese sótano rústico que todo lo atrae.

Así que continúo conduciendo. Subo por una calle; bajo por la siguiente. Recorro Røa, el territorio de mi infancia, ahora irreconocible, con sus altos edificios de apartamentos con ventanales y terrazas; agencias de propiedad inmobiliaria y cafés que sirven bebidas en vasos de cartón. Paso por delante de la casa donde crecimos Olav y yo. Donde Erling solía merodear cerca de mi habitación. Hoy es una casa diferente. Le han hecho una importante ampliación.

Olav y Erling eran amigos, ¿no es así? Sin embargo, salvo por aquella comida del domingo de Pascua, hace mucho tiempo que Olav y su mujer no vienen de visita, y también hace mucho que no vamos nosotros a verlos. Esas cosas suceden sin que haya tenido que pasar nada malo. Puede que la obstinación y mojigatería de Erling hubieran terminado por molestar a Olav, con su tendencia al consumismo: siempre con coche nuevo, nuevos accesorios de deporte y sus viajes al extranjero. Con los años, la gente cambia; toma rumbos distintos. Se pierden las cosas en común y empiezan a faltar los temas de conversación. Pero la familia es otra cosa. Son muchos años de contacto estrecho. Son lazos que unen, ¿no?

Rebaso el límite de la ciudad y entro en Bærum por carreteras que me son cada vez menos familiares. No sé adónde me dirijo, o tal vez sí. Cuando llego a Asker, creo que caigo en la cuenta de lo que me ha traído aquí, porque de pronto me siento incómoda, con un desasosiego en el estómago. Pero me digo que me hará bien seguir conduciendo, ver cosas nuevas. Solo cuando estoy tan cerca que me

bastan cinco minutos para llegar a su casa me digo: «¿Me animo a hacer esto? ¿Me acerco a casa de Olav a ver si está y tenemos esa conversación?».

La casa era nueva cuando la compraron. Es enorme, casi rayana en lo ostentoso; hasta tiene verdaderas columnas que anteceden la puerta de entrada. Junto a la puerta hay un cartel que dice «Equilibrio Bienestar» y que han plantado en la tierra de un tiesto. Una flecha pintada en el cartel apunta hacia la entrada del sótano, donde Bridget atiende su consulta. Miro hacia allí, pero se ve todo apagado. Debe de haber salido. En cambio, el coche de Olav está en el camino de acceso. Llamo al timbre y oigo el acogedor sonido.

Su rostro me mira casi sin expresión, y durante un instante se queda ahí, con la boca entreabierta y sus voluminosos mofletes colgando flácidos bajo unos ojos vacíos. Y de pronto, como si despertara de un sueño, los músculos de su rostro se activan y le estiran la boca en una amplia sonrisa. Algo cobra vida en su mirada, y al fin dice:

—Hola, pequeña. Esto sí que es una sorpresa.

Y me envuelve en un abrazo de oso. Me precede hacia la cocina, hablando mientras camina. Se alegra mucho de verme. Lástima que no le hubiese avisado antes. Así dispondría de más tiempo.

La encimera de la cocina hace las veces de barra de bar, con dos altos taburetes delante. Uno de ellos está algo retirado y tiene delante un plato con un bocadillo a medio comer. Olav se sienta en ese y lo hace crujir bajo su peso. Yo me acomodo en el otro.

—¿Dónde anda Bridget? —pregunto.

—Ah —dice Olav—. Estará fuera. Quiero decir, creo que ha salido a comer con unas señoras en Asker. Hoy es jueves, ¿no?

Tiene hombros abultados. Con los años se ha puesto muy grande. Siempre había sido fornido. Una vez casado había engordado algo, pero en los últimos cinco o diez años ha alcanzado claramente el sobrepeso. Hago un poco de memoria y pienso que empezó a engordar cuando las hijas se independizaron y se quedaron Bridget y él solos en la casa. Bridget no para de adelgazar. Cuando los veo juntos me suelo preguntar cómo serán sus cenas.

—¿Cómo te encuentras, pequeña? —me pregunta.

—No lo sé muy bien —digo—. Lo echo de menos. Eso es mi vida ahora: un vacío.

Aunque soy incapaz de calibrar el peso del sentimiento. Sé que el dolor está ahí, pero lo rodeo de puntillas, pensando que si no lo remuevo me dejará en paz.

—La verdad es que no me lo puedo imaginar —confiesa Olav—. Si a Bridget le pasara algo así, de esa manera...

Mi hermano, el que conoce a todo el mundo, el que le cae bien a todos. ¿Cuántos amigos le quedan? Los que lo acompañan en sus vacaciones de esquí y en las de verano en la Riviera suelen ser contactos de negocios.

—Gracias por haber llevado a madre al funeral —le digo.

—Es lo menos que podía hacer —repone—. Pero está empeorando. A menudo se la ve confundida. Como cuando salimos de la iglesia. Espero que no te lo tomaras a mal.

Su móvil descansa junto al plato, y le dirige una o dos ojeadas antes de volver a mirarme.

—Olav —digo—. ¿Es cierto que Erling cambió de abogado?

La amistosa sonrisa se desvanece al instante y de nuevo me mira con ojos apagados. Siento un nudo en el estómago. No lo reconozco así. Se ha convertido en un extraño.

—¿Cómo te has enterado? —pregunta.

—Me llamó —digo—. El nuevo abogado. Por la voz parecía joven.

Olav se rasca la cabeza. Se ve que está pensando. Luego recupera la compostura.

—Me he estado preguntando si debía hablarte de eso, pequeña. A efectos legales no es correcto, pero como tú estabas presente cuando dictó sus anteriores voluntades, podría haberme salido con la mía. Pero luego me lo pensé otra vez. Y no sé. Uno no debe meterse en lo que la gente hace con su vida matrimonial, ¿no?

—¿Qué pone en el nuevo testamento, Olav?

Lo he dicho con un hilo de voz, asustada. No estoy segura de querer saber esto. Para nada.

—No lo sé —dice, y da un manotazo al aire—. No sé nada de eso. Fue hace cosa de un mes. Miento, menos de un mes. Hace un par de

semanas. Justo después de Semana Santa. Erling me llamó para decirme que estaba consultando a otro abogado.

—¿Y tú qué le dijiste?

—¿Qué le iba a decir? Le pregunté por qué, claro, pero solo dijo que había decidido que era mejor trabajar con alguien que no fuera de la familia.

Juguetea con las migas de pan en el plato. Las mira y arruga la nariz. «¿Hasta qué punto conozco a mi hermano?», me pregunto. Ahora, a sus sesenta y ocho años. ¿De qué habló con Bård en la terraza pocos días después de la muerte de Erling? ¿Qué sería lo que Olav iba a verificar en sus archivos a petición de Bård?

—Hablaba con una voz apagada. Distante —dice Olav—. Tampoco es que me estuviera dando precisamente buenas noticias. De hecho, estaba apartándome. Al menos podía haberme dado una razón. Al fin y al cabo, somos cuñados.

Me mira y sonríe. Y hay algo de desagrado en esa sonrisa.

—Y puede que le resultara de verdad desagradable. Erling no es el campeón de la diplomacia. No lo era, quiero decir. —Olav deja escapar un suspiro—. Esto debe de ser muy duro para ti, Evy.

Su mano busca la mía y me entra un escalofrío. No quiero que me toque. Él no parece darse cuenta y me coge la mano y la aprieta con firmeza.

—Tendría que haberte dicho algo. Al menos a su muerte. No deberías haberte enterado de esta manera.

—¿Te acuerdas de Edvard Weimer? —le pregunto.

Él me suelta la mano.

—Sí.

—¿Has hablado con él?

—Brevemente. En el funeral.

Lo noto receloso, me parece. Como inseguro.

—Edvard me dijo que Erling pensaba que alguien quería hacerle daño.

Olav se vuelve a mirarme. Veo en sus ojos que evalúa la situación. Puede que en los míos se vea lo mismo. Es como si nos estuviésemos calibrando el uno al otro. Lo único que se oye es el zumbido de la nevera del vino.

—Te diré —dice Olav, ahora con aplomo— que siempre vi en

Edvard algo un poco raro. Como si ocultara algo. La verdad es que no sé cómo describirlo. Como si no fuera del todo de fiar.

Me muevo en mi taburete. No tendría que haber mencionado a Edvard.

—Me parece incomprensible que Erling no me hablase del nuevo abogado —digo para dejar atrás el tema Edvard.

Y algo cambia en la mirada de Olav.

—¿Estás segura de que no lo hizo?

—Si me lo dijo, no lo recuerdo —replico—. ¿En qué estabas pensando justo ahora?

Olav se encoge de hombros.

—Pues no sé. En que a lo mejor no estabas prestándole atención.

¿De qué hablaron Olav y Erling en aquella comida de domingo de Pascua? Aún los veo. Estaban de pie en la terraza. Olav hablaba. Erling escuchaba con el ceño fruncido. Yo no dejaba de ir y venir, ocupándome de la comida y sin prestar atención a lo que se decía. Olav hablaba con voz fuerte, resonante; una voz que lo ocupaba todo. Debí de oírlo. Erling lo escuchaba con expresión escéptica y dijo muy poco. Después de aquello llamó a Olav y lo despidió.

Pero si sospechaba que alguien le quería hacer daño, pienso mientras maniobro para salir de los estrechos caminos del barrio residencial en que vive Olav. Qué digo daño, si sospechaba que alguien quería quitarle la vida, o si alguien lo hubiera intentado, sin duda me lo habría dicho. Conduzco con los labios apretados, buscando la salida a la carretera nacional. Erling no era de andarse con secretos ni misterios. Era sincero. Decía lo que pensaba. ¿De verdad vivía entre el miedo y la duda, conmigo a su lado, sin decirme nada?

El día en que limpió el despacho tuvo que haber sido una semana después de la comida de Pascua. Como mucho dos, porque recuerdo que los narcisos seguían en la mesa. Yo estaba poniéndoles agua en el jarrón cuando oí un ruido grande, como de conmoción, más allá de la puerta de doble hoja. Erling estaba inclinado sobre el escritorio del despacho. Llevaba guantes de lavar los platos y una bufanda con la que se cubría nariz y boca. A su lado había un barreño con agua y toda una colección de frascos con pulverizador llenos de productos de limpieza. En una mano sujetaba un trapo que goteaba una mezcla de agua y jabón, y con él frotaba la superficie del escritorio con gestos lentos, cuidadosos. A su espalda estaba la escoba, que fue tal vez con lo que hizo tanto ruido.

Me quedé en la puerta, observándolo. El pantalón caqui estaba ajado en las rodillas y los bolsillos, y se había estirado los guantes

para que le cubrieran bien los puños de la camisa. La bufanda lo hacía parecer un malhechor de historieta. Le pregunté qué hacía. Me miró y dijo que estaba limpiando. No resultaba fácil verle la expresión, enmascarado como estaba con su bufanda de forajido. A su lado había una papelera, y vi que del borde asomaba la punta del teclado de su ordenador.

—Ya limpié yo el martes —repliqué, pero él se encogió de hombros y dijo que quería probar a hacerlo él.

Lo sentí en el estómago. Siempre he sido yo la que limpia la casa. Es cierto que últimamente he sido menos diligente que cuando era más joven. Con todo, hay otras maneras de decir que no estás satisfecho con el resultado. Di un paso al frente.

—¡No entres! —dijo gritando, como si algo lo asustara.

—No está tan sucio —repuse.

Aquel día habíamos estado tomando el café en la mesa de la cocina. Hablábamos. Supongo que hablábamos. Sin duda hablábamos. A ver. Él leía el periódico, como solía hacer. Y entonces dijo algo. Me contó alguna cosa. Pero ¿el qué? ¿Por qué no puedo acordarme?

Erling nunca habló de Edvard. Y dado que su agenda ha desaparecido, no tengo manera de verificar si se vieron en abril, como dice Edvard. Tampoco puedo comprobar cuándo se reunió con su nuevo abogado, si fue antes o después de la comida de Pascua, si fue antes o después de que le contara a Edvard que tenía miedo.

¿Fue Erling asesinado? ¿Le sustrajo alguien sus medicamentos para sustituirlos por pastillas azucaradas, o por algo dañino? Lo veo fuera, ajustándose el casco de la bicicleta. «Estaré de vuelta a eso de las tres.» O aquella misma mañana, sentados a la mesa de la cocina. ¿De qué hablamos? ¿Cómo es que solo veo un vacío absoluto?

AQUELLA MAÑANA

Me despierto tarde. Cuando bajo a la cocina, el café no está ya en la cafetera sino en el termo agrietado. Siento la cabeza embotada. Busco en el armario de las tazas hasta que doy con la que quiero. Me siento a la mesa de la cocina y miro hacia el camino de acceso. Casi no queda gravilla. Habría que poner más. Qué pensarán los vecinos, me digo. Alguna idea deben de hacerse al respecto.

Fuera oigo el crujido de la grava. Erling entra a pie. Miro su larga figura, con el cuello algo ladeado. Siempre camina así, como si fuera a pasar por una puerta demasiado baja para su estatura. Lleva un periódico en la mano. Me saluda con un gesto de la cabeza y dejo de verlo. Poco después oigo el ruido de la puerta. Camina sin detenerse hasta el armario y saca una taza decorada con una franja de flores. La examina con detenimiento. Eso me irrita. ¿Qué pasa? ¿Que no está bien lavada? Igual que con la limpieza de su despacho, lo interpreto como una crítica.

Entonces se sienta frente a mí. Vierte café en la taza minuciosamente examinada. Despliega el periódico. Frunce el ceño. Lee los titulares. Dice entre dientes algo relativo a alguna cosa que le desagrada; algo que tiene que ver con Agentes Verdes. Me digo: «Hoy le iría bien quedarse a arreglar el jardín». Erling suelta un suspiro prolongado. Tiene que ver con alguna irregularidad de la que debe ocuparse.

—Es un embrollo —dice, frunciendo sus cejas oscuras—. Pero por suerte solo para mí. Creo que he dado con una solución. Cuando vuelva a casa, habrá quedado resuelto.

—Ah, ¿sí? —contesto.

No le estoy prestando atención, si he de ser sincera. Estoy pensando sobre todo en el jardín. Si me pongo a deshierbar hoy, para cuando las plantas florezcan ya estará hecho.

DOCE DÍAS DESPUÉS

Miriam es de corta estatura y anchas caderas que balancea con aplomo mientras se acerca a mí. Tiene el cabello negro, rizado en bucles perfectos, y una sonrisa amplia y amistosa que se propaga a su presencia.

—Eres Evy, ¿verdad?

Por un instante creo que me va a abrazar, pero en cambio me da un apretón de manos muy cordial. Me guía más allá de unas mesas ante las que sus colegas se hallan sentados frente a sus ordenadores. Llevan auriculares en los oídos. Mientras caminamos va hablando animadamente de cosas de Erling, sin que parezca preocuparle que su cháchara pudiera molestar a los que se encuentran trabajando. Miro a mi alrededor. Hay una decena de mesas de oficina distribuidas por la sala, y contra el lado más corto de aquel espacio hay una cocina americana junto a la que dos jóvenes se encuentran en intenso conciliábulo. Me imagino lo que pensaría Erling de dos jóvenes colegas que conversan en voz alta de los planes que tienen para el fin de semana mientras él intenta trabajar.

—Aquí es —dice Miriam cuando alcanzamos una mesa situada al fondo de la sala.

—¿Era este su escritorio?

—No. Este es el mío. El suyo era aquel de allá. —Señala hacia una mesa junto a la pared. Lo ocupa una joven que mira la pantalla con concentración. Lleva gafas con montura de pasta y unos auriculares voluminosos—. Aquí están sus cosas —dice Miriam levantando una caja—. Las he recogido aquí.

La caja contiene una plantita. Un lirio. También hay papeles. Textos jurídicos y documentos de estrategia con anotaciones, rectángulos y flechas acompañados de notas y palabras como «posición ofensiva» y «orientado a futuro». En una de las hojas Erling ha escrito, por lo visto en desacuerdo con algo que dice el texto: «¡¡sino la base de la existencia!!». Con dos signos de exclamación.

Debía de sentirse violentamente irritado, me imagino.

Erling llevaba casi seis meses jubilado cuando falleció. Pero seguía acudiendo a Agentes Verdes cada semana, en ocasiones hasta dos veces por semana, y conservaba su puesto. Iba en bici. Pasaba allí unas horas y luego volvía a casa, pedaleando con esfuerzo cuesta arriba hasta Montebello.

—¿Cómo puede ser esto saludable para ti? —le preguntaba cuando volvía a casa resoplando, casi sin aliento.

—Me mantiene vivo —jadeaba—. Además, surte un efecto camaleón.

«Efecto camaleón.» Eso era una expresión de Agentes. Erling no habría dicho algo así. De modo que puede que en algo le hubieran influido. Quizá también él hubiera dejado su huella entre ellos. Era posible.

—¿Fue allí donde ocurrió el accidente? —pregunto señalando hacia la mesa que ocupa la chica de las gafas.

—¿Accidente?

—Sí. Algo que ocurrió con un flexo —digo—. Un cortocircuito, si mal no recuerdo.

—Ah. Eso. Sí, fue allí.

—¿Puedo echar un vistazo a su escritorio?

—Sí, claro.

Miriam me precede. Pide disculpas a la chica de las gafas, que asiente con gesto ausente y devuelve la vista hacia la irresistible pantalla. También yo echo un vistazo y veo que la ocupa un cuadro con números. Muy grande. Miro ahora a la chica. A juzgar por su expresión, no solo entiende los números que lo pueblan, sino que algo en ellos le resulta intensamente chocante. A su lado hay un flexo de lo más corriente.

—Antes tenía otro —dice Miriam—. Más antiguo. De metal. Se lo llevó la policía.

—¿La policía?

—Así es. Estuvieron aquí hace un par de días.

—¿Y qué dijeron?

Miriam alza los hombros.

—Poco. Hicieron preguntas sobre Erling y examinaron el escritorio.

Cojo aire. Erling le había dicho a Edvard que no era de

tendencias paranoicas. Que tenía una opinión muy modesta de su propia importancia.

—¿Qué fue lo que sucedió? —pregunto.

—Iba a cambiar la bombilla —dice Miriam—, y de pronto hizo «pop». Se fue la luz en toda la planta. Tuvo que venir el encargado a hacer no sé qué en el tablero de fusibles. Parece que el flexo tenía una conexión a tierra defectuosa. Por lo visto, el fusible salta automáticamente en esos casos, para evitar accidentes. Fue cosa de fácil arreglo. Al cabo de diez minutos todo estaba de nuevo en orden. Pero Erling se había quedado muy alterado. Pálido. Si el fusible no hubiera saltado, podría haberse electrocutado, decía. Para cambiar la bombilla sujetaba el flexo con ambas manos.

Miriam alza las cejas.

—Después de aquello, no paraba de mirar el flexo. Quitaba los tornillos de la base y cosas así. Más tarde vino a buscarme y me preguntó si alguien había estado en su escritorio, o si había venido alguien fuera de horas de oficina. Yo soy una especie de conserje, la que sabe quién ha estado aquí y cuándo.

Se echa a reír. Tiene una risa generosa, amistosa, incluyente. Ya me habría gustado reírme con ella, pero no puedo. Tengo la garganta reseca y siento el rostro rígido.

—¿Y qué le dijiste?

—Vaya. En esta oficina la gente viene y va. Esa semana nadie había preguntado por él ni había tocado sus cosas. Solo él mismo había venido ya de noche. Dos días antes.

—¿Erling?

—Sí. La máquina registra las entradas fuera del horario de oficina. Normalmente no debo dar esta información, pero me pareció bien decírselo a él. A fin de cuentas, había sido él. —Me sonríe.

Pongo la vista en el flexo nuevo. La chica de las gafas me mira, pero no dice nada.

Justo cuando voy a levantar la caja de cartón con sus cosas, veo su letra. «¡¡Sino la base de la existencia!!» Erling siempre ha escrito igual desde que lo conozco. Una caligrafía limpia y estirada hacia delante. Podría reconocer su letra en cualquier parte. Y de pronto siento una sacudida interior: nunca volverá a escribir nada. Esta letra era solo

suya, y todo cuanto queda de ella son estas notas sueltas; palabras al azar. Por un instante me encuentro abrumada por la idea. Busco aire y recupero la compostura, pero puede que Miriam lo haya notado. Me dirige una mirada llena de compasión.

Pero esa hoja despierta otra cosa en mí. Esa hoja con anotaciones al margen. Puede que Erling fuera un hombre de papel y pluma, pero los jóvenes de aquí llevan sin duda todas sus cosas en soporte digital.

—Me estaba preguntando una cosa —digo—. ¿Usáis algo como, no sé cómo decirlo, algún sistema para las reuniones?

Miriam se queda mirándome, y le explico:

—Un sistema digital o algo así, con el que lleváis registro de las reuniones, los planes y cosas del estilo.

—Sí que tenemos una agenda calendario —dice Miriam—, solo que Erling no era el usuario más frecuente, por decirlo de alguna manera.

—¿Podrías comprobar una cosa? Me interesa saber si tenía una cita prevista el día en que murió.

Miriam accede y toma asiento frente al ordenador. Siento que me late el pulso en la garganta. ¿Para qué lo pregunto, si en realidad no quiero saberlo? Ha sido solo por un impulso que me ha llevado a hacerlo sin pensar.

Mientras Miriam teclea, cierro los ojos y siento como si flotara a la deriva. No me corresponde a mí andar haciendo preguntas y pesquisas. La policía está haciendo su trabajo. Con eso debería bastar.

—Pues parece que lo usó —dice Miriam—. Pero aquí veo que... Hummm. Sí que es raro.

—¿Qué es lo raro? —pregunto, aún con los ojos cerrados.

—Mira esto —dice, y abro los ojos a mi pesar.

La pantalla del ordenador presenta un calendario con casillas en verde y en rosa. Todo muy organizado. En lo alto figura su nombre. Bajo el nombre aparece la semana, día por día. En Aquel Día hay dos casillas. «11.00: reunión estrategia; 13.00: asuntos propios.»

—Hay un sistema para asociar esta agenda con la de sus dispositivos personales —explica Miriam—, pero Erling no lo usaba.

Miriam hace clic en algo que hace palpitar la casilla rosa.

—No creo haberle visto nunca anotar algo así. «Asuntos propios» —dice.

Las dos nos acercamos a mirar. Había reservado hora y media.

Y aquella mañana, tal como me lo había dicho, «Estaré de vuelta a eso de las tres».

TRECE DÍAS DESPUÉS

Madre está sentada y no aparta la vista de la tele. Un partido de tenis. La silla es rojo profundo, y desde donde me hallo alcanzo a ver una almohadilla absorbente en el asiento. El blanco material clínico sobresale bajo sus hombros vencidos. Lleva una camisa por encima de una camiseta, y el pantalón gris que le compré el pasado otoño. También lleva un pañal para la incontinencia. En algunos puntos, el borde se asoma por debajo de la cintura. Me pone mala ver eso. Tiene el cabello muy corto y, sin embargo, despeinado. Y graso, además. Un par de mechones se le pegan a la frente. El olor en la sala es un poco agrio, huele a piel sucia, y puede que a orina.

—Hola —digo.

Lentamente aparta la vista del partido de tenis. Al verme, no dice nada; apenas alza la mano. Se gira de nuevo hacia la tele. Entro en la sala. Cojo la silla de plástico que encuentro junto a la puerta del aseo y la coloco junto a la suya.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

Dice algo entre dientes, con la vista pegada a la pantalla.

—Qué bien —respondo.

Se espera de mí que venga a menudo. Enfermeras, auxiliares de enfermería, el personal de asistencia. Lo dicen todos todo el tiempo: lo importantes que son mis visitas. No tengo ni idea de lo que se supone que debo hacer cuando estoy aquí. No se puede decir que charlemos, y me resulta difícil ver qué hay de importante en que pase el rato sentada a su lado mientras ella mira la tele. Lo valioso debe consistir en algún tipo de intercambio, si no de frases inteligibles, al menos de palabras, de sonidos. En una de las primeras consultas se nos explicó que, por mucho que la demencia robara el significado a multitud de rutinas, estas conservaban pese a todo su sentido. Aportaban seguridad; eran previsibles, comprensibles por reconocibles. De modo que, pese a todo, le doy conversación.

—Así que viendo un partido de tenis, ¿eh? —le digo con voz

incómodamente alegre y cantarina.

—No son más que pamplinas —rezonga sin apartar la vista de la pantalla.

—Anteayer estuve en casa de Olav —digo, a lo que ella no reacciona. Y añado—: Siguen viviendo en Asker, él y Bridget.

—Putón —masculla.

Los cambios en la personalidad forman parte de la patología, me dijo el primer médico que me pidió hablar a solas. Junto con la pérdida de la dignidad, eso es lo más duro. Mi madre siempre fue de lo más correcta. Jamás habría llamado «putón» a nadie.

—Hace bueno fuera.

En la pantalla, la pelota va y viene. No guardo ninguna relación con ese deporte; no conozco nada de sus reglas ni sus retos, pero siempre me ha gustado ver las tomas donde se ve al público, una enorme masa de gente que vuelve la cabeza al mismo tiempo, a un lado y a otro. Un gesto sincronizado, espontáneo y simultáneo.

—Y en casa está aquello muy vacío —sigo—. Ya sabes, desde la muerte de Erling.

Gira la cabeza. Me mira. Por un instante me ve de verdad, y en lo hondo de sus ojos grises algo se mueve.

—Ajo y agua —acaba por decir.

—Así es —respondo—. Ajo y agua. Así es. La verdad es que es una descripción muy acertada.

Sus cabellos son finísimos. Puedo verlos, sujetos al cuero cabelludo, y me compongo la imagen de cómo se vería si los perdiera todos. Tiene cien arrugas en torno a los ojos, pero la piel de sus mejillas se conserva lozana, y pese a la mugre gris del resto, porque hasta los labios y la lengua los tiene grises, sus mejillas guardan un brillo sonrosado.

A veces pienso que todo lo que tuvo mi madre, la luminosa juventud que demostró, aun siendo ya abuela, le ha sido arrebatado. Y, sin embargo, ahí está esa coloración de sus mejillas. Yo nunca las tuve así de rosadas, y lo he lamentado.

—Es... —dice—. Es... Es...

Busca las palabras. Aquella fue la primera señal, me acuerdo. Iba a decir una palabra del todo corriente, «cacerola», «manzana» o «árbol», pero no daba con ella. Los demás la rodeábamos, asintiendo y

sonriendo. Ayudándola. Animándola. Pero nuestra solicitud acabó por enojarla. Esa fue la segunda señal.

—Los chicos suelen venir de visita. Silje y Hanne, y Bård también. Y a veces también traen a tus bisnietos. ¿Te acuerdas de ellos, madre?

Farfulla algo por lo bajo. No sé si de verdad está tratando de decir algo.

—Los viste en el funeral —digo—. Y en la comida del domingo de Pascua en casa. ¿Te acuerdas de eso? Allí estaban todos mis nietos. Olav y Bridget también. Y Erling, claro. Fue antes de que muriera. En casa. En nuestra casa de Montebello. ¿Te acuerdas?

—Alguien salió —dice. Se gira hacia mí, y veo de nuevo el titilar escondido en lo hondo de sus ojos. Me mira fijamente, y en un destello de lucidez cae en la cuenta de quién soy. Y quiere algo de mí—. Por la puerta doble —continúa—, al despacho de Erling.

—¿A qué te refieres, madre?

Ella frunce el entrecejo, se la ve extraviada. No logra dar con ello.

—Había alguien... —empieza.

Se me acelera la respiración.

—¿Quién era, madre?

Renuncia a lo que quería decir. Me mira otra vez y dice con voz clara como el agua:

—Siempre opiné que nadie más tenía nada que hacer allí.

Duele este cambio repentino, el regreso a cuando era una persona funcional, que tenía opiniones que se podían entender y compartir, porque de pronto veo lo que he perdido. Pero en lo que dice hay algo más. Una semilla. Cojo en mis manos la suya, delgada y huesuda.

—¿Quién estuvo en el despacho de Erling, madre?

Me mira y veo que ha perdido lo que había encontrado en ese caótico enredo de conexiones neuronales. Su mirada es de incomprensión.

—No —dice con voz queda, casi para sí misma—. Eso no se hace.

—Madre —insisto—. ¿Quién entró al despacho de Erling?

—Supongo que ajo y agua de nuevo. No tiene importancia.

Estoy en el coche, respirando. Inspiro, retengo, espiro, retengo. Es una cosa que me enseñó Bridget a la vuelta de uno de los cursos a los que se apuntaba en Sandefjor. Concentrarse en la respiración. Parece una simpleza, y sin embargo algo ayuda. Alguien salió, pienso, por la puerta de doble hoja y entró en el despacho de Erling. De eso me acuerdo. Fue en la comida del domingo de Pascua. Ella estaba con nosotros, y la acompañé al porche lateral, donde estaban los demás.

¿Quién no estaba fuera en el porche? Bridget estaba, recuerdo, y creo que Lise estaba diciendo algo. Erling estaba también. ¿Y aparte de ellos? ¿Puedo asegurar que estábamos todos allí? ¿O acaso podía haber alguien al otro lado de la puerta doble, en el despacho?

Echo de menos a Erling. Es como un burbujeo ascendente, un peso en la garganta que me impide respirar, una presión en los ojos que me obliga a cerrarlos con fuerza. Echo de menos la seguridad que emanaba de él, su calma. Su figura alta, ligeramente echada hacia delante, su delgadez de joven. Lo echo de menos tal como era ahora, de cabello plateado y cejas oscuras. Echo de menos la forma de su cuerpo, el cuerpo que ha estado junto al mío casi cincuenta años, que ha capeado todas las tempestades.

Me sobresaltan los timbrazos del móvil. Me tiemblan las manos cuando lo pesco; inspirar, retener. Está en mi bolso. Lo cojo, pero mis manos no lo dominan y su pulida superficie se me escapa entre los dedos dos veces hasta que logro sacarlo de allí y ver el nombre de Edvard en la pantalla. Espirar. Retener.

—¿Hola? —respondo. Mi voz es casi solo aire.

—Hola, Evy —dice Edvard—. ¿Todo bien?

—No lo sé —susurro.

—¿Dónde estás?

Media hora más tarde estoy sentada frente a él en el bar biblioteca del hotel Bristol. Va vestido de traje, ya que ha venido directamente de su despacho, y hasta en mi miserable estado advierto que le favorece. Es de maneras suaves que le dan un aire profesional. Si hubiera quedado con él por algún pleito de leyes, ya sentarme ante él me habría tranquilizado.

Se ocupa primero de la comanda, y al ver que pide agua mineral, yo hago lo propio. El camarero se aleja, y Edvard dice:

—Bueno...

—Bueno... —repito yo.

Sonríe, y a mí me apetecería hablar de otra cosa. Quiero estar aquí sentada con él, en esta sala y rodeados de mesas, entre muchas voces bajas y muchos platos. Quiero arroparme con la idea de que estamos fuera del tiempo y el espacio, en nuestra cápsula privada.

—He estado en Agentes Verdes —digo en cambio—. Para recoger sus cosas, y le he echado un vistazo a su escritorio, donde estaba el flexo —explico—. El del cortocircuito. Por lo visto la policía pasó para llevárselo.

Le cuento que la tarjeta de acceso de Erling había sido utilizada para entrar pocos días antes del cortocircuito, y que tenía apuntada una cita personal el día de su muerte. Edvard asiente con la cabeza, pensativo, pero no me interrumpe hasta que le hablo del nuevo abogado.

—Eso es raro —dice Edvard—. ¿Sabía Olav algo sobre lo que decía el testamento?

—No. Nada de nada. ¿En qué estás pensando? —pregunto, de pronto alarmada—. ¿Te parece que tendría que estar preocupada?

Siento ese nudo en el estómago, el que me aprieta cada vez que pienso en ir a ver a Olav. ¿Quién es ese joven abogado que habla con avidez? ¿Qué mensaje tiene para nosotros?

—Tampoco yo sé lo que pone, pero dudo que tengas de qué

preocuparte —dice—. ¿Se firmó hace dos semanas?

—Sí. Olav dice que Erling lo llamó muy poco después del domingo de Pascua.

—Para entonces ya me había dicho que se estaba cuidando las espaldas de alguien, y que había dado con la manera de neutralizar a esa persona.

En ese instante, algo así como una revelación desciende sobre nosotros. Nos miramos el uno al otro y lo compartimos, y cada uno sabe lo que piensa el otro. Y a pesar de la gravedad de la situación, noto un leve cosquilleo en el cuerpo, como de anticipación. He aquí algo que compartimos Edvard y yo. Siento calor en las mejillas y resolución en el pecho.

—Mañana mismo vamos a ver al nuevo abogado —digo—. Así sabremos lo que pone en el testamento, supongo.

—Si quieres, estaré encantado de que nos veamos para un café después de tu visita al abogado —propone Edvard—. Podemos hablar del contenido del testamento.

Él también es abogado, claro, aunque no hacen falta razones para justificar la reunión. No acaba de decirlo cuando yo ya asiento con la cabeza. Con mucho gusto quedaré con él.

El mozo nos trae los platos y las bebidas, y guardamos silencio mientras lo dispone todo en la mesa. Una vez que se ha marchado, digo:

—Hay otra cosa.

—Dime.

Casi sin aliento, le cuento lo que me ha dicho madre. Edvard escucha, pensativo.

—Ya veo —contesta—. Así que, poco antes de la comida de Pascua, Erling se lleva un susto con lo del cortocircuito, que él interpreta como un atentado contra su vida. Y muy poco después, va y cambia el testamento. Da que pensar.

—Así es.

—¿Quién estuvo en esa comida?

—Erling y yo —digo—. Bård y Lise; Hanne y Ørjan; Silje. Los tres nietos; Olav y Bridget. Y mi madre también.

—Entonces solo los parientes más cercanos.

—Sí. Bueno, Synne vino también, pero no pasó de la puerta.

—Hummm...

—Claro está —digo— que eso no quiere decir nada necesariamente.

—Cierto.

—Mi madre no tiene la cabeza del todo en su sitio.

Por un momento dejamos de hablar. No es un silencio incómodo.

—Las gambas están buenas —comenta al fin.

—Otra vez bocadillos —digo, y él se echa a reír.

—Ya se sabe. Donde fueres haz lo que vieres.

—¿Era danesa tu mujer? —pregunto.

Una emoción asoma a su rostro. No dolor exactamente. Casi más bien perplejidad. No sé por qué se lo pregunto, pero quiero saber más de ella. Y que no hable de ella incita mi curiosidad.

—Más que el pan de centeno —responde.

—¿La echas de menos?

Otro silencio.

—Sí.

Cada uno vuelve a su bocadillo, y comemos un momento en silencio.

—¿Tú echas de menos a Erling?

—Sí —digo, y trago—. Echo de menos sus ruidos, sus pasos por la casa, sus hábitos. Echo de menos su presencia. Y además... No. Te va a parecer horrible.

—¿Qué cosa?

—Yo pasé directamente de casa de mis padres a la de Erling. Nunca he vivido sola.

Me mira con curiosidad.

—Pero hay también cierta libertad en ello, ¿no? —dice en tono de conjetura.

Yo tardo en responder.

—No sé si «libertad» es la palabra. O puede que sí. En cualquier caso, hay como una especie de ligereza. Si me apetece cambiar de sofá, lo hago y ya. ¿Me entiendes?

—Sí, te entiendo —dice Edvard.

—No te vayas a creer que no estoy triste. Lo echo muchísimo de menos. Me duele hasta la médula cada vez que pienso en Aquel Día.

La idea me obliga a cerrar los ojos. Cuando los abro, Edvard dice, de manera pausada y reflexiva:

—Nunca le he dicho esto a nadie, pero para mí fue igual. No se trataba de nada opuesto al dolor, de verdad que no. Estaba destrozado. Pero, a la vez, eso de vivir a tu aire... —Alza las cejas—. Durante mucho tiempo creí que me faltaba un tornillo, por pensar así.

—¿Y ya no?

—No —dice—. Ya no.

VEINTICINCO DÍAS DESPUÉS

Todo está ya preparado. El sobre sujeto bajo la mesa, oculto por el mantel. Al lado he puesto el cuchillo más afilado de la cocina.

De todo lo demás ya me he deshecho. La bici, las cajas y frascos de medicamentos. El trozo de tubería de gas y lo que quedó de su agenda. No ha sido una decisión fácil, pero era necesaria. Cuando lo hube hecho, todo fue un alivio.

Pausadamente, vuelvo a la entrada y abro la puerta de doble hoja; paso delante de las ruinas del despacho y me acerco a la ventana. La niebla envuelve de gris los jardines vecinos, pero alcanzo a ver un par de faros de automóvil que suben por Nordheimbakken. Ya sé que son ellos. Veo la velocidad a la que vienen, y cómo desaceleran y se detienen allí abajo para luego doblar hacia el camino de entrada. Han llegado.

CATORCE DÍAS DESPUÉS

Peter Bull-Clausen tiene su bufete en la quinta planta de un edificio de vidrio y metal. Bård llega a toda prisa mientras yo espero el ascensor. Me mira como si me viera de lejos, como si acabara de despertar y no supiera qué hace aquí. Entonces sonríe.

—Hola, mamá.

Me da un abrazo. Huele a café. Cuando me suelta, suena la llegada del ascensor.

—Quién habría dicho que nos veríamos aquí —comento.

—Ya —dice él, aunque no estoy segura de que sepa a qué me refiero.

No tiene importancia. Lo miro con disimulo. Siento en mi corazón que sigue siendo mi niño. Lleva una camisa bonita y recién planchada. Vaqueros oscuros y calzado informal. Trae un bolso colgado del hombro. Probablemente donde lleva su portátil.

Bård trabaja en desarrollos urbanísticos. Hasta donde tengo entendido, la idea es comprar terrenos a bajo coste para luego vendérselos a promotores inmobiliarios, a menudo con la mínima intervención indispensable, como los papeles de propiedad, y preparar presentaciones gráficas con dibujos de árboles y arbustos, gente con cafés en la mano y cochecitos de bebé e imágenes de edificios de aspecto moderno. Suelen darles nombres comerciales, como «Marina Court», o «Lunden Garden City».

Bård trabaja sin parar, en pocas palabras. Se sumerge en su móvil cuando viene a comer, o en el jardín de la cabaña en Tjøme, o cuando los visitamos a él y a Lise. Como si estuviese constantemente escribiendo y enviando correos, leyendo respuestas y reenviándolas, saltando de uno a uno por los miles de puntos que componen su red. Suele tener cara de cansado, de abrumado por la vida: «¿Qué tareas va a imponerme el mundo a continuación?».

—¿Te encuentras bien, cariño? —le pregunto. Le paso la mano por el brazo. Por un instante me siento tentada de estrecharlo contra

mí, como cuando era pequeño.

—Sí —dice, algo sorprendido—. Todo bien.

Las chicas ya están ahí. Nos reunimos con ellas en el espacio de recepción. Hanne se pone en pie de inmediato. Silje, a su espalda, lee algo en un cartel colgado de la pared. También ella luce cansada, preocupada. Tiene en los ojos una mirada que no suelo ver. Tiene el rostro apagado y algo hinchado.

—¿Dónde has aparcado, mamá? —pregunta Hanne después de abrazarme.

—He venido en metro —respondo.

—¿En metro? —dice Hanne, y dirige a Bård una mirada cargada de reproche—. Cualquiera de nosotros podría haber pasado a buscarte.

—He venido estupendamente —la atajo.

Bård se hace a un lado, se acerca a Silje y le da un abrazo. Evita a Hanne, me da la impresión. Hanne la mandona, con tantas tareas que delegar en él, que ya tiene bastante con las que tiene.

—De todos modos, luego te llevo a casa —dice Hanne.

—No hará falta —repongo—. Luego tengo una cita.

—Ah, ¿con quién?

Ahora los tres me están mirando, y siento las mejillas encendidas, quién sabe si hasta me he sonrojado. Una tontería, desde luego, pues no hay razón para ello, pero entiendo cómo ha podido sonar y lo que estarán pensando.

—Con Edvard Weimer —respondo—. El amigo de vuestro padre de sus tiempos de universidad. ¿Os acordáis? Lo conocisteis en el funeral.

—Ah, ese —dice Hanne, y frunce el ceño—. Me habías dicho que hacía años que no os tratabais.

—Sí, así es —convengo—. Pero desde la muerte de papá nos hemos visto un par de veces.

Veo sus caras de sorpresa y añado, en aras de las apariencias:

—Papá y él se veían de vez en cuando. Me sienta bien verme con amigos de papá.

Bård asiente con la cabeza. Hanne no parece convencida, no hace falta mirarla para saberlo.

Peter Bull-Clausen es de baja estatura. Cabello rubio y algo largo, peinado hacia atrás, dejando la frente despejada. Va bien vestido, y calza unos zapatos tan puntiagudos que parecen los de un bufón de una corte medieval. Ha salido a recibirnos. Nos da la mano a todos, se presenta y escucha nuestros nombres al tiempo que va diciendo naderías, que si nos ha costado aparcar, que qué bien que hayamos dado con una fecha que nos viniera bien a todos, con lo que se lían las cosas en el mes de mayo.

La sala de reuniones es exageradamente amplia para los que somos. La mesa acoge quince asientos sin problemas, así que nos juntamos todos en uno de los extremos: Peter se sienta en el extremo; Hanne y yo a un lado; Silje y Bård al otro. Peter saca de la nada una carpeta con documentos y se pone a ordenarlos.

—Os he preparado un resumen —dice—, para que resulte más fácil seguir el hilo. Estas cosas suelen estar plagadas de tecnicismos.

Tiene una sonrisa ancha que pide disculpas mientras nos reparte papeles. Bajo la vista al mío, pero no logro ver con nitidez. La letra es minúscula, pulgas negras sobre una página en blanco. Veo a Bård, inclinado sobre la mesa, absorto en la lectura. Hanne hace lo mismo. Silje en cambio está ahí sentada, mirando al vacío, tocando distraídamente la página.

—Para resumir —dice Peter—, el caso es que, pocas semanas antes de su fallecimiento, Erling traspasó el título de propiedad de la residencia, una casa en Nordheimbakken, a Evy. Aparte de eso, en los últimos tiempos venía invirtiendo cuantiosas sumas en la casa. A ver... —Los dedos de Peter buscan papeles—. ¡Aquí está! Bueno, hizo un pago de medio millón por adelantado a un contratista que va a derribar el garaje para construir uno nuevo, con un apartamento encima. Doy por sentado que estás al tanto, Evy.

No puedo más que mirarlo. ¿Derribar el garaje? ¿Construir un apartamento? Peter advierte mi confusión y, como para resucitar mi memoria, dice:

—A principios de marzo se presentó una solicitud de permiso de obras ante la Administración de Urbanismo. Fue aprobada a finales de abril. De hecho, el importe del presupuesto de las obras fue depositado en cuenta pocos días antes de la muerte de Erling.

Mis hijos me observan. Los tres. Yo miro el papel que tengo en

mis manos. Está lleno de palabros como «herederos en vida», «la propiedad», «tribunal testamentario». Esta es la lengua de Erling, no la mía. Siento como si nos viera desde fuera, como si estuviera de pie en la otra punta de la mesa y contemplase esta penosa asamblea: una madre, sus tres hijos adultos y el siempre sonriente Peter Bull-Clausen.

—Jamás habíamos hablado de esto —digo.

—A lo mejor es que no lo entendiste, mamá —interviene Hanne, y se apresura a poner su mano sobre la mía.

—Pero papá y mamá estaban en régimen de separación de bienes —añade Bård—. Papá nos lo explicó, ¿verdad, Hanne? También tú hablaste de eso con él antes de casarte, ¿no es así? Que la cabaña era de mamá, y la casa, suya.

Hanne no responde. Peter Bull-Clausen asiente con entusiasmo, como si todo esto fuera un simple malentendido. Dice:

—Ciertamente, así estaban las cosas antes, pero con los ajustes que hizo, con el traspaso de todo a Evy, las cosas cambian.

Bård parece sorprendido, como si todo esto le pareciera absurdo. Hanne se vuelve hacia el abogado y dice:

—Pero mamá puede rescindir el contrato de las obras, ¿verdad que sí?

—El acuerdo ya había sido firmado —responde Peter con una sonrisa lastimera un poco demasiado amplia—. Erling manifestó su voluntad explícita de que se hiciera así. Quería invertir en la casa.

—Pero papá tenía varios otros bienes —dice Bård mientras busca en los papeles que Peter ha repartido—. ¿No es cierto?

—Es cierto —dice Peter—. La cabaña de Tjøme, que pertenece a Evy. Y, además, habíais invertido en un pequeño piso en el centro hace unos diez años, ¿no?

Afirmo con la cabeza.

—En abril, Erling traspasó su parte a Evy, así que hoy es ella la única propietaria.

Mis tres hijos se giran hacia mí, y me da la impresión de percibir algo parecido a un reproche en los ojos de Hanne. A modo de defensa, digo:

—Erling y yo estábamos en régimen de bienes gananciales salvo

por la casa y la cabaña.

—El piso del centro tampoco —agrega Peter—. A partir de ahora es solo de tu propiedad. Firmaste el documento..., a ver, el veintiuno de abril.

Me alcanza un papel. Lo miro. Las letras van y vienen, pero sí que lo veo. Ahí está mi nombre, y esa firma parece la mía. Está fechado semana y media antes de Aquel Día. Hace muy poco tiempo.

—No lo entiendo —digo. Levanto la vista y la dirijo a Hanne—. Esto no lo recuerdo.

Hanne se vuelve hacia Peter y pregunta:

—¿Qué validez tiene este documento si mamá no recuerda haberlo firmado?

Peter me mira y dice con gran cordialidad:

—¿Niegas que esa sea tu firma, Evy?

Trato de reconstruir en mi recuerdo el mes de abril, pero no doy con puntos de referencia; solo la comida del domingo de Pascua. Las lilas, el ponche amarillo. Olav hablando sin parar en el porche. Erling escuchándolo con expresión escéptica.

—Erling trajo unos documentos —murmuro.

—Si no pones en duda haber firmado el documento, entonces es válido —sentencia Peter.

Su sonrisa pesarosa se hace más amplia si cabe. Parece ser uno de esos que cuanto más incómoda se hace la situación más sonríe.

Frunzo el ceño y vuelvo la vista al documento. Era Erling quien tomaba las decisiones. Yo no prestaba atención. Si me decía que tenía que firmar algo, yo firmaba. ¿Por qué querría poner la casa a mi nombre? Mi suegro insistió siempre en que debía estar a nombre de su hijo y de nadie más, y todos estos años hemos acatado su voluntad. Erling siempre me decía que yo ya estaba bien cubierta con la propiedad de la cabaña.

—También invirtió en Tjøme —prosigue Peter—. Erling adquirió dos parcelas vecinas a la cabaña. Son terrenos en los que no se ha hecho nada.

—¿Y mi padre pidió un préstamo o algo así? —pregunta Bård.

—Tenía fondos en su cuenta —dice Peter.

—Entonces ¿qué heredamos?

La sonrisa del abogado se estira una muesca más.

—Tal como están las cosas —comienza—, Evy es la propietaria

exclusiva de la casa, de la cabaña, de las parcelas, del apartamento que se construirá encima del garaje y del piso del centro. El resto de los activos de Erling se repartirá a partes iguales entre vosotros tres. Hasta donde me consta, es básicamente dinero del banco. Aparte de lo que haya en su cuenta corriente, tenía una cuenta de ahorros con un saldo de unas cincuenta y ocho mil coronas.

La cifra aterriza en la mesa. Como si pudiera verla, temblando en la pulimentada superficie. Por un momento todos guardamos silencio, hasta que Bård vuelve a intervenir.

—De modo que, según lo que nos dices, papá tenía en su cuenta, no sé, varios millones de coronas; y pocas semanas antes de morir lo invirtió todo, salvo esas cincuenta y ocho mil coronas. ¿Es eso?

Peter permanece un instante en silencio y luego dice:

—Erling quería invertir en las propiedades.

—Propiedades que hoy pertenecen exclusivamente a mamá.

—Así es.

Hanne y Bård intercambian una mirada. Silje sigue mirando al vacío. Bård dice:

—De acuerdo, pues creo que hablo en nombre de todos nosotros si digo que, por supuesto, queremos que mamá tenga lo que le haga falta para vivir bien. Pero debo confesar que me sorprende que papá haya efectuado todas esas operaciones tan poco antes de morir. Con esto quiero decir que es posible que no tuviera la cabeza del todo en su sitio, ¿no? A ver, esa historia de la obra encima del garaje es una locura sin paliativos. Que haya comprado terrenos en Tjøme y que se lo haya traspasado todo a mamá sin que ella se enterase es prueba de que se encontraba desnortado, y por lo tanto tiene que ser posible invalidar el testamento.

—Desafortunadamente, no —dice Peter—. Son estipulaciones vinculantes. Las adquisiciones han sido realizadas. La última palabra la tiene Evy, que puede vender si lo desea, pero le corresponde a ella tomar esa decisión.

—Pero... —empieza Bård, y la mirada que le dirige Hanne lo frena en seco.

—Tal vez podamos seguir hablando de esto más adelante —le dice Hanne a Peter, con desenvoltura de mujer de negocios—. Me parece que a todos nos hace falta algo de tiempo para digerir esto. —Y

al decir «esto» señala con el mentón los documentos que nos ha presentado, como si fuera eso lo que tenemos que digerir. Nos imagino metiéndonos los papeles en la boca, engulléndolos.

—Por supuesto —dice Peter, todo magnanimidad.

—Esto es una locura total —masculla Bård.

Ha vuelto a poner esa expresión, la misma que tenía en el funeral: los ojos muy abiertos, la frente fruncida, con los pliegues de piel apilados uno encima de otro. Hanne mete con gestos rápidos los papeles en su bolso. Sus manos lucen una esmerada manicura. Durante un instante aparece ante mis ojos el cuadro que quiere comprar. El árbol en llamas de Bilal.

—Yo creo que debemos respetar la voluntad de papá —dice Silje inesperadamente, en voz alta y clara—. Es obvio que lo que hizo fue por una razón. Era su dinero, y nos corresponde asumir que era eso lo que deseaba.

Se abre un compás de silencio absoluto tras el que Peter dice:

—Es una buena actitud.

Suena falso. Como cuando un adulto elogia los garabatos de un niño lo bastante mayor para dibujar mejor. Nos ponemos todos de pie.

—No dudéis en poneros en contacto conmigo si os surgen más preguntas —dice Peter.

Si me concentro, puedo recordar a Erling pidiéndome que firmase no sé qué. ¿Cuándo sería? ¿Un par de semanas antes de morir? Entró con su andar de siempre en el salón, donde yo estaba sentada, copa de vino en ristre, viendo una tonta película de vaqueros que justo alcanzaba su punto de mayor tensión. Me dejó unos papeles y dio unas explicaciones a las que no presté atención. Quería cambiar no sé qué que tenía que ver con nuestras propiedades, para que quedara mejor.

¿Lo firmaría? Pues debí de hacerlo. Solo recuerdo que Erling vino a estorbar mientras yo veía una película, y que peroraba sobre cosas suyas, asuntos que le correspondía atender a él, no a mí. Sí recuerdo lo que pasaba en la película. Un tenso duelo entre pistoleros al final. No recuerdo nada más.

Caminamos en silencio mientras salimos a la sala de espera. Para

romper el silencio, me vuelvo hacia Peter, que sigue de pie en la puerta de la sala de reuniones:

—¿Me puedes decir dónde están los servicios?

Al joven se le ilumina el rostro, por lo visto encantado de ser de utilidad:

—Al fondo del pasillo a la derecha —dice—. No hay pérdida.

—Eso que acabas de decir me llama la atención —dice Edvard, que se inclina hacia delante, acercándose a mí. Ha estado escuchándome atentamente mientras le describía la situación.

—Pero es que Erling era tan austero... —digo—. ¿Para qué demonios querría construir un apartamento encima del garaje? ¿Y de qué nos sirven dos parcelas más en Tjøme?

Inspiro. Retengo. Me acuerdo de la furia limpiadora en su despacho, de los guantes de lavar los platos y de la bufanda de ladrón de bancos.

—¿Tú crees que estaba perdiendo la cabeza? —sugiero.

Pienso en mi madre, en los insidiosos síntomas del comienzo: pequeñas incomprensiones, una lógica peculiar de la que no entendíamos nada.

—¿Y el abogado ha aducido alguna razón? —pregunta Edvard.

—Inversiones.

El restaurante en que nos encontramos es pequeño y está discretamente situado en una calleja detrás de Youngstorget. Es de cocina francesa y, tal como lo había prometido Edvard, exquisita. He pedido *poulet à la provençale*. Salta a la vista que el camarero es francés, pero no me animo a poner a prueba mis competencias lingüísticas; hace una eternidad desde que me apunté a aquel curso en París, que por cierto abandoné sin terminar.

—Una manera de verlo —dice Edvard, pensativo— es que quiso dejarte con margen de maniobra. De estar en separación de bienes, no tendrías un patrimonio indiviso. Y si hubiera optado por mancomunarlos, habrías topado con algún que otro obstáculo para manejar los activos. En cambio, en este momento tienes todo el control en tus manos.

—Sí.

Y no sé qué pensar. Lo siento como una carga de responsabilidad para la que no estoy preparada. Pero la cosa tiene algo de

embriagador. Ahora la del dinero soy yo.

Los chicos han salido de la reunión alterados. Al volver del baño he oído que hablaban. La moqueta del suelo silenciaba mis pasos, y el tabique separador, de color apagado, les ocultaba mi presencia.

—Estoy de acuerdo. Es de locos —se oía la voz de Hanne—, pero lo primero es ver qué se puede hacer. Y de ser posible sin preocupar a mamá.

—No me cabe en la cabeza que esto pueda ser legal —ha dicho Bård—. Casi tengo ganas de preguntárselo al tío Olav.

Ninguna de las hermanas ha reaccionado a esto.

—A mí el que me tiene preocupada es el Edvard ese —ha comentado Hanne—. Aparece de pronto y como de la nada a la muerte de papá, y así como quien no quiere la cosa de repente es amigo de la familia. Y se lleva a mamá de restaurantes, como si tuvieran una historia o algo.

Uno de ellos se ha echado a reír al oírlo. Bård, creo. Y eso me hiere. ¿Acaso es tan irrisoria la idea? Aunque al mismo tiempo he sentido una punzada en el estómago cuando Hanne ha dicho eso de una historia. ¿Es eso lo que hay?

—Es que en serio —ha seguido—: papá le traspasa todos sus bienes a mamá, y va y se muere, y de repente el tío este aparece hasta en la sopa. Nunca habíamos oído hablar de él, y ahora resulta que papá y él eran amigos del alma. Y encima mamá se vuelve rica. ¿Y esos terrenos en Tjøme cuánto pueden valer? Súmalos a la cabaña y su terreno. Por no hablar de la casa de Montebello y un piso nuevo encima del garaje. Intercambié un par de palabras con el tal Edvard en el funeral. ¡Qué personaje tan repulsivo! Lleva la palabra «vividor» escrita en la frente. Y dice mamá que la policía ha estado husmeando en casa.

Me ha llamado la atención la distorsión. ¿Es así como se ve desde fuera? Oculta tras el tabique, he pensado en la mirada tibia y tranquila de Edvard.

—¿Estás diciendo que mamá ha caído en manos de un casanova profesional? —ha preguntado Bård.

Otra vez se notaba cierta hilaridad en su voz. Eso me provoca desazón.

—¿Quién sabe? —ha dicho Hanne—. Si sumas una cosa a la otra: primero las decisiones de papá, y ahora Edvard, que de la noche a la mañana empieza a salir con mamá. Yo creo que hay razones para inquietarse.

—Es cierto —ha convenido Bård—. Pero ¿qué podemos hacer en verdad?

Ninguno ha dado respuesta. Entonces Silje ha dicho:

—No me puedo ni imaginar a mamá saliendo con un hombre. Hace solo dos semanas de la muerte de papá.

—Qué ingenua eres, Silje —ha repuesto Hanne—. Mamá va a lo suyo, casi siempre ha sido así.

He sentido un estremecimiento. ¿De qué estaba hablando?

—El caso es que —ha empezado Bård—, y creo que en esto estaremos los tres de acuerdo, a todos nos habría venido bien heredar en este momento. Yo daba por hecho que papá tendría ahorros en su cuenta; había pensado que... —Su voz ha desaparecido bajo el ruido de movimientos—. En resumidas cuentas, ¿alguna de vosotras se opone a que me ponga en contacto con el tío Olav?

Por un momento nadie dice nada.

—Por mí, adelante —ha dicho Silje al fin.

Otro silencio. Quizá estuvieran intercambiando miradas, gestos.

—Sí —se ha sumado Hanne—. Sí, por favor. Habla con él, Bård. Y nos cuentas.

—Por supuesto.

—Y ya sabes que a veces el tío Olav puede ser un poco, bueno... —Ha dejado la frase en el aire.

—Ya, ya —ha convenido Bård.

—Dejemos el tema ahora —ha dicho Hanne—. Mamá debe de estar volviendo ya.

De camino al restaurante donde había quedado con Edvard, voy pensando en lo que he escuchado. El dinero, claro. La frustración de Bård, quien por lo visto está necesitado de fondos. Pero sobre todo lo que ha dicho Hanne sobre Edvard. Lo que me descoloca es que la idea no me asusta. Al contrario, me pregunto si tendrá razón. ¿Es otra la motivación de Edvard? ¿Le intereso yo?

Yo tenía diecinueve años. Edvard se detuvo a la entrada de mi habitación y me preguntó si quería salir con ellos. Esta vez soy yo la que decide, pienso. Ni Erling ni Hanne ni nadie va a decir «no, gracias» en mi nombre.

Pero no hablamos de eso. Edvard me habla de un caso penal que sigue en tribunales. No es suyo, sino de un colega. Lo escucho con atención; hago observaciones que Edvard se toma en serio. «Sí —dice—, es un argumento válido y una idea sensata, pero ¿quieres que te diga cómo reaccionará la defensa?» Por un momento es como si yo fuera una colega, con menos preparación, de acuerdo, pero una voz que vale la pena escuchar. Tampoco soy tan idiota como para no verlo todo con distancia, y me pregunto si Hanne tendrá razón. ¿Será que Edvard me presta atención solo para halagarme? Pero precisamente no es eso lo que sucede, pues opone resistencia y no siempre coincide con lo que opino. No, lo que me llega adentro es que me escucha. Así de sencillo. Se toma mi opinión en serio, y se toma la molestia de dar respuestas adecuadas. ¿Erling no era así? No lo sé. No recuerdo la última vez que nos vimos enfrascados en una conversación.

De hecho, ¿acaso hablábamos, Erling y yo? En los últimos años reinaba el silencio, aunque claro que comentábamos las cosas que sucedían, la actualidad de la prensa, o la puerta del armario que se había descuadrado a causa de una bisagra, lo que habíamos hecho el uno y el otro en la jornada. Intercambiábamos información, y en apariencia nos escuchábamos con atención, pero ¿hasta qué punto conocía yo las ideas que albergaba? Si me pongo a pensar en las cosas que han ocurrido hace poco: su caída de la bicicleta; la limpieza a fondo de su despacho, con la bufanda a modo de tapaboca. Había juntado en el sótano una reserva de alimentos en lata para casos de emergencia, y su cambio de empleo había sido de lo más repentino. Un día volvió a casa y anunció que dejaba su empleo con la Administración Noruega de Carreteras del Estado para ponerse a trabajar con Agentes Verdes.

—¿Por qué? —pregunté yo.

Le hice más preguntas: ¿se aburría en el trabajo? ¿No había mucho que hacer? ¿O acaso era por el nuevo jefe? Erling se limitó a mirarme.

—No se me ocurre nada más importante que el cambio climático —dijo con su voz áspera y racional—. Todos deberíamos dejar lo que hacemos y ponernos a trabajar por el medioambiente. De inmediato.

Me guardé para mí lo que pensaba, que sería por miedo a la jubilación, a la vejez. A las largas jornadas en casa a solas conmigo. Pero ¿cuántas preguntas le hice en verdad? Creo que me limité a aceptar su anuncio. Muy bien. Las cosas son así ahora.

Solo cuando nos traen los platos le hablo de la reunión con el abogado. Edvard escucha con atención y no dice nada hasta que he acabado.

—Si trato de ponerme en la cabeza de quien toma decisiones como esas —dice, dejando cuidadosamente el tenedor apoyado en el plato—, me pregunto si a lo mejor quería asegurarse de que sus bienes no fueran a parar en manos de sus herederos.

—No sé —repongo—. ¿Por qué iba a hacer eso?

Guarda silencio un instante, y dice:

—Yo no tengo hijos, de modo que no me puedo imaginar cómo es, Evy. Pero, visto lo visto, ¿no cabe la posibilidad de que la persona de quien recelaba Erling fuera uno de ellos?

—¿Uno de los chicos?

—Sí. ¿O tal vez un yerno? ¿Una nuera?

La Hanne de seis años que, cuando regresé de París, no me dejaba sola ni un instante. Siempre pegada a mí, sin soltarme un momento. El Bård de ocho años que me miraba de lejos con sus ojos grandes, serios. Silje, recién nacida, con la piel de un rojo intenso. Y mi yerno y mi nuera. Lise, la avispada médica de cabecera que empezó a salir con Bård cuando tenían diecinueve años. Y Ørjan, el campesino del norte de Trøndelag, con sus rizos rubios y su pasión por la alimentación sostenible y justa.

No, Edvard no sabe lo que dice. Tiene razón. No se hace una idea de cómo es.

Pasamos un momento comiendo en silencio. Edvard está pensando en algo. Me lo dice su ceño, su mirada distante.

—¿En qué estás pensando? —pregunto por fin.

Alza las cejas y sonríe.

—Hablemos de algo más agradable —propone—, pero, antes de dejar el tema, ¿qué dirías de acercarnos a la cabaña de Tjøme? Podemos ir a ver los terrenos que compró, por si encontramos algo

que nos ayude a entender. Podríamos ir esta misma semana.

Siento un cosquilleo en el estómago.

—Me parece una idea estupenda —digo—. Me apunto.

TREINTA Y NUEVE AÑOS ANTES

Puede que la leonina cabellera del director hubiese sido antaño densa y abundante, pero ahora empezaba a clarear en lo alto. Llevaba una chaqueta de paño que había perdido la forma, y debajo, una camisa sin planchar. Algo en su forma de estar, los gestos pausados con que nos sirvió café, me decía que era uno de esos seres incapaces de darse prisa, de los que no guardan ninguna relación con el estrés; de los que dejan que las cosas lleven su tiempo. Su despacho estaba en desorden, y a las plantas que tenía en tiestos les hacía falta agua con urgencia.

—Bienvenida, Eva —dijo.

—Evy —corregí, y por un instante pareció desorientado.

Bajó la vista al escritorio en busca del documento y, como no lo encontraba, dijo:

—Evy, claro. Bienvenida.

Era mi primer empleo. Había quedado embarazada antes de terminar los estudios de magisterio, y Bård tenía poco más de un año cuando concebí a Hanne.

Sí que disfruté del tiempo con los críos. Y si alguien me preguntaba, siempre decía lo mismo: ¿qué trabajo puede ser más importante que darles a los niños un comienzo de confianza y seguridad? Pero esperaba este momento con ganas. De vestirme para salir, de asumir responsabilidades, de poner en uso mis competencias.

—Será pan comido, ya lo verás —dijo el director—. Te ocuparás de supervisar a los de la 4B. Yo creo que son buenos chicos. Llenos de energía y ganas de aprender.

Sonreí. La 4B. Veinticinco niños de diez años. Mentes abiertas. Libros con sus portadas. El director se levantó de su asiento y me dirigió a la recepcionista de rostro severo que me hizo entrega de un juego de llaves, y de allí pasamos al pasillo, donde los chicos correteaban con sus sombreros de ala, zapatillas deportivas y coletas, risas y voces altas, chillonas. Su intensidad me pilló por sorpresa. La

inquietud física, los empujones y los tirones. Pero eso era el recreo. En el aula serían diferentes.

—Ellen —voceó el director alzando la mano para llamar la atención de una joven maestra que lucía una coleta rubia—. Te presento a Evy —dijo—. Es su primer día. ¿La puedes llevar al aula de la 4B?

Ellen me guio por un largo corredor donde se oía menos ruido. Era una cabeza más baja que yo. Y más joven también, pero no mucho, tres o cuatro años menor, aunque sin duda parecíamos de generaciones distintas. Yo iba vestida con esmero, con una falda plisada y zapatos de charol. Ella vestía un mono vaquero y zapatillas deportivas, como los adolescentes en los centros comerciales. Y la blusa que llevaba bajo el mono tampoco estaba planchada. No hizo alusión a nuestra diferencia de edad. Me comentó lo que se alegraba de que me hiciera cargo de esa clase, porque el año escolar había empezado ya, de modo que me tocaba subir a un tren en marcha, pero que no pasaba nada. Tenía una sonrisa dulce que revelaba sus hoyuelos. Me preguntó si acababa de terminar mi formación.

—No —contesté—. Me gradué en el setenta y seis, pero me quedé embarazada justo después.

Un par de chicos nos rebasaron a la carrera y Ellen gritó:

—¡Markus! No se corre por los pasillos. ¿Lo has olvidado?

Uno de ellos se volvió a mirarla y sonrió antes de bajar a lo que con buena voluntad podía considerarse paso de marcha. Ellen puso los ojos en blanco, pero sonriendo, y cuando les dimos alcance le revolvió el cabello a Markus.

—Este es uno de los tuyos —dijo cuando los dejamos atrás—. Te aconsejo que no lo pierdas de vista. Es un chico monísimo, pero muy rebelde. Lo tendrás que manejar con mano firme.

Abrió la puerta de la sala y ante nosotros se extendió el aula: veinticinco sillas y veinticinco pupitres. El atril y al lado el escritorio. La pizarra, grande y limpia. En blanco.

Los chicos de la 4B entraron en el aula como un torrente de agua de deshielo, salpicando y mojándolo todo a su paso, y la suma de sus

voces era como el rugido de un salto de agua. Tuve que conminarlos al silencio varias veces hasta que se hubieron calmado.

—Me llamo Evy —dije—. Voy a ser vuestra profesora.

Algunas de las chicas sentadas cerca de las ventanas se miraron unas a otras. Escribí mi nombre en la pizarra, y cuando me giré vi que dos alumnos estaban deambulando por la clase. Les llamé la atención y ambos se volvieron hacia mí. Solo uno de ellos se sentó, y tuve que aplicar mis dones de persuasión hasta que el otro regresó a su pupitre.

Les conté que estaba casada y tenía dos hijos. Algunos asintieron con la cabeza. Una niña sentada en primera fila me preguntó por sus nombres y, mientras se los decía, vi que la marea de agitación volvía a subir. Para evitar desenfrenos les pedí que sacaran sus libros de noruego. El ruido de manos hurgando en veinticinco mochilas resultaba mucho más abrumador de lo que cabía esperar de semejante maniobra.

La clase siguiente era de matemáticas. Intenté explicarles la multiplicación con números de dos cifras. Cada vez que me volvía hacia la pizarra, se desataba el caos a mi espalda. Markus rompió el lapicero de una de las niñas, que se puso a chillar y a agitar los brazos, y, mientras yo trataba de llevar la paz a esos dos, la mitad de los de la fila del medio corrió a acercarse a las ventanas.

La puerta de la clase se abrió cuando intentaba yo que se avinieran a regresar a sus asientos. Allí estaba Ellen con su mono vaquero. Alcé la vista al cielo en gesto irónico dirigido a ella, pero sentía la desesperación latirme en la mandíbula, los labios y la garganta.

—¡Chicos! —gritó Ellen a voz en cuello—. ¡Os sentáis todos ya!

Su grito zanjó la cacofonía y se hizo el silencio. Los de la fila del medio se arrastraron con desgana hasta sus pupitres.

—Jon Ivar, quítate esa gorra —ordenó Ellen—. Marianne, ve a tu sitio. No, no me interesa saber nada. Siéntate y punto. Y, Markus, sabes muy bien que está prohibido dibujar en el pupitre. Como tenga que decíroslo una vez más, os vais a ver al director.

Algo que podía considerarse silencio llenó la clase. Ellen permaneció un momento mirándolos, callada ella también. Todos la observaban.

—A ver si ahora os portáis bien con Evy —sentenció Ellen.

Aquello hizo que se me crispara el cuerpo. Estaba diciéndoles a

mis alumnos que fueran buenos conmigo. Me sentí idiota, con mi falda y mi bonito jersey.

A finales de aquel mes de octubre le pregunté a Erling qué le parecería que redujera algo la carga de trabajo.

—Estoy pensando en los niños —dije—. Hanne es todavía pequeña, y creo que Bård está un poco triste. Quiero decir que podría venirles bien pasar menos tiempo con una canguro.

Erling estuvo de acuerdo. Insistí:

—Los niños son pequeñines muy pocos años. Es una lástima que no pasen con nosotros la mayor parte del día. Además, tengo mis dudas sobre la canguro.

Puse cara de seriedad y escogí bien mis palabras. Lo cierto es que no pasaba nada que no fuera correcto: los niños estaban a salvo. De eso estaba convencida, pero desde el punto de vista educativo, ¿bastaba con eso? Hanne era temperamental, y sus cambios de humor eran constantes. Y Bård era tan sensible... Necesitaba que los adultos lo vieran de verdad.

Erling estuvo de acuerdo. De hecho, esa había sido su opinión desde el principio, dijo entonces. No porque la canguro tuviera nada de malo, pero quién no sabía que los niños están mejor con sus padres. Sus ingresos eran buenos; en vivienda gastábamos poco y el resto de los gastos eran moderados. Habíamos organizado nuestra vida adecuadamente y ahora recogíamos los frutos. Disponíamos de la libertad de escoger. Si pensábamos que lo mejor para ellos era estar en casa, teníamos la posibilidad de que así fuera.

Me inundó una oleada de alivio. Aquella clase de rebeldes, las batallas contra el ruido. Algunas mañanas me daba por llorar bajo la ducha. No se lo contaba a Erling. No hacía más que apoyar la frente contra los azulejos del baño y sentir la carga de todas esas batallas que libraba a diario y que a menudo perdía.

Por descontado que más adelante volvería a trabajar, a sacar provecho a mi formación, a mis competencias. Pero cada cosa a su tiempo.

—¡Vaya! Es una lástima que hayan salido así las cosas —dijo el

director.

Era mi último día y me encontraba otra vez sentada ante su escritorio. El director llevaba la misma chaqueta de paño amorfa.

—Ya. Me habría encantado seguir —contesté—. Había llegado a encariñarme con los chicos, ¿sabes? Pero es que también tengo a mis niños, y la niñera no está siendo como esperábamos.

—Entiendo —dijo—. Bueno, Ingeborg se hará cargo de los de la 4B hasta Navidades. Y nos han llegado ya muchas candidaturas para el puesto, de modo que no hay motivo de agobio.

Me miró como si fuera el cristal de una ventana. Yo no le servía ya para nada, y estaba programando el próximo semestre. Lo había decepcionado. «No tiene ni idea —pensé, enojada—. No puede entender cómo se vive esto. Para él es fácil pensar que todos nosotros tendríamos que ser como Ellen.»

—Puede que vuelva —añadí—. Dentro de unos años, cuando mis niños hayan crecido un poco.

—Por supuesto. Por supuesto —contestó sin mirarme—. Puedes presentar tu candidatura cuando quieras.

Sentí la mirada de la recepcionista en mi espalda al salir del despacho. No me dijo una palabra, y yo tampoco a ella.

CATORCE DÍAS DESPUÉS

—Hola, Evy —saluda Miriam con voz cálida al teléfono. «Ha grabado mi número», pienso, sorprendida. «Sabe que soy yo quien la llama.»

—Perdona que te moleste —digo, sin aliento.

Camino mientras hablo. Estoy de camino al metro, pero la conversación durante la comida con Edvard me da vueltas en la cabeza, y los pies me llevan, por voluntad propia, por un trayecto más largo. No estoy segura de que sea pura coincidencia.

—Me alegra tener noticias tuyas —comenta.

—Me he estado preguntando cosas.

Me detengo. Me encuentro ahora delante de la verdulería. No. No ha sido por casualidad que haya venido justo aquí. Miriam aguarda en silencio a que diga algo, y me sale a bocajarro:

—¿Crees que Erling podría haber estado volviéndose loco?

—¿Loco? —pregunta.

—Sí. ¿Te dio la impresión de que se le estuviera yendo la cabeza?

La oigo coger aire.

—No —dice—. Nunca tuve esa impresión.

—Tú lo veías en el trabajo —afirmo, porque pienso que le debo una explicación—. Tal vez notaras cosas que yo no viera. Porque es que estoy pensando... No sé. Hizo algunas cosas extrañas hacia el final.

Silencio al otro lado de la línea. Mientras ella piensa, yo miro hacia el escaparate de la tienda, las cajas con sus verduras. Observo a la chica tras el mostrador, leyendo algo en su móvil.

—Aquí en la oficina se mostró siempre de lo más normal —dice Miriam—. Si acaso un poquitín..., ¿cómo decirlo?, distraído. Pero solo las dos últimas semanas, como si algo lo tuviese preocupado. Pero, aparte de eso, nada. Estaba por completo lúcido, hasta donde pude ver.

—Gracias —contesto, y suelto aire en un suspiro, dejando que el alivio se me note en la voz.

—Evy —dice Miriam—, esto que me has dicho me preocupa un poco. ¿Está todo bien?

—Sí. Sí. Todo bien —respondo mientras miro las rústicas cajas de verduras y el mostrador de madera clara—. Está todo bien. Te lo agradezco mucho.

Con una mano corto la llamada, y con la otra tiro de la puerta y entro en la verdulería.

La chica del mostrador alza la vista. Tiene una cabellera larga y castaña recogida en una coleta que le llega al hombro, y luce un aro en la nariz.

—Hola, ¿te puedo ayudar en algo? —me pregunta.

—Sí —digo, parada al lado de una pila de cestas con bimis de Hadeland—. ¿Está Ørjan?

—Está en el almacén. Espera un momento.

Mientras se ausenta, miro alrededor. La tienda está bien puesta. Las verduras descansan en cajas, y en cada una se alza una pizarrita en la que figuran el nombre y el precio en esmerada caligrafía. Los precios son de aúpa. Han dispuesto bancos y sillas junto a las ventanas para que la gente pueda sentarse a disfrutar de su café y sus dulces. No hay otro cliente.

—Hola, Evy —me saluda Ørjan al entrar en el negocio—. Me alegro de verte.

Me rodea con sus brazos. Es un abrazador generoso, de abrazos largos y estrechos. Me ofrece café y me invita a sentarme.

Lo observo mientras llena una taza. Es alto y delgado, de hermosos ojos azules, y cabello rubio y en bucles que su hijo ha heredado. La primera vez que lo vi, lo encontré demasiado tibio para Hanne. Sus novios anteriores habían sido jóvenes fuertes, ambiciosos. Varios de ellos le habían roto el corazón. Poco después de la última ruptura nos presentó a Ørjan. «Servirá para curar un corazón herido», recuerdo que pensé. No para casarse, ni tener hijos.

En ocasiones me he preguntado cómo les sienta la vida de casados a ella y a él también. Son tan distintos... Quién sabe si es por eso por lo que les va bien, si es que así les va. Hanne no cuenta sus cuitas. Y aunque hablamos por teléfono muy a menudo, no hay mucha

intimidad entre las dos. Alguna vez me habré quejado del cambio de rumbo profesional que dio Erling a su carrera, o me habrá oído suspirar porque no encuentro el recambio para la pieza rota de algún mueble. «Ya sabes cómo es tu padre.» Puede que Hanne se lamente de algo del trabajo, o del personal de la guardería, pero nunca la he oído quejarse de Ørjan.

Puede que no sea una cuestión de falta de intimidad, me digo. A lo mejor es que están a gusto juntos.

—Aquí tienes —dice, y deja la taza en uno de los bancos blancos antes de sentarse a mi lado—. El café es de Guatemala. Lo cultiva un agricultor con el que tenemos contacto. Preferimos vender productos noruegos, pero el café no se da muy bien en Vestfold.

Pasamos un momento en silencio mirando a la calle. Me llama la atención que rara es la vez que hayamos hablado de algo serio él y yo. Cuando está Hanne, es ella la que habla en nombre de la familia. Ørjan solo asiente. Si acaso completa una idea. Tal vez sea por mi culpa. Puede que en realidad solo me dirija a ella, y a él le doy trato de apéndice familiar.

—¿Cómo estás, Ørjan?

—Estoy bien —dice—. No siempre viento en popa. Hay mucho trabajo, tanto aquí como en casa.

Se echa a reír. Se ríe a menudo, pienso; es una persona luminosa y feliz. Hanne es más exigente. Me pregunto si él le hace la vida más feliz, o si ella lo lastra.

—Max ha crecido —digo—. ¿Duerme mejor ahora?

—Sí, pero ya sabes. Sigue dando mucho trabajo. Amiguitos que vienen, actividades, y todo lo que tiene que aprender.

—¿Y Hanne? ¿A ella cómo la ves? ¿Bien?

—Sí.

—¿De duelo por su padre?

—Sí —contesta Ørjan con gesto grave—. Claro. Eso, y el estrés que lleva con el proyecto de casa.

Inspiro hondo. ¿El proyecto de casa? Busco algo que pueda asociarse a la expresión, pero no me viene nada. Ørjan me lo explica:

—Está en construcción una serie de chalés adosados en Kjelsås. Seguro que has visto los folletos. A Hanne le dio el dato un amigo que ha comprado una participación. Dejas un depósito en opción de compra, y las casas estarán terminadas dentro de un año. Hanne se

pone de los nervios cada vez que se vende una —añade Ørjan—, y ya solo quedan dos.

Asiento con la cabeza una y otra vez, como si estuviera al tanto, al tiempo que busco en las conversaciones telefónicas de estas últimas semanas con Hanne alguna referencia al asunto. Que yo recuerde, nunca me ha hablado de ello.

—Los del banco dicen que necesitamos más capital para aspirar a un préstamo —dice Ørjan—. Y a Hanne le sentó fatal cuando Erling le dijo que no estabais en condiciones de echar una mano. A ver, yo os entiendo, de verdad que sí. Le dije a Hanne que no teníamos por qué esperar semejante ayuda, pero ya sabes cómo es cuando se le mete algo entre ceja y ceja.

Se ríe un poco, y yo lo imito. ¿Hanne nos ha pedido dinero? ¿Y se lo ha pedido a Erling, pero no a mí? ¿Cómo es que ninguno de ellos me ha dicho nada?

Ørjan se pone más serio. Ha fruncido el entrecejo.

—Para ella no ha podido ser fácil pensar que aquella fue la última vez que conversaron —continúa—. Ella lo quería muchísimo. Lo que él opinara de ella era de inmensa importancia para Hanne.

Creo que tiene razón. Entró en su empleo actual hace diez años, trabajando para una cadena de quioscos de prensa. Lo dio todo. «¿Habéis visto a la gente en el metro, metida de cabeza en sus móviles? —preguntó una vez en una comida de domingo—. Hay investigaciones que han comprobado que nuestra capacidad de concentración ha menguado. ¡Tenemos que descolgarnos de Facebook y leer en papel!» Hanne se había propuesto volver a poner de moda la prensa impresa. ¿Te interesa la arquitectura, el arte? ¿Revistas extranjeras innovadoras? ¿Tienes intereses intelectuales? ¿Quieres semanarios con ensayos sobre la actualidad social? ¿Te interesa la moda? *Vogue*, *Elle*, *Cosmopolitan*. ¡Las tenemos todas! Erling no le dio mayor importancia.

—¿Cuándo has dicho que fue la última vez que hablaron? —pregunto.

—Lo llamó un par de días antes de que muriera —dice Ørjan, que frunce otra vez el ceño, pensando—. O quizá lo fue a ver. No estoy seguro. Pero creo que fue una charla más bien tensa. Hanne se estresa cuando las cosas no van como ella quiere.

—¿Sabes que es la primera vez que oigo hablar de esas casas de

Kjelsås? Erling nunca llegó a decirme nada de eso. Tampoco Hanne.

—Vaya —contesta Ørjan, con la vista puesta en la calle.

—No entiendo por qué no me hablaron de ello —comento.

—Pues yo tampoco lo sé —dice él.

Hay algo que Ørjan no me ha dicho, pienso, ya en el metro de vuelta a casa. Ha estado rehuyéndome la mirada. Algo se guardaba.

La impresión es la misma que he tenido cuando me he parado detrás del tabique y he oído a mis hijos hablar de mí; la misma que cuando Hanne y Silje estaban en el despacho de Erling hablando de cómo cuidar de mí, sin preguntarme qué quería yo. ¿Por qué no me hacen partícipe de esas conversaciones? Y luego está Erling, que entró en el salón arrastrando aquellas pantuflas viejas como el mundo. «Evy, firma esto, por favor.»

Pero ya había tenido antes manías raras. Cuanto más leía sobre climatología, más se convencía de que el mundo tal como lo conocemos se acerca a su colapso definitivo. Hace cosa de un par de años, le dio por hacer acopio de productos comestibles, material de camping, hornillos y dinero en efectivo, todo lo cual fue escondiendo en una caja fuerte en el sótano. Un día nos lo enseñó solemnemente a los chicos y a mí: «Si se produce una crisis, tendremos lo que hace falta para capearla un buen rato. El cambio climático traerá consigo crisis sociales. Es solo cuestión de tiempo. El precio de los alimentos subirá, y el planeta se hará cada vez menos habitable. Hay que estar preparados».

Aquel tesoro, que debía asegurar nuestra supervivencia durante el inminente apocalipsis, había sido guardado con minuciosidad. El procedimiento para llegar a él era sumamente intrincado: la primera llave estaba detrás de una pila de cajas de manzanas en el cuarto de las herramientas, dentro de una caja de lata ornamentada con motivos florales. Esa llave abría un cajón en el armario de la ropa de cama, que a su vez estaba escondido al fondo de otro espacio de almacenamiento, de modo que era preciso abrirse paso a través de una maraña de sillas viejas de jardín y lámparas rotas. Ese cajón contenía

un estuche joyero que guardaba una llave más. Con esa podías ir a la caja fuerte y, si te sabías el código, además de saber que la caja fuerte se encontraba en ese espacio, camuflada detrás de una cuna portátil rota y un mastodóntico mueble radio de los años cincuenta, entonces podías acceder al botín: comida en lata, de la que aseguraba que alcanzaría un valor altísimo; botellas de agua potable, alcohol de quemar para los hornillos de camping, paquetes de pasta, alimento en polvo y cecina que había adquirido en un almacén militar, además de una vieja fiambrera que contenía setenta mil coronas en metálico. Así era como habríamos de sobrevivir al apocalipsis. Erling nos hizo aprendernos el sistema de memoria a todos. Nos hacía repetir: la pila de cajas de manzanas, el armario de la ropa, la caja con candado, la caja fuerte. Cuando nos daba la espalda, intercambiábamos miradas de resignación y alguna que otra sonrisa condescendiente. Aquello fue cerca de seis meses antes de que presentara su renuncia a la Administración Noruega de Carreteras del Estado, y poco a poco empecé a rememorar aquellos días del fin del mundo con más y más aprensión, y me hacían cada vez menos gracia. ¿Qué le estaba pasando a Erling?

¿Sería por eso por lo que se le había ocurrido levantar un apartamento encima del garaje, y sería por eso por lo que había comprado los terrenos en Tjøme? Estoy furiosa: me ha tratado como a una niña. Me ha faltado el respeto al no pedir mi opinión. Puede que por eso disfrute tanto de pasar tiempo con Edvard. Tengo hambre y sed de atención.

Cojo el móvil y le escribo un mensaje de texto:

¿Te va bien ir a Tjøme mañana?

TREINTA Y CUATRO AÑOS ANTES

La habitación que había alquilado estaba en un apartahotel situado en la rue de Paris. Entre la estación de metro y el apartahotel había un *bar-tabac*, y cada día, al volver de la academia, se daban cita allí un grupo de hombres sentados, bebiendo y charlando. Al pasar por delante, me miraban, se reían y decían cosas en un tono que me asustaba, que sonaba malintencionado, pero yo no entendía el francés lo suficiente para saber qué decían exactamente.

Mi habitación tenía una cocina diminuta instalada en una esquina, y un excusado en un cubículo. Por la mañana comía parte de una *baguette* con café que calentaba en un hornillo eléctrico. No había nevera, así que me tomaba el pan con mermelada o sin nada. Terminado el desayuno, recogía mis cosas y recorría la rue de Paris hacia la estación de metro, pasando delante del *bar-tabac* a una hora en la que solo había gente tomando café. Ya en los largos y sinuosos pasillos del metro, me guiaba por las señales que llevaban a una línea y luego a otra, entre la apretada multitud de parisinos abrigados e impacientes, para después abrirme paso trabajosamente hasta salir a la luz pálida de febrero en Saint-Placide, una hora después de haber entrado en el metro.

Cuando planificaba el viaje, metida en la habitación mientras Erling veía la televisión abajo en el salón, me parecía ideal que el curso de francés fuese solo de cuatro horas al día. Me veía paseando plácidamente a la salida de las clases, ya a la hora de comer, lista para poner en práctica lo aprendido. Pasaría la tarde en galerías y museos, charlando de forma animada con eruditos y bohemios, *«mais comme elle est belle, cette peinture!»*. Lo que no sabía era cómo se te queda la cabeza al cabo de cuatro horas dedicadas a estudiar las reglas del *subjonctif* y el *passé simple*. Las clases acababan a la una, y para entonces mi cerebro estaba hecho una papilla. Había encontrado un

módico bar cerca de la escuela, y allí me pedía pan y una sopa que tragaba con avidez. Luego caminaba hasta la boca del metro y me abandonaba al traqueteo del tren, rodeada de una muchedumbre de rostros vacíos de expresión.

Habíamos acordado que llamaría a casa los sábados. En la recepción había un teléfono público para el que guardaba una reserva de monedas de un franco. Bård se mostraba casi siempre callado, incómodo, y respondía a casi todo con un sí o un no. Cuantas más preguntas le hacía, más callado se quedaba. A veces oía de fondo a Erling dándole instrucciones: «Cuéntale qué tal en el cole, Bård».

Hanne alternaba entre la conversación y el lamento, y me preguntaba una y otra vez que cuándo volvería y cuánto faltaba para mi regreso.

Con Erling hablaba un poco al final de cada llamada. Había algo raro en su voz de aquellos días, un timbre inseguro y arenoso. Me preguntaba cómo me iba, si me lo pasaba bien. «Todo genial —respondía yo con voz cantarina—. He estado en el Louvre contemplando obras de arte.» ¿Sabía él lo pequeñísimo que era el cuadro de la Mona Lisa? Yo notaba que estaba muerto de miedo, pero no tenía energías para lidiar con eso. Era la primera vez que estaba por mi cuenta, sin tener que justificar nada ni asumir responsabilidades ajenas. Algún provecho debía sacarle a todo eso, ¿no? Tenía que ser una experiencia que dejase huella, algo que atesorar.

En un hogar donde los dos trabajan, puede que haya muy diversas maneras de organizarse la vida, pero, en casa, la división conyugal del trabajo estaba clara: él traía dinero para la familia; yo me encargaba del mantenimiento y del manejo cotidiano del hogar. Era lo natural, pero en ocasiones me parecía injusto. Erling trabajaba de nueve a cuatro y media, tenía derecho a días de asueto compensatorio y a vacaciones pagadas. Mi trabajo no cesaba nunca.

La casa de la colina en Nordheimbakken era suya; se le había dado como anticipo de la herencia. La condición de propiedad exclusiva parecía razonable en el momento en que fue presentada, a la manera típicamente áspera, fría, de los Krogh, pero a mí me dejó un regusto amargo. Esa casa, que yo mantenía, no era mía. Yo no tenía

derechos sobre ella. Yo era la señora de la limpieza. Cada dos semanas entraba en el despacho de Erling con un barreño de agua y jabón, y me ponía de rodillas al pie de su escritorio, que era una monstruosidad hecha de madera tropical. Erling lo había heredado de su padre. Los lados estaban decorados con minuciosas tallas de flores, hojas y arabescos. Costaba una barbaridad quitarles el polvo. A veces, cuando lo hacía, me imaginaba a mi suegra, la formidable Inga Krogh, arrodillada en la alfombra verde que cubría el suelo de pared a pared, esforzándose por sacar las partículas de polvo de aquellas tallas, como si aquello fuese una honorable tradición que las mujeres de la familia Krogh nos pasábamos, en orgulloso legado, de generación en generación.

Erling no consideraba que fuese de su incumbencia la limpieza de la casa, ni el abastecimiento de la nevera, ni que los niños estuviesen bien alimentados, ni que hubiesen descansado adecuadamente o llevaran ropa limpia. Al volver del trabajo se instalaba en su sillón. Si le tocaba poner la mesa o vaciar el lavavajillas, lo hacía como si me concediese un favor.

¿Y qué? En las casas más grandes de Montebello, casi todas las esposas son amas de casa. Además, habíamos convenido en que era mejor que si yo trabajaba. Imagínate seguir de cerca el desarrollo de tus niños, nos decíamos las mujeres, ¿cambiarías tu lugar por el de tu marido? Pensé en los meses de vida miserable que pasé como maestra de colegio. Es mejor para los niños que la madre se quede en casa. También para la madre. Es un privilegio poder permitírselo.

La única tarea de la que se ocupaba Erling era la administración del dinero. Y eso sí que se lo tomaba en serio. Decidía un presupuesto mensual, asignaba los fondos y llevaba la contabilidad. Era un sistema que a mí me parecía anticuado. Las otras esposas disponían de una cuenta generosamente dotada que podían manejar a su antojo. En nuestro hogar, la frugalidad se situaba entre las virtudes más honorables. Erling despreciaba el despilfarro. Todo gasto que rebasara el presupuesto mensual debía consultarse con él. Era su sueldo, y le correspondía a él conceder o negar el dinero.

«Doscientas coronas cada entrada —diría, si le proponía llevar a los niños al teatro—. Más las chucherías que querrán comer en el

entreacto, aparte de lo que se paga por el guardarropa. Súmale aparcar en el centro y, claro, tú también tendrás que comprar la entrada. Unas mil coronas en una tarde. No sé, Evy, ¿te parece que lo vale?»

En ocasiones, si reunía el coraje, le oponía razones: «Sus amigos también van. Es educativo. Les viene bien para su cultura general». Él contraatacaba entonces con los accesorios para el esquí que habíamos comprado y que nos habían hecho rebanar un buen trozo de la partida de gastos extras del presupuesto mensual. ¿No era lo mismo si se leían la obra en lugar de ir a verla?

«Vivir sale caro», solía decir, y procedía a enumerar la lista de gastos de los que yo no sabía gran cosa: la electricidad, el reembolso del préstamo por la compra de la cabaña, el seguro del coche. «Y, como bien sabes, en esta casa entra un solo sueldo.»

Si de verdad me empecinaba en un gasto que me parecía importante, solía ganar la partida a fuerza de insistir, pero las discusiones me dejaban agotada. Con creciente frecuencia me encontraba sin fuerzas para ello y solía terminar por ceder, pero la humillación me ardía en el estómago: yo era una adulta que tenía que pedir permiso para llevar a sus hijos al teatro.

No es que fuera desdichada. Las cosas eran como eran, y muchas lo tenían mucho peor. Pero estaba cansada. No importaba cuánto trabajara, el trabajo no terminaba nunca.

Mi padre murió un martes cualquiera. Se hallaba bien de salud. Ni siquiera había cumplido los setenta, y una tarde, mientras hacía la compra con mi madre, se derrumbó encima de una nevera de alimentos congelados. Su muerte había sido tan absurda, tan repentina, que nunca hasta ese momento se me ocurrió que pudiera suceder. Debería haberle dicho cosas que deseaba que supiera mientras tuve la oportunidad; me gustaría haberle pedido instrucciones sobre cómo vivir la vida. No lo hice, y ahora es demasiado tarde. Tenía entonces treinta años y me sentí como una huérfana perdida.

Synne dijo: «¡Ven al hotel de montaña!». Gracias a su empleo, ella tenía acceso a ciertos beneficios. Podríamos coger el coche el viernes y quedarnos hasta el domingo. Comiendo bien, bailando,

dejando la pena atrás. Erling dijo: «No podemos ir tirando dinero a diestro y siniestro». Habló de coyuntura y de tipos de interés; describió a continuación los retos que se alzaban ante la economía noruega. ¿Quién era yo para venir hablando de pistas de baile y desayunos de bufé? ¿Acaso no lograba entender lo que significa ser el único sostén de una familia? ¿La responsabilidad que cargaba a su espalda?

Sí. Lo entendía. Me sabía sus razones de memoria. Llamé a Synne para decirle que no podía irme con ella.

Poco después sobrevino la oleada de virus estomacales. Limpié vómitos y consolé primero a Bård, y luego a Hanne. Recogí restos de espaguetis de la alfombra del pasillo hasta que yo misma tuve que vaciar mi propio estómago. Me levantaba en medio de la noche para atender a mis hijos a la par que para doblarme encima del váter. Erling dormía en un colchón en su despacho, para no contagiarse.

Dudo mucho que este estado de cosas le pareciera desconsiderado ni cruel. Tampoco creo que la gente que nos rodeaba lo viera así, ni siquiera que yo misma lo pensara. Supongo que nosotros, él y yo, creíamos que las cosas eran así. El propósito de nuestro matrimonio era que Erling pudiera trabajar cada día, que el dinero no dejase de llegar y que así la familia prosperase. Era una división del trabajo sensata. Seguro que se habría llevado toda una sorpresa si hubiera oído a alguien decir lo contrario.

A la muerte de mi padre, heredé algo de dinero. Como no podía ser menos, terminé de pagar las cuotas del coche y aporté mi contribución para costear los gastos familiares, pero algo me guardé. Años atrás, en una feria de algo, me había llevado un folleto que proponía cursos de francés en París. Y entonces lo saqué del cajón donde lo había dejado. *«Apprendre le français à Paris!»*, ponía en la portada en letras originales, divertidas. También había una foto de un grupo de jóvenes sentados en el césped de un parque, charlando. Se les veía tan felices y despreocupados… Puede que estuviesen hablando en francés con soltura de lo que podrían hacer ese día. Dónde pedirse una *soupe à l'oignon*, quizá precedida de un *apéritif*. Y yo quería estar allí sentada

con ellos.

Considerando el precio del vuelo, la estadía y el curso, lo que había heredado de mi padre permitía cubrir esos costos. Estaban a mi alcance, igual que mi posibilidad de tomar la decisión.

—Siempre he querido aprender francés —le dije a Erling.

Había estado pensando en cómo presentarle el asunto. Resolví hacerlo como si tal cosa, en algún momento en que estuviéramos a gusto. Escogí la noche de un viernes. Tres semanas antes del inicio del curso. Estábamos sentados delante de la tele, cada cual con su copa de vino. La comedia que daban en NRK era divertida, y Erling estaba de buen humor.

—Ya —contestó sin apartar la vista de la tele.

—Creo que se me daría bien. Tengo talento para los idiomas. La profe de inglés en el instituto lo dijo.

—Muy bien, pues. Tú empieza a practicarlo.

Bebió un sorbo. Yo lo observaba sin sacarlo de mi periferia visual, para que no lo notara.

—Hay una escuela en París —dije—. Clases de conversación donde te enseñan las bases. Tengo un folleto que dice que, si reúnes las condiciones, puedes alcanzar un nivel de conversación aceptable en tres semanas.

Me miró un momento, perplejo, como si le costara descifrar el significado de esas informaciones en apariencia irrelevantes que yo le presentaba.

—Por no hablar de vivir en París —me apresuré a seguir con alegre entusiasmo—. Siempre he querido hacerlo. Ya sabes. La Ciudad de la Luz.

Mi sonrisa se pasaba de ancha y me daba cuenta de ello, pero no lo podía evitar. Ansiaba tanto su aprobación…

—¿Me estás diciendo que piensas viajar sola a Francia? —dijo, estupefacto.

—Sí —respondí, y atropelladamente añadí—: Solo unas semanas. Tres, y si son cuatro, mejor.

—¿Tú sola?

—Sí.

Por un momento me miró como si me hubiera vuelto loca, y

entonces se echó a reír. No con una risa desdeñosa. Parecía genuinamente divertido, como si mi proyecto fuera un chiste que me hubiese inventado para su entretenimiento.

—Así que te irías a París sola —dijo, aún riendo—. Nunca en tu vida has vivido por tu cuenta. A duras penas sabes leer un mapa. Siempre es un lío dar con las direcciones cuando vamos de vacaciones a Dinamarca.

Volvió a reírse de forma abierta y mirándome a los ojos, como invitándome a reír a dúo: «Claro, tienes razón, por supuesto. Qué idea tan absurda, yo arreglándomelas sola». Fue aquello lo que inclinó el fiel de la balanza, pensé después, que su risa pidiera compañía. De haberme despreciado, o si se hubiera opuesto frontalmente, puede que me hubiera acoquinado. La idea en sí le había parecido tan cómica que ni por un instante se dio cuenta de que hablaba en serio.

Me dije: «Soy una mujer adulta. Tengo un título universitario. No lo he usado mucho, vale, pero lo tengo, y también las calificaciones que obtuve. Tengo dinero en el banco y me encuentro en uso de mis facultades. Sé cuidar de mí misma. He cuidado de esta casa y nos he mantenido a todos con vida, sin más respaldo que las exiguas cantidades que conseguía sacarle de entre los dedos. ¿De modo que se cree que no voy a salir adelante? ¿Se cree que voy a volver a casa corriendo y con el rabo entre las piernas?».

—El curso dura tres semanas —dije con voz algo más áspera—. Puedo alquilar un piso a través de la escuela.

La risa abandonó el rostro de Erling, que para entonces me miraba con el ceño fruncido y la media sonrisa de a quien le cuentan algo absolutamente descabellado. Y en ese momento, despacio, para que pudiera verlo, dejó entrever un asomo de burla.

—Ya veo —dijo—. ¿Y cómo crees tú que podemos permitirnos eso? Tres semanas de curso, el billete de avión y un piso en París. No sé si lo sabes, pero aquí solo entra un sueldo.

Como si fuera mi dueño. Llevaba en mi cuerpo la huella de miles de disputas por cosas de dinero, y ahora sentía en la piel el cosquilleo del disgusto ajeno: se creía que vivía a su merced. Se iba a enterar.

—No te preocupes por eso —dije, y me sentí ligera, casi ingrávida—. Tengo dinero. Corre de mi cuenta. Me iré en dos semanas.

Creo que nunca pensó que lo haría. No podía imaginarme haciéndolo. En los días siguientes no volvimos a tocar el tema, y supongo que habría terminado por pensar que había sido una fanfarronada mía, que lo había dicho para asustarlo.

A los niños no les dije nada hasta la víspera. No sé. Supongo que se me ocurrió que sería lo mejor. Rompieron a llorar al unísono.

—Va a estar todo bien —les dije para reconfortarlos—. Papá cuidará de vosotros.

El profe de francés se llamaba Laurent. Tenía el cabello castaño oscuro y rebelde, gafas sin montura y era muy informal: nos tuteaba y nos llamaba por el nombre de pila. Tenía mi edad. Por lo que nos contó de sí mismo, en oraciones informativas, estudiadamente formuladas para la enseñanza —*je m'appelle Laurent, j'habite dans un appartement vers Porte des Lilas*—, deduje que no tenía hijos. Y tal vez fuera también soltero, aunque sin duda no le serían escasas las ocasiones de cambiar esa circunstancia. Puede que en su desaliño encontraran las mujeres algo que las moviera a ocuparse de él. Lo vi en algunas de las alumnas, y tampoco a mí me resultaba del todo indiferente.

En ocasiones lo veía en el metro, en un tren de madrugadores de la línea que lleva de Châtelet a Saint-Placide. Las primeras veces no hice más que observarlo de lejos. Siempre encorvado sobre un libro, por completo absorto en lo que estuviera leyendo, desconocedor de cuanto ocurriese a su alrededor. La tercera vez que lo vi, temí que se fuera a olvidar de su parada, porque el tren había entrado en la estación de Saint-Placide, y él seguía como en trance, sin dar señales de disponerse a salir.

—*Bonjour* —dije al acercarme a su lado.

Levantó la vista, desconcertado, y luego sus ojos me sonrieron detrás de sus gafas sin montura.

—*Bonjour*, Evy.

Mi nombre sonaba distinto en su voz. Parecía que fuera así como debía pronunciarse, con acento en la *y*, como si todos los demás lo dijesen mal.

Una tarde me encontré con él por casualidad, justo a las puertas de la escuela. Su saludo vino acompañado de un beso en cada mejilla, y me pregunté si sería porque me consideraba una amiga.

—¿Tienes planes? —dijo.

—Ir a casa a hacer la cena —respondí.

—¿Te apetece tomar algo?

Ocupamos una mesa en un café a poca distancia de la escuela. Él se quejaba de algo en su apartamento, una gotera. *Mais bon*, no podía no hacer la reparación, por costosa que saliera. Yo hice gestos de comprensión. Estaba emocionada de estar allí. En un café en París, charlando con un apuesto joven francés. Hacía cosa de un mes estaba de rodillas recogiendo del suelo restos de espaguetis a media digestión, y mírame ahora. Me imaginé que al otro lado del ventanal del bar había una versión más joven de mí, mirándome desde la acera, sin dar crédito a sus ojos.

Justo cuando nos traían las copas, otros estudiantes del curso pasaron por delante. Reconocieron a Laurent. Hicieron gestos de saludo, sonrieron y segundos después entraron en tropel en el café. Solo cuando llegaron a nuestra mesa vieron que también yo estaba allí. Uno de ellos, un joven americano que se llamaba Tim, me miró con una sonrisa interrogativa, como si se preguntara si nos reunía una cita romántica.

—Sentaos —dijo Laurent—. *Venez.*

Rob y Tim eran amigos desde niños. Llevaban ya varias semanas asistiendo al curso. Los acompañaba un amigo, Eric, que había venido de visita desde Wisconsin. Rob era el gritón del grupo. Yo prefería a Tim, que podía resultar arrogante, pero tenía un fondo de amabilidad. Eric era el que más hablaba. Contó que se dedicaba a recorrer Europa, que de Francia iría a España. Quería ver corridas de toros y vivir la vida como Hemingway. Laurent hizo gestos de aprobación de una manera muy adecuadamente francesa. Al cabo de unos veinte minutos se disculpó, aduciendo que tenía que atender unos asuntos. Me dio un beso en cada mejilla, a los chicos un apretón de manos, y para cuando me di cuenta de que se estaba marchando ya había salido del bar.

También los americanos se marchaban y me preguntaron si quería acompañarlos. Los tres me miraban con su sincera juventud. Tim era muy guapo, y Eric no estaba mal, pero se hacía tarde. La versión joven de mí, la que desde la acera me miraba y me veía en París pasar de un grupo de amigos al siguiente, estaba impresionada, pero era también consciente de la hora. No podía trasnochar. Pensé además en lo que sería pasar por delante de los tipos del *bar-tabac* a altas horas de la noche. Y al día siguiente tocaba llamar a los niños

temprano.

Pero me acordé de Edvard llamando a la puerta de la habitación en Røaveien para invitarme a salir. ¿No era precisamente esa la idea? La ciudad, la escuela, la rue de Paris. ¿No se trataba justo de no tener otros planes si alguien llamaba a mi puerta?

En el primer bar no había mucho ambiente. Eric empezaba a parecerme el más entretenido. Los chicos eran unos años más jóvenes que yo, y trataban de aparentar mundanidad y sofisticación, pero estaba claro que les impresionaba todo cuanto veían. Había en ellos algo que los hacía atractivos: el que fueran jóvenes, fuertes, y que se acercaran a mí cuando hablaba, que me miraran a los ojos. Los ojos de Eric se demoraban en mí cuando me miraba, y aquello me inquietaba e interesaba a partes iguales.

El otro bar era en realidad una discoteca. Bailé con Eric, que me tenía en sus brazos. Era joven y algo torpe, pero me conducía bien. Hacía mucho tiempo que no bailaba así, con el brazo firme de un hombre en torno a mi cintura.

Guardo una imagen mental de los dos bailando. No paro de sonreír y me siento demencialmente contenta mientras la bola de espejos clásica de aquellas discotecas gira por encima de mi cabeza. No estoy del todo segura de que fuese así con exactitud, pero es así como lo veo: un éxtasis danzante. Y luego, nada.

Al despertar me encontré acostada en una cama y abrigada a medias con una manta. La luz que se colaba entre las cortinas dibujaba una franja que cruzaba la alfombra y subía por la pared a mi espalda. Me incorporé en la cama.

Me pesaba la cabeza y sentía la boca seca y algodonosa. Necesitaba beber algo de inmediato. Miré alrededor. Vi al chico que dormía a mi lado. Tenía la boca abierta, y un hilo de saliva se le había secado en la comisura de los labios. Me pregunté si cabía la menor posibilidad de que hubiéramos... Era del todo imposible que hubiéramos...

Estaba vestida, al menos un poco. No tenía las medias puestas, y no las veía en el suelo. Pero las bragas sí. Tenía la falda arrugada y recogida a la altura de la cintura, pero la tenía. El chico llevaba un jersey y calzoncillos. Por lo menos no estábamos desnudos. Pero me dolía el estómago. Eso no podía haber sucedido.

¿Cómo se me podía haber ocurrido? De la cama me dejé caer al suelo. Sentía algo raro en el cuerpo; me resultaba desconocido. ¿Eran esas mis manos, mis piernas? A cuatro patas me puse a buscar las medias en el desorden que imperaba en el suelo. Pantalones arrugados, calcetines sucios, una bolsa, un balón de fútbol. Libros de texto en francés. Nada... No las encontraba en ninguna parte. Me acerqué al salón. La puerta del dormitorio estaba abierta. Al menos eso. Era una señal de que todo estaba bien, ¿no? Si hubiera pasado algo, no la habríamos dejado abierta, ¿no?

Tim dormía en el sofá del salón. No vi a Rob. Me puse a buscar en el piso desordenado y sucio en que vivían. Pensé: «No me acuerdo de nada. ¿Cómo llegué a este lugar? ¿Vinimos en metro? ¿Cogimos un taxi? ¿Entré por esa puerta?». Lo último que recordaba era la bola de espejos de la discoteca.

En la entrada encontré mis botas de caña baja, mi abrigo y mi bolso. Sentía las manos heladas al abrir el bolso, pero todo estaba en su sitio: allí estaba mi tarjeta de metro, con el billete de cien francos que había retirado la víspera. Tim se movió en el sofá. Lo oí soltar un gemido y sentí que una oleada de pánico me subía del estómago. Lo último que deseaba era encontrarme con él en ese momento. Me calcé las botas sin medias, me puse el abrigo, cogí el bolso y cerré sigilosamente la puerta tras de mí. Corrí escaleras abajo y salí al aire frío de febrero. Cerré la puerta de calle de un portazo y caminé todo lo rápido que pude. No me detuve para tratar de situarme hasta que me hube alejado varias calles.

Nunca logré reconstruir del todo aquel episodio inexistente. Sigo sin saber qué había sido aquello, ni cómo hilar su relato. Ni siquiera puedo describirlo para mí misma. Y por eso no le dije nada a Erling, y a Synne tampoco.

Porque una no se mete en esta clase de situaciones sin razón alguna, ¿verdad? Algo inapropiado debí de hacer. Pero no logro dar

con el qué. ¿En qué momento di un mal paso? ¿Sería cuando accedí a tomarme una copa con Laurent? ¿Me equivoqué al no levantarme y marcharme del café cuando él lo hizo? ¿Tendría que haberme ido al mismo tiempo que él? ¿O esperar a que se hubiese marchado para irme yo entonces? ¿Fue mi error no despedirme de los americanos a la puerta del bar, sino subir con ellos al taxi? Quizá todo estuvo bien hasta que entré con ellos en la discoteca. ¿Fue por haber bebido o por ponerme a bailar?

¿Y no quería yo coquetear? ¿No le sostuve acaso la mirada a Eric más allá de lo necesario? ¿No le di a entender que a lo mejor podía pasar algo? ¿Y en serio accedí a ir a su piso? ¿Estoy segura de haber aceptado la invitación? ¿Recuerdo acaso haber sido invitada? ¿No sería yo misma la que tuvo la idea?

¿Y qué pensar de ellos? ¿Qué papel desempeñaron en lo que había ocurrido? ¿Se aprovecharon de que había bebido de más? ¿O me habrían llevado a su piso porque estaba demasiado bebida para volver sola a casa? Si sucedió algo, la cosa se presta a muchas lecturas. Por ejemplo, un polvo. Por ejemplo, una mujer que se ha pasado de copas y un hombre que reacciona a esa situación. Por ejemplo, que él (¿o ellos? Es una posibilidad en la que ni me atrevo a pensar) tuviera un plan incluso ya en el café. ¿Sería posible que alguien hubiera puesto algo en mi copa? Y, de ser así, ¿quién? ¿Los americanos? ¿O alguien más? ¿Fueron ellos mis asaltantes o mis salvadores?

Si algo llegó a pasar, no lo recuerdo. Hay indicios: una sensación en el bajo vientre, una especie de dolor. La impresión de no reconocer mi propio cuerpo. Y desperté semidesnuda junto a él en la cama. Otras señales apuntan en otra dirección: llevaba las bragas puestas, y la puerta del dormitorio estaba abierta. ¿Cuál de ellas pesa más en la balanza? No lo sé.

Cuando la gente habla de cosas que le han sucedido, de lo peor o de lo mejor, se trata siempre de cosas que han ocurrido de verdad. Lo peor de aquella noche en París es que no sé si pasó algo.

Y hay otra cosa. Ya de regreso en casa, poco después de aquello, descubrí que estaba embarazada. El día en que me hice la prueba, alcanzaba a oír el tictac del reloj de pie desde el baño de arriba. Y el ritmo del tictac se acompasaba con mis «No, no, no».

Tener otro hijo no nos planteaba una crisis. No en ese sentido. Erling y yo lo habíamos comentado hacía algún tiempo. Y si algo había pasado en aquel piso en París era, sin embargo, muy poco probable que hubiese conducido a semejante resultado. En las semanas siguientes a mi vuelta, Erling no me quitaba las manos de encima. Era mucho más probable que él fuese el autor. También a efectos matemáticos: si sacaba las cuentas, Silje fue probablemente concebida al final de la primera semana tras mi regreso.

Pero no podía excluirlo. Era una posibilidad técnica. Me espantaba el instante del nacimiento. Me imaginaba a un bebé que fuera el vivo retrato de Eric, una versión en miniatura del chico que quería vivir a lo Hemingway. Los primeros días, a solas con Silje en la clínica, encorvada sobre su cunita, me obstinaba en escudriñar su rostro en busca de parecidos ajenos. Pero Silje era fuerte e iracunda; su carita era solo de ella. Pensé: «Habrá que aguardar y ver. Todo saldrá a la luz en su debido momento».

Pasado el tiempo, a veces la miro y me pregunto: «¿A quién habrá salido en eso?». Ese fruncimiento en la frente, esa tendencia al extravío, a olvidarse de espacio y tiempo; unas iras colosales que se la llevaban por delante y que yo no reconocía, ni de Erling ni de mí. Pero luego hablaba con la intransigencia de Erling, y en ocasiones ponía una cara clavada a la de su padre. Y entonces me preguntaba cómo había podido ponerlo en duda.

Hace muchos años que he apartado aquella noche en París de mi cabeza; la he doblado y la he guardado en un cajón que he cerrado para nunca más abrir. Y no deja de ser cierto que Silje, tan distinta de sus hermanos en su enfoque de la vida, es la niña de los ojos de Erling.

—Reconozco que no he sabido transmitirte lo mucho que te valoro —me dijo Erling la noche de mi regreso.

Había adelantado el viaje de vuelta. Dejé París una semana antes de lo previsto. Hanne se me colgó desde el momento en que entré en casa, sin soltarme hasta que se quedó dormida. Bård era más reservado, se mantuvo distante y solo se acercó cuando saqué los regalos de la maleta.

Erling y yo nos habíamos acomodado en el sofá una vez que los niños estuvieron en la cama. Cada uno con su copa de vino. Se

avecinaba conversación. Erling le daba vueltas y más vueltas a su alianza de boda, se miraba las manos mientras hablaba. Puede que no fuese el mejor de los maridos, pero iba a mejorar: todo iría a mejor a partir de entonces.

—Es tanto lo que haces por nosotros, Evy... —continuó—. Los niños te quieren más que a nada, y yo... —Me dirigió una mirada fugaz y dijo con poco más que un hilo de voz—: Bueno, yo también.

Bajó entonces la vista a sus manos. Vueltas y vueltas a la delgada sortija de oro que llevaba en el dedo desde el día en que nos casamos.

—Pero, Evy, no puedes volver a dejarnos de esa manera. ¿Entiendes? Esto no lo puedes volver a hacer.

Su voz y el forcejeo de sus manos enlazadas me tendrían que haber señalado lo mucho que le estaba costando ese momento. Pero yo me hallaba a demasiada distancia de allí. Parte de mí se había quedado en aquel caótico piso de París, y me parecía ver el mundo como desde una ventana.

Me encontraba incomprensiblemente cansada. Fuera ya era de noche, pero la luz del porche estaba encendida y dentro se estaba bien. Y las cosas estaban bien. Entonces pensé: «Estoy de nuevo en casa, y a partir de ahora todo irá bien».

QUINCE DÍAS DESPUÉS

Edvard aparca delante del panel de madera que dice KROGH en letras blancas pintadas con las pinceladas precisas de Erling. En la carretera, le he contado a Edvard mi conversación con Ørjan. Hemos hablado de lo que podría significar, y de por qué Erling no me habría dicho que Hanne le había pedido ayuda económica. Ahora estamos en silencio. La gravedad ha ocupado el lugar del buen estado de ánimo que me había dejado el almuerzo de ayer. Desde el espacio de aparcamiento hay que seguir un sendero corto que pasa por una elevación, por entre unas pocas cabañas de mayor tamaño y que tienen vistas al fiordo. El cielo está cubierto; el aire pesa en medio del bochorno.

—Es aquí —digo cuando el camino se abre al calvero donde se encuentra la cabaña.

Es pequeña y roja. No tiene luz ni agua corriente. La rodea un reducido espacio de césped que el bosque encierra. Solo quinientos metros nos separan del embarcadero, pero desde aquí no se ve el fiordo. En un día de suerte puede que lo veas más allá de los pinos, si el sol le da de plano y le saca destellos. Nos detenemos uno junto al otro, mirando la pequeña cabaña roja.

—Qué bonita —comenta.

—No le haría daño una renovación —es lo que se me ocurre decir al verla.

La compramos en el ochenta y uno, y ya entonces era una construcción antigua, y si alguna reparación se le ha hecho, la ha llevado a cabo Erling. No hay terraza ni espacio anexo. Hay lámparas de queroseno y una cocina de gas butano. El agua hay que ir a sacarla de un pozo a diez minutos de camino. O comprarla en pesadas garrafas en la gasolinera y cargarlas desde el aparcamiento. Tan solo preparar la cena es una lata.

Cruzamos el césped para acercarnos a los escalones de la entrada. La cerradura es muy reciente. Erling creía en el poder de las

cerraduras, y nunca dejó que la propiedad cayera del todo en descuido. «Hay que cuidar lo que se tiene», solía decir. Pero de lujo había bien poco. Para alguien como Edvard, que valoraba las cosas buenas, aquello debió de parecerle muy modesto.

—La sencillez es la consigna —digo al tiempo que acciono la llave, y noto que suena como una advertencia.

Apoyo el hombro en la puerta y empujo para abrir.

—Es acogedor —dice Edvard con tacto diplomático una vez dentro del salón—. Muy Erling.

Era una verdad incuestionable. Resultaba rara esta visita, en un día de primavera, justo antes de temporada. Miro alrededor. El viejísimo sofá que heredamos de mis padres, las cortinas de ganchillo de la abuela, los ventanucos bajos. El suelo de tablones irregulares. El rincón de la cocina, con su aparato de gas butano. Un fregadero para lavar los platos, una lámpara de queroseno para fregarlos de noche. Y las puertas que dan a los cuartos, ambos con literas. Cuando la compramos, me parecía idílica. Ahora me resulta avejentada, inhóspita. Me pregunto qué ha cambiado más, si la cabaña o yo.

—¿Qué es ese olor? —pregunta Edvard.

Es una pestilencia potente y que no anuncia nada bueno. Olfateo. Es como si alguien hubiera hecho sus necesidades aquí.

—No lo sé —digo—. Tal vez un ratón ha muerto dentro de la pared.

—¿Suele oler así?

Lo miro. Veo que tiene las cejas en alto y el rostro fruncido.

—Hemos tenido algún problema con roedores —respondo.

Las camas están pulcramente hechas, tal como las dejamos Erling y yo al cerrar la cabaña el verano pasado. Ahora la cabaña es solo mía. La cabaña y las parcelas vecinas, que llegan hasta el agua. ¿Qué voy a hacer con todo este terreno? La cabaña no llegó nunca a ser lo que yo esperaba cuando la compramos. Aquí nunca me sentí en casa. Los veranos eran largos. Agotadores a la par que de un aburrimiento soporífero.

Edvard se ha detenido en el salón para hojear el libro de visitas, que ha encontrado en la mesa de centro.

—¿No ha venido nadie desde el año pasado?

—Es una cabaña de veraneo —digo—. No tiene mucho aislamiento. La temporada va de finales de mayo hasta finales de agosto.

Edvard se demora mirando el libro. A mí me pesa la cabeza, y me siento mareada. Anoche no dormí bien, pero conseguí no tomarme la pastilla. Estuve pensando en este paseo con Edvard. Si él me lo preguntara, ¿no me vería obligada a mentir sobre mi consumo de pastillas? Los demás han prescindido de hablarme de cosas importantes; me tratan como si no fuera de fiar. No quiero que con él suceda lo mismo. Más vale aguantar el cansancio. Aspiro una buena bocanada de aire y siento que se me cierran los párpados. Siempre puedo echar una cabezada en el coche a la vuelta.

—El olor es muy fuerte para ser de una rata muerta —dice Edvard.

—Sí —convengo con languidez, volviéndome despacio a mirarlo.

Su rostro es como una máscara de piel pálida y de ojos muy abiertos.

Y tiene razón. El hedor es penetrante. Olfateo el aire una vez más. Cuesta decir a qué huele, la cabeza me funciona bajo mínimos. No alcanzo a recuperar la compostura. Edvard se lleva el brazo a la cara para cubrirse boca y nariz; también el gesto me parece lento, aunque su expresión es de alarma, como de emergencia.

—Tenemos que salir de aquí, Evy —dice en voz baja pero urgente —. ¡Vamos!

Iba a responder, pero me flaquean las rodillas. En eso oigo el estallido de un vidrio roto. Edvard ha cogido uno de los portavelas de bronce y lo ha arrojado contra la ventana. Camina con paso inseguro hacia la puerta de entrada, la abre por completo, da unos pasos atrás, me agarra con firmeza del brazo y nos saca de la casa de un tirón. A la vez que todo se oscurece, siento el golpe del aire primaveral en el rostro. Bajo a trompicones los escalones y me doy de bruces contra el césped cuando mis rodillas ceden. Trago aire mientras Edvard, doblado sobre sí, respira como quien teme por su vida.

El bombero que habla con nosotros tiene las piernas muy abiertas; su voz es varonil, de mando. Nos habla como si fuéramos bomberos novatos a los que debe inculcar la gravedad de la situación.

—Ha sido un escape de gas —dice—. El butano ha ido saliendo de la botella poco a poco hasta llenar la cabaña entera. Hace falta mucho gas para que sea un riesgo para la salud, y por eso es raro ver accidentes de este tipo. Pero ahí dentro había gas de sobra. Podría haber sido grave. El aislamiento que le han hecho a la cabaña es de los buenos —dice, y nos mira con sus ojos azul pálido como si de algún modo tuviéramos la culpa.

El personal de urgencias que ha acudido llena el césped a nuestro alrededor. Algunos de ellos han entrado en la cabaña. Llevan máscaras. Poco antes, una mujer de aspecto serio, de unos treinta años, me ha pedido que le contara lo ocurrido desde nuestra llegada hasta el momento en que hemos llamado pidiendo auxilio. Mientras tanto, Edvard hablaba con un hombre al otro lado del calvero. Supongo que le estaba haciendo las mismas preguntas. Sigo cansada y me duele la cabeza. Un joven con mono rojo y chaleco reflectante me ha hecho un chequeo antes de eso. Era del servicio de ambulancia, me imagino, pero no sé dónde se ha metido ahora. Las autoridades han invadido la cabaña. La han hecho suya.

—Además, el control de las bombonas de gas es muy riguroso —dice el bombero de las piernas abiertas—. Sobre todo, con las de vuestro sistema, que es muy anticuado.

—Mi marido hacía la mayor parte de las reparaciones él mismo —explico—. A lo mejor hizo algo mal. Se le daban bien las cosas prácticas, pero tal vez...

—Hay que ser muy cuidadoso con el mantenimiento de las instalaciones de gas —insiste el bombero en tono de reprimenda—. Esto podría haber sido mucho peor. Habéis tenido suerte.

Edvard y yo asentimos con gravedad. El bombero nos dice que el

escape se produjo donde la manguera conecta con la bombona, pero que eso de por sí no habría sido grave.

—Lo que me sorprende es que la manguera estaba agrietada y dañada —dice el bombero—. Era muy vieja.

—Erling era devoto del reciclaje —digo como una autómata.

—Ya veo —contesta el bombero—. Pero hay que tener un control estricto con estas cosas. Como os he dicho, podría haber sido mucho peor. Los accidentes son raros porque la gente controla sus aparatos. Y veo que este había sido chequeado hace apenas un año. ¿Es correcto?

—No lo sé —digo—. Era mi marido el que se ocupaba de estas cosas.

—Y tu marido ha fallecido, ¿no es así? —Y se aclara la garganta —. Vale la pena conocer el sistema. Siempre recomendamos que todos los que viven en una casa conozcan el sistema y sepan cómo se controla.

Por un momento me pregunto si será así también en su casa. Me imagino una tropa de niños de ojos azules recibiendo instrucciones sobre cómo funcionan la caja de fusibles y la caldera de la calefacción.

—Pues aquí pone que en el control del año pasado la manguera había sido sustituida, lo que quiere decir que una manguera completamente nueva la había reemplazado. Y esta manguera tiene mucho más de un año de antigüedad, así que no sé qué pensar. ¿Qué razón puede haber para cambiar una manguera nueva por una vieja y agrietada?

—No lo sé —digo en voz baja—. No me lo explico.

De pie, a mi lado, Edvard interviene:

—Evy debe de estar agotada. Ha tenido que aguantar mucha tensión últimamente. La policía de Oslo ha hecho pesquisas sobre la muerte de su marido, ¿no es así, Evy? Pienso que conviene informarla de este incidente. Te puedo dar el nombre del oficial que lleva eso, si quieres. —Se vuelve hacia mí y me pone una mano en el hombro—. Evy —dice con voz suave, atenta—, estás cansada, ¿por qué no vas a sentarte en el coche? No tardo nada. Creo que deberíamos pasar antes por las urgencias de Tønsberg, y luego te llevo a casa. ¿Te parece bien?

—Sí.

Es maravilloso ver cómo se ocupa de disponerlo todo. Siento la cabeza pesada y lenta, y camino de forma trabajosa, poco a poco, por

el sendero que pasa entre las dos cabañas grandes, que remonta la elevación y después baja hasta el aparcamiento. Subo al coche de Edvard, y para cuando él llega estoy casi dormida.

El camino de regreso a casa desde Tønsberg transcurre casi todo en silencio. Apenas digo nada. Apoyo la cabeza en el cristal de la ventana y hago el trayecto medio dormida. A veces miro a Edvard. Lleva el volante sin apenas moverse en el asiento. Parece absorto. El rostro fruncido y ojos de concentración. Eso me trae a la memoria la cara que tenía durante el discurso de Hanne en el funeral. Como si estuviera escuchando cosas en las que no creía del todo, pero que accedía a dar por buenas a la espera de evaluar la conclusión.

Cuando alcanzamos las afueras de la ciudad, digo:

—Puede que alguien cambiara la manguera de la bombona de gas.

Edvard deja pasar unos segundos antes de responder.

—Sí. Es posible.

—Solo nosotros tenemos llave de la casa. Los chicos y yo.

Me pone una mano en el brazo.

—Lamento tanto todo esto, Evy... De verdad que lo siento —Seguimos un rato en silencio—. ¿Cómo te ves volviendo a casa? ¿Te sientes a salvo allí?

—No sé —contesto—. ¿Adónde iría si no?

De nuevo guardamos silencio. Parece pensar en algo, sin estar muy seguro.

—Pues da la casualidad de que dispongo de una habitación para invitados. No quiero inmiscuirme, Evy, pero, si te hiciera sentir más segura, siempre serás bienvenida.

Tengo la impresión de oír el duro tictac del reloj de pie desde donde estamos, el repiqueteo de los segundos, ese compás pausado que me llama. Los muebles pesados y oscuros heredados de mis suegros y la colección de adusta parafernalia que me espera en la casa de Montebello. Pero ¿qué se le va a hacer?

Y hay otra cosa. Me da vueltas en la cabeza algo que no encaja y que no entiendo.

—Será mejor que vuelva a casa —digo—. Solo faltaría que le

tuviera miedo a mi propia casa, ¿no te parece?

El cepillo de dientes me hace daño en las encías. La cajita en el armario. Solo una pastilla; algo que me ayude a dormir, que ponga freno a este torrente de adrenalina, a esta impresión de peligro. Abro el armario y la miro. «Evy Krogh. Contra el insomnio y la ansiedad.» Pero ¿y si viene alguien? He echado la cerradura de seguridad en la puerta de entrada, pero la del porche se puede romper con una silla del jardín, así de fácil. Si alguien entra por la fuerza, al menos estaré despierta. Dejo la caja de las pastillas donde está.

El espacio que ocupaban los medicamentos de Erling en el armario está vacío. Los medicamentos que tenían que proteger su corazón. ¿Por qué dejó de tomarlos? Aquel día, cuando yacía en el asfalto, el blanco de sus ojos a la vista. Postrado pero vivo. Me imagino quitándole el casco y veo que sus párpados se agitan. Abre los ojos y fija la mirada en mí. Le hablo; consigo despertarlo con mis preguntas, traerlo de nuevo a la vida. ¿Has tomado tus medicamentos? ¿Cuándo viste a Edvard Weimer por última vez? ¿De quién es la casa? ¿De quién la cabaña? Y —en esto a duras penas me atrevo a pensar— ¿quién crees que quería quitarte de en medio?

Pero no pude hacerlo. Y dos minutos después murió.

Me paso el cepillo despacio. Observo el rostro en el espejo. Yo en otro tiempo fui guapa. ¿Verdad que sí? No guapa como lo era Synne, y tampoco como Bridget. Era mona. ¿Qué le han hecho los años a mi cara? La piel se ha distendido, los ojos se han retraído y he cogido algo de peso. Pero tampoco estoy hecha un adefesio, ¿no? Hace mucho tiempo que no me vienen estas ocurrencias, esto de volverme hacia el espejo y preguntarme: «¿Qué pensaría de mí un hombre que me mirase?».

Cuando devuelvo el cepillo a su lugar junto a la cajita de pastillas, pienso en lo que se ha movido dentro de mí cuando Edvard me ha preguntado si quería dormir en su habitación de invitados; en lo que me zumba como un moscardón en la cabeza desde que, estando en el césped frente a la cabaña, le ha dicho al bombero que podía facilitarle el contacto del agente que llevaba el caso en la policía de

Oslo.

¿Y cómo sabía él eso? No le he contado nada más allá de que la policía había venido. No he mencionado a Gundersen en ningún momento. Y el papelito donde Gundersen anotó su número para que pudiera yo ponerme en contacto no lo llevaba conmigo cuando me vi con Edvard. Está encima del escritorio de Erling. Y, hasta donde sé, Edvard no ha puesto un pie en el despacho de Erling.

CUATRO DÍAS ANTES

Me desperté en el momento en que se levantaba de la cama. Al principio pensé que necesitaba ir al baño, pero algo en su forma de moverse me puso en alerta. Se alejaba con pasos bruscos, inestables. Yo estaba aturdida por el sueño. Me incorporé en la cama.

—¿Erling?

Oí sus pasos en el pasillo. Me planteé acostarme de nuevo, dormir más, pero me lo pensé mejor. No sé si me vinieron a la mente los guantes amarillos de fregar los platos o la bufanda que le tapaba el rostro. Las cosas raras que había hecho últimamente o sus percances. Me puse de pie y le seguí.

En las escaleras no había nadie, pero lo oí abajo. Alcancé a ver brevemente la silueta en el pasillo de abajo, pero estaba a oscuras. No lo veía con nitidez, solo la silueta, un hombre muy alto en la oscuridad. Una tabla del parqué crujió bajo mis pies y la sombra negra se volvió con brusquedad y se abalanzó sobre mí. Dejé escapar un grito ahogado cuando algo me alcanzó el hombro y me obligó a retroceder.

¿Me tropecé y perdí el equilibrio y por eso me vine abajo? ¿O me empujaron con fuerza?

Tenía ante mis ojos el rostro de Erling, deformado en algo que no entendía: los ojos mucho más grandes, la mandíbula prognata y la piel tensa como la de un tambor. Sostenía la escoba en ristre, como quien sujeta un arma. Con ella me había dado el empujón.

Y entonces le cambió la expresión. La figura atenazada por el miedo se disipó, y las facciones del rostro volvieron a ser las suyas.

—¿Evy?

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurré.

—Me ha parecido oír a alguien.

Me dio de nuevo la espalda mientras yo me ponía en pie para seguirlo, vacilante. Por lo visto, se había olvidado de mí y concentraba su atención en lo que tenía delante.

La puerta del despacho estaba entreabierta. Avanzó de puntillas en esa dirección. Desapareció, otra vez engullido por la oscuridad. Apenas veía su contorno, y la escoba que sujetaba como un arma.

Se acercó a la puerta y la terminó de abrir con la punta de la escoba.

Penetró en el despacho. Yo lo seguí. No había nadie. Erling se detuvo allí, con su pijama, apoyado en la escoba. Se volvió hacia mí. El cabello gris, casi blanco. Las cejas oscuras. Me resultaba desconocido y ajeno, enternecedor al tiempo que intimidatorio. Un rayo de luna se colaba para pintar una franja en el tablero del escritorio. El flamante teclado del ordenador. La agenda cerrada.

—Al menos no hay nadie —dijo.

Le salía la voz áspera, trémula. Yo también temblaba. Lo miraba sin saber qué decir. Echó un vistazo a su alrededor. No encendió la lámpara. La luz era tenue, pero la vista se adaptaba pronto a la penumbra.

—Evy —dijo con voz insegura.

—¿Sí?

—¿Tú has dejado abierta esta ventana? —preguntó con voz titubeante.

—No.

Me giré hacia la ventana. Estaba entreabierta. Erling se encaminó a ella y empujó el cristal hasta abrirla por completo. Me miró a los ojos; yo le devolví la mirada, y allí permanecimos largos segundos, mirándonos el uno al otro.

VEINTISIETE AÑOS ANTES

«Vernissage», decía el encabezado de la carta. Aparecía impreso en un grueso papel de calidad. Y en el sobre figuraban mi nombre y dirección escritos a mano. En una elegante tipografía se me invitaba a la próxima exposición de Bilal, *«Imagine»*, que inauguraba en pocas semanas una galería en Frogner. «Más uno», ponía en la invitación. Me había detenido en la entrada del salón y vi a Erling allí, acomodado en el sofá celeste, calzado con sus raídas pantuflas. Me dije: «A él no le voy a pedir que venga. Quizá Synne se anime».

Había trabajado como sustituto en la guardería a la que llevaba a Silje. Las madres hablaban de él. «¿Has visto la ropa que lleva? ¡Si parece un gánster! Y solo Dios sabe qué esconde en esa mochila que no se quita de encima.» «¿Lo has oído hablar? Habla como esos que merodean por Vaterlandsbrua cuando salen en las noticias de la tele.» «¿Y te has enterado? Parece que es un refugiado. Quién sabe por lo que habrá pasado. Por no hablar de lo que habrá hecho.» «Es espantoso eso de vivir bajo una ocupación, oprimido. Un horror todo. Pero, ojo, esas cosas lo cambian a uno, te hacen insensible; aumentan tu tolerancia al sufrimiento ajeno.» «Para nada quiero decir que se le pueda echar a Bilal la culpa de sus traumas, pero las cosas como son: ¿queremos que una persona en esas condiciones cuide de nuestros niños?»

Debía de tener por entonces poco más de veinte años, y era cierto que había en su disposición algo de animal en alerta; tenía un rostro áspero, desprovisto de amabilidad. Hasta donde yo alcancé a ver, nunca se mostró seco con los niños, pero tampoco era un dechado de jovialidad. A decir verdad, daba la impresión de que no le interesaban demasiado. La labor de un sustituto no era complicada. No hacía falta contar con ninguna calificación en particular. Eso valía para todos los sustitutos, pero solo él despertaba objeciones.

Solía vérsele sentado a la mesa de dibujo. La misma a la que solía sentarse Silje también. A Silje se le daba bien dibujar, y adoraba a Bilal. Cada día que lo veía, era un buen día para ella. En una ocasión llegué a recogerla un poco antes de la hora y me oculté detrás de una estantería para mirarlos sin ser vista. Aquel hombretón de rasgos duros sostenía entre sus dedos el lápiz con una delicadeza impresionante. Como estaba sentado en una silla para niños, las rodillas le sobresalían a los lados, y se hallaba encorvado hacia ella, por completo entregado a su papel de dibujo.

La niña de coletas rubias sentada con él dibujaba en su propia hoja, pero no dejaba de dirigirle ojeadas, de fijarse en lo que dibujaba, procurando reproducir su obra en su folio.

Aquel día disponía de tiempo. Me acerqué adonde estaban y me senté con ellos. Silje me enseñó lo que había hecho. Mientras yo examinaba su dibujo, ella no le quitaba ojo a Bilal. Me pregunté si reparaba en ella, si oía las cosas que le decía. Él había dibujado a una niña con coletas. Era Silje, sin lugar a dudas. Tenía el brazo estirado y una mariposa se había posado en la palma de su mano. Le había puesto ojos grandes, sorprendidos, y había captado a la perfección su diminuto mentón redondeado.

—¡Qué bien dibujas! —dije.

No respondió. Remató su dibujo; lo firmó con su nombre y se lo entregó a Silje.

—Toma.

«Es un chico taciturno —pensé—. No hay hostilidad en él. Es callado, nada más.» No me iba a dejar convencer por las madres del vecindario, ni haría caso de sus habladurías. Yo tenía otras ideas.

—¿Haces también ilustraciones de libros? —le pregunté.

Yo había empleado un tono de voz animado. Él me devolvió una mirada sin expresión y se encogió de hombros. Pero había en su mirada otra cosa. Tenía unos ojos de iris marrones, profundos, que delataban que algo poderoso se agitaba en su interior.

—Se trata de un cuento que le suelo contar a Silje —expliqué—. Sobre una niña que se llama Martine y que se hace amiga de un ratón.

Yo ponía todo de mi parte para ser una madre atenta para Silje. Bård y Hanne se hacían mayores. Hanne cursaba el último año de educación primaria y Bård ya estaba en secundaria. Y aun cuando había expulsado de mi mente el recuerdo de París —lo que aquel viaje le había costado a mi familia; lo que me había costado a mí—, lo cierto es que aún se alzaba entre nosotros. Los dejé atrás una vez y, cuando volví, algo había cambiado. Ninguno de nosotros lo había olvidado. Y la incertidumbre sobre lo que habría ocurrido en aquel piso parisino me pertenecía solo a mí. Me tocaba a mí vivir con ello y no compartirlo con nadie.

Hice cuanto pude para adormecer esos pensamientos. En cierta manera, estaba expiando mis faltas con Silje. Puede que abandonara a sus hermanos, casi sin previo aviso ni una buena razón, pero para ella estaría disponible, le daría mi tiempo en cantidades generosas. Traté de remendar las heridas de los mayores, pero ellos habían crecido, y no me daban entrada. A Silje sí que tenía acceso. Así que me pasaba horas en el suelo jugando con ella. Traía lápices de colores y papel bueno de tiendas de manualidades, y para ella dibujaba, cortaba y pegaba, y cada noche le leía o me inventaba cuentos. Silje era mi niña. Con ella me quedaba una oportunidad.

Bilal dibujaba mientras le contaba el cuento, y cuando terminé me dio sus dibujos. Aquella noche, mientras Erling se hallaba en el salón viendo la tele, los coloqué sobre la colcha de la cama. Eran cuatro. Pequeñas obras de arte invocadas con la ayuda de lápices de colores y de grafito. Martine tenía bucles suaves, mofletes redondos y ojos grandes, de mirada inquisitiva. El ratón tenía el hocico húmedo, bigotes delicados y un pelaje tan realista que sabías lo suave que sería al tacto si lo acariciabas con los dedos. Durante los días siguientes, escribí mi cuento, y una noche que Erling y yo habíamos compartido una botella de vino y me había subido un poco el alcohol, fui a por un sobre al despacho e introduje en él los dibujos de Bilal y mi manuscrito. Busqué en la guía telefónica la dirección de una editorial de las importantes y puse las señas.

Pasados unos días, aquello se me antojaba un sueño tonto, irrisorio. No había franqueado el sobre, que había escondido en el fondo del cajón de mi ropa interior. No se lo conté a Erling, pero

pensar en eso me levantaba el ánimo: yo guardaba un secreto. Si la vida se me hacía sofocante, disponía de un refugio, una salida.

Y al fin acabé por enviarlo.

Por sorprendente que me resultara, fue a Bilal a quien más costó convencer. A la editorial le había gustado la idea. El cuento les pareció adorable y les encantaron los dibujos. Yo estaba entusiasmadísima y no me podía estar quieta, pero Bilal mostró con aspereza su desagrado por mi decisión de mandar sus dibujos sin habérselo consultado primero.

—Pero les han gustado —repuse.

—Lo mismo da —dijo.

Me dirigió una mirada vacía antes de darme la espalda.

Yo no sabía gran cosa de él. Solo lo que se rumoreaba: que había tenido trato con delincuentes, que consumía drogas y que una vez mató a un hombre. No hay que hacer caso al cotilleo, que suele carecer de fundamento, pero una parte de mí entendía que Bilal había vivido cosas que yo no podía imaginar. En comparación con los suyos, los míos eran probablemente problemas nimios propios de una egocéntrica.

Con todo, no lograba ver las cosas de esa manera, por lo mucho que ansiaba esto, pues era lo que más quería hacer. Lo necesitaba. Una editorial de verdad estaba interesada en mi cuento. Estaba cerca de poder llamarme «escritora». Era algo que estaba a mi alcance, que podía añadirse a mi poco imponente CV; era algo que podía decir de mí en veladas de esas en las que alguien te pregunta a qué te dedicas. Podía servir para justificar las largas horas del día en que no sucede nada. Podía llegar a ser esa persona, pero todo dependía de Bilal. La editorial lo había dicho bien claro: teníamos que ser los dos. De modo que le rogué que asistiera conmigo a una reunión. «Podrías al menos hacer eso», le dije. Me ofrecí a pasar a buscarlo y a acompañarlo a su casa después; a interceder con sus jefes para que le dieran el día libre sin privarlo de paga. Le di la lata semanas enteras. Hasta que por fin me ofreció un sí reticente.

Durante la reunión, fue poco lo que dijo. En cambio, Anna, la editora del libro, sí que habló, y mucho, y también yo hablé, charlando sin parar para llenar el vacío de su silencio. Era yo quien

había traicionado a Bilal al enviar sus dibujos sin su consentimiento. Traté de remediar el entuerto. Lo elogié sin moderación. En un momento dado, Anna dijo algo que no entendí pero que llamó la atención de Bilal, y pasaron un rato hablando animadamente de la selección de materiales de dibujo. Algo en su mirada había cobrado vida. Cuando salimos del despacho de la editorial, yo seguía sin saber muy bien de qué habían hablado. Pero había firmado el contrato.

El primer libro se vendió bien. El segundo tuvo su éxito. Bilal se superaba a sí mismo. Sus dibujos adquirían un realismo inquietante. También mi cuento fue objeto de elogios, y recibí invitaciones de escuelas y bibliotecas para leerlo en voz alta. A veces asistían niños que traían consigo ejemplares del libro a mis lecturas. Me mostraban los dibujos que más les gustaban, y sus padres me pedían que les firmara una dedicatoria.

Y se me daba bien. Disfrutaba de leer en voz alta, y mucho más de las conversaciones con los niños. Pude poner en práctica lo que había aprendido de pedagogía, y todo eso en una situación libre de presiones. No me costaba esfuerzo lograr que se estuvieran quietos. Además, gané algo de dinero y pude contribuir a la economía del hogar. Fue por aquellos días cuando compré el sofá celeste, y también invertí en un equipo de música estéreo. Llevé a los niños al teatro y al parque de atracciones, y todo lo pagué de mi bolsillo.

Hubo que esperar para la entrega de los dibujos del tercer libro. Fue necesario posponer seis meses su salida porque Bilal no terminaba. Había dejado de trabajar en la guardería porque le habían salido otros encargos como dibujante. Anna mencionó de pasada que estaba ilustrando otros libros infantiles para la editorial. En la guardería alguien dijo que había visto un calendario con sus dibujos. Se había comprometido a hacer las ilustraciones para mi tercer libro, *Martine y la familia de ciervos*, solo que en esta ocasión habría que esperar. Y esperé. Yo lo quería publicado ya, por cumplir con las condiciones del encargo, y por el dinero también. Silje dijo que ella podía hacerme las ilustraciones, y yo le respondí «Gracias, cariño» y le revolví el pelo. No pude fingir entusiasmo cuando me mostró sus dibujos.

Por suerte, Bilal entregó su encargo al fin, semanas después de la nueva fecha límite, pero el libro salió, y estuvo en las librerías unos seis meses hasta que llegó la invitación.

Synne me acompañó. Ella al volante. Yo de copiloto. No le di mucha conversación. Iba yo pensando en una idea para un cuarto libro, sobre un pájaro con un ala rota al que Martine debía ayudar. Ya veía al pajarito con el ala entablillada primero, y luego con una escayola, convencida de que Bilal lograría crear un personaje por completo irresistible, y que los niños lo leerían sentados en el borde de sus sillitas, esperando, ansiando con todas sus fuerzas que todo acabara bien para el animalito.

—Bilal —dijo Synne, frunciendo el ceño—, vaya nombre más raro, ¿no?

La galería estaba situada en el interior de una casa antigua del barrio Frogner. En el exterior albergaba un pequeño jardín con un caminito de piedras, flanqueado por sendas filas de antorchas decorativas. Dentro era más espaciosa de lo que parecía de fuera. Era una sucesión de salones abiertos de paredes blancas, todas ellas ocupadas por sus dibujos y pinturas. Cogí una copa de espumoso de una bandeja, y junto a Synne hice el recorrido de la exposición.

En una pared colgaban dibujos de una familia reducida: una madre de mirada cálida y cabellera larga y ondulada, y sus dos hijos, un niño y una niña, ambos con cabello de bucles sueltos. Bilal los representaba en distintas situaciones: a bordo de una barca, en una cama, sentados a la sombra de un arbusto. La madre miraba a sus hijos con adoración, pero había también dolor en su mirada, como si una premonición le adelantara lo que estaba por acontecer. Hacía que se me erizara la piel.

En la pared siguiente, la madre había desaparecido y los niños estaban solos. El niño cuidaba de su hermanita. Ambos parecían asustados, pero en la mirada del niño había ira. La ambigüedad de aquella mirada hecha de temor y de rabia estaba desgarradoramente bien lograda. En una pared más corta había dibujos de aves en vuelo,

todas maravillosas en su elegancia. El último cuadro representaba el cadáver de un pájaro en una playa.

En la sala siguiente, el chico del pelo rizado es ahora adolescente. Lo vemos pasando frente a unos soldados; una capucha le cubre los rizos y le oculta una mirada ahora enfurecida. Se ha hecho más grande, más duro, amenazante. En otro cuadro lo vemos de noche, huyendo de la ciudad. Va solo. A saber lo que le habrá ocurrido a la hermana, que de un cuadro para el otro ha dejado de estar; y esa ausencia repentina resulta, de alguna manera, más impactante de lo que habría sido un cuadro donde figurase lo que le había sucedido. Todo cuanto el chico amaba podía desaparecer en cualquier momento sin dejar el menor rastro. Escondido a bordo de un camión. Le han dado una paliza. Se encuentra sentado en una cama de algún refugio institucional. Está escuchando música. En otro, sostiene un cuchillo con el que amenaza a alguien a quien no vemos, que podríamos ser nosotros, los espectadores.

En la última pared vuelven las imágenes de aves. Y en el último cuadro, la hermana del chico, de niña, sostiene un ave en sus brazos. Tiene la nariz hundida en sus suaves plumas. Era el cuadro más grande. Dos metros por alto por dos de largo. Ejecutado con pinceladas precisas y de gran belleza.

—Madre mía —dijo Synne con voz quebrada cuando nos detuvimos delante.

Yo pensaba en el pajarito que quería que pintase para el libro de Martine. Después de ver ese cuadro, se me antojaba imposible tan siquiera sugerírselo.

Al principio, las voces de los asistentes formaban un murmullo bajo, reverente. Luego, el vino hizo su efecto y el público empezó a acostumbrarse a la trágica historia, al menos lo suficiente para atreverse a hablar. Soltaban halagos uno tras otro. Pasaba junto a corros y oía decir «un genio» una y otra vez, y «menudo talento» fue una frase pronunciada a diestro y siniestro. Synne guardaba un silencio que en ella era inusual. Luego me contó una anécdota de un vuelo en el que había trabajado unos dos años atrás. Un joven refugiado se hallaba a bordo, obligado a la fuerza a volver a una patria donde le esperaban solo peligros. Se había pasado todo el viaje

chillando de desesperación. A Synne se le pusieron los ojos vidriosos y yo aparté la vista. No quería saber nada.

Nos encontramos a Anna ante el cuadro de la hermana y el pájaro.

—¿A que son una maravilla? —me preguntó—. Estoy tratando de convencer a Bilal para que los publiquemos en libro también. Tienen mucha fuerza. No se anima, pero también se había puesto testarudo la primera vez, como sin duda recordarás.

Sonrió como quien sabe más de lo que dice. Y creo que fue entonces cuando comprendí que no habría un cuarto libro de Martine. Bilal me había dejado atrás. Cualquiera lo podía ver, Anna y todos y cada uno de los invitados a la exposición. Era yo la única que no se había enterado.

Ya en el coche, de regreso a casa, sentía que las últimas copas de espumoso me bullían en la cabeza. Veía el cuadro del chico con su navaja apuntando al público. «Como un profesional —pensé—. Como quien sabe lo que está haciendo.»

DIECISÉIS DÍAS DESPUÉS

¿Cómo se hace daño una persona? ¿En qué accidentes muere la gente? Antes solía planteármelo en los términos opuestos: «No salgáis de noche sin reflectantes», acostumbraba decirles a los niños. «No vayáis a nadar lejos de la orilla.» «Mirad a los lados antes de cruzar la calle.» Pero imaginemos que sea al revés. Supongamos que dispones las cosas de modo que alguien se haga daño. O, de manera más específica, supongamos que quieres hacer daño a alguien.

A alguien que cree en las virtudes del reciclaje, que conserva artefactos viejos que él mismo repara. Una vieja lámpara, una vieja bicicleta, una antigua cocina de gas. ¿Y si te pones a manipular esas cosas, a preparar un accidente?

Son las cinco de la mañana y me encuentro en la cocina. Apenas he podido dormir, pero no tiene importancia; ahora estoy despierta. Me escuece la garganta y siento mareos. Las cosas vibran en mi periferia visual. Y pensar que alguien pudiera urdir un plan semejante...

Erling no era negligente. Al margen de su dogmatismo ecológico, tenía respeto a lo que suponía la seguridad. Se guiaba por los protocolos y, si hacía falta, recurría a la asistencia de un profesional. Provocar un accidente en casa no podía resultar sencillo, pues Erling estaba atento a las señales. Tenías que armarte de paciencia. Y puede que la paciencia se agotara. Puede que vieras necesario adoptar medidas más drásticas. ¿Qué se hace en ese caso? Una cocina de gas es una buena alternativa, porque con el gas ocurren accidentes. Rara vez, sí, pero de vez en cuando se dan. Cómo no preguntarse entonces qué otros accidentes le pueden suceder a uno. El medicamento equivocado, un accidente en bicicleta. Un incendio. Muerte por ahogamiento. Electrocución. Envenenamiento.

La tostadora que habíamos heredado de mis padres era una antigualla. Erling la había reparado en varias ocasiones. La tengo en las manos y paso así un momento mientras me veo de niña, mirando a

mi padre asomado por encima del aparato para pescar la rebanada que había puesto a tostar. Luego recuerdo lo que sentí en la cabaña: la náusea, el bienvenido aturdimiento, la mano de Edvard tirándome del brazo para sacarme de allí. Tengo el pulso acelerado. Saco una bolsa de basura y meto en ella la tostadora.

Pero eso no es todo. ¿Qué hay de los comestibles secos? Bastaría con echar algo en el café, o en la harina, y sentarse a esperar. Me pongo a sacar cosas de los armarios de la cocina. Azúcar, pasta, arroz. No puede quedar nada.

Se me han serenado los latidos al ponerme manos a la obra, pues ahora estoy actuando, tratando de ponerme a salvo. ¿Y si alguien echa veneno para ratas en la mermelada? Todos los frascos van a parar a la basura. ¿Y si alguien unta los cubiertos con ese veneno? Lleno el fregadero con agua hirviendo y vacío media botella de lavavajillas. Estando allí, frotándolo todo, miro mi reflejo en la ventana de la cocina y veo mi propia mirada demente. Aquí estoy, a las cinco de la mañana, en camisón y poniendo a hervir todo el contenido de los armarios.

Y veo a Erling limpiando el despacho. Veo el teclado del ordenador, en perfecto estado de funcionamiento y tirado a la basura. Y la noche en que Erling bajó, armado con una escoba. «Se le ha ido la chaveta», pensé entonces. Ahora no lo veo así.

No obstante, la mujer reflejada en la ventana parece enajenada. ¿Quién iba a creerme si le contara estas cosas? La policía no, y tampoco mis hijos, ni mi hermano. Solo Edvard. Sí, pienso. Edvard me creería. Pero pienso entonces en el número de teléfono de Gundersen, en el papel con su nombre, en lo que Edvard no tiene motivos para saber y, sin embargo, sabe.

La recepcionista me mira escéptica cuando me presento. He venido a la consulta sin cita previa, y me cuesta convencerla de que hable con Lise y le diga que estoy aquí, y por cómo habla sé que se espera que Lise me mande al cuerno. Parece decepcionada cuando Lise le dice que me haga pasar a la sala de espera. Le hago un gesto con la cabeza, voy a la sala de espera y escojo una silla.

No sé exactamente qué espero sacar de esto. He venido por impulso. Ørjan me ha revelado cosas de Hanne. ¿Qué me podría contar la esposa de Bård sobre mi hijo? Esta mañana, Edvard me ha enviado un mensaje de texto preguntando cómo me encuentro. «Si te resulta posible, me encantaría que cenáramos juntos un día de estos», añadió. Todavía no he contestado. Puede que la cosa tenga una explicación sencilla, pero ¿cómo sabía el nombre de los agentes que vinieron a casa?

—Hola, Evy —me saluda mi nuera. Sale de su consulta frotándose las manos con desinfectante.

—Hola —digo—, espero no molestarte.

—Para nada —dice con voz cansada y en un tono que la desmiente—. Anda, pasa.

Los otros pacientes alzan la vista de sus móviles. Parecen preguntarse qué privilegios son esos que me hacen pasar antes que todos y que se me llame por mi nombre de pila.

Su consultorio es un espacio reducido y atiborrado de cosas. La única ventana da al aparcamiento. Hay una camilla cubierta con papel. Supongo que para examinar a sus pacientes. En la pared opuesta hay una biblioteca con libros y el modelo de una pelvis. Y en la pared encima de la camilla hay una ilustración que representa a un ser humano sin epidermis, con músculos, tendones y órganos internos

a la vista. Lise se sienta a su escritorio y me invita a tomar asiento yo también.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta.

—Todo lo bien que cabe suponer —digo.

Es una verdad a medias. Casi no había dormido nada antes de que me entrara aquel ataque de limpieza, y después tampoco logré descansar, a duras penas dormité un poco. Y esta mañana no me he atrevido a tomar café en ninguna de mis tazas. He ido a la tienda a comprar pan y algo de embutido. No me he atrevido a comer nada de mi despensa después de mi redada nocturna, pues cabía la posibilidad de que se me hubiera pasado pensar en algo.

Pero no puedo hablar de eso. De modo que le devuelvo la pregunta. ¿Cómo se encuentra ella?

—Bien, supongo. Atareada.

Se la ve cansada. Bård y ella se conocieron en el instituto. Se habían hecho novios poco antes de la graduación, cuando ella tenía diecinueve años y era dulce y sonriente y estaba perdidamente enamorada de mi hijo. Entonces no había en ella el menor rastro de cansancio. Erling y yo habíamos comentado que nos parecía buena pareja para Bård. Estable. Tranquila. Sin miedo a ayudar con las cosas.

Ahora lleva el cabello recogido en una coleta. Salta a la vista que no es presumida. No entiende, por ejemplo, el amor de Hanne por las botas de marca o los bolsos de diseño. Parece el tipo de mujer que se casa joven. Como quien aspira en primer lugar a construir su vida sin que le interese particularmente probar con una y otra pareja para hacerlo. También Erling era así, pienso. ¿Era así yo también?

¿Lo era Bård? Me cuesta imaginar a mi hijo planteándose qué vida querría llevar si se le diera la oportunidad de volver a elegir. Siempre hubo en él algo que lo hacía parecer incómodo, como quien lleva puesto un jersey que le va estrecho y se pasa el tiempo tirando de él, ajustándoselo a la cintura y tratando de que le quede como quiere.

—¿Hay mucho que hacer en el trabajo? —le pregunto.

—Sí —dice—. Y en casa no me faltan ocupaciones tampoco. —Por un instante tengo la impresión de que va a decir algo más, de que va a hablar del tiempo que le consume la asociación de padres del colegio, o su participación en los entrenamientos de fútbol y balonmano. Pero se limita a frotarse los ojos—. Ya sabes cómo es.

La verdad es que no, no lo sé.

—¿Y Bård? —pregunto, con tono de complicidad conspiratoria—. ¿No te echa una mano?

—Ay, Bård. —Suspira—. Está desbordado de trabajo. Están en crisis. No para. Todo sea por mantener aquello a flote.

Asiento con la cabeza, fingiendo que estoy al tanto mientras me pregunto de qué crisis me habla.

—Por eso os pidió el préstamo, ¿sabes? —dice Lise—. Yo entiendo muy bien que no lo pudierais ayudar. Y, tal como le dije, no os corresponde a vosotros evitar ese naufragio. Pero él no lo ha visto del todo así.

Asiento de nuevo. Alcanzo sin embargo a adivinar los contornos de lo que me está contando. Vale. De modo que Bård también.

—Así que se pasa el tiempo visitando a inversionistas —explica Lise—, tratando de vender sus proyectos inmobiliarios. «Vive la vida en Havna Park.» —Me lanza una ojeada rápida y añade—: Y no es que yo no lo apoye. Siempre lo he hecho. Solo que tal vez haya llegado el momento de pasar a otra cosa. Lleva años en números rojos. A largo plazo no es sostenible. Y también se resiente la familia. Seguimos sin acabar las obras de renovación.

Se frota de nuevo los ojos, y cuando alza la vista luce una sonrisa amable adherida al rostro.

—Y aquí me tienes, quejándome de mis cosas —dice con voz animada y ligera—, cuando lo que estás pasando tú es mucho peor. ¿Cómo lo llevas, Evy? De verdad.

Ya en la calle, a las puertas del consultorio de Lise, recibo una llamada de Hanne.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás?

Miro a mi alrededor. Pasa un tranvía con su traqueteo y se detiene justo delante del juzgado. La gente va y viene, todos caminan deprisa, como atendiendo urgencias, con cosas que hacer. Cosas importantes, sin duda, pues todos hablan por el móvil en voz alta mientras avanzan con paso resuelto, a sabiendas del lugar que les corresponde en el mundo, del sitio al que se encaminan.

Yo me encuentro detenida en medio de todo y guardo silencio, con el móvil apretado contra el oído. No sé qué rumbo tomar.

—Bueno —digo—. Bien.

Son las once y media. Podría irme directamente a casa, a la casa de Montebello. Con sus armarios de cocina vacíos, libres de todo aquello que alguien haya podido manipular.

—Me alegro —contesta—. Me he enterado de que pasaste a saludar a Ørjan anteayer.

Su voz suena animosa pero impaciente. A Hanne eso no le encaja. Nunca había pasado a saludar a Ørjan. ¿A qué viene esa visita ahora?

—Sí —respondo—, pasaba cerca de la tienda y se me ocurrió entrar a ver cómo estaba.

—Qué bien.

Se abre entre nosotras un compás de silencio. Flota suspendido en el aire lo que Ørjan me contó, sentado en el banco de su tienda: el chalé adosado en Kjelsås, el préstamo que Hanne había pedido. También Bård necesitaba ayuda económica, me entero ahora. Ambos acudieron a su padre. Ninguno me dijo nada a mí. Y pienso en cómo Ørjan evitaba mirarme a los ojos cuando le dije que no estaba al tanto de nada.

Hay algo aquí. Algo con cuyos contornos tropiezo y que escapa a mi entendimiento. La casa, que ahora es mía. Los terrenos que

compró. Olvídate del escape de gas en la cabaña, de la lámpara en su oficina, y piensa solo en esto: ¿por qué me ha dejado Erling todo su patrimonio? ¿Por qué les negó un préstamo a sus hijos? ¿Y por qué no sabía yo nada de nada?

—Mamá —dice Hanne—, por lo visto Ørjan te habló de la casa que hemos estado mirando, y te contó que yo había hablado con papá de eso.

—Sí —respondo.

—Bueno, pues solo quería que quedara claro. Fue solo algo que mencioné de pasada. Nada importante. Solo quería saber si cabía la posibilidad. Lo que le parecía a él.

—De acuerdo.

«¿Y por qué no me lo pediste a mí? —pienso—. Hablamos varias veces por semana. De cualquier tontería. ¿Por qué no me contaste que buscabas una casa?»

—No es más que una idea que estamos barajando —añade Hanne —. Se trataba de pedirle opinión a papá.

Durante un rato las dos pensamos en la reunión en el bufete de abogados. Ninguna de las dos dice nada, pero yo sé lo que está pensando. Sé cómo funciona su cabeza. Siento una opresión en el pecho. Hanne y yo, que tan a menudo reñimos y nos decimos lo que no hay que decir. No es culpa suya. Ella pone todo de su parte, soy consciente. Tampoco es culpa mía. A decir verdad, no sé por qué con nosotras las cosas salen así. Las veces que la he visto con sus amigas, ahora que es adulta, sus conversaciones fluyen siempre con facilidad. Algo triste y pesado se remueve en mi interior cuando las veo. A esas mujeres jóvenes que ríen juntas con tanta comodidad, sin dobles sentidos, sin maliciosa ironía ni equívocos.

Y la recuerdo el día de su boda, con su vestido de hombros descubiertos. Su mejor amiga pronunció un breve discurso. «Cuando Hanne organiza una fiesta —dijo la amiga—, siempre termina siendo un fiestón. Y al mismo tiempo, si se me presenta una dificultad, a la primera que voy a buscar es siempre a ella, porque Hanne siempre dice lo que hay que decir.» Hanne sonreía conmovida y se enjugaba alguna que otra lágrima. Estaba allí sentada, entre su taciturno suegro y su flamante esposo, y se la veía tan guapa, tan feliz, tan desenfadadamente contenta... Como dijo su amiga: «Hanne siempre dice lo que hay que decir».

Puede que seamos demasiado diferentes, ella y yo. Distintas, sin más. Cuando Max era muy pequeño, Hanne se quedó dormida en el sofá celeste. Yo había ido a la cocina a poner la cafetera, y al volver la encontré acurrucada allí, con la cabeza apoyada en un brazo del sofá; la boca entreabierta, la respiración pausada y regular. Le acaricié el cabello, con esos rizos del color que antaño fue el mío. Se me encogió el corazón de ver a esa madre primeriza agotada. Mi hija. Ansiaba que pudiéramos cambiar, que no oyéramos acusaciones ni inculpaciones cuando lo que queríamos era decir cumplidos o contarnos cuitas.

—No vayas a creer que te he escondido nada, ¿eh? —dice ahora —, por si acaso te daba esa impresión.

—No, para nada —contesto, con la intención de tranquilizarla.

—Es que no quiero que pienses que te ocultábamos nada — insiste.

Pero sí que me oculta algo. Y Bård también, así como Erling. ¿Y Silje? Pienso en ello. Allí estaban las dos hermanas en el despacho, con la agenda sobre el escritorio.

Rodeada de gente que pasa apresuradamente de largo en la acera, trato de representarme el rostro de Erling. Me alarma un poco ver que no lo consigo. Es como si lo viera pasar igual que otro peatón, o como parte de un grupo, pero si intento concentrarme en él, en invocar su imagen solo para mí, sentado a la mesa de la cocina o en el salón, sus rasgos se disuelven, se difuminan. ¿Quién era Erling? He vivido con él cuarenta y cinco años, y en este momento no lo sé.

Hanne toma aire.

—A decir verdad, te llamaba para saber si te apetece que comamos juntas mañana. Cerca de mi trabajo hay un café bastante acogedor.

Cuando colgamos, pienso que se hace urgente que hable con Silje. Es posible que Hanne la llame. Tal vez ya lo haya hecho. Y también llamará a Bård, quien a su vez puede que haya conversado con Lise. Puede que sepa ya que su esposa me ha contado que le había pedido dinero a Erling y que este se lo había negado.

Ahora los bienes me pertenecen. Si quieren dinero, tendrán que hablar conmigo. Y lo saben. Yo también empiezo a darme cuenta. No sé qué traerá esta situación, si se mostrarán más o menos abiertos

conmigo, o si nuestra relación se verá facilitada o, al contrario, entorpecida. Lo que sé es que esto lo cambia todo. No puede ser de otra manera. Ahora tengo poder sobre ellos, y es algo que no pueden ignorar.

«Puede que no esté en casa», pienso cuando llamo al timbre. No lo puedo dar por sentado; ni siquiera es muy probable que esté en casa en mitad de un miércoles. Durante un tiempo tuvo un estudio en Kværnerbyen. No estoy segura de que lo tenga todavía. Y, como no espero que responda, me toma por sorpresa oír su voz.

—¿Sí?

—Soy mamá —digo—. ¿Puedo pasar?

—Sí.

Me abre la puerta. Subo.

Silje vive en un tercer piso, en un apartamento que compró con nuestra ayuda. Le habíamos dado unas cien mil coronas a título de adelanto de su herencia. Erling tenía una fe inquebrantable en la propiedad inmobiliaria, y como Silje vive de subvención en subvención, con un encargo por aquí y la venta de un cuadro por allá, y encima sin una pareja contribuyente, le habría resultado muy cuesta arriba comprarlo sin nuestra ayuda. Mientras subo las escaleras, me pregunto qué pensarían Bård y Hanne de la ayuda que recibió Silje y del hecho de que no se les hubiese ofrecido a ellos un apoyo equivalente; si les parecería injusto y si, de ser así, habrá afectado en algo la relación entre ellos tres. Me pregunto también cómo verán las cosas desde la visita al bufete de Peter Bull-Clausen.

Supongo que sería Erling quien decidió que debíamos echarle una mano a Silje, pero entonces yo fui partícipe de aquella decisión. Nadie actuó a mis espaldas. ¿Cuándo fue aquello? Hará cinco años, quizá. Y me digo: «En aquel entonces él me tenía en cuenta, pedía mi opinión».

Me espera de pie a la puerta. Tiene el cabello revuelto. Lleva pantalón de chándal y una camiseta que le queda enorme. Se le ven los párpados hinchados y el cutis ajado.

—¿Estabas durmiendo? —le pregunto una vez intercambiados los

saludos.

—Sí —dice—. Anoche no dormí nada bien.

—¿Es por lo de papá?

No responde. Se encoge de hombros. Se la ve devastada por la pena. Silje, la niña de papá.

El salón es el espacio más grande del apartamento. Está muy despejado, y es muy luminoso. Tres grandes lienzos se apoyan en las paredes, montados en bastidores de madera. La sala tiene por mobiliario un sofá, un sillón y una mesa. En el sofá hay una manta hecha un lío. Puede que estuviera durmiendo ahí.

—¿Te apetece un café? —pregunta.

—Sí, gracias.

Mientras se aleja dando tumbos hacia la cocina, me dedico a observar sus lienzos. El primero representa a una mujer de rostro grotesco, retorcido. La mujer se encierra en sus propios brazos; los colores son tan deslavados que me lleva un rato caer en la cuenta de que se sujeta el vientre. Está embarazada y sostiene al niño que lleva dentro. Silje ha pintado también al feto, un bulto rojo y sangriento en el interior de un vientre traslúcido. La mujer de grotescas facciones se halla rodeada de sombras y no sé qué representan, si árboles o gente. Me apresuro a pasar al siguiente.

En este son varios los personajes, y están dispuestos en un caos de piernas y brazos. Al principio pensé que estaban de pie, pero ahora veo que yacen. La paleta de colores es la misma que en el cuadro anterior, y las dos caras que se alcanza a distinguir están tan deformadas como la de la mujer embarazada. Veo senos, algo que me figuro que es un pene, y entonces me doy cuenta de que copulan. El cuadro representa lo que parece una orgía. No me queda claro tan siquiera cuántos son. Uno de los rostros es de una mujer, y cuanto más lo miro más me parece que hay maltrato. Observo su cuerpo, esforzándome por distinguirlo de los otros, y veo en lo bajo de su abdomen una sombra rojiza. Algo surge de mi interior, una arcada. ¿Ese niño ha sido concebido así?

En el tercer cuadro, el niño ha nacido ya. Es el cuadro al que más le falta. Solo ha pintado el contorno de los personajes, pero queda claro que es la misma gente, y que los colores serán los mismos que en

los dos cuadros anteriores. La niña —ahora veo que no es un niño— está de pie en medio de un espacio, y se sujeta la cabeza. Su madre está detrás de ella, con el rostro igual de deforme, y la mira fijamente. La niña sigue unida a su madre por un cordón umbilical, y se la ve desesperada. La madre no la puede ayudar. Tampoco quiere, me parece. Respiro con dificultad. Silje vuelve al salón y deja el café en la mesa.

—Hay que dejarlo reposar un poco —dice.

—¿En esto estás trabajando estos días? —Trato de decirlo con un tono ligero, de mostrarme simpática e interesada, pero siento un balón con pinchos en el estómago y me sigue costando respirar, como si algo se me hubiera enroscado alrededor de la tráquea.

—Sí —dice—. Es para una exposición en otoño. Al menos eso espero.

—¿Y quién...? —empiezo a preguntar.

Silje no dice nada.

—¿Soy yo, esa? —suelto. Ahora se me oye respirar forzada y entrecortadamente.

—¿Qué?

—Esa mujer. —Señalo con el dedo el último cuadro, el de la madre con cara de mala y la niña que se sujeta la cabeza—. ¿Soy yo la madre?

Silje no hace más que mirarme.

—¿Es así como me ves? —Ahora mi voz suena a miedo y a desesperación.

Silje me alcanza la taza de café. No se ha servido para ella.

—No. No eres tú —dice—. Por el amor de Dios, mamá. ¿Qué te hace pensar que todo tiene que ver contigo?

—¿Y quién es, entonces?

—Esa, para que lo sepas, es una pregunta personal.

—Soy tu madre, Silje —le grito—. Tengo que poder hacerte una pregunta personal.

Esto le provoca un hondo suspiro. Me quedo mirándola y me pregunto cuánto conozco a esta hija mía en realidad. Silje fue distinta de los otros niños desde el principio. Se cosía su propia ropa, se cortaba ella misma el cabello y se lo teñía de colores vívidos. Y, con todo, despertaba simpatías. Había en ella un fondo de intransigencia; ella era suya, en cosas de ella no daba su brazo a torcer. Era un rasgo

que los demás respetaban.

Puede que no todo le fuera fácil todo el tiempo, pero no recuerdo haberla visto llegar llorando del cole por que hubiera reñido con un amigo, tal como solían hacer sus hermanos. Tenía su propia forma de hablar, era obstinada y no cedía ni un centímetro. «Es tan distinta de mí...», pensaba. Además, no entendía esa fuerza que no sabía de concesiones; no tenía ni idea de cómo lidiar con ella. Era eso lo que en ocasiones me preguntaba si habría heredado de un desconocido americano en París.

Y ese cuadro de la concepción, como si Silje estuviera pintando algo de lo que es imposible que sepa nada. No. Eso no puede ser. No lo sé ni yo, y sabe Dios que a ella no le he contado jamás nada de aquello. Es como si lo hubiera presentido y luego pintado. Observo las facciones desfiguradas de la mujer yaciente entre hombres que la manosean.

—Soy yo —dice Silje al fin—. Vaya, no la que soy, sino una versión de mí. Una versión posible.

La miro fijamente.

—Quiero tener un hijo —añade, como si tal cosa—. Llevo tiempo pensando en ello. En que quiero ser madre.

Lo que me dice no tiene sentido. Me quedo donde estoy, callada, sosteniendo la taza de café del que no he tomado ni un sorbo. Trato de hacer encajar las piezas. Permanecemos en silencio un largo rato.

—Pero ¿tienes novio? —acabo por preguntar.

—No necesito un novio para tener un hijo. —Cruza sus delgados brazos huesudos sobre el pecho y pone su cara de obstinación—. No veo que pueda esperarse gran cosa de los hombres —dice—. Todos mis novios han sido de opinar mucho sobre cómo deben ser las cosas. Me resulta agotador vivir con alguien que no para de criticarme.

Coge aire y añade:

—Y no me gusta cómo huelen. Los hombres sudan mucho, ¿te has fijado? El mal olor lo invade todo.

Se pasa las manos por el cabello y pone cara de resolución: cejas en alto y mentón proyectado al frente.

—Así que pretendo seguir soltera. Pero me gustaría tener un hijo. Creo que eso sería completamente distinto.

De pronto cambia la luz en el apartamento. Las figuras sombrías

y amenazantes de sus cuadros pierden relieve, y la luz del sol se apodera del salón. Silje parece una niña, ahí de pie, precoz y decidida. Tengo que controlarme para no acariciarle la cara.

Pero hay algo más. Adivino adónde lleva esto.

—Quieres tener un hijo por tu propia cuenta —digo, hablando pausadamente, pues voy pensando mientras hablo—. Y es posible que para eso quieras ir a una clínica en el extranjero. Y eso costará dinero, me imagino.

—Cincuenta mil como mínimo —responde—, si cuentas la medicación y las consultas. Súmale los viajes a Dinamarca, el alojamiento y lo demás, y ya nos ponemos en setenta mil, y eso suponiendo que todo sale bien a la primera. De modo que necesitaré sobre cien mil, tal vez ciento cincuenta.

—Y le pediste un préstamo a papá —digo.

Silje me dedica la mirada de obstinación que pone cuando, a su entender, el mundo insiste en presentar conjeturas erróneas sobre su persona. Quienes la rodean deben de ser algo lentos de entendimiento, pues no acaban de percatarse de que no la conocen.

—Claro que no —dice—. Es mi proyecto. No espero de él que me lo financie. Le hablé de ello, sí, pero no corrí a pedirle dinero a mi papi.

Esto último lo dice con un enfado cargado de desprecio. Me pregunto qué se habrán contado los hermanos sobre sus peticiones de ayuda económica. Por el tono de su voz, barrunto que al menos está al corriente.

—¿Y qué te dijo papá?

Silje se encoge de hombros.

—Bueno, no puede decirse que le encantara la idea. Ya sabes lo que pensaba de la superpoblación, que era una amenaza para el medioambiente.

Asiento despacio. Me imagino a un crío de un año dando tumbos por este apartamento. Tirándole al suelo sus materiales de pintura, plasmando las manos untadas de plátano y de paté de hígado en los lienzos. Y, más adelante, un cabezota de tres años, un niño iracundo de seis, un preadolescente antagónico. ¿No es ella la que no quiere vivir con alguien que la critica? ¿No le resulta agotador?

Me pregunto si será cierto que le habló a Erling de su deseo de ser madre pero que no le pidió nada. Silje lleva años viviendo de

proyecto en proyecto. De vez en cuando le conceden una subvención, y algún cuadro ha vendido, pero, hasta donde sé, su cuenta no le daría para mucho en caso de que llegara a necesitar cientos de miles.

—¿Tienes dinero para eso? —le pregunto.

—Eso es asunto mío —dice, alzando el mentón.

Caigo en la cuenta del rato que llevo ahí de pie, sosteniendo en la mano una taza de la que no he tomado el primer sorbo. Siento el desasosiego cosquillearme el cuello, y la misma impresión de cansancio y sofoco que sentí en Tjøme. Me pregunto si tomarme el café no será un riesgo. Dejo la taza en la mesa baja.

De la pared a su espalda cuelga un cuadrito enmarcado. Un dibujo a lápiz de una niña pequeña con coletas. Reconozco el dibujo. El trazo, los ojos enormes, la firma. Es el retrato que Bilal hizo de Silje, el que dibujó en la mesita de la guardería, poco antes de que hiciera las primeras ilustraciones de Martine. Me llama la atención. Hace tiempo que no vengo al piso de Silje, pero no recuerdo ese cuadro puesto ahí.

—Silje —digo—, ¿por qué no me dijiste nada?

—Supongo que sabes por qué —contesta.

Algo en el tono de su voz me desconcierta. Una voz queda, despreciativa. Como si me culpara de algo.

—No sé nada de nada —respondo—. Ninguno de vosotros me cuenta ya nada. Acudís a papá para lo que os parece importante, para consultarle cosas. Y ni vosotros ni él me habéis contado nada. Y no entiendo por qué. De verdad que no lo entiendo.

Silje entrecierra los ojos y me mira.

—Bueno, pues piensa un poco —dice.

—Es lo que hago. Pero no doy con ello. No lo comprendo.

Vuelve a soltar un suspiro hondo. Como si le hubiera tocado en suerte informarme de algo que salta a la vista, algo que todos saben.

—Bebes un montón, mamá —afirma.

Me quedo de piedra.

—Has estado bebida casi cada vez que te he visto en lo que va de año —dice—. A veces te he oído al teléfono borracha perdida por la mañana. Y si no es eso, entonces es el colocón que te dan las pastillas que tomas para la ansiedad. Lo cierto es que estás hecha un desastre.

Papá debería haber hecho algo, pero no hizo nada. Hanne y Bård opinan que no es asunto nuestro, pero estoy hasta las narices de tener que ir con pies de plomo en esta familia.

Vuelve a cruzar los brazos sobre el pecho, abrazándose. Se queda mirándome.

—Necesitas ayuda, mamá. Y esa ayuda se puede encontrar. Pero antes hace falta que reconozcas que tienes un problema.

Siento como si el suelo se disolviera bajo mis pies y me hundiera, como si manoteara buscando un asidero, y algo encuentro, una rama delgadísima, pero me agarro de ella y digo:

—No entiendo, Silje. ¿Tanto estoy bebiendo? Y no he tomado ni una pastilla desde la muerte de papá.

—Es cierto que en las últimas semanas has estado mejor —reconoce—. Quién sabe, tal vez el shock haya servido de algo. Igual esta crisis te ayuda a salir o algo así. —Alarga una mano y me toca el brazo—. Pero, mamá, son muy pocos los que salen de eso por sus propios medios. Deberías buscar ayuda. No hay nada de vergonzoso en ello.

La mano que me apoya en el brazo me pesa una tonelada.

—Solo quiero que te pongas bien.

DIECIOCHO DÍAS ANTES

Los narcisos estaban colocados en un jarrón blanco en la mesa de centro. Su amarillo iluminaba el salón y me puso de buen humor. En la mesa del porche dejé el cuenco con el ponche que había preparado con zumo de naranja, ron y vodka. Probé un poco mientras lo hacía. Una prueba que es de rigor, pues las proporciones tienen que ser las que son. Y mientras cocinaba me había tomado una o dos copas de vino. Nada más. Pero había sacado las copas grandes.

Olav y Bridget fueron los primeros en llegar, y trajeron a mi madre con ellos.

—¡Qué bonito lo has puesto todo! —exclamó Bridget al reparar en las flores.

Le serví un vaso del ponche, pero me dijo que prefería la versión sin alcohol. Olav me dedicó una sonrisa y me dio un abrazo más breve que de costumbre.

—Kari —dijo madre—, ¿eres tú?

—No, madre —contesté—. Soy yo, Evy.

Me salió una risita aguda y chillona. De pronto me pareció que la demencia senil tenía sus momentos cómicos, como que me confundiera con su hermana. Me volví hacia mi hermano, pero él no se reía. Me dirigía una mirada interrogante.

A Hanne se la veía tensa. ¿Sería por los gritos de Max? Parecía avergonzada. Me dio un abrazo sin fuerza y no me miró a los ojos. Luego llegaron Lise y Bård. Lise solo podía quedarse una hora. Tenía que llevar a Henrik a un partido.

—¿Un domingo de Pascua? —pregunté sorprendida.

Lise me respondió con un gesto de resignación.

—Te lo hemos comentado varias veces, mamá —farfulló Bård.

Hanne suspiró y cruzó una mirada con su hermano. Eso me molestó. ¿A cuento de qué tanto rigor? ¿Tan grave es que a una se le olvide algo de vez en cuando?

—Bueno, pues solo me lo tenéis que decir otra vez —repuse, y me eché a reír, pero nadie me acompañó en la hilaridad.

Erling tenía la vista fija en el jardín. No dijo nada.

Silje fue la última en llegar. Le acerqué un vaso del cóctel de Pascua. Me miró. Miró el vaso. Volvió a mirarme.

—¿Qué lleva?

«No me vengas tú también con eso —pensé—. Qué manía de mostrarse tan respetables, de meterse en todo, de criticar todo lo que hago. ¿Acaso no se ve que es amarillo, el color de la Pascua? ¿Os parece mal? ¿No entendéis que es amenizar un poco la fiesta?»

—Es ecológico —le dije—. Pero ve con mucho, mucho tiento.

Erling hizo sonar su copa.

—Qué bien que hayáis podido venir todos —dijo—. Evy estará agotada con todo lo que ha hecho para que todo esté perfecto.

Nadie me miró al oírle decir esto. Aquello me dio risa. No estaba cansada.

—Y me parece que el cordero de Pascua también lo estará —añadió—. Lleva un poco de retraso, pero estará listo en breve, así que espero que a todos os dé tiempo de probarlo.

—En ese caso más vale que vaya a echarle una ojeada —dije yo, y me llevé la mano a la frente en saludo militar—, ya que el jefe lo dice.

A Erling no le hizo gracia, y a los demás tampoco.

Pero el cordero no estaba hecho. Debió de ser un fallo del horno. O tal vez no puse bien la temperatura y el tiempo. El termómetro estaba bien pinchado en el cordero, pero la temperatura no era la adecuada. Cada vez que lo iba a ver volvía al porche con el mismo anuncio:

—Le falta un rato, pero ya no tarda.

«Al menos hay buen ambiente», pensé. Olav charlaba en voz alta y derrochaba cordialidad, contando chistes sin parar. Aunque me daba la impresión de que las sonrisas eran un poco forzadas. De tanto en tanto yo salía a llenar los vasos de cóctel. También me servía uno para mí.

El timbre de la puerta rasgó el aire.

—Ya voy yo a abrir —dije a voces.

Nadie respondió. Synne me esperaba en los escalones de la entrada. Traía las lilas. Al verme, alargó rápidamente una mano para sujetarme.

—¿Te encuentras bien, Evy?

—Sí, sí —dije—. Ando un poco liada con la comida.

Me miró como si no se lo creyera. Solíamos divertirnos tanto, ella y yo...

Al acompañar a madre de vuelta al porche, se tropezó con el marco de la puerta. ¿O fui yo? Ambas perdimos el equilibrio y Bridget llegó a tiempo de sujetarnos.

—Esto no puede seguir así, Evy —me dijo con un suspiro.

«¿Qué sabrás tú, perfecta ama de casa de barrio residencial?» No me esperaba otra cosa de Bridget. Volví a la cocina a ver cómo iba el cordero y salí de nuevo al porche.

—La comida está casi lista —anuncié.

—No sé si tendremos tiempo de comer antes de llevarte, Henrik —dijo Lise.

—Da igual —soltó Bård con cara de pocos amigos.

Hanne dijo:

—Voy a echar una ojeada. —Y se alejó hacia la cocina con pasos marcadamente sonoros.

Luego, ya todos sentados a la mesa —salvo por Lise y su hijo—, no logro acordarme de la oración que madre solía rezar en Pascua. Padre

nuestro que estás en los cielos, salsificado sea tu nombre, derrámese tu voluntad... ¿o era ahora cuando se decía lo del reino? Ja, ja, da igual. ¿Se habrán reído con eso? Llego hasta el final, alzo la copa y propongo un brindis.

—Mamá —dijo Hanne con voz ligera y tajante—, llevas tantas horas trabajando. ¿Por qué no te acuestas un rato?

—No —repliqué—. No soy una cría.

No tardaron en marcharse. Al menos estuvo bien, o eso me pareció a mí. Y así lo dije varias veces: «¿A que está bien reunirnos en familia?».

Pero Erling parecía sumido en cavilaciones, como quien pondera, y el resto de la velada permaneció más bien callado.

DIECISÉIS DÍAS DESPUÉS

El reloj de pie resuena en el salón cuando le escribo a Edvard un mensaje diciéndole que no podré salir a cenar. Por una parte, me agradaría estar con él ahora. Sería una delicia dejarme envolver en su aura de serena amabilidad, donde todo está bien y no hay nada de lo que deba avergonzarme. Pero temo que se me note. No quiero que él me vea así. No soporto la idea de perder su afecto.

A menos que lo haya visto ya. ¿Habré sabido disimular? No lo tengo claro. Nunca me había planteado la cosa de esa manera. Soy muy consciente de que me gusta tomarme una o dos copas, por supuesto. También cuando era más joven y los niños adolescentes. Me acuerdo de haber hablado de eso con Erling. A él le parecía un poco excesivo. A mí me pareció una mojigatería de su parte, pero pisé el pedal del freno, no fue un problema. Y desde entonces todo ha ido sobre ruedas. De verdad, muy muy bien.

Pero puede que de un tiempo a esta parte me haya estado pasando un poco. No tengo problemas en reconocerlo. Los dos últimos años, tal vez. Nos hemos visto con menos amigos. Desde la riña entre Erling y Synne, esta ha dejado de venir a vernos. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que era casi la única amiga que me quedaba. Olav y Bridget solo vienen de uvas a peras, y, aparte de ellos, los chicos son los únicos que pasan por aquí. Y Erling se ponía testarudo, cada vez más gruñón. Puede que me haya dado por llenar la copa con mayor frecuencia. Necesitaba el punto; quitarle aspereza a la vida. Tenía que ser agradable, como cuando alguien te rasca la espalda en un lugar que tú misma no alcanzas. Puede que me haya picado la espalda más de la cuenta.

Y las pastillas me las recetó la doctora. Le pareció que las necesito para tranquilizarme, para conciliar el sueño. ¿Quién soy yo para juzgar sus conocimientos? Puede que también me haya tomado algunas más de las prescritas, y encima con complemento. Si se daba la ocasión, le habré birlado a mi madre algún blíster del armario de

sus medicamentos. Y le habré dicho a la doctora que había extraviado un frasco entero. O me las habré ingeniado para que algún otro médico me diera una receta. Pero es medicina. El propósito es la curación. ¿Cómo de malo puede ser sentir que las pastillas ayudan, que cumplen el cometido para el que fueron producidas? ¿No es eso bueno? ¿De verdad? Sentir que estás mejor. Que duermes, te despiertas y vives en serenidad.

Y no me he tomado ni una pastilla desde la muerte de Erling. No he tocado la cajita del armario del baño. Pero ¿por qué? Alguien ha manipulado los medicamentos de Erling. ¿No habrá hecho lo mismo con los míos? Tampoco quiero aturdirme por la noche; no quiero estar dopada. Quiero poder ponerme en pie rápido. Además, he reducido también mi consumo de vino. No. No creo que Edvard haya notado nada.

A menos que lo sepa. A menos que Erling le dijera algo; que le contara sus miserias durante esas cenas en que quedaban. Y otra vez pienso en lo que me habría gustado dar con esa agenda; me encantaría pasar las páginas, ver en qué fechas había anotado sus encuentros con Edvard. Si es que los anotaba. Veo en mi mente la casilla en el calendario que Miriam me había enseñado: asuntos propios.

Porque, sin duda, se había visto con Edvard. Edvard no puede estar mintiendo, ¿verdad que no? Es imposible que se haya inventado una estrecha amistad, ahora que Erling no puede desmentirlo. Esa mirada tan bondadosa de Edvard; la paz que siento junto a él. No, nada de esto puede ser culpa de Edvard. Y, sin embargo, soy incapaz de poner freno a mi cabeza: las flores de Edvard llegaron cuatro días después de Aquel Día. Alguien las había dejado al pie de la puerta de entrada. ¿Una entrega a domicilio o las traería él en persona? La puerta podía haber estado cerrada sin llave. Podría haber entrado en el despacho y haber cogido la agenda del escritorio. La persona que madre dijo haber visto aquel domingo de Pascua no tenía por qué ser necesariamente alguien de la familia. Nada de lo que dijo lleva a concluir que se tratara de uno de nosotros. Dudo que cerrara con llave tras el breve paso de Synne. El resto de la familia estaba reunida en el jardín, al otro lado de la casa. Y dentro de casa estábamos solo madre y yo, una en avanzado estado de demencia; la otra borracha como una cuba.

¿Podía haber sido Edvard quien manipulara los medicamentos de

Erling? ¿Sería él el que reemplazó la manguera del gas en Tjøme? Eso es poco probable.

Una parte de mí no se puede creer que de verdad me esté haciendo estas preguntas; no puede comprender que haya llegado tan siquiera a contemplar semejante cosa; no me veo capaz de sospechar de Edvard Weimer. Pero las cuentas no salen. Lo ocurrido en Tjøme no puede sino interpretarse como un intento de asesinato. Es lo que me viene a la mente en este momento de inusual lucidez: alguien tuvo que cambiar la manguera que conecta la bombona de gas con la cocina; tuvo que llevarse la nueva para reemplazarla con otra vieja y agrietada. Eso se hizo con la intención de provocar daño. Y, visto así, la siguiente pregunta es: ¿el cambio de mangueras se produjo antes o después de la muerte de Erling? En otras palabras, ¿fue el escape de gas en Tjøme un atentado contra la vida de Erling? ¿O era yo el objetivo de quien provocó el escape?

Casi al terminar de mandarle a Edvard el mensaje con el que anulaba la cena, mi teléfono ha empezado a sonar. Al principio he pensado que sería él quien llamaba para rogarme que acudiese a la cita pese a todo. De ser así, no le haría falta insistir mucho para convencerme, porque siento una oleada que me sube del estómago y se expande hacia fuera. Puede que le hiciera mucha ilusión esta cena. Pero el nombre que aparece en la pantalla es el de mi hermano.

—Hola —respondo.

Casi de inmediato lamento haber aceptado la llamada. Veo el cuadro de la comida de Pascua. Madre llamándome Kari, convencida de que soy su hermana. Yo volviéndome hacia mi hermano y riendo. Olav mostrándome una mirada vacía.

—Hola, Evy —dice—. ¿Cómo estás?

—Bien, supongo. ¿Y tú?

—Bien. —Se aclara la garganta. Tiene algo que decir—. Oye, he hablado con Bård —empieza—. Se ve que Erling hizo unas cosas bastante raras con sus bienes antes de morir.

—Sí.

Pongo la vista en la mesa del comedor, a la que estábamos sentados Bård y yo cuando trajo el wok de pollo. Pienso: «Mañana iré a ver a mi hijo. Antes de reunirme con Hanne, iré a ver a Bård al

trabajo. A ver de verdad cómo está y hablar con él de todo esto».

—Según dice Bård, parece toda una locura. Y, según él, tú no estabas al tanto.

Olav aguarda mi reacción, mi confirmación. Permanecemos callados un momento. Pienso: «¿Puedo fiarme de mi hermano? ¿Puedo fiarme de Bård?». A pesar de su sonrisa exagerada, Peter Bull-Clausen se me antoja mi más sólido aliado. Peter es el abogado que escogió Erling: un desconocido desprovisto de intereses y vínculos con la familia. Muy pausadamente, digo:

—Erling me dio a firmar unos papeles. Tenía algo que ver con la propiedad del chalé. Dijo que se trataba de una disposición más práctica. Ya sabes cómo funcionábamos. Él se encargaba de esas cosas, yo confiaba en que tomara las decisiones correctas.

Ahora es Olav el que guarda silencio. Oigo su respiración forzada.

—Entiendo —dice—. Es que tus hijos se están haciendo preguntas. Es de lo más extraño tener titularidad separada de una propiedad indivisa. Y que seas tú la dueña de todo cuando la casa viene en herencia por la familia de Erling. Son cosas que llevan a hacerse preguntas.

—Sí —digo—. Me lo puedo imaginar.

Se oye de nuevo la respiración trabajosa de Olav.

—¿Está todo bien, Evy? —pregunta.

Pero no ha usado el nombre con que me llama. «Pequeña» es como me llama siempre que charlamos en confianza.

—Bueno —replico, hablando rápida y malhumoradamente—, resulta que acabo de perder a mi marido, que la policía está encima de mí y que ayer casi muero por un escape de gas en la cabaña de Tjøme, así que tú me dirás.

—¿Qué me estás diciendo?

—Ayer estuve en Tjøme —contesto con aspereza—. Y al entrar en el salón empezamos a sentir que se nos iba la cabeza. Se ve que la bombona de gas llevaba semanas perdiendo, con lo que la cabaña estaba a reventar de gas tóxico. Por suerte, logramos salir a tiempo. Los bomberos dijeron que la cosa podría haber acabado en tragedia.

—¿De veras? —responde Olav—. ¿Cuándo has dicho que ha sido esto?

—Ayer mismo. De modo que se me puede perdonar que no esté de mejor humor.

—Caray —dice Olav—. No tenía ni idea. Yo... ¿Lo saben los chicos?

—No. Pero tampoco es que ellos se abran mucho conmigo. Al menos dos de ellos le habían pedido dinero a Erling, y a ninguno de los dos se les ocurrió que me lo podrían haber pedido a mí.

Olav se aclara la garganta, hace un sonido como de asentimiento, y yo interrumpo mi relato. No puedo dar por sentado que sea buena idea implicar mucho a Olav en esto. Estuvo aquí en la comida de Pascua. Y estuvo aquí también al día siguiente de la muerte de Erling. Podría haberse llevado los medicamentos, la bici, la agenda. Además, ha estado en varias ocasiones en la cabaña de Tjøme. ¿Cómo de difícil le habría resultado provocar el escape de gas?

—El caso es que tus hijos se preguntan si no deberían impugnar el traspaso de las propiedades a tu favor —dice Olav—. Hay que reconocer que, en los últimos tiempos, Erling no parecía tener la cabeza muy en su lugar, con esa obsesión con el medioambiente y qué sé yo qué más. No parecía el de siempre. Puede que no estuviese en pleno uso de sus facultades cuando se puso a hacer esas acrobacias administrativas. Podría valer la pena mirar eso más de cerca.

Trago saliva un par de veces.

—¿Y eso cómo se hace? —pregunto.

—Pues, por una parte, está la autopsia. Pero lo más sencillo sería apoyar nuestras conclusiones en su comportamiento. En la comida de Pascua actuó de manera un poco rara. Lo comentábamos Bridget y yo en el coche al volver a casa. Que no parecía él.

—¿Y yo cómo os parecí?

Guarda silencio.

—Vamos, Evy —dice al fin.

Y ahí tengo toda la confirmación que necesitaba. Claro que hablaron de nosotros en el trayecto de vuelta. Pero no hablaron de Erling, no. Hablaron de mí. De lo bebida que estaba, del ridículo que había hecho. Lo que dijeran de Erling sería sin duda en relación conmigo, con lo mortificante que debía de resultarle, y ese tipo de cosas.

Ahora, pasado el tiempo, se trata de otra cosa. Ahora puede redundar en su beneficio —de los chicos, y quién sabe si de Olav también— pensar que el problema había sido Erling, que estaba perdiendo lucidez, perdiendo el juicio, actuando movido por

impulsos... Digo:

—Erling no se estaba volviendo loco. Hizo lo que hizo a conciencia, y por una razón.

—Pues no entiendo yo cuál sería esa razón —replica Olav.

Me viene a la memoria el comentario de Edvard en el restaurante francés, eso de que daba la impresión de que Erling no quería que los chicos recibieran la herencia. Pero me guardo el recuerdo para mí.

—No estoy del todo segura —respondo—, pero estoy intentando averiguarlo.

—Entiendo —dice Olav.

Algo en el tono de su voz me dice que en verdad no cree que mis averiguaciones vayan a arrojar mucha luz sobre el asunto.

—Como quiera que sea —dice, cogiendo aire—, está en tu poder cambiar las cosas. Podrías, por ejemplo, vender Tjøme y repartir el importe de la venta entre los chicos. La cabaña ni siquiera te gustaba, Evy, y no te veo ir allí muy a menudo, ahora que estás sola. Ellos recibirán una herencia paterna y tú podrás seguir viviendo en Nordheimbakken.

La puerta de doble hoja está abierta; más allá, el sombrío pasillo se presenta indecentemente expuesto. Me asomo. La puerta del despacho de Erling está entreabierta.

—Ya —contesto—. Pero esa no fue la voluntad de Erling, ¿no es cierto?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir —respondo despacio— que Erling hizo todo lo que hacía falta para dejar en mis manos el control de todo. Y yo quiero saber por qué lo hizo.

—¿Qué importa eso ahora? —pregunta Olav—. ¿No tiene más importancia que la familia prospere? Tú, los chicos, los nietos.

El oscuro pasillo me llama como un hechizo. El despacho, las escaleras al sótano.

—¿Sabes qué, Olav? —digo—. Me llama la atención que sea solo ahora cuando se me pregunta qué quiero. Ahora que soy yo la que decide.

Vuelve a hacerse un silencio. Al otro lado de la línea oigo el susurro de su respiración; inspira hondo, como quien quiere llevar todo el aire que lo rodea al interior de su voluminosa humanidad para inundar los pulmones, la caja torácica entera.

—Vale —responde al fin—. Solo quería que supieras que Bård y yo hemos hablado. Me parece que lo correcto era que estuvieras al tanto.

—Muy bien —digo—. Te lo agradezco.

Y, apenas han salido las palabras de mis labios, ya lo lamento. ¿Qué tengo que agradecerle? ¿De qué forma me ha llamado pensando en mi interés, velando por mi bien?

—Por cierto —añade entonces—, ¿con quién fuiste a Tjøme?

—¿Qué quieres decir?

—Has hablado en plural. Has dicho «logramos salir».

—Ah, sí.

Habría preferido no decir nada más sobre esa historia, o retirar el plural, hablar solo de mí. Pero ya es tarde, y de nada serviría mentir. Probablemente figure en el informe de los bomberos. Se puede saber.

—Con Edvard Weimer —digo.

—Ya.

No hay rastro de sorpresa en la voz de Olav. Puede que los chicos le hayan hablado de él.

—Evy —continúa—, si me permites un consejo, ándate con cuidado con Weimer.

—¿Por qué lo dices? —pregunto—. ¿Qué pasa con él?

Silencio. Lo oigo respirar.

—Siempre ha tenido algo de solapado —dice—. Y parece muy interesado por toda esta historia. Más vale no contarle demasiado. Resolvamos esto entre nosotros, en familia. Eso es lo que pienso.

—Gracias por el consejo —digo. Y corto la llamada.

VEINTISÉIS AÑOS ANTES

No me importaba que la obra de Bilal estuviese por doquier. Tampoco me había molestado que la editora lo hubiese puesto en contacto con otro autor que se dedicaría a escribir textos para sus ilustraciones, ni que el libro resultante estuviese entre los superventas, expuesto en todos los escaparates. En lo que me tocaba, eso nunca fue lo importante. Yo no necesitaba ser escritora. Me había resultado divertido hacer otra cosa, ver de qué era capaz. Aquello no me entristeció. Yo tenía otras cosas que hacer. Era madre de dos adolescentes y de una niña de siete años, por amor de Dios. Me sobraban cosas que hacer.

Pero las tardes se hacían largas. Por las mañanas estaba siempre ocupada: recoger y limpiar tras el desayuno, y todas las otras labores. Después del almuerzo era todo más tranquilo. En casa estaba solo yo. Los niños no salían del cole hasta las tres, y a menudo iban un rato a casa de algún amigo. Así que solía errar sin rumbo. A veces me ponía una copa de vino. Nada excesivo, no para emborracharme. Lo justo para sentir que también se podía estar así. Había en medio del tedio espacios donde era posible respirar. Otras veces me vestía como para salir: sacaba una blusa de seda y una falda, medias finas y zapatos de tacón alto. Despachar las tareas del hogar se hacía así más divertido. En ocasiones ponía música en el equipo que había adquirido después del segundo libro de Martine. De otro modo casi nunca lo usábamos.

Había entrado en la habitación de Bård calzada de tacón alto y con una blusa de seda. Cargaba en los brazos un cesto repleto de ropa limpia. Allí imperaba el desorden y olía a calcetines sudados. Llené los cajones de su cómoda con ropa lavada, planchada y esmeradamente doblada. A la mañana siguiente, Bård hundiría sus manazas para revolver entre las pilas de ropa, buscando a ciegas algo que ponerse, y lo dejaría todo arrugado. Así era el trabajo, fútil y efímero. Pero al menos estaba bien vestida y me sentía guapa. Y me agradaba mantener la casa en orden, hacer girar la rueda de la familia. La

presión por producir, lidiar con los editores y sus prisas y acudir a librerías llenas de niños, todo eso había quedado atrás, lo mismo que las aulas pobladas por alumnos estridentes. Coloqué la ropa interior de mi hijo en el cajón correspondiente.

Sobre la cómoda estaba el reproductor portátil de CD que se había comprado con el dinero de su confirmación. Lo rodeaba un bosque de pilas de discos. Metallica, Korn, Rage Against the Machine. Yo no conocía a ninguno de esos grupos. Me habría gustado preguntarle por ellos. No quedarme en reprocharle no poner la ropa sucia en el cesto. Me habría gustado hablar de música con él, demostrarle que su madre no era una completa ignorante. La música que él escuchaba se basaba en la que yo oía en los años setenta. ¿No es así como funciona? Todo se alza en los hombros de otra cosa; se encuentra al buscar inspiración y se lleva adelante, evoluciona y se convierte en otra cosa, albergando en su seno aquello que fue antes. Podría decirle algo así. Cogí uno de los discos. La portada era en blanco y negro y presentaba la imagen de un hombre en llamas. Lo metí en el cesto de la ropa, ya vacío.

Ya en el salón, puse el CD en la bandeja, escogí una canción y pulsé el botón de reproducir. Un riff de guitarra eclipsó el tictac del reloj y subí el volumen para que llenara el espacio. Gemía una voz de hombre, y el grupo entró en acción con guitarras que creaban un sonido saturado y ruidoso, del todo distinto de lo que yo solía escuchar de joven, pero me gustaba. *«Now you do what they told ya»*, cantaba el hombre desde los altavoces, una y otra vez, *«Now you do what they told ya».* Me eché a reír cuando me di cuenta de que estaba meneando las caderas al compás. Era una maravilla que Bård y yo pudiéramos encontrarnos así, por encima de las décadas que separaban nuestras respectivas juventudes.

El vocalista se puso a chillar, todo él protesta y rabia. Me quité los zapatos y me puse a bailar por el salón acompañándolo en sus alaridos: *«Fuck you, I won't do what you tell me! Fuck you, I won't do what you tell me!»*. Mi cuerpo vibraba de arriba abajo, poniendo en movimiento brazos y piernas. A la Evy de dieciséis años esto le habría molado cantidad. Habría dado brincos y saltos junto al Bård de dieciséis años, gritando a voz en cuello. ¿No era esto el sonido de lo salvaje, de la rebelión de la juventud? ¿No era esto una gozada?

Y entonces lo oí por encima de la música.

—¡Mamá!

Di media vuelta. Ahí estaba, flanqueado por dos amiguetes. Uno de ellos se tapaba la boca con la mano como reprimiendo la risa. Quién sabe si hasta estaba algo impresionado. ¿Acaso su madre se pondría a bailar con música de Rage Against the Machine? El otro amigo había fijado la vista en el suelo. Bård me miraba con los ojos como ascuas. Corrí a apagar el equipo de música.

—He encontrado este disco tuyo —le dije, riendo—. Me gusta.

Mi copa de vino estaba en la mesa de centro; mis zapatos de tacón alto estaban tirados en el suelo, a los pies de los tres chavales.

—Es mi disco —protestó Bård—. ¡Devuélvemelo!

Pulsé el botón y la bandeja del CD surgió del equipo.

—Me gusta su ritmo —dije.

Traté de decir algo profundo sobre la música, la letra y los arreglos, pero a Bård no le interesaba. Le tendí el CD, que me arrancó de la mano, dio media vuelta y desapareció escaleras arriba, seguido de sus amiguetes, hasta que los perdí de vista. Retiré la copa de vino y los zapatos.

DIECISIETE DÍAS DESPUÉS

Al llegar, lo encuentro sentado a su escritorio. La recepcionista me ha dejado pasar señalando con la mano el camino a su oficina. No le he dado tiempo de anunciarme, pero no se le ve sorprendido.

—Hola, mamá —saluda.

Cierro la puerta tras de mí. La oficina es pequeña. No es más que un cubículo en el que el escritorio ocupa la mitad del espacio. A su espalda hay una ventana que da al patio de manzana y al edificio que se alza al otro lado. Ante él, un ordenador y una taza de café. «El mejor papá del mundo», pone en la taza.

—Andaba por el barrio —me excuso.

—Ya —dice con media sonrisa—. Me imaginaba que pronto sería mi turno.

Le devuelvo la sonrisa. Es tan guapo, mi chico... Alto y esbelto como su padre; y sabe vestirse. Pero se le ve cansado. Cuando lo veo así, me parece que llevara años cansado.

¿O será por mí? ¿Es su agotamiento primera y principalmente su reacción a mí? De nuevo este torrente de incomodidad. ¿Qué aspecto presento? ¿Qué he hecho? Quizá con sus colegas, su familia y sus amigos se muestra vital y enérgico.

No suelo verlo con amigos, ahora que es adulto. Me acuerdo de sus amigos en la boda. Se casó joven, con lo que sus amigos exhibían un comportamiento aún infantil. Eran rostros tersos, abiertos a la vida, que reían muy alto y le daban al vino. Durante los discursos hubo quien rememoró las ocurrencias de Bård en las fiestas y las expectativas que despertaba. Se habló de un salto desde un balcón en Hemsedal, y de una noche en una discoteca en Corfú, acompañados de chicas y de copas. Los chicos soltaban carcajadas estruendosas. Lise sonreía, tolerante. Bård estaba sonrojado. Se reía porque no había más remedio, pero se le veía azorado. En más de una ocasión lanzó ojeadas adonde nos hallábamos Erling y yo. Pero estaba pendiente de su padre. Había torcido el cuello como un crío que se prepara para la

reprimenda que se le viene encima.

—A ver —dice mientras tomo asiento—, me he enterado de que nos estás preguntando a cada uno por nuestros aprietos económicos, así que mejor te lo digo tal cual: a la empresa no le está yendo bien. —Se frota la cara con las manos. Sigue cansado—. En este momento llevamos dos grandes proyectos: Havna Park y Roa Hageby. Las ventas han ido más lentas de lo que habíamos previsto, y hemos tenido que inyectar dinero en Roa para hacer mejoras y ponerlo a punto de venta. Por eso fui a ver a papá para pedirle un préstamo.

Muevo la cabeza afirmativamente. Recuerdo cuando Lise me habló del préstamo. Ella daba por sentado que yo estaba al tanto. Ørjan había dicho tres cuartos de lo mismo. Esto me indica algo, se me ocurre, y es que no eran ni nuera ni yerno quienes me ocultaban algo. El secretismo viene de los míos.

—Pues eso —dice ahora, abriendo los brazos y con la sonrisa de chaval que ponía cuando había olvidado hacer los deberes o poner los calcetines usados en el cesto de la ropa sucia—. Me hacen falta cien mil o más. Eso para mantenernos a flote durante el verano. Tenemos clientes potenciales, y estamos negociando, pero estas cosas llevan tiempo. De momento tenemos un problema de liquidez. Como le dije a papá, podré reembolsarlo todo una vez que cerremos la venta de Havna. Y se venderá. Si no antes del verano, entonces justo después.

—Pero papá dijo que no —replico.

Bård suelta un suspiro.

—Le parecía que tenía que arreglármelas solo. Y quién sabe, a lo mejor hasta tiene razón, aunque nunca le oí decir nada semejante en el caso de Silje.

Hay un timbre amargo en su voz. Las rigurosas exigencias que se les habían impuesto a Hanne y a él, no abiertamente, sino como expectativas que no debían defraudar: sed buenos, estudiad mucho, construíos una vida sólida, respetable. A los dos, sí, pero sobre todo a él, el primogénito. El varón. Erling era un chapado a la antigua. No veía interés a los juegos que estimularan la imaginación ni a los emprendimientos artísticos. Hanne y Bård vivían ansiando un cumplido que viniese de él, pero Erling se hacía el desentendido.

Yo, en cambio, era generosa, de eso no hay duda. Les mostraba afecto y atención. Puede que me haya mostrado distante durante algunos años; puede que me extraviara en el vacío post-París. Y es por

eso por lo que no logro hacerme una idea de lo que sentían Bård o Hanne al ver que el entusiasmo y la aprobación por los que competían eran generosamente derramados en la hermana pequeña, que ni siquiera los pedía.

—Pero no me lo pediste a mí —digo—. Ni siquiera me contaste que te hiciera falta dinero.

Vuelve la vista hacia mí. Me está calibrando, tengo la impresión. Ha entrecerrado los párpados y me escruta con más detenimiento del que acostumbra.

—Papá no lo habría aprobado —dice.

—Creías que no serviría de nada —repongo—. Eso es lo que me estás diciendo. Creías que te habría dicho que fueras a hablarlo con tu padre.

—Sí —dice—. Se me ocurrió que algo así pasaría.

Bård es sumamente capaz. Es lo que siempre he pensado de él, por cómo se esfuerza. Lo recuerdo de niño, sentado y con la cabeza apoyada en la mano izquierda mientras escribía en su libro de matemáticas, con los rizos enredados en sus deditos. Se me encoge el corazón pensando en mi pequeñín, entrenándose para lo que la vida le iba a exigir.

Creo que siempre lo he visto de esa manera: alejándose de mí en dirección al mundo. El amor de una madre es sesgado; es algo que se da en cantidades que el niño no tiene por qué devolver en la misma proporción, lo que no quita que una espere ser querida. Lo miro ahora, con sus bucles, ya grises y cada vez más escasos. Me pregunto si le habré dado lo suficiente, si no le habré hecho daño sin querer, de formas que no puedo ni imaginar.

—Y te parecía que bebía demasiado —añado.

Entorna los ojos y se le nota ahora un aire de preocupación.

—Ya veo que Silje te ha dado su opinión.

—¿Por qué no dijiste nada, Bård?

Se encoge de hombros.

—Pensaba que lo sabías, mamá. Vamos a ver, ¿cuánto te dura un cartón de tres litros? No me pareció que hiciera falta decirte que beber vino antes de comer no es la mejor idea.

Ahora me abruma la compasión. Aquella tarde de mi baile con su música. Entonces no me pareció tan grave, pero ahora me doy cuenta de lo humillante que tuvo que ser. Puede que estuviera bebida, y

mucho menos glamurosa de lo que me suponía. Me había acicalado, con mi falda más corta, y me encontró bailando delante de sus amigos. Luego nunca toqué el tema ni le pedí disculpas. Lo dejé pasar como algo que no merecía comentario. ¿Cómo puedo echarle la culpa de que hoy no me cuente cosas, de un secretismo que yo misma le enseñé?

—No he sido fácil de llevar, ¿verdad, Bård? —digo—. Creo que es la primera vez que lo entiendo de veras.

Pienso en Silje, que me pidió que buscara ayuda. Y en Erling, en la comida del domingo de Pascua, pensativo, con el ceño fruncido. Erling nunca me comentó nada. Tal vez no lo viera en realidad. Para él siempre fui la diligente colegiala de Røaveien.

—No pasa nada, mamá —dice, mirando al vacío—. Tampoco para ti ha sido siempre fácil.

Permanecemos un momento en silencio. Su teléfono también está en silencio, y eso me entristece. ¿No tendrían que estar llamando sin parar esos compradores potenciales? ¿No deberían estar implorándole que les vendiera sus obras, compitiendo en ofertas? ¿O al menos negociando precios y adquisiciones? Fue Bård quien fundó la empresa, con un amigo al que luego compró su parte. Aún puedo oírlo hablar de su trabajo en las comidas en Nordheimbakken. A menudo hablaba dirigiéndose a mí, pero siempre echándole ojeadas a Erling.

¿Ansiaba todavía la atención de su padre? ¿Y Erling? ¿Se negaba a dejarse impresionar? ¿Igual que siempre se negó a elogiar sus dibujos, los trofeos de esquí, sus competiciones y sus logros escolares? ¿Fue solo Silje, la que siempre actuó por su propia cuenta y que tomaba el camino aproximadamente opuesto al que su padre consideraba encomiable, quien se ganó la admiración de Erling?

—Ayer me llamó Olav —comento.

—Ya. Me lo figuraba —dice Bård.

—¿Vas a impugnar el testamento?

Otro suspiro. Los rasgos juveniles han desaparecido y de pronto me parece envejecido.

—No sé qué otra cosa se puede hacer —responde—. Lo que hizo papá es una cosa de locos. Y Olav dice que no te ve dispuesta a arreglar las cosas. Pero puedes hacerlo, mamá, ¿lo sabes? Si vendes Tjøme, puedes resolverlo todo.

Asiento con gesto pausado. Me imagino a Bård en el despacho de Peter Bull-Clausen. La ternura me nubla el entendimiento cuando miro a mi hijo. Siempre ha sido así. Sí. Ahora lo entiendo: Bård acudió al bufete del abogado convencido de que de allí saldría convertido en un hombre rico. De que le tocaría la casa, así como los millones que había supuesto que tendría Erling. Contaba con ese dinero. Quién sabe si hasta habría hecho una hoja de cálculo con estimaciones. Habría hablado con su esposa de cómo usar lo que iba a recibir. Sentado ante aquella mesa de la sala de reuniones debió de sentirse engañado. Debió de sentir que Erling lo había despojado de lo que en justicia le pertenecía. Sí, mi hijo tenía una faceta codiciosa en la que no había reparado a causa de la debilidad que siento por él.

—No estoy del todo segura de lo que debo hacer —digo—, pero quiero intentar comprender por qué papá hizo lo que hizo.

—Pero el tiempo pasa —repone Bård—. Yo necesito dinero. Hanne también, igual que Silje, ya puestos. Mientras tú te dedicas a entenderlo, se nos cierran las oportunidades. ¿No lo ves?

Lo miro a los ojos.

—Una herencia es un regalo, Bård —digo—. No es tu dinero.

Algo se apaga en su rostro. Una sombra oscura aflora en su mirada. Se encierra en sí mismo.

—Por supuesto —dice, con estirada formalidad—. Tú haz lo que te parezca. Solo he querido explicar la situación en la que nos encontramos.

Hanne me está esperando cuando llego. La veo antes de que ella me vea. Advierto las miradas de impaciencia que dirige a la puerta, pero hay también un algo de seriedad, algo inusual en su expresión. Algo propio de una mujer adulta. Cuando pienso en ella, veo a una adolescente. Pero Hanne cumplió cuarenta el pasado invierno.

Me ve y pasa una centésima de segundo, tal vez dos, hasta que sonríe, y durante ese brevísimo instante solo me ha mirado. Sin más. Luego esboza la sonrisa y me llama la atención con un gesto de la mano.

Al llegar a su mesa, la estrecho entre mis brazos y, mientras dura el abrazo, respiro el aroma de su perfume. Siempre tiene el cabello suave y sedoso, y su ropa luce indefectiblemente limpia y recién planchada. Recuerdo una ocasión, transcurridos unos meses desde el nacimiento de Max, cuando no dormía ni comía, solo berreaba, en la que Hanne, sin maquillaje y con el pelo sucio, vestida con uno de los viejos jerséis de Ørjan, me miró con ojos de náufraga desde el otro lado del desastre que era la mesa de la cocina y me dijo: «Me estoy subiendo por las paredes, mamá». Luego el niño empezó a dormir mejor, y aquella versión de Hanne, la desaliñada mujer primigenia, desapareció en las sombras.

—Solo puedo dedicarte media hora —dice, ojeando su reloj—. Tengo una reunión con un contratista a la una y antes debo leerme su presupuesto como sea.

—No te preocupes —la tranquilizo mientras me siento frente a ella.

—Vale. Bien —dice con voz animosa—. He pedido ya para que tengamos tiempo de comer. ¿Te va bien una quiche?

—Sí —digo, sin que me apetezca en realidad—. ¿Cómo estás, cariño?

—Estoy bien. Triste por lo de papá, como te imaginas, pero aparte de eso bien. ¿Y tú? Has ido a ver a Bård, ¿no?

Pienso en ese ir y venir de llamadas entre ellos, entre ella, Bård, Silje y quién sabe si Olav. Todos ellos saben, en todo momento, lo que le he dicho a uno o a otro. Puede que no sea nada del otro mundo, pero no me gusta. ¿Será que nada de lo que diga yo merece un trato confidencial? ¿Podré decirle algo que se guarde para ella, o forman un monstruo de múltiples cabezas, diferentes encarnaciones del mismo ser?

—Así es —contesto—, y se me ocurre que, ya puestos, mejor hablar contigo también.

—Pues sí. Supongo.

La miro. Me dirige una breve sonrisa y luego se vuelve en busca del camarero. Siempre tiene la atención puesta en otra cosa. Es ella la que suele llamarme por teléfono, mientras está en el tranvía o al volante o de camino a la guardería o haciendo la compra en el súper. Es fácil creer que no presta atención a lo que se le dice, pero eso sería subestimarla, porque no se le escapa nada.

—Bueno —dice, mirándome de nuevo—, ¿no me vas a preguntar?

—¿Preguntarte el qué?

—Por el dinero. O por el préstamo, si prefieres. El que le pedí a papá.

Lo dice en tono de ironía. Lo más probable es que ella y Bård hayan hablado también de eso, de qué términos emplear para referirse a lo que le pidieron a Erling.

—Ah —digo—. Eso ya me lo has contado. Ayer, por teléfono.

—Sí, pero es para que lo sepas. Sí que le pedí ayuda a papá para la entrada, para poder optar a comprar el chalé en Kjelsås. —Suspira y entrecierra los párpados—. Es que sería perfecto —dice con intensidad —. Los padres del mejor amigo de Max han comprado la otra parte del adosado. Seríamos vecinos. Los chicos podrían visitarse el uno al otro en calcetines. Y está superbién situado, con vistas al Maridalsvannet. No podemos quedarnos para siempre en ese oscuro apartamentucho. Max empieza el colegio el año que viene, así que este es el momento de hacerlo. Es por Max, por donde va a crecer. A mí me da igual dónde vivir. Lo que quiero es darle a mi hijo las mejores oportunidades para empezar su vida. No logro comprender que papá no lo entendiera.

Coge aire y lo suelta en un suspiro.

—Puede que perdiera un poco los papeles la última vez que hablé con él —añade—. Nos despedimos cariñosamente y todo eso, pero ya sabes lo cabezota que podía llegar a ser. Y puede que yo me sintiera algo disgustada. Es que esto significa mucho para mí. Para Max.

—¿Cuándo fue eso? —pregunto—. La última vez que hablaste con tu padre. ¿Cuándo fue?

Algo cambia en su mirada. Se está preguntando a qué viene mi pregunta. Se nota que se pone en guardia.

—Uy —dice—. ¿Cuándo sería? Una semana antes de su muerte, quizá. Poco más o menos. No me acuerdo exactamente.

—¿Fue en casa? ¿En Montebello?

—Sí —dice—. Me acerqué hasta allí. Fue la semana anterior. Tú no estabas. Creo que estabas visitando a la abuela. Y hablé con él uno o dos días después, por teléfono.

—¿Qué impresión te dio? —pregunto.

—¿Papá? Igual que siempre. Bueno, salvo por su negativa a echarme una mano.

Nos miramos la una a la otra. Suelta una risita forzada y dice:

—O puede que tampoco eso fuera una salvedad.

—Hanne —digo—, ¿habías quedado en verte con tu padre el día en que murió?

—No —responde.

El tono es dubitativo. Pero se ha puesto en guardia. Nos medimos con la mirada y, por un instante, se abre entre las dos un silencio absoluto.

—¿Esto es un interrogatorio o qué? —se defiende. Suelta una risita que le sale tensa.

—Para nada —contesto, con la garganta seca—. Era solo por saber.

A mi regreso de París, Hanne no se apartaba de mí. Pasó semanas colgada de mis piernas, pidiendo que la cogiera en brazos, que la tuviera así, bien sujeta. Ya entonces estaba un poco grande para eso. Pesaba; era un poquito mayor para esas cosas. Pero la consentía. Más me pesaba la culpa de haberme ido. Y seguía ausente. Dejaba que me trepara encima como quisiera, pero me hallaba yo en una bruma de aturdimiento que no me permitía sentir apenas nada.

Toda una temporada se disputaron el derecho a ocuparme, Bård y Hanne. Él se enojaba porque ella se pasaba todo el tiempo sentada en

mis rodillas y la llamaba «mocosa». Hanne sollozaba contra mi cuello y me invocaba a chillidos: «¡Mamáááá!».

Fui dadivosa en mis señales de afecto, al menos antes de París. Pero puede que a Bård le tocara más que a ella. Y siendo Erling tan devoto de Silje, cabe preguntarse cómo percibía Hanne aquel reparto. Resulta fácil pensar que no notaba la desigualdad, ella, que era tan sólida, tan robusta. Pero sería un error subestimar su sensibilidad. En esto pienso, ahora que la miro.

Hanne me devuelve la mirada desde el otro lado de la mesa. Tengo la impresión de que me está calibrando. Una joven camarera nos trae los platos; sendas quiches con acompañamiento de ensalada. Mientras dispone las cosas en la mesa, mantenemos un silencioso intercambio de sonrisas forzadas.

—Bueno —dice Hanne, despachado el primer bocado—, ¿has pensado en lo que vas a hacer con Tjøme?

Lo dice por decir. Ha hablado con Olav y con Bård. Sabe perfectamente que no me he dejado presionar a favor de vender.

—No —respondo.

—¿Lo dices en serio?

Mastico con dificultad. La quiche no está especialmente buena. La masa de la base ha quedado reseca.

—Antes me lo tengo que pensar.

—Por supuesto —dice ella—. Con estas cosas es importante no precipitarse. Tenemos que dar con un arreglo que nos vaya bien a todos, ¿verdad?

Me doy un instante y hasta dos para pensar, para percibir el sabor de sus palabras.

—Que nos vaya bien a todos —repito.

—Sí —dice—. Lo que hizo papá fue de lo más extraño. Pero también él tenía sus rarezas. Y todos lo queríamos mucho. Al fin y al cabo, somos una familia unida. Esto lo tenemos que afrontar juntos. Tenemos que mostrarnos generosos los unos con otros.

«Este discurso lo trae ensayado», me digo. «Generosos.» La puedo ver pronunciando la palabra para Bård, para Silje. Me llevo a la boca otro bocado de quiche. La masa me seca el paladar y se desmigaja en mi boca.

—En lo que me toca —dice Hanne—, si Ørjan y yo contáramos con algo de ayuda para la entrada, ya nos daríamos por satisfechos.

No necesitamos más. El resto de la herencia vendrá cuando venga. Pero en serio que es importante que podamos dar esa entrada ahora, antes de que otro se nos adelante y nos quite la casa delante de nuestras narices. Tú esto lo entiendes, ¿verdad que sí, mamá? ¿No te gustaría que pudiésemos darle a Max una infancia como la que nosotros tuvimos? ¿Con una habitación espaciosa, un jardín y un trayecto seguro al colegio?

Yo mastico y mastico sin darle respuesta. Siento que se me juntan en el pecho las ganas de decir que no. Y siento también, incluso ahora, el peso de la furia con que chocará mi negativa.

—Así que con un poco de ayuda —sigue—, con unas quinientas mil coronas, setecientas mil como mucho... Porque no basta con que te presentes como aval, ¿sabes? Dice el banco que tenemos que entrar con dinero real. Y Ørjan no está en condiciones de contribuir. No es como si sus padres pudieran permitirse vender la finca. Así que, como te decía, si pudieras ayudarnos un poco, podríamos comprar la casa. Aparte de eso, no necesitaríamos nada más. Y estaré encantada de hablar de esto con Bård y con Silje, para que quedemos todos de acuerdo.

—Hanne —digo—, ¿es así como piensas en tu infancia? ¿Como algo que quisieras legar a Max?

Me mira con los ojos muy abiertos. Los cartones de vino. En eso pienso. La cansina sensación de vacío total mientras con sus manitas me empujaba, me enredaba el cabello, me tiraba del brazo, me cogía el mentón. «Mírame, mamá.» «Venga, mamá.» Pero no veo en ella nada que se parezca al dolor.

—Claro que sí —dice, como si fuese una obviedad—. Nuestra infancia fue estupenda. Nos sobraba espacio. Al colegio íbamos por un camino peatonal, y teníamos amigos en el barrio. Eso es justo lo que quiero para Max.

VEINTITRÉS AÑOS ANTES

La acogida que tuvo el libro me dejó de una pieza. No debería haberme sorprendido: los indicios no habían mentido, tanto es así que luego, en casa, a solas, con los pies descansando en la mesa y una copa en la mano, me pregunté si en verdad lo sabía de antemano; si había visto las señales, si alguna forma de pálpito me había preparado para lo que se avecinaba. Como si mi consciencia estuviera operando en dos niveles, de modo que llegué a pensar sinceramente que era una idea estupenda a la vez que me preparaba para la caída. Hice esfuerzos por sentir algo, pero solo encontré un vacío.

La primera señal la dio Bilal. Había ido a verlo varias veces. También había llamado a su agente, porque así eran las cosas entonces: ya no podías presentarte, sin más, y encontrarte con él. Había que pasar por el filtro. La agente dijo que se lo preguntaría. Luego me devolvió la llamada para informarme de que Bilal no estaba disponible, lamentablemente. Lo volví a intentar. Le escribí. Llamé de nuevo. Por último, acudí a otra inauguración. Para esta ocasión no había sido invitada, pero tomé nota de la hora que figuraba en el anuncio. La exposición se inauguraba en la misma galería de Frogner. Llegué con retraso y entré sin oposición del servicio de seguridad. Las obras de esta hornada eran más explícitas en su tenor bélico; había carros de combate y bombarderos. Resultaban impresionantes. Intimidaban.

Bilal conversaba con un corro de personas en una esquina de la sala. Lo observé un momento desde la distancia. Se había hecho mayor. Rayaba los treinta. Llevaba el pelo más corto; más como un adulto. Los rizos habían desaparecido. También había engordado. Algo de la dureza de sus rasgos se había desvanecido, pero seguía siendo el mismo personaje taciturno. Eran los que lo rodeaban quienes daban conversación.

Cuando por fin me acerqué a saludarlo, eran casi las once.

—Hola, Bilal —dije con una sonrisa grande.

Frunció el ceño, como si le costase reconocerme. A continuación, hizo un gesto de reconocimiento con el mentón. Su mirada aún apuntaba a las honduras que encerraba, que guardaba para sí en las conversaciones y que en cambio volcaba en sus cuadros. Se me ocurrió que tal vez se preguntaba si alguien me había invitado. A esas alturas lo más probable era que alguien se ocupara de las invitaciones en su lugar.

—Qué exposición tan bonita —comenté.

Asintió sin convencimiento y no dijo nada. Para cubrir el silencio me puse a glosar las cualidades que había apreciado: la maestría en el uso del pincel, la elección de los colores, el simbolismo. No le ahorré un elogio.

—Pero estaba pensando... —dije entonces—. Tengo una nueva idea para una historia de Martine, y me da que esta va a ser buena de verdad. Martine se va de excursión al bosque con su familia, se extravía y allí se hace amiga de un grupo de osos.

Bilal asentía con gestos lentos. No parecía exactamente entusiasmado, pero tampoco me interrumpió y, envalentonada por su atención, seguí hablando hasta que le hube contado la historia de principio a fin. Incluso tenía ideas para las ilustraciones. Dije que, por supuesto, ese era su territorio soberano, pero se me ocurría que el osezno más joven debería recordar a un osito de peluche, redondo y suave y de ojos grandes.

Mientras le hablaba, se nos acercó una joven de aspecto asertivo. Llevaba el cabello decolorado y se había aplicado un lápiz de labios rojo chillón. Quizá era la agente, la que me había atendido al teléfono con tono displicente. La mirada que me dirigió transmitía impaciencia, y le echaba a Bilal ojeadas frecuentes, pero, mientras él no dijera nada, tampoco ella lo iba a hacer, así que seguí hablando y hablando hasta que no se me ocurrió nada más que decir.

—Esa es la historia, a grandes rasgos —concluí—. Creo que estaría bien, pero, bueno, ¿a ti qué te parece?

Se hizo un silencio prolongado. Daba la impresión de que Bilal estuviese escogiendo sus pensamientos. Como si se asomara a su fuero interno, como si el rostro sin expresión que presentaba fuera un salvapantallas que alzaba para escudarse del mundo. La joven de labios pintados parecía tener un montón de cosas que decir, pero guardó silencio, a la espera de la sentencia del artista. Deseé que se

marchara, que me dejara a solas con él.

—Me parece que no —contestó Bilal al fin.

Me miró a los ojos con una mirada firme, inamovible.

—¿Qué dices? Venga, va —dije—. Esos libros representan muchas cosas para los niños, y tienes montones de fans entre los más pequeños.

—No. Ya he dejado eso atrás.

Cogí aire, preparando un nuevo argumento, pero la chica de labios pintados habló antes que yo. Yo debía respetar la decisión de Bilal, y esa confrontación era de lo más invasiva. Él había declinado la propuesta varias veces, ¿qué me había creído?

Una ola de decepción y de resentimiento se apoderó de mí y repliqué bruscamente. ¿Cómo se atrevía? ¿Y qué respuesta era esa? ¿Qué le hacía pensar que podía tratarme de aquella manera? ¿Acaso no era yo quien lo había descubierto? De no haber sido por mí, lo más probable es que siguiera sentado a la mesita de dibujo de la guardería. La gente que se encontraba cerca se volvió hacia nosotros.

Pero Bilal apartó la vista. Su respuesta era definitiva.

—Creo que deberías marcharte ahora mismo —dijo la chica de los labios pintados, y la verdad era que no me quedaba otra cosa que hacer.

Nadie me miró a los ojos mientras caminaba hacia la salida, pero sentía todas las miradas en la espalda.

La segunda señal vino de la editora. Fui a la editorial dos veces a tomar un café con ella. Se mostró cautamente interesada. Sí, dijo, podía funcionar. ¿Qué había dicho Bilal? Cuando le dije que él no participaría en el proyecto, el escaso interés que había mostrado terminó de evaporarse.

—Esas ilustraciones eran gran parte del interés de esas historias —dijo—. Además, los niños que crecieron leyendo a Martine son mayores ya.

Volví, pues, con el asunto sin resolver, a los espacios grandes y oscuros de Montebello. Volví a mis hijos. A Bård, que había cumplido diecinueve y estaba a punto de hacer el servicio militar. A Hanne, que a sus diecisiete años pensaba que este o aquel detalle de su inminente ceremonia de graduación era de capital importancia para el rumbo de

su futura existencia. A Silje, que ilustraba sus propios libros con espantosos monstruos pintados con rotulador y acuarela. A las largas horas vacías de la soledad en aquella casa, a las copas de vino.

Meses más tarde regresé a la editorial. Se me había ocurrido una nueva idea: ¡Martine adolescente! Un libro dedicado a sus fans. Sobre los problemas propios de esa franja de edad. La presión social del tabaco. La ropa que había que lucir. ¡Corazones rotos!

—¿De verdad crees que a la gente le apetece leer sobre los primeros cigarrillos de Martine? —preguntó la editora.

—Son situaciones en las que los jóvenes de esa edad se reconocerán —dije, llena de convicción— y, como a esa edad aguantan más la lectura, no hacen falta ilustraciones.

Se dejó convencer, lo cual era solo un decir. Más bien me sugirió que me pusiese manos a la obra, que luego se leería el manuscrito y me diría algo. Llegado el momento, le encargó la lectura a una colega más joven. Una veinteañera que llevaba camiseta de tirantes y un piercing en el ombligo. La idea le pareció «muy atractiva», pero el texto exigía mejoras.

Me costó mucho acabar de retocar el texto. La chica del piercing perdía entusiasmo con cada nueva lectura. Aquella había sido la tercera señal. Con eso tendría que haberme bastado para archivar el proyecto, pero para entonces había invertido demasiado en ello.

De modo que no puedo decir que la acogida me pillara realmente desprevenida. A decir verdad, no hubo acogida, sino una ausencia de reacción, estruendosamente muda e invasiva, a mis denodados esfuerzos.

Las bibliotecas no me convocaron, los colegios tampoco y las librerías no lo exhibieron en sus escaparates. Aquello me escoció durante semanas. ¿Cómo era posible que no sucediera nada? Y, justo cuando empezaba a acostumbrarme a la situación, salió publicada la única crítica que se escribió sobre Martine.

Salió en un periódico de circulación nacional, y fue inmisericorde: «En un intento por sacarle más jugo a un concepto que conoció un éxito de corto recorrido, la autora ha perpetrado una puesta al día, del todo innecesaria y en la orilla opuesta del buen gusto, de la serie Martine». El crítico empleó expresiones como

«cínica» y «desprovista de calidad literaria», y a lo largo de todo el artículo insinuó que la única razón que me había movido a escribir el libro había sido el ánimo de lucro. Cerró la nota diciendo que las ilustraciones de Bilal habían sido lo mejor de las obras anteriores. Sin Bilal no había nada.

Empecé a levantarme tarde. Se hizo frecuente que Bård y Hanne ya se hubieran marchado cuando salía de la cama, y apenas tenía tiempo para darle un beso a Silje y preguntarle si se había cepillado los dientes antes de que se marchara ella también. Irme a la cama me costaba cada vez más. Solía trasnochar, leyendo novelas o viendo pelis en la tele. Por las noches, antes de que se hiciera demasiado tarde, llamaba a Synne.

—¿Te acuerdas de cuando nos pasábamos las horas en mi habitación escuchando a Bowie? —le decía, o—: ¿Te acuerdas de cuando estuvimos pensando en huir de mi boda y marcharnos a Estocolmo? ¿Y de cuando me fui sola a París?

—Es mejor que te olvides de esas cosas, Evy —contestaba.

—¿Te acuerdas de cuando Håvard te dejó? —le pregunté—, ¿de lo fácil que fue olvidarse de aquello?

Synne aspiró una bocanada de aire larga y apesadumbrada.

—No fue tan fácil. Pero lo hice. Tienes que valerte de tus fuerzas, Evy. Búscate un empleo o una ocupación. Y deja el vino para los fines de semana.

—¿Te acuerdas de cuando íbamos al club de remo de Bygdøy? —pregunté.

—Tú y yo juntas habremos ido una vez. Por lo general te quedabas en casa con Erling.

Dos semanas después de publicar aquella devastadora crítica, el mismo periódico sacó una reseña sobre la exposición más reciente de Bilal. *«Colours of Spring»*, le pusieron de nombre. El periodista estaba en el séptimo cielo, y calificó la exposición de «importante» y «desgarradora». Bilal tenía «una manera particular de trasladar las emociones más profundas». Yo estaba furiosa. Al mismo tiempo, sabía que no había nada que hacer. Debería haberme dado cuenta en la

primera inauguración. No haberlo visto fue mi derrota.

DIECIOCHO DÍAS DESPUÉS

—Erling me contó una cosa el día en que murió —digo—. Estábamos desayunando, y habló de un problema que había tenido y que por fin había logrado resolver.

Edvard asiente. Nos hallamos sentados el uno frente al otro a la mesa del comedor de su apartamento. Vive en un antiguo edificio residencial en Skillebekk, y todo ha sido tan renovado y bien mantenido que es fácil olvidar que te encuentras en una construcción de un siglo de antigüedad. La iluminación tamizada, el mobiliario moderno y discreto; la mesa del comedor es de madera clara, y las sillas están tapizadas con una tela agradable que acaricia.

—Todo el tiempo he pensado que el problema tenía que ver con los Agentes Verdes —sigo—, pero la verdad es que no creo que de hecho los mencionara. También podría estar relacionado con la cita personal que tenía para más tarde ese mismo día. La que Miriam me mostró en la agenda de la oficina.

He tratado de volver a la mañana de Aquel Día. Esta mañana, sentada a la mesa de la cocina, he tratado de recomponer la imagen: estamos ahí sentados, Erling y yo, uno frente al otro. Él había cogido una taza del armario y le había pasado un trapo limpio para eliminar residuos, pues Erling consideraba que mi lavado de la vajilla dejaba que desear; eso era lo que yo creía entonces, pero ahora sé que no era eso.

De modo que allí estábamos, uno frente al otro. Yo había fijado la vista en la mesa de pino barnizada mientras trataba de contener las náuseas. Erling hablaba de la reunión semanal en Agentes. Ese día el tema era su estrategia mediática. Y lo repitió con toda la sorna que sabía poner: «estrategia mediática».

«Y después de eso tengo otra reunión más —me dijo—. ¿Te acuerdas de que te había contado que había algo de lo que tenía que ocuparme? Una irregularidad que había detectado.»

Hasta el día de hoy sigo sin entender de qué me hablaba. Me pasa

como con algunos de esos cuadros caóticos que ves en los museos. Si te acercas demasiado, todo es confusión, pero, si te apartas unos pasos y relajas la mirada, entonces se te revela el tema.

Erling hablaba de una irregularidad. Era un embrollo, dijo. No lograba entender que se hubiera complicado tanto. En verdad, la cosa había llegado a rayar en lo peligroso, por suerte solo para él, había dicho, pero ahora había dado con la solución. Iba a poner las cosas en su sitio. En realidad, ya lo había hecho. Solo le faltaba verse con una persona y dar la información. Y eso era lo que tenía previsto hacer después de la reunión en Agentes.

«Sé lo que tengo que hacer», dijo, y también: «Cuando vuelva a casa, habrá quedado resuelto».

Edvard sigue mi relato con meditabundos gestos de la cabeza. Verse con alguien. Dar información. Veo en su rostro pliegues que no sé si son de inquietud o de desasosiego, pero guarda silencio. ¿Calla para no hacerme daño?, ¿para ocultarme algo? Pasamos un momento comiendo en silencio y luego dice:

—He estado indagando eso que me contaste de la tarjeta de acceso. Miriam te había dicho que Erling la usó por la noche, la semana del cortocircuito del flexo. He visto una copia del registro, y se sabe que la tarjeta fue usada en dos ocasiones en horario nocturno. La última vez fue la noche anterior al cortocircuito.

—No me digas.

—Así es. Y a una hora avanzada, a decir verdad. El ingreso quedó registrado justo antes de la medianoche.

Erling se iba a la cama temprano y se levantaba con el sol. Antes, yo solía acostarme tarde, pero en estos últimos tiempos me canso pronto.

Es verdad que últimamente no he estado de lo más lúcida, sobre todo ya entrada la noche. Supongamos que alguien quisiera usar la tarjeta de acceso sin que Erling se enterase. Me pregunto si ese alguien podría haber entrado por la noche, haber sustraído la tarjeta y haberla devuelto a su lugar más tarde esa misma noche. ¿Nos habríamos enterado?

—Edvard —digo, y sigo pensando en la tarjeta de acceso—, ¿cómo es que has visto la lista de entradas?

—¿Qué lista?

—Donde dice quién ha entrado en Agentes Verdes.

Se toma un momento antes de responder, y cuando lo miro veo que está sonriendo.

—Lo pedí amablemente —responde, y añade—: Es una chica simpática esa Miriam.

Guardamos silencio unos instantes, escuchando la música.

—Tienes una casa preciosa —digo al fin.

—Es la casa de mi infancia. ¿No te lo había dicho? Mis padres compraron este apartamento justo después de que acabara la guerra. Lo renové por completo tras la muerte de mi padre.

—¿En serio? ¿De modo que tus zapatos de niño dejaron su huella en cada rincón de este suelo?

Ambos bajamos la vista al suelo.

—Así es —dice—. Por aquí caminaba yo con mis zapatos de niño.

No tardo en marcharme. Temo que de lo contrario bebería más de lo conveniente, que me pondría demasiado intensa, excesiva. Quiero que con Edvard las cosas sean sencillas. Antes de bajar, me despide con un abrazo que dura un poco más de lo que es costumbre y, en ese instante de más, da la impresión de que pasa algo, como si al cabo de tantos años me preguntase de nuevo: «¿Quieres venir?».

Pero me suelta al fin, y dice que es probable que el taxi haya llegado, así que salgo al pasillo y bajo las escaleras. No cierra la puerta del piso inmediatamente, advierto. Sin necesidad de volverme, sé que mantiene la puerta abierta y que me sigue con la mirada.

Mientras las luces de la ciudad desfilan fugaces ante la ventana del taxi, caigo en la cuenta de que no he visto una sola foto de la mujer de Edvard en el apartamento. Ni un retrato de una mujer de la edad adecuada, ni una foto de la pareja, enmarcada y colgada en la pared ni puesta en la repisa de la chimenea. Quien visite su apartamento no encontrará razón para pensar que esa mujer existió alguna vez.

Cuando llego a casa, encuentro un coche de policía aparcado en el camino de acceso. Me acerco apresuradamente, alarmada por la escena. Gundersen está reclinado en el capó del coche patrulla y se mete las manos en los bolsillos.

—Hola —me dice—. ¿Estabas de paseo?

—¿Ha pasado algo? —pregunto.

—Se me ocurrió que era hora de charlar un poco. ¿Te va bien?

«La verdad es que no», me digo. Son las diez y media, y he tomado dos copas de vino. Pequeñas, cierto; me las ha servido Edvard, pero no dejan de ser dos copas. Y estoy cansada. Lo único que deseo es acostarme. Pero algo en este hombre resulta inapelable. Se ha separado del coche y ahí está, alto y enérgico. ¿Acaso tengo derecho a decir que no? Si pregunta si me va bien a esta hora lo dice por guardar las formas. No quiero que sepa que me puede imponer esta conversación aquí y ahora.

—Sí, claro —digo entonces—. Pasa, pasa.

Nos sentamos en el salón. Está todo más dejado que en su última visita. La manta que suelo poner en el brazo del sofá que tiene la tapicería desgarrada se ha caído. Las pantuflas de Erling están tiradas de cualquier manera al pie de la otra punta del sofá, porque no he reunido el valor de deshacerme de ellas. Y encima me paso el día tropezando con ellas y apartándolas con el pie. Tengo el pálpito de que Gundersen se ha percatado de todo ello. Me pregunto si habrá notado también mi proclividad a dejarme tentar por una copa o dos. No me sorprendería, por mucho que cuando nos vimos por última vez yo estaba del todo sobria. Por si acaso, me curo en salud:

—Vuelvo de cenar en casa de amigos. Me habré tomado una o dos copas de vino.

—No hay problema —dice el agente, imperturbable.

Gundersen ocupa el mismo sillón que en la última visita. Las rodillas vuelven a descollar a los lados y hacia arriba. Tiene las piernas delgadas, veo, igual que los brazos, si bien nada quita que sea fuerte y resistente, además de pertinaz. Defiende su terreno sin ceder. Apoyo estas conjeturas en una razón bien sencilla: es de la misma constitución que Erling.

Sus manos rebuscan en los bolsillos algo que deja en la mesa.

—Es un dictáfono —dice—. ¿No te importa?

—No, claro —respondo, indefensa.

Pulsa unos botones y aparecen números en la pantalla. Registran el tiempo y graban la conversación para la posteridad.

—Veamos —empieza—. Tengo entendido que viviste una experiencia desagradable hace unos días. ¿En Tjøme?

—Sí —contesto—. Así es. Había ido con un amigo. Edvard Weimer. He cenado en su casa esta misma noche.

A mi pesar, noto que me he sonrojado al decir esto. Gundersen no dice nada, pero seguro que lo ve.

—El informe de los bomberos dice que la manguera que conectaba la bombona de gas con la cocina estaba francamente deteriorada por la antigüedad —dice—; presentaba grietas, pese a que la instalación se había revisado el año anterior y en aquel momento la manguera, recién estrenada, estaba en perfecto estado.

—Sí —confirmo—, es lo que me dijeron estando allí.

—Bien. ¿Y qué piensas al respecto?

Me encojo de hombros. Estoy cansada.

—Pues que parece un acto de sabotaje.

—Por decirlo con diplomacia, así es —replica—. Se podría pensar que fue un acto cometido con la finalidad de perjudicar a alguien.

No respondo al comentario. Pongo la vista en el reloj de pie. ¿Cuánto falta para que pueda meterme en la cama?

—¿Cuándo habías estado en Tjøme por última vez?

—Veamos... El pasado otoño, creo. Todavía no habíamos abierto la cabaña para el verano.

—¿Y Erling?

—Igual, supongo.

Algo se me ha ocurrido que se demora en mi mente, y por un

instante estoy de nuevo en la sala de reuniones de Peter Bull-Clausen. No me apetece mencionarlo porque solo servirá para complicar más las cosas, pero tampoco puedo dejarlo estar.

—Por lo visto Erling había comprado dos parcelas vecinas a la cabaña —digo al fin—. Muy poco antes de morir. Puede que se acercara a visitarlas, pero de eso no sé nada de nada.

—Entiendo —afirma Gundersen—. Y por lo visto el testamento encerraba alguna que otra sorpresa. —Y, hablando de sorpresas, no sigue por ese hilo, sino que pregunta—: ¿Quién más tiene llaves de la cabaña?

—Nosotros tenemos una cada uno —respondo—. Y los chicos también, una cada uno.

—Entonces ¿yerno y nuera también tienen acceso?

—Sí. Y nuestras llaves están colgadas en un gancho, aquí en casa, así que quien se acercara a la casa podría...

Y no digo más. Así están las cosas. Es así como he empezado a pensar.

—¿Quién se te ocurre que pudo haber cambiado esa manguera, entonces? —dice, casi como quien pide permiso.

—No lo sé —respondo—. Es que no tengo ni idea. No le veo ni pies ni cabeza a nada de esto.

Se me cierran los ojos. Me siento agotada. Gundersen dice:

—¿Cuándo hablaste por última vez con Bilal Zou?

—Perdona, ¿con quién?

—Bilal Zou. Publicasteis juntos unos libros para niños. De eso hará veinte, treinta años.

—Sí, sí. Claro que sí. —Pestañeo repetidamente, de nuevo despierta—. Perdona, es que me ha pillado por sorpresa. Hace que no pienso en qué será de Bilal desde... no sé.

—Verás, yo hablé con él el otro día —dice Gundersen, otra vez como pidiendo disculpas—, y me ha dicho él que la última vez que os visteis fue en 1995, en una de sus exposiciones.

—Sí, bien puede que fuera entonces.

—Te presentaste en la inauguración, dijo Bilal, aunque no te habían invitado. Y reñiste con él.

Siento que me nace una opresión entre los ojos, que se me cuela dentro un dolor de cabeza.

—Yo no diría que reñimos.

—Bilal dice que lo amenazaste —dice Gundersen—. Que le dijiste que, si se negaba a hacer las ilustraciones de tu libro, se atuviera a las consecuencias. Que estaba en deuda contigo y que tú siempre te cobrabas tus deudas.

—Eso lo ha sacado de contexto —replico—. No fue eso lo que quise decir.

—Pues Bilal se asustó —añade Gundersen—. Le pareció que tus amenazas iban en serio.

—Estaba decepcionada. Nada más. Bueno, puede que dijera alguna cosa que no debería haber dicho, pero no le amenacé.

Cierro los ojos. Ahí estaba, en la galería, en medio de cuadros de tanques de guerra y aviones bombarderos. ¿Cuántas copas de espumoso me tomaría hasta reunir el valor de acercarme a hablar con él? ¿Dos? ¿Tres? ¿Más? Lo humillante que fue aquello, presentarme sin invitación para implorarle... Y la poca delicadeza con que me rechazó. Y luego me echaron, él y la agente esa de los labios pintados. El camino de escarnio hacia la puerta viendo que la gente apartaba la vista. Sí. Estaba fuera de mí. Pero no lo amenacé. Y esto lo digo con la mano en el corazón.

—Algunas semanas después, arrojaron un artefacto explosivo contra esa misma galería —dice Gundersen—. ¿Sabías eso?

—No —contesto, con los ojos cerrados.

Pongo mi atención en el tictac. Solo quiero que se marche.

—Uno de sus cuadros quedó destruido. El explosivo no era demasiado bueno. Se trataba de un cóctel molotov. Son fáciles de hacer, pero cuesta que tengan mucho efecto. Los daños no fueron graves: una ventana rota, una cortina reducida a cenizas y el cuadro. Pero sí que se asustó.

—Como para no asustarse.

Me siento extrañamente lejos de todo esto. Como si yo misma nos mirara desde la puerta del porche.

—La policía no llevó las pesquisas muy a fondo. No hubo arrestos. Bilal se sintió defraudado. Él tenía sus hipótesis sobre el posible autor de los hechos. ¿Lo sabías?

—No.

—De hecho, te mencionó a ti. Cuando hablé con él, el otro día.

—Eso es absurdo —repongo—. ¿Qué voy a saber yo de hacer

bombas?

—No hace falta mucho conocimiento para fabricar esas —dice Gundersen—, y mucho menos si es para que den tan pobres resultados.

—¿En serio crees que yo he atacado a un antiguo compañero de trabajo?

Pero no lo digo con indignación. Lo pregunto despacio, como embobada.

—Yo solo digo que el citado compañero de trabajo sí lo cree —responde Gundersen—. Y ahora te brindo la oportunidad de contarme todo lo que sabes al respecto.

—Yo no sé nada —susurro—. Nada de nada.

—¿Has encontrado las cajas de las pastillas?

—¿Pastillas?

—Los medicamentos de Erling. Unas cajas que habían desaparecido. ¿Aparecieron?

—No.

—¿Y la bicicleta?

—¿Me estás acusando de algo? Porque, si es así, prefiero que me lo digas de una vez.

Gundersen se echa hacia delante y apoya los brazos en las rodillas. Tiene una mirada penetrante, pienso. Puede parecer nervioso, inquieto, con tanta energía contenida en ese largo cuerpo, pero, a la hora de la verdad, tiene la precisión y la paciencia de un francotirador. Entonces su mirada no te da tregua. «Sí —me digo—, en eso se parece un poco a Erling.» Es fácil pensar que lo tienes calado. Igual de fácil que subestimarlo.

—Esto es peligroso, Evy —dice—. Jugar con bombas y medicamentos y escapes de gas. Esto no va en broma. Si sabes algo, debes decírmelo. Ahora mismo.

Erling aquella mañana. El problema que había resuelto, la persona con la que había quedado para esa tarde a la que no llegó vivo.

—No sé nada —repito con los ojos cerrados—. ¿Me puedo ir a la cama ya, por favor?

VEINTIDÓS AÑOS ANTES

«Colours of Spring», rezaba el cartel a la entrada de la galería. Eran altas horas de la noche y en la calle no había un alma. Los probos ciudadanos del barrio se hallaban sin duda durmiendo en sus camas. Me sentía ligeramente titubeante. Me había tomado algún que otro trago del whisky de Erling. Y al mismo tiempo estaba muy despierta. Puede que nunca hubiera estado yo tan lúcida.

Así que ¿no le apetecía ayudarme? ¿No sería que no estoy a su nivel? Él, que cuando lo conocí se ganaba unos cuartos dibujando para niños en pañales. Ahora era grande y poderoso. ¿Qué falta le hacía yo cuando la gente hacía cola para trabajar con él? No necesitaba «relatos pueriles desprovistos de calidad literaria». ¿Cómo los iba a necesitar él, con «esa manera particular de trasladar las emociones de una forma tan desgarradora»? *¿«Colours of Spring»?* Colores de la puta que te parió.

El truco con los cócteles molotov está en usar un trapo a modo de mecha. Es preciso empaparlo abundantemente en líquido inflamable. Y entonces hay que taponar la botella. Eso lo había leído en una revista, pero es que además es lógico: si no taponas la botella, perderá líquido cuando la lances, y puede que te caiga encima, con lo que te puedes ver tú misma envuelta en llamas. Solo cuando has cerrado bien la botella con el trapo empapado dentro, puedes encender la mecha. Y entonces la lanzas. Solo entonces. Pero tienes que saber hacia dónde la arrojas. No te creas que basta con tirar la botella y confiar en que ella haga el resto.

El corto camino que cruzaba el jardín delante de la galería estaba flanqueado por pequeñas formas cúbicas talladas en piedra. Además, no estaban fijadas al suelo. Bastaba con coger una y lanzarla contra la ventana. Apuntar con intención. Sin vacilaciones. La ventana se hizo añicos, la mitad superior del vidrio cayó hacia dentro y el sistema de alarma estalló en berridos. En ese momento, justo en ese momento, podías arrojar la botella. La mecha de trapo no tardó en prender. Alcé

el brazo derecho, apunté y ejecuté un lanzamiento correcto. Lancé con fuerza, con aplomo. No fue un gesto desganado ni flojo. Y además apunté bien. La botella y su mecha ardiente surcaron en silencio el espacioso vacío abierto en la ventana.

Entonces di media vuelta y me marché. Me monté en la bicicleta de Erling, que había dejado aparcada pocas calles más allá. Me costó mucho esfuerzo pedalear hasta casa. Si algún policía me hacía parar, como mucho llevaba encima un par de copas de más. Pero no me detuvo nadie. Entré en casa tan sigilosamente como pude. Ya acostada, noté que Erling se mecía, gemía en sueños, y luego nada. Aguardé muy quieta, contando sus respiraciones, pensando que se despertaría para preguntarme dónde había estado, pero continuó durmiendo.

Al día siguiente, aquello se me antojaba irreal. Casi como si no pudiera creerme que lo hubiera hecho. Sí, estaba trastornada. Me escocían los elogios estratosféricos que recibía la obra de Bilal, y su urticante rechazo aún me ardía, pero de ninguna manera cabía la más mínima posibilidad de que yo hubiera hecho algo semejante. Aquella mañana no leí el periódico, y me aseguré de dedicarme a poner orden en la cocina mientras Erling veía el telediario. De haber provocado un incendio voraz, me habría enterado de todos modos. Y como no me llegaron esas noticias, ahí había quedado la cosa. Me inventé otra historia para mi propio consumo: una noche, habiendo bebido de más, me fui al centro en bicicleta y llegué a la galería. Presa del resentimiento, arrojé la botella de la que había estado bebiendo. Eso fue todo. Hice algún destrozo en propiedad ajena. Eso no se hace, lo admito, pero tampoco es un crimen. Después volví a casa y me convertí en una persona mejor.

DIECINUEVE DÍAS DESPUÉS

Encuentro a madre sentada delante del televisor cuando entro en la sala. Esta vez está viendo una competición de billar. Hombres vestidos de traje formal se desplazan alrededor de la mesa; en intensa concentración amagan, miden, calibran. Madre sigue sus movimientos con igual concentración. Lleva pantalones de chándal y un jersey de punto. Delgados mechones de cabello se yerguen desordenadamente en su cabeza. Este no es el día de la semana en que acostumbro visitarla. Me pregunto si el personal está al tanto. Me pregunto también si serán tan indolentes con los cuidados de los residentes cuando saben que ese día les toca visita.

—Hola, madre.

No responde. No aparta la vista de la pantalla y el juego. Cojo la silla de plástico y la acerco a su lado. Veo el cierre del pañal que le asoma por encima de la cintura de su pantalón. Y observo su expresión, descreída, enojada.

Estas visitas suelen hacerme llorar. Cayó enferma hace diez años, y en aquel momento perdí algo, un apoyo que necesitaba, y mucho, y que hoy necesito más todavía.

Pero en este instante también yo ando extraviada. Tal como me encuentro, poco respaldo podría hallar en ella, no más que en Olav o en Edvard.

—Madre —le digo, buscándole la mirada—. Madre, escúchame. ¿Te acuerdas de la comida de Pascua?

Escapa de su garganta un sonido grave. Ha mascullado algo, pero sin volverse. Igual ha sido una reacción a la partida.

—Madre —insisto—, ¿te acuerdas de esa comida? Estabais todos en casa, en Nordheimbakken. ¿Te acuerdas de eso?

Me mira con irritación. No son esos sus ojos.

—Esto es una mierda —dice.

—Madre, ¿te acuerdas?

Cojo el mando a distancia que tiene en la mesa y apago el

televisor. No se lo esperaba, y me lanza una mirada interrogativa.

—Estábamos todos —insisto—. Erling, Olav, Bridget. Mis hijos y sus familias. ¿Te acuerdas? Bebimos un ponche amarillo.

—¿Color pis? —pregunta.

—Puede que sí —digo—. Alguien pasó por la puerta de doble hoja y entró en el despacho de Erling.

Mueve la cabeza como preguntándose algo, y siento un calor de satisfacción en el pecho. Se acuerda. Lo voy a conseguir.

—¿Quién entró, madre?

—Kari —dice.

—Kari ha muerto, madre. ¿Quién entró en el despacho?

—Pero, Kari, ¿de qué me estás hablando?

Me muerdo el labio. Cambio de estrategia.

—Me preguntaba quién habría entrado en el despacho —digo—. En casa de Evy.

—Evy —dice madre, y añade—: todo era mucho mejor antes de que esos... esos...

Calla y mira el televisor; la vista clavada en la pantalla apagada, como si aún pudiese ver la partida.

—Color pis —repite.

—Sí —contesto—. Era un cóctel color pis.

—Haakon nunca tendría que haber sido rey —dice en voz alta.

Ya no sé qué hacer. Cojo sus manos entre las mías. Son manos pequeñas, duras, huesudas. Me devuelve el apretón con una fuerza que me sorprende.

—Fue Evy —dice—. Fue Evy la que se metió allí.

Contengo la respiración.

—¿Evy?

Me mira a los ojos con intensidad:

—Evy. Putón.

—No —digo, y me sale la voz un poco demasiado alta, un poco demasiado trémula—. No, madre. ¿Quién era?

—Putón.

—¡Que quién era! —Estoy dando voces. Sujeto sus manos con tanta fuerza como ella las mías y le grito—: ¿Quién entró en el despacho? ¿Quién era, madre?

Se ha asustado. Tiene los ojos muy abiertos y la boca apretada.

Alza la mano y me da una bofetada.

Ha sido tan repentino que solo después me doy cuenta de lo que ha ocurrido. No ha sido un golpe fuerte, no tiene ni la fuerza ni el tino para ello, pero escuece. Nunca me había pegado. Me llevo la mano a la mejilla. Madre me mira con los ojos tan abiertos que el iris es una isla en un lago blanco. Y entonces grita:

—¡Auxilio! ¡Socorro!

—¡Madre! —digo, al borde de las lágrimas—. ¡Madre!

—¡Auxilio!

Acude un enfermero casi al instante.

—¿Está todo bien por aquí?

Me vuelvo a él, y lo miro con los ojos empañados.

—Sí, sí —susurro, jadeante—. Está todo bien.

Synne me llama al móvil cuando me encuentro sentada dentro del coche, con el motor apagado. El aparcamiento está prácticamente vacío, y he apoyado la cabeza en el volante, sintiendo la presión de la mano de madre en la mejilla, y no puedo parar de sollozar. «¿Qué he hecho?», me pregunto una y otra vez. Le he gritado a una anciana demente e indefensa. Lanzo explosivos. Bebo demasiado y descuido a mis hijos, y ahora sospecho de todas las personas a las que conozco y las creo capaces de cometer un asesinato. Trato de representarme a madre en la comida de Pascua, con su pantalón de punto y su bonito jersey —ropa con la que no guarda ya ninguna relación— dando tumbos por la casa. Entrando del porche al salón. Pasando por la puerta que da a la cocina —donde estoy yo, de pie, bebiendo—, por la puerta de doble hoja al pasillo y luego recto hacia el despacho, cuya puerta está entreabierta. Y entonces ve a alguien. Alguien se encuentra ahí dentro. Y, si no es Erling, entonces ¿quién es?

Me pongo a imaginar que soy yo. Que estoy yo ahí, revisando su agenda. Que estoy ahora en el baño de arriba sustrayendo medicamentos a hurtadillas. O fuera, en el garaje, cortando con una cizalla el cable de los frenos de su bicicleta.

Y me ha dejado todo su dinero a mí.

Me había dicho que había solucionado el problema. No era de mí de quien sospechaba. Para él, yo sería para siempre la colegiala de Røaveien, la joven desposada que llevaba un ramo de lilas. No hace mucho, me había dicho que reconocía haber sido un poco severo con los chicos cuando eran pequeños, y que era una suerte que me hubieran tenido a mí. Una bendición, había agregado. Y aunque sin duda había advertido mi forma de beber, guardó de mí la misma opinión hasta el final. Porque es que esto fue hace solo unas semanas. Puede que ocurriera solo días antes de su muerte.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Synne.

Hago un esfuerzo por recuperar la compostura:

—Bueno, bien, supongo.

Pero estoy moqueando, tengo hipo y me falta el aire. Me tiembla el cuerpo y no puedo disimular que estoy llorando.

—¿Dónde estás?

—En la residencia de Hovseter, en el aparcamiento —hablo en susurros, me acerco el móvil a la boca—. Creo que me estoy derrumbando.

—No te muevas de ahí —dice Synne con voz de mando—. Me pongo en camino.

Me lleva en coche a su casa. El llanto me sacude el cuerpo durante el trayecto, pero esas cosas no impresionan a Synne. Ha sido jefa de sobrecargos en vuelos internacionales a lo largo de dos décadas. Ha tenido que lidiar con pánico a los aviones y con borrachos que se ponen pesados, con crisis de estrés y con pasajeros airados; ha enjuagado vómitos y lágrimas, calmado al exasperado y llevado sosiego al ansioso.

La veo menos desde que se mudó con Karsten a un piso en Røa. Fue poco antes de aquella cena en casa, cuando Erling y ella chocaron agriamente. Creo que me puse de parte de Erling. O puede que no. No lo sé. No creo que tomara partido. Puede que Synne llegara a la conclusión de que aquellos contorsionismos de apaciguamiento que me veía obligada a hacer eran demasiada carga para mí. ¿Y acaso no era cierto que yo había vuelto a beber por entonces, poco a poco pero de manera ineluctable, a medida que nos íbamos quedando más solos en aquella casa sombría en Montebello?

El piso de Synne es luminoso y cálido. Karsten está de viaje por trabajo, me dice Synne, y no volverá hasta mañana, así que ¿por qué no me quedo a pasar la noche? Estaría genial. Por un momento, la veo otra vez a mi puerta el día de la comida de Pascua, y al instante siguiente recuerdo que ella sabe dónde dejamos la llave del garaje, y también dónde se encuentra la cabaña de Tjøme, y se me ocurren más cosas, pero las descarto sin más. No puedo seguir así. Estoy exhausta.

Me prepara un baño. Me da un vaso de té frío para que lo tenga a la mano. Me ordena que me relaje en el agua caliente mientras cocina

la cena.

¿Qué pensaría si supiera cómo soy? Erling se hizo una opinión de una vez y para siempre: para él, yo era aquella chica diligente a la que decidió besar, con la que se casó y a la que hizo una buena esposa y una madre atenta. Otros me verían de otra manera. En ocasiones me he preguntado quién era Erling, pero una pregunta igualmente válida es: ¿quién soy yo? Una vez fui una jovencísima estudiante de magisterio que se puso un modesto vestido de boda. ¿En qué me he convertido?

Synne ha hecho una ensalada de pasta. Nos ha servido vino blanco en sendas copas y acepto la que me acerca. Esta noche me voy a controlar. Silje cree que necesito ayuda, pero ya verá que puedo mostrarme moderada sin problemas.

—Cuéntame —dice Synne.

—¿Que te cuente qué? —repongo, mirándola.

Synne alza las manos con elocuencia.

—Todo.

—No tiene nada de raro que me pase de todo cuando Erling se ha muerto.

—Claro que no. Es de lo más natural, pero a ti te está pasando algo.

Pone sus manos menudas encima de la mesa. Lleva anillos, y las uñas pintadas de rojo escarlata.

—¿No te parece que te haría bien hablar con alguien, Evy? —pregunta—. ¿Con alguien que no sea de la familia?

Y entonces lo cuento todo. Lo de cuando la policía se presentó en casa, lo de la autopsia que reveló que Erling había dejado de tomar sus medicamentos, así como lo de la bici y los frenos cortados. También le cuento lo que dijo Edvard, que Erling temía por su vida, y que Erling nunca me había hablado de su amistad con Edvard. Le cuento lo de la manguera del gas defectuosa y lo ocurrido en la reunión en el bufete de abogados. Le hablo de las rarezas de Erling y de lo que Edvard opina sobre eso, de la última visita de Gundersen también, pero no le digo nada del cóctel molotov en la galería donde exponía Bilal, y me guardo de sacar a colación que mis hijos me han

pedido dinero, así como de comentar que consideran que bebo demasiado. Pero sí le cuento la llamada de Olav, y que los chicos se disponen a impugnar el testamento. Hablo hasta entrar en calor, y es agradable. Synne tenía razón. Cuanto más hablo, más se me relajan los hombros, menos tensa me siento. Como si esta orgía de palabras fuera un ataque de llanto, una reacción puramente física que me calma el cuerpo.

—Dios santo —dice Synne.

Me sirve otra copa de vino. La veo y pienso que debería pasar de esta, pero no digo nada, y al cabo termino por beber un sorbo.

—Venga, y ahora cuéntame más sobre Edvard —pide, echándose hacia delante, apoyando sus delgados antebrazos en la mesa y sonriendo.

Erling la encontraba «irrazonable», que era su juicio más severo. Y es verdad que, aunque es impulsiva, también se las sabe todas, una combinación que la ha llevado a dos divorcios y diversas relaciones de final abrupto. No sé si querría ser como ella, o, mejor dicho, sé que no. No soy así. Pero una pizca de lo que tiene sí que la hubiera querido para mí. Y mientras le hablo de Edvard pienso en eso, en que, si yo fuera como Synne, le haría avances. No ahora, con el poco tiempo que ha pasado desde la muerte de Erling, pero tampoco esperaría demasiado. Y no me abstendría solo por no saber qué siente, desea o espera él. En la abstinencia suele encontrarse seguridad para uno mismo. A quien no pide no se le niega. Pero así tampoco se logra un sí, y a saber lo que se pierde uno entonces.

—¿Cuántas veces has estado enamorada hasta los huesos, Evy? —pregunta Synne—. Dímelo sinceramente, con el corazón en la mano.

¿Y qué le puedo decir? Cuando Erling me besó por primera vez, en mi habitación de la casa de Røaveien, me sentí recorrida por torrentes de placer. Pero ¿y si hubiera sabido entonces que aquel había de ser mi único primer beso? Y el día en que me casé, llevando mi ramo de lilas, ¿también iba estremecida? ¿No será más bien que me he contentado con migajas? ¿Qué señales de afecto me prodigó Erling? ¿Cuánto se acercaba a mí?

¿Y si hubiera aceptado la invitación de Edvard aquella vez, hubiera ido al club de remo, hubiera salido de fiesta y hubiera

conocido a otros chicos? Por un instante me imagino una realidad alternativa en la que Edvard y yo, bien fuera jóvenes o bien de adultos, paseamos cogidos de la mano por la calle Strøget, en Copenhague, por completo enfrascados en nuestra conversación. Parpadeo y la visión se desvanece. Por lo visto, la vida tenía que ser como resultó ser, pero en un momento hubo otras posibilidades. Y las veces que me he visto con Edvard en estas últimas semanas, ¿acaso no me lo he pasado bien? ¿Voy a negar que he sido más esmerada que nunca con el maquillaje, que me miro una última vez en el espejo justo antes de salir de casa?

Anoche, cuando me iba de su casa y me dio un abrazo más prolongado de lo normal, ¿no sería porque hay alguna posibilidad? ¿Qué habría pasado si me hubiera armado de valor, me hubiera girado hacia él y lo hubiera besado?

—Eso es exactamente lo que tienes que hacer —dice Synne con una risita.

Hemos liquidado la botella de vino, pero hay otra en la nevera.

—No sé. —Siento que me sonrojo y que pierdo la seguridad de hace un instante—. ¿Qué dirá la gente?

—Pero ¿a ti qué coño te importa lo que diga la gente? —dice Synne—. Que los vecinos hablen y se queden a gusto, y tú también.

—Pero ¿y si lo he entendido todo mal? ¿Y si para él no iban por ahí los tiros?

—Si lo entendiste mal, que así sea y todos en paz —contesta—. En ese caso, podrá pensar de sí mismo que es un buen tipo, ya que te gusta, y así quedará la cosa. Pero aquí no hay malentendido que valga. Lo siento en las tripas. Aquí hay algo. Nadie está tan pendiente de la viuda de un amigo solo porque sienta pena de ella.

Me rellena la copa.

—Vale —digo—. Lo haré. ¡De perdidos al río!

Le escribo un mensaje mientras Synne lo lee por encima de mí.

¡Hola! ¿Te apetece quedar mañana para cenar?

Todavía estamos a la mesa cuando envía su respuesta:

Con mucho gusto. ¡Qué buena idea! Reservo mesa para las siete.

—Ay, mi estimado abogado Weimer —canturrea Synne—. ¡No sabes lo que te espera!

VEINTICINCO DÍAS DESPUÉS

Ya están aquí. Estoy en el pasillo y oigo el crujido de sus pasos en la gravilla. El sonido cesa justo delante de la puerta. Oigo sus voces; no lo que dicen, pero sí que cuchichean rápido, como en conciliábulo.

No tardarán en tocar el timbre. Las manos me tiemblan un poco, y eso me sorprende, porque estoy tranquila. No he bebido ni una sola copa en todo el día y no pienso beber vino con la cena. Tengo que contar con mis cinco sentidos. Si quiero que esto salga adelante, no puedo permitirme titubeos.

Está a punto de ocurrir. Cojo una bocanada de aire y en ese preciso instante el reloj de pie da las ocho. El sonido se alarga en resonancias de plañido. A la octava campanada, se hace un silencio absoluto. Cuento uno, dos, y el timbrazo rasga el aire.

VEINTE DÍAS DESPUÉS

Las paredes del restaurante están cubiertas con papel pintado. Molduras doradas discurren en paralelo a la línea del rodapié y, en perpendicular, rutilantes hilos de oro se alzan hacia el techo. Los asientos parecen cómodos, y lámparas bajas de mesa iluminan los manteles blancos adamascados, como si cada mesa fuese una isla. Me está esperando sentado a una de ellas.

Va vestido con elegancia. Y no está toqueteando el móvil, como suele hacer la gente. Mira hacia fuera por la ventana junto a la que se ha sentado. Frente a él tiene un vaso de agua. Me las arreglo para demorarme lo justo para estudiarlo antes de que se vuelva y me vea. Me gusta verlo así: un hombre que espera. Y me gusta saber que es a mí a quien espera. Al verme, sonríe y se le alegra la mirada. Cruzo hasta la mesa y se levanta para recibirme con un abrazo. Me encanta cómo huele: *aftershave*, jabón y algo más, algo que huele especiado.

—Cuánto me alegro de verte —dice.

—Lo mismo digo —respondo, y lo digo de todo corazón.

Pero me siento algo nerviosa. Lo que estoy a punto de hacer dista mucho de mi comportamiento habitual. Me encuentro en terreno resbaladizo, lo cual resulta arriesgado y emocionante. Erling murió hace solo veinte días, por amor de Dios. ¡Eso no es nada!

Y no es que me haya propuesto que pase nada ahora. Pero algo tiene el decirlo en voz alta. Tal cual lo siento. Tirarme a la piscina. Siento en las sienes latidos fuertes, rápidos solo de pensar en hacer algo así, en actuar con semejante franqueza y desfachatez.

Pero resuelvo aguardar un poco. Primero comemos, y mientras tanto le comento la nueva visita del policía. No abundo en lo que dijo Gundersen, más allá de que también a él le parecía que lo que había pasado en Tjøme era grave. Edvard asiente con expresión pensativa.

Le cuento que los chicos quieren impugnar el testamento y que Olav está involucrado. Edvard alza las cejas al oír esto.

—Vaya —dice—. Han optado por ese camino.

—Por lo visto necesitan dinero. Los tres.

Aparece en sus facciones un aire de cautela, se le nota tensión en la frente, y algo en la mirada. Lamento haberle dicho esto; me arrepiento de haber metido a los chicos en esta conversación. Ahora caigo en la cuenta de la impresión que debe de dar mi comportamiento. Olav me desaconsejó que se lo contara a Edvard, y hete aquí que es precisamente lo que acabo de hacer. Y Edvard ha tomado nota. Lo veo con claridad.

—Pero, Edvard —digo—, son mis hijos. Los he criado yo. Ni por asomo los veo capaces de algo así.

—Lo entiendo —contesta.

Pero la tensión en la frente sigue ahí. Está pensando en algo.

Solo cuando llegan los postres reúno el valor necesario. He tomado una sola copa de vino y he bebido poco a poco. Estoy en perfecto estado de sobriedad.

—Quería decirte otra cosa —anuncio.

Jugueteo con la servilleta. No me atrevo a mirarle a los ojos, pero le lanzo una ojeada y veo que me escucha.

Mientras ocupo los dedos en romper la servilleta en dos, entrelazar las partes separadas y retorcerlas como si quisiera hacer una cuerda, le digo lo mucho que valoro su presencia estas últimas semanas. Se ha mostrado sumamente atento, me ha llevado a cenar, me ha acompañado a Tjøme. Se ha interesado por mis problemas. Me ha ayudado. Y, por encima de todo, se ha portado como un amigo. Apareció cuando más lo necesitaba. Lo miro de reojo y advierto que sonríe.

—Ha sido un placer —dice.

Guardamos silencio. La lámpara de mesa nos cobija en su luz. La sangre me retumba en las venas, casi puedo oírla rugir, y el estómago se me ha llenado de mariposas. ¿De verdad voy a hacer eso? ¿No voy a retirar la apuesta? Tengo la boca seca y la respiración ligera y nerviosa. Lo miro a los ojos y me digo: sí, lo voy a hacer. Allá voy.

—Verás —empiezo, clavando otra vez los ojos en mi cuerda de

papel—. Hay otra cosa. Has empezado a importarme. Como amigo, claro, pero puede que como algo más también. —Alzo la vista y añado —: ¿Entiendes lo que quiero decir?

Pero su sonrisa no es ya la de hace un instante. Se le ve serio. Mueve la cabeza en un asentimiento pausado. Le ha vuelto la tensión a la frente, y desde algún rincón del estómago me sube una corriente helada. «Oh, no», me digo. No he sabido leerlo. Maldita sea, ha sido un malentendido. Soy tonta. Idiota. ¿Cómo he podido pensar que él sentía lo mismo que yo?

Su silencio es insoportable, aunque no debe de durar más de unos segundos, pero una sensación gélida me corre bajo la piel, me inunda el cuerpo, me abruma, hasta el punto de que podría coger el tenedor y clavármelo en la mano con todas mis fuerzas, perforando músculo y tejido hasta hundirlo en la mesa y dejar el mantel adamascado lleno de sangre, todo con tal de sentir otra cosa. Edvard coge aire. Se dispone a responder, aunque yo no quiero oír su respuesta. Ya sé que no va a ser nada bueno. Pero tengo que oír lo que me diga porque esto lo he empezado yo. No me queda otro remedio. De modo que me quedo ahí quieta, sentada, mirando con rabia el tenedor, preparándome para lo que viene.

—Es todo un halago, Evy —dice con su habitual voz dulce y agradable—. Pero por desgracia no puedo aceptarlo. Soy gay.

El mundo se detiene. Edvard añade:

—Pensaba que lo sabías. Confiaba en que Erling te lo hubiera contado.

Y en ese momento el restaurante se viene abajo a nuestro alrededor. Las paredes de franjas doradas quedan reducidas a cenizas. Los otros comensales se han evaporado, de modo que solo quedamos él y yo. Y yo daría cualquier cosa, literalmente cualquier cosa, por desaparecer con los demás. Convertirme en polvo, dispersarme en el aire y desaparecer.

—No —contesto con voz quebradiza—. Erling no me dijo nada de eso.

Me tiembla la mano que busca el bolso. Lo veo yo, y él lo ve. Las rodillas no me sostienen, pero me levanto de la silla.

—Evy, espera.

Me busca con la mano, pero ya estoy de pie, ya me estoy marchando, porque no puedo seguir aquí sentada, de eso estoy segura.

No puedo permanecer ni un solo minuto más en este restaurante. Como si fuera cosa de vida o muerte; como lo fue en la cabaña de Tjøme aquel día: huir o perecer.

—¿No podemos hablar? —pregunta.

No podemos. No hay nada más que decir, y yo no quiero oír ni una palabra más. Por amor de Dios. Consigo susurrar un «hasta la próxima» con labios resecos y me alejo con pasos inseguros por entre mesas y lámparas hasta fuera del local, hasta la calle. Casi a ciegas busco un taxi que acuda en mi auxilio, que me saque de aquí, que me lleve a casa.

Y pienso: «Ni una foto de su mujer en el apartamento. Pero sí que había una foto de un hombre. Era una foto más, discretamente colocada entre fotos de sus padres en un mueble del salón». Y pienso: «Nunca dijo nada de "ella". Nunca se refirió al sexo de su pareja, víctima de un cáncer. Fui yo quien lo dio por sentado». Y mientras el taxi que me ha recogido al fin me aleja del centro de la ciudad en dirección a la sombría casa de la colina, pienso: «Aquel día, en mi habitación de Røaveien, a comienzos de los años setenta, cuando llamó a la puerta para preguntar si los acompañábamos, ¿era a mí a quien miraba en ese momento? ¿No estaría mirando más allá de mí, a Erling?».

He revivido tantas veces ese momento... Sin duda le he dado demasiada importancia, lo he visto como algo más definitorio de lo que en verdad era, pero así ha sido, pensaba que revelaba algo sobre mi vida.

Y lo he entendido todo mal. Aquel momento tan decisivo no tenía nada que ver conmigo, en absoluto. Aquel joven apuesto que me proponía salir estaba en verdad interesado en mi novio. Ni siquiera aquello fue mío. La invitación, con toda la carga que le había atribuido, tenía otro destinatario. Yo no era más que un personaje secundario.

VEINTIUNO, O QUIZÁ VEINTIDÓS DÍAS DESPUÉS

Estoy echada en el sofá celeste. Me estoy tapando con la manta que uso para ocultar la raída tapicería del brazo, porque todo me da igual. Estoy viendo la tele. Por lo visto dan un culebrón. No tengo ni idea de cuál es el argumento, pero toda esa gente rica y guapa que sale en la pantalla parece desdichada, aunque no entiendo por qué.

He terminado por abrir el frasco de las pastillas. Desde entonces navego los días en un sueño aturdido, cobijada en una dulce indiferencia. ¿Qué importa nada?

Hanne ha llamado. Hace un par de horas, creo, aunque quizá fuera ayer. Los días son una incesante corriente de nada. Solo quería charlar. O puede que llamara por algo en particular. Habló con sequedad:

—¿Has estado bebiendo? —preguntó.

No recuerdo qué le respondí. Creo que no me molesté en negarlo. No hablamos mucho tiempo. El tráfico de llamadas de mis hijos debe de ser intenso; lo más probable es que haya llamado a Bård y a Silje. Bård habrá llamado a Olav, quien a su vez habrá llamado a Hanne y así sucesivamente. «Que se llamen todo lo que quieran», pienso. ¿Para qué quiero compostura? Los chicos han crecido. Que se las arreglen solos. Erling ya no está. Edvard ha desaparecido también. Madre está desapareciendo. No queda nadie que me necesite, y yo solo necesito esto: la tele, el sofá, las pastillas. El vino tinto. El suave zumbido en el que nada significa nada.

Edvard ha llamado. No se lo he cogido. Ha dejado un mensaje de voz, pero no lo he escuchado. Lo he borrado de inmediato. Incluso en este abismo de indiferencia siento aún la humillación del restaurante quemarme la piel. Qué patética debí de parecer. ¿En qué estaría pensando? No soy más que una estúpida, «desprovista de calidad literaria», que nunca ha conservado un empleo, que vive borracha y

tiene la piel hinchada por la bebida, que ha dejado que la vida le pasara por encima. No cuidé del marido que tenía, ni de mis cosas, ni de mis hijos. Ni siquiera he sabido cuidar de mí misma. ¿Cómo iba a interesarse por mí alguien tan atractivo como Edvard, tan próspero y puede que tan solicitado? No habría ocurrido jamás, ni siquiera si le hubieran gustado las mujeres. Ahora entiendo a los chicos, cuando la sola idea les provocaba hilaridad. Ahí tengo a Hanne, convencida de que Edvard anda detrás del dinero, y Bård, a quien la idea de que alguien se enamore de mí le resulta más que irrisoria. Tenían razón. Era yo la única que no lo veía.

Puede que estuviera demasiado aturdida, que tanta bebida haya terminado por pasar factura a mi cerebro, y me haya dejado atontada, ensimismada.

¿Y qué otra cosa habría de hacer aparte de seguir bebiendo? Tras la muerte de Erling he pasado semanas portándome bien. Apenas he bebido y no he tocado las pastillas. ¿Y de qué me ha valido? No he parado de enredarme con cosas que han resultado ser peores y me han hecho más daño. ¿Por qué no tirar la toalla de una vez? ¿Por qué no abandonarme a mis propias miserias? ¿No tengo derecho a eso?

Synne también llamó. No se lo cogí. Le mandé un mensaje:

Edvard es gay.

Volvió a llamar y, como tampoco esta vez se lo cogí, me escribió:

¿¿En serio?? Bueno, de todos modos, eso no es problema tuyo.

A continuación, preguntaba cómo estaba y me pedía que le devolviera la llamada.

Al final, se plantó ante mi puerta. No abrí, y además había quitado la llave de recambio de su escondite fuera, pero rodeó la casa hasta el porche lateral y llamó a la puerta de cristal. Yo estaba echada en el sofá, como ahora, y ella me vio por la ventanita de la puerta; vio que la había visto, de modo que, ya sin escapatoria, la dejé pasar. Habló y habló, y yo la dejé hablar. Mientras hablaba me quedé traspuesta. No permití que me engatusara con su feminismo barato.

«No necesitas a ningún hombre.» «Menudo cretino.» «Ya podría haber dado la cara desde el principio.» ¿Qué importancia tiene? Son solo palabras huecas, halagos y engaños. Yo quería dormir. Quería que se marchase. Terminé por decírselo: «¿Te puedo pedir que te vayas? ¿Que me dejes en paz?».

—Me preocupas, Evy —dijo.

—Estoy bien. De verdad —le contesté—. Solo quiero estar en paz.

Por fin se marchó. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

Desde entonces todo está muy tranquilo. Salvo por Hanne, que llamó otra vez. Ya no sé si fue antes o después de la visita de Synne. No ha vuelto a llamar. Los otros tampoco.

Finalmente oscurece. No sé qué día es ni tampoco estoy segura de la hora, pero si ha oscurecido entonces debe de ser de noche. Con la manta sobre los hombros, obligo a mi cuerpo a subir las escaleras. Soy toda peso y lentitud. Llevo la caja de las pastillas apretada en una mano. ¿Qué me importa si alguien manipula también mis medicamentos? Me da igual morirme. Mejor, que mis hijos se disputen lo que haya quedado, que mi hermano trate de apaciguarlos, tan recto él. No aguanto más.

Pero no parece que les pase nada a mis pastillas. Me cansan y me hacen sentir indiferencia. Me permiten abandonarme al sueño. Me dejan entregarme al olvido.

VEINTITRÉS DÍAS DESPUÉS

Despierto medio desnuda, y soy consciente de que me encuentro en aquel pisito de París. Alguien duerme a mi lado, pero no miro. Aun así, tengo la impresión de saber quién es, y de que no es la persona que creo que es. No me vuelvo para comprobarlo. Miro, en cambio, hacia la puerta de la habitación, que está abierta y da al salón, que me llama y me arrastra hacia fuera del cuarto. Me levanto de la cama y camino hacia el salón con pasos vacilantes.

El salón es más espacioso, más despejado de lo que recuerdo. Una pared está cubierta de cuadros, y creo adivinar una figura en uno de ellos. De gran estatura y erguida, con brazos poderosos que parecen ramas. No hay nadie acostado en el sofá. Me vuelvo hacia el cuarto del que he salido, pero ha desaparecido, la puerta también. Solo hay una pared, y entiendo que no puedo dar marcha atrás.

Pero en la cocina sí que hay alguien. Oigo una voz que dice mi nombre, y pienso: «¡Es Edvard!». Me acerco a la puerta de la cocina. Tengo ganas de encontrarlo, de lanzarme a sus brazos, de abandonarme a su salvación.

Para mi sorpresa, me doy cuenta de que estoy en la cocina de Montebello. Ahí están los viejos armarios de madera de pino y el embaldosado de mi suegra. Hay un hombre de pie frente a la encimera. Me da la espalda. «Es Edvard», pienso, y me siento feliz porque ahora sí que estaré a salvo. Pero el hombre se vuelve hacia mí y veo que es Erling.

Ahí está Erling, mirándome con esos ojos suyos de acero gris. Hay en su mirada una bondad que había olvidado por completo. Erling el bondadoso, el que me desea lo mejor. Me alegra verlo. Quiero decirle algo, pero veo que me mira con ojos muy abiertos, alarmados.

—Corre, Evy —me dice.

—¿Y tú no quieres venir conmigo?

Niega con la cabeza y alza la voz:

—¡Corre!

Cuando despierto, todo está en silencio. No hay pitidos, timbres, sirenas ni alarma de despertador, y sin embargo algo me ha arrancado del sueño de un tirón, atontada como me encuentro. Como si Erling realmente hubiera venido a despertarme. Y de inmediato me llega el olor.

Es un olor áspero, amargo. Como de acero, se me ocurre. No es un olor que reconozca, pero de manera instintiva sé que es una advertencia, que es peligroso. Me incorporo en la cama. No me siento aturdida del todo. Sin duda olvidé tomar la última pastilla de la noche, y habré bebido poco por irme a la cama antes de lo que pensaba.

Me pongo de pie. La náusea me sube a la garganta, pero la contengo tragando saliva; salgo dando tumbos al pasillo y me apoyo en la barandilla de las escaleras. Entonces lo veo. Una luz que no conozco y que relumbra y relampaguea en la pared de la caja de la escalera. De la planta baja sube un tufo más intenso, más denso. Oigo crepitaciones y estallidos.

Los peldaños de las escaleras me resultan duros en los pies descalzos. Bajo apenas unos escalones y el calor ya me supera. Respiro bocanadas rápidas y cortas. Esto está pasando de verdad, esto es serio. Bajo las escaleras apresuradamente y echo a correr, tal como me ha dicho Erling en el sueño. Por la puerta entornada del despacho veo fuego y, sin pararme a mirar, advierto que las cortinas más allá del escritorio están en llamas que se alzan desde el suelo, afiladas y de color naranja.

No me detengo. No vacilo ni una fracción de segundo. Hago lo que me ha pedido Erling que hiciera, correr. Dejo atrás la puerta de doble hoja, la cocina, el salón. Cojo el móvil que había dejado en la mesa de centro junto al vaso de whisky. Cierro tras de mí la puerta del porche y corro al jardín.

En una ocasión leí que la intoxicación era la causa de muerte más frecuente en los incendios. Que no son las llamas lo que te mata, sino más bien los gases que despiden lo que queman las llamas mientras

consumen tu hogar. Estoy ahora paralizada en medio del césped del jardín. He llamado a los bomberos y ya están en camino. Llegarán en cosa de minutos. Me han pedido que los espere. ¿Y qué otra cosa iba a hacer? Sigo respirando atropelladamente, aterrorizada. Se ve una luz movediza a este lado de la casa, pero aparte de eso no resulta fácil ver el fuego desde fuera. Las llamas silban y crepitan; todo lo demás es silencio, quietud.

Oigo entonces un ruido de hojas en los arbustos que tengo a mi espalda. Viene del camino que pasa por detrás de la casa. Alguien está en movimiento. El camino se abre paso entre jardines y setos y lleva a Morgedalsveien, y ahora oigo ruido de agitación en el follaje. Me digo: porque hay alguien apartando ramas. Me digo: porque ahí hay alguien. Me digo: porque quienquiera que estuviera en mi casa ha huido por el camino.

Y ahora me encuentro sumida en rabia pura. ¡¿Cómo se atreve?! Es mi casa. Erling era mío. No pienso tolerar que esto suceda.

Cruzo el jardín a toda prisa, corro descalza por la hierba mojada y fría. Veo la ventana del despacho abierta de par en par y claramente descuadrada, y la luz anaranjada y vacilante de las llamas que arden en el interior. Al llegar al borde del camino, veo la silueta.

Todo sucede a gran velocidad. Veo una sombra oscura que se escabulle, pero la he visto, sea un hombre o una mujer. Respiro con dificultad. He visto a la persona. Es real. No es una persona hipotética, producto de un cerebro paranoico, el de Erling, el de Edvard o el mío. Es una persona de verdad. Hace tan solo unos segundos, esa persona ha estado aquí, en mi propiedad, huyendo por el jardín de la casa desde donde la ventana del despacho cuelga de mala manera, arrancada de sus goznes. Me tiembla el cuerpo. Siento la adrenalina en los brazos, y me ahogan los sollozos. Pero sigo adelante. Las hojas están empapadas en rocío y me castigan los brazos y se enzarzan en el camisón.

Pero Morgedalsveien luce desierta. Salgo del camino y miro calle arriba y calle abajo. No hay nadie. En la distancia oigo un motor que arranca. Un perro ladra a la vuelta de Makrellbekken. Allí me detengo, jadeante, en camisón. Todo está tan en paz, tan corriente, tan quieto, en contraste con mi respiración dura y laboriosa... Y entonces oigo las

sirenas.

«Se llama “cóctel molotov”», me dice el joven y apuesto bombero con quien hablo.

Estamos sentados en la terraza, la misma donde toda la familia se había reunido para la comida de Pascua, pocas semanas antes de Aquel Día. Los colegas del bombero que me atiende están dentro de la casa, poniéndolo todo patas arriba. Pero se les ve más calmados, tengo la impresión. El agente me dice que han extinguido el fuego y que, pese a todo, los daños no han sido tan graves. El despacho de Erling ha quedado completamente destruido. Han ardido las paredes y el suelo, así como los muebles, pero, como la puerta estaba casi cerrada, la destrucción no ha pasado de una reducida parte del pasillo. El resto de la casa no parece haber sufrido daños y, por suerte, nada parece indicar que el incendio haya deteriorado elementos de la estructura.

El policía que acude es más joven que Gundersen. Y va vestido de uniforme. Mientras me toma declaración, se muestra intenso y se inclina hacia delante con entusiasmo cuando me habla, cosa que hace con voz aguda y un poco exaltada. No le voy a reprochar su vivo interés. No es lo que se dice la actitud más adecuada, pero también hay que entender que, cubriendo esta parte de la ciudad, no le deben de llegar muchas llamadas por incendio provocado con artefacto explosivo. Me pregunta, tal como había previsto el bombero, si conozco a alguien que pudiera desear hacerme daño. No contesto de inmediato, y en ese instante recuerdo que Gundersen me hizo la misma pregunta la primera vez que lo vi, pero entonces se trataba de Erling. Le había respondido con un contundente «Nadie tiene nada que reprocharnos». La idea de por sí era absurda. Y aquello sucedió hace apenas dos semanas.

Le hablo al intenso policía de la muerte de Erling y del escape de gas. Menciono a Gundersen y le sugiero que se ponga en contacto con él. Es como si lo viera: Gundersen le hablará de lo que dijo Bilal y que él parece encontrar verosímil: que arrojé un cóctel molotov al interior de una galería que exponía la obra de Bilal, allá por los años noventa. Hete aquí que alguien ha tirado un dispositivo similar en mi casa. ¿Atenuará esto la sospecha que pesa sobre mí o, al contrario, no hará más que atizarla? Igual hasta podría pensarse que lo hice yo misma.

¿Y acaso he podido hacerlo yo? Llevo varios días sintiéndome mal. No creo que pudiera dar cuenta pormenorizada de todos y cada uno de mis actos. Si cierro los ojos, puedo reconstruir aquella noche frente a la galería en Frogner. ¿Qué recuerdos concretos conservo de lo que hice anoche? Me desplomé en la cama. ¿Es posible acaso que me haya levantado después, que haya bajado para abrir de par en par la ventana del despacho, cogido una botella de whisky, buscado un trapo para empaparlo en alcohol, metido un encendedor en el bolsillo, salido al jardín hasta la ventana del despacho, alzado el brazo y arrojado la mecha encendida? ¿Habré visto que la botella surcaba el vacío de la ventana abierta? ¿La habré oído estrellarse contra el escritorio de mi suegro? Y después de todo eso, ¿habré vuelto a la cama?

¿Será por eso por lo que el sueño me ha sacado de mi sopor? ¿Era porque me sabía en peligro? ¿En serio he podido estar tan fuera de mí? ¿Haber bebido hasta perder la cabeza y haber hecho cosas en un estado de ebriedad que luego se disipa? ¿Tengo lagunas?

Pero sí que he visto a alguien. Allí, en el camino que pasa por detrás de la casa. Una persona, una sombra oscura que ha huido corriendo. Eso no me lo puedo haber inventado. Y en eso siento, en lo más profundo de mi ser, que estoy muy sola. Rompo a sollozar sin control, aquí mismo, delante del policía entusiasta. No tengo nadie a mi lado. Ni a mi hermano, ni a mis hijos, ni a mi madre. Tampoco a Edvard, ya no. ¿Y a Erling? Erling, a quien tuve a mi lado desde que me hice adolescente. Puede que no me apoyara mucho en él, ni él en mí, si al caso vamos. Puede que nuestro matrimonio no fuese el mejor. Pero estaba ahí. No siempre se las arregló para darme lo mejor de sí mismo, pero no fue por no desearlo. Erling siempre quiso lo mejor para mí.

—Disculpa —le digo al policía intenso, ahogada en sollozos.

—No te preocupes —responde, y con esas me echo hacia delante mientras veo sombras oscuras que bailan ante mis ojos y vomito abundantemente en el suelo de la terraza.

Diez horas más tarde, el bombero que me permite acceder a mi propia casa es un hombre mayor. Habla con marcado acento del este de Noruega y se pasa a menudo la mano por sus grises cabellos rizados.

—La casa en sí está en un estado aceptable —dice—, salvo por la habitación donde se inició el fuego. Pero yo no me quedaría aquí. Uno nunca sabe qué gases habrá flotando todavía por ahí. Sobre todo, en una casa antigua.

Pondero lo que me ha dicho. Esta mañana he dormido unas horas en la habitación de huéspedes de Synne y Karsten. La policía me ha llevado hasta allí hacia las cinco. Synne me ha abierto la puerta en bata y me ha propuesto echarme en un sofá cama sorprendentemente cómodo.

No he tocado las pastillas, y hoy no probaré ni una gota de alcohol, eso seguro. Lo que ha pasado es grave y no me puedo permitir torpezas.

—Gracias —le digo al bombero—, pero esta es mi casa. Es donde vivo. ¿Dónde he de estar si no?

El bombero asiente con gesto pensativo. Es probable que haya concluido que estoy mal de la cabeza, pero tiene la cortesía de no demostrarlo.

—Esperaré aquí —afirma—. El despacho está cerrado al paso, pero aparte de eso puedes ir adonde quieras.

Sale al porche y oigo que cierra la puerta de golpe.

No quedan pastillas en el armario del baño. Las de Erling han desaparecido, y la caja con las mías está en la habitación. Cojo la foto enmarcada de los chicos, la que está encima de la cómoda. Bård tendría diez años, Hanne rayaba en los ocho. Silje está sentada en las rodillas de Hanne. Una nena mofletuda y feliz con su año de existencia. Esta foto la quiero preservar.

Entonces bajo. Me preparo mentalmente. Sé lo que tengo que hacer. Paso delante del precinto que ha puesto la policía en la puerta del despacho. Sigo hasta la puerta del sótano. Introduzco la llave y abro. Siento el empujón de aire estancado que salta desde abajo. Enciendo la luz y bajo.

Las escaleras son de ladrillo y se fabricaron durante la construcción de la casa, hace de eso ochenta o noventa años. El sótano está impregnado de humedad. Todo cuanto hemos dejado allí huele a humedad cuando sacamos algo. Por eso solo lo usamos para guardar trastos. El tufo a manzanas rancias se junta con el de cosas quemadas. Siento náuseas, pero las controlo.

Recuerdo cuando nos trajo aquí abajo. Hará de eso dos o tres años, y éramos solo nosotros. Ni yernos ni nueras ni nietos. Solo nosotros cinco. Nos hizo memorizarlo todo, con ejercicios de repetición incluidos. Estaba de lo más intenso. Los chicos y yo intercambiábamos miradas que decían: «A papá se le ha ido la olla».

Aquí hay tres espacios de almacenamiento. En el primero hay muebles. En el segundo, cajas vacías para manzanas y materiales de deporte. En el último están los trastos rotos. Cosas que Erling decidió conservar por si acaso se reparaban algún día y se volvían a usar. Aparatos electrónicos averiados, lámparas viejas. Juegos de tazas y platos desportillados. Y la caja fuerte, claro.

Empiezo por el segundo, fiel a sus instrucciones. Me abro paso entre esquís y viejas bicicletas de cuando eran niños. Son cosas pesadas que me rasguñan la piel al levantarlas. Al mover una caja de manzanas, una araña pasa a toda carrera y desaparece bajo trineos olvidados.

Y muy por debajo, detrás de una pila de cajas, encuentro la latita de motivos florales que encierra la llave.

Según las instrucciones, corresponde ahora pasar al primer espacio. La llave que saco de la lata encaja perfectamente en la cerradura del cajón inferior de un viejo armario de mantelería de mi suegra. Allí se encuentra el estuche joyero. Blanco con molduras doradas, delicado y pintoresco, pero el candado es como los que se usan en los vestuarios de los gimnasios y se abre con un código numérico. Hago girar las ruedecillas para componer el que Erling

grabó a fuego en nuestra memoria: 1970. El año en que nos conocimos. En el interior del estuche hay otra llave, pero esta es más grande y maciza. La aprieto en la mano.

La caja fuerte no se ve hasta que no se ha entrado en el tercer espacio. Está oculta detrás de los trastos. Para encontrarla es preciso saber que está ahí. El frente de la caja presenta una cerradura con ocho ruedas numeradas y un ojo de cerradura. Empiezo por componer con las ruedas el código de ocho dígitos: el año de nacimiento de cada uno de los chicos y luego 70 otra vez. Quién sabe si su intención era la de presentarlo como una celebración de aniversario, suyo y mío, o tal vez de la familia entera. Es una idea reconfortante. Introduzco la llave que he sacado del armario de mi suegra en el ojo de la cerradura y la giro. Oigo un sonido metálico dentro del mecanismo y la puerta se abre un poco, lo suficiente para poder tirar de ella y hacerla girar sobre sus goznes. Puedo ahora ver lo que encierra.

Las latas de alimentos están ordenadas en filas. Aquellas que Erling aseguraba que valdrían su peso en oro cuando llegase el inevitable apocalipsis climático. También están las botellas de agua, los hornillos y más cosas de comer. Y la vieja caja de caudales metálica. Es como las que usan los que venden café en las competiciones deportivas, o los vendedores de rastros y mercadillos. Por alguna razón, ya lo sé, pero siempre cabe la posibilidad de que esté equivocada, y me tiemblan las manos cuando levanto la tapa.

La caja está vacía. Setenta mil coronas en efectivo se han esfumado.

Y ha sido porque alguien ha estado aquí abajo y se las ha llevado. Puede que fuese la persona que dejó la puerta del sótano entreabierta al marcharse. Y solo puede haber sido alguno de nosotros cinco. De haber sido la pareja de alguno, o el mismo Olav, el acceso a la caja fuerte habría exigido seguir pasos tan minuciosos que al menos uno de nosotros cinco tendría que haber estado presente. Y, como Erling ha muerto, solo quedamos cuatro.

Me apoyo en la caja fuerte para ponerme de pie. Me flaquean las rodillas y por un instante me tambaleo. Alargo la otra mano para apoyarme en una bicicleta y me quedo así un momento mientras respiro y recupero el equilibrio. Bajo la vista a la mano que tengo en el manillar de la bici y encuentro algo que me resulta familiar. La parte del manubrio destinada a las manos está forrada en cinta

adhesiva. Toco la cinta y palpo su textura. Y entonces caigo en la cuenta, de inmediato y a la vez poco a poco, de que se trata de la bicicleta de Erling. La que llevaba cuando murió, de la que se cayó en Sondrevegen, la que encontré tirada en el asfalto con una de las ruedas hacia el cielo, la que estaba apoyada en la pared del garaje cuando volví del hospital Aquel Día y que luego desapareció. Retiro la mano del manillar y me quedo ahí, mirándola, como si fuera peligrosa y pudiera actuar por voluntad propia. De modo que se encontraba aquí, oculta entre la maraña de trastos. Ahora respiro con más calma, y la bici sigue ahí. No se mueve. Me pongo en cuclillas y deslizo la mano por los cables del sistema de frenos, palpándolos con la yema de los dedos.

A un lado de la rueda trasera cuelga una bolsa de la compra con la insignia de una tienda de comestibles. No está llena, pero tampoco vacía. La bolsa presenta abultamientos a un lado y otro. La acerco a mí, y la abro con manos entumecidas de pálidos dedos. Examino el interior despacio, muy despacio. Hay varias cosas: varias cajas y frascos de medicamentos llevan una etiqueta con el nombre de Erling. Una manguera de caucho que bien puede servir como conducto de gas. Es de un material moderno y de brillante coloración. Y también encuentro una agenda a la que le han arrancado todas las páginas.

Esta vez me ve llegar enseguida. Entrecierra los ojos, deslumbrado por el sol, se pone de pie y me espera allí, junto al banco. Se le nota algo azorado. No sabe muy bien qué hacer con las manos. El camino sube una cuesta empinada. Siento el pulso acelerado, pero no me importa. La vista desde allí bien vale el esfuerzo. Fue Synne quien me enseñó este lugar, hace más de cuarenta años. Está en la cumbre de una colina de Vettakollen, con vistas a la ciudad.

—Evy, querida —dice cuando estoy lo bastante cerca para oírlo —. Cuánto me alegra que hayas llamado.

Espero a que se me calme la respiración y me vuelvo hacia el paisaje. Hoy hace un tiempo esplendoroso. Hay algo de bruma, pero se disipará en cuanto el sol haya calentado un poco el aire. Desde aquí arriba se ve la ciudad, con todas las calles y edificaciones que la componen. La dársena del puerto, las islas, con sus colinas de un verde oscuro. El fiordo azul plata que se extiende hacia el mar: nuestra arteria hacia Copenhague, París y el resto del mundo. Le sonrío. Y no resulta particularmente doloroso. Me siento bien.

Tomamos asiento. Abro mi mochila. Saco el termo y las tazas y nos sirvo a los dos.

—De verdad que me gustaría darte explicaciones —dice Edvard.

—No hace falta que lo hagas —repongo—. Creo que lo entiendo.

—Insisto. Si no te importa.

Lo supo casi desde el principio, me dice. Pero en los años sesenta las cosas eran distintas. No es como si en los colegios tuvieran mostradores de información para esos casos. Y no olvidemos que procedía de una familia sumamente conservadora. Se esperaba de él que siguiera los pasos de su padre, y él había pensado que, ya puestos, más le valía quedarse con lo mejor de ambos mundos: estudiaría Derecho, conocería a una chica agradable, tendría un par de hijos.

Existían lugares a los que acudir, donde los de la otra acera podían encontrar solaz. Se podía actuar con discreción. Así era como funcionaban esas cosas. Pero entonces entró en la facultad; hizo nuevas amistades. Uno de ellos se llamaba Erling Krogh. Era alto, de cabello oscuro y apuesto. Algo reservado, un poco tímido, pero era listo y sabía defender sus posiciones. Trabaron amistad de inmediato, y a Edvard le pareció ver algo más. Algo en la manera en que su amigo a veces le sostenía la mirada, o cómo reía cuando hacían una broma cuyo sentido solo ellos podían entender. Como si en verdad hubiera algo que tenía un asidero real. Y terminó por hacer lo que tarde o temprano estaba destinado a hacer: trató de besar a Erling.

—Erling no se lo tomó bien —dice con voz queda y una sonrisa triste.

Algo le tiembla en la línea de la mandíbula. Tras aquel rechazo, sufrido cuarenta y cinco años atrás, Edvard huyó del país para poner tierra de por medio, y con ello cambió el derrotero de su vida. Todavía le duele, eso lo noto, y aparto la mirada como quien ha visto una desnudez tan completa que sería indecente seguir mirando.

—Eso fue algo que supe más tarde —continúa al cabo de un silencio—, y no lo tuve del todo claro hasta la cena en el restaurante, que fue cuando caí en la cuenta de que tú no sabías nada: Erling había guardado mi secreto tan celosamente que no lo compartió ni siquiera contigo.

Edvard vuelve la vista al fiordo. Se frota la mandíbula para detener el temblor.

—Pero, si creías que yo lo sabía, ¿por qué no lo dijiste y ya? —pregunto—. Habías hablado de tu... pareja. Pero estoy segura de que en ningún momento te referiste a él. —Y en eso me asalta la incertidumbre. ¿Estoy segura? ¿Era posible que hubiese estado bebiendo?

—Cuando creces en las condiciones en que yo crecí, desarrollas una especie de sexto sentido —contesta Edvard, y ahora se anima a sonreír un poco—. Aprendes a evitar referencias al género en situaciones en las que no sabes a ciencia cierta qué terreno pisas. Así puedes decir lo que tienes por dentro, con total sinceridad, y al mismo tiempo no revelar nada.

Se llamaba Søren, me cuenta Edvard. Era siete años mayor que él. También abogado, y activista político. Søren era abierto y

carismático. Tal vez le faltara algo de delicadeza, pero era sumamente divertido. Le sacudió la vergüenza hasta hacérsela perder y le extirpó de raíz sus tics de conservadurismo. Edvard tenía veintidós años cuando se conocieron, y se hizo adulto junto a Søren.

—Cuando lo perdí, yo era más joven de lo que tú eres hoy —comenta—. Pero te lo digo como yo lo veo: sin quitarle nada al enorme amor que nos tuvimos en todo, no me habría gustado perderme esto de aprender a defenderme solo.

Y entiendo lo que dice. Guardamos silencio así, tomando el café a sorbos pausados, disfrutando del paisaje. Y entonces dice:

—Ya de vuelta en Oslo, me llevó varios años reunir el coraje para ponerme en contacto con Erling. No tenía ni idea de qué podía esperar de él, pero no habría podido vivir sabiendo que no lo intenté.

Erling dijo que con mucho gusto se vería con él, y así empezaron a quedar con regularidad, no a menudo, pero sí a intervalos fijos. Hablaban sobre todo de cuestiones jurídicas, ese era el tema central, pero también se prestaban a hablar de sus vidas. Edvard solía hablar de su padre, Erling hablaba de mí.

—¿Y qué decía? —pregunto, amedrentada.

—¡Ja! —ríe Edvard—. ¿Qué dicen los tipos como Erling de sus esposas? ¡Solo palabras de alabanza, naturalmente!

Eso me hace sonreír. Erling se jactaba sin pudor de la esposa que era yo, ¡y qué madre! Porque era así como él veía a su familia. Es bonito verlo así, pero también es una pena; en lo que a mí respecta, ese viejo realista nunca vio las cosas claras.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —digo—. Erling y tú, y esas cenas... ¿Hubo alguna vez..., no sé, algo más?

Me mira un momento, atónito, y entonces se echa a reír.

—Perdona —dice, riendo todavía—, pero, Evy, ¿tú te imaginas a Erling adúltero? ¿Con quien sea? ¿No digamos ya con alguien como yo?

—Vale —contesto, sonriendo—. Doy por sentado que no.

—Bien puedes.

—Pero sigo sin entender por qué no me lo dijiste. Por qué no me lo dijo él.

—En cuanto a Erling, no puedo más que hacer conjeturas. Pero, puestos a aventurar teorías, si acaso cuando éramos jóvenes él vio que tenías alguna debilidad por mí, no sé, puede que optara por no hablar

de mí. A mí me quedó la impresión de que nunca estuvo del todo seguro de lo que tú sentías. ¿No te fuiste una vez de viaje tú sola? Yo creo que aquello le dejó una marca.

Recuerdo con qué fuerza me abrazó a mi vuelta de París. Erling, con lo que le costaba demostrar afecto. Se cerraba como un erizo y no soltaba prenda.

—Y en cuanto a mí... —sigue Edvard—. Debí de pensar que era cosa tuya. Que si no lo preguntabas era porque no querías hablar de ello. Hay que tener en cuenta el rigor con que se veían esas cosas cuando éramos jóvenes.

—A mí no me habría chocado en lo más mínimo.

—Vale —dice Edvard—, pero, si de verdad no lo sabías, ¿cómo iba a saber yo cómo te lo tomarías? Y tan poco tiempo después de la muerte de Erling... No sé, puede que pensara que era mejor darte tiempo. Y yo no podía saber que tú... —me echa una rápida ojeada antes de volver la vista a su taza de café, y sigue— tuvieras esos sentimientos.

La vergüenza de aquella noche en el restaurante me abruma otra vez. Mi patética declaración de amor aún me hace sonrojar. Supongo que viene incluida en el paquete cuando se aceptan las invitaciones que te presenta la vida, pero nadie puede decir que no quema. Edvard carraspea y continúa:

—La última vez que me vi con Erling, el primero de abril, dos semanas antes de su muerte, me dijo que sospechaba que alguien quería hacerle daño. Le pregunté si podrías ser tú. Quería cerciorarme, ¿sabes? Tendrías que haber visto cómo negaba con la cabeza, Evy; nunca había visto a nadie negar algo con tanta vehemencia. No, nunca pensé que fueras tú de quien sospechaba. Pero desconfiaba de alguien. Y en abril sus sospechas se limitaban a una persona. Estaba convencido de haber dado con un plan astuto para neutralizar a dicha persona, pero decía que antes tenía que estar completamente seguro. Lo que ocurrió entonces es materia para la conjetura. Comoquiera que sea, cuando nos separamos, aquella vez, yo me había quedado con la mosca detrás de la oreja. Y luego, cuando me enteré de la muerte de Erling tan poco después, llamé a un amigo en la policía, Gunnar Gundersen Dale, a quien ya conoces. Le pedí que husmeara un poco. No que abriera un expediente, sino que tomara el pulso a las cosas. Le dije que tenía razones para mis recelos.

—Ya —digo—, pues creo que Gundersen me tiene como sospechosa número uno.

Edvard guarda silencio, cavilando.

—Hay que dejar que la policía llegue a sus propias conclusiones —dice—. Y creo que puede afirmarse que Gundersen ve las cosas con más objetividad que yo. Porque yo me fío al cien por cien de lo que Erling me dijo. Él descartaba que fueras tú, y por lo tanto también yo te he descartado.

Aspira una buena bocanada de aire, la retiene unos instantes y luego la suelta en un largo suspiro. Permanecemos un rato en silencio, sentados uno al lado del otro, contemplando la ciudad. La bruma se disipa a medida que el sol gana terreno.

—Así que ahora ya estás al tanto de mi papel en estas pesquisas —dice Edvard—, y te pido disculpas por no habértelo contado antes.

—No pasa nada —respondo—, pero no es de esto de lo que te quería hablar.

Edvard se vuelve hacia mí.

—Ah, ¿no?

—No. He acudido a ti para pedirte ayuda —Me aclaro la garganta. Dejo la taza en el banco y me giro hacia él—. Tengo algo que hacer. Y necesito tu ayuda.

VEINTICINCO DÍAS DESPUÉS

El reloj de pie acaba de dar las ocho cuando suena el timbre. Echo un vistazo a la mesa, ya puesta. Acaricio brevemente con los dedos el sobre que está pegado bajo la mesa, y con el mayor de los cuidados toco el cuchillo. Me sacudo una mota invisible de la blusa y cojo aire. Cruzo hasta la puerta y la abro.

Ahí están ellos, juntos los tres. Han venido en grupo, en el mismo coche. Todos sonríen. Hanne dice que qué bien que hagamos esto, así, solo nosotros. Y entonces cada uno me abraza. El abrazo de Bård es flojo, apenas si nos tocamos, pero, aparte de eso, reina la tolerancia en el recibidor. Como si no supiéramos todos que conspiran con mi hermano para arrebatarme lo que Erling me ha dejado. Quien nos viera no podría adivinarlo. Y ninguno de ellos menciona el tufo a incendio, con lo denso que sigue concentrado ahí en la entrada. Se quitan los abrigos mientras conversan cordialmente.

—¿Fue aquí el incendio? —pregunta Silje cuando pasamos al vestíbulo.

—No —contesto—. Fue en el despacho de papá.

Abro la puerta de doble hoja, y allí el olor residual del fuego extinguido nos golpea de lleno, amargo y nauseabundo. Hanne arranca a toser y se lleva una mano a la boca. A Bård se le tensan las facciones. Silje se crispa, pero es la primera en entrar. Los otros dos la siguen. Yo soy la última en pasar. Nos detenemos a la puerta de las ruinas del despacho, contemplando las cortinas carbonizadas, los restos chamuscados de la alfombra. Suelos, paredes y techo destruidos por completo.

—Madre mía —dice Hanne.

—Santo Dios —dice Bård—. El seguro lo cubrirá casi todo, ¿no?

Silje no dice nada. Solo mira. Ya me imagino las ruinas del despacho pintadas en alguno de sus lienzos.

—La policía piensa que fue un incendio provocado —comento. A esto ninguno reacciona—. Vamos a la mesa —sigo—. La cena está lista. Y en el comedor huele mejor.

He puesto el mantel adamascado. En los candelabros arden las velas.

—¡Qué bonito lo has puesto, mamá! —exclama Hanne.

—Sentaos, sentaos —digo yo.

Me sitúo detrás de mi silla, reivindicándola como mía. Y los chicos, dóciles, escogen cada uno la misma que ocupaban cuando eran pequeños. Hanne y Silje a un lado de la mesa, Bård al otro lado, y Erling y yo cada uno en un extremo. He puesto un jarrón con flores ante la silla desocupada de Erling. Son lilas. Maria Berger tiene un arbusto florecido en su jardín y ha accedido entusiasmada a mi solicitud de cortar algunas.

Hanne se vuelve hacia la silla de Erling. Bård lo ve y hace lo mismo, y a continuación nos encontramos los cuatro mirando al mismo lugar.

—Qué cosas —comenta Hanne—. Parece que estuviéramos esperando a papá.

Silje dice:

—Está muy bonito ese ramo de flores, mamá. Es como si papá estuviera aquí, a pesar de todo.

Lo dice para reconfortarnos, supongo, pero sus palabras quedan suspendidas en el espacio que nos separa, como si el fantasma de Erling cruzara lentamente el salón. Como si el tictac del reloj fuesen sus pasos. Dura un instante, pero se les ha desencajado el rostro.

—Muy bien —digo, con la ligereza que alcanzo a simular—. Voy a por la cena. Espero que tengáis apetito.

Dejo transcurrir la cena sin adelantarles nada de lo que está a punto de suceder. Me he esmerado con el pollo que les he preparado. Bien cocinado y, sin embargo, jugoso. Todos se sirven, pero ninguno se llena el plato. La conversación resulta algo estirada. Yo guardo silencio. Presto extrema atención a lo que dicen, pues quiero asegurarme de enterarme bien. Pero sé que estoy nerviosa. Estoy preparándome, por decirlo de algún modo.

Hanne toma la iniciativa y nos cuenta cotilleos de su trabajo, sobre un conflicto con uno de los empleados, que lleva no se sabe cuánto tiempo de baja por enfermedad y que ahora se ha puesto a exigir esto y aquello de la entidad. Bård muerde el anzuelo; no soporta esas actitudes. Un jefe tiene que poder imponer requisitos y expectativas. Silje, fiel a su costumbre, asume la posición contraria: ¿a nadie se le ocurre que lo que pide el trabajador puede ser perfectamente legítimo? Los dos hermanos mayores intercambian miradas, y Hanne habla con su voz más dulce para explicarle el meollo de la cuestión a su hermanita. A Silje no le sienta bien que le den lecciones, y Hanne, que sin duda quiere tener la fiesta en paz, deja a un lado la conversación. Reina el silencio.

—Hace una noche de lo más agradable —termina por decir Hanne.

En el salón, el reloj da las nueve.

—Esas campanadas me hacen pensar en cuando éramos pequeños —comenta Silje.

—A mí siempre me parecieron un poco tenebrosas —dice Bård.

El postre es una crema de moras de los pantanos, como las que solía hacerles cuando eran pequeños y había buen ambiente. Madre la preparaba para celebrar grandes ocasiones, como Navidades, Pascuas y cumpleaños. No veo que Bård o Hanne hagan este postre a sus pequeños. Algunas tradiciones sencillamente se pierden, y puede que así sea como tiene que ser.

De nuevo se ha hecho el silencio en la mesa. Se oye solo el rascar de las cucharas en los cuencos de vidrio. Cuando están acabando, me aclaro la garganta. Los tres se vuelven hacia mí. Como adivinando que algo se avecina.

Los veo a todos con inusual agudeza. Distingo cada mechón de la enmarañada cabellera de Silje, y las salpicaduras de pintura en sus manos fuertes, masculinas. Veo el resplandor de las velas en el pelo de Hanne, lustroso y peinado con secador, del color que el mío tuvo antaño. Veo que la brisa que se cuela por la puerta entreabierta del porche le eriza la piel del cuello a Bård allí adonde no llegan sus rizos ya grises. También veo los vellos finos y rubios que le cubren la mano hasta el reloj que lleva en la muñeca, el que Erling y yo le regalamos

por su graduación.

—Bien —digo.

Me sale en una voz inesperadamente firme. Puede que esté nerviosa, pero también tengo claridad. Sé lo que debo hacer.

—Hay algo de lo que tenemos que hablar.

—Muy poco antes de su muerte —digo—, papá le confió a un buen amigo que temía que alguien se hubiese propuesto hacerle daño. El día en que murió, a la hora del desayuno, me dijo que acababa de resolver un problema espinoso y que informaría a la persona en cuestión más tarde ese mismo día. Por desgracia, no llegó a vivir para hacerlo. Ahora ha muerto, y en circunstancias tan sospechosas que podría pensarse que quien fuera que quisiera hacerle daño se adelantó a sus planes.

—¡Eso es completamente...! —empieza a decir Bård.

—Me gustaría poder terminar —lo interrumpo—. Ya luego podréis hacer las preguntas que queráis, pero os pido que prestéis atención a lo que quiero deciros.

Es gestión básica del aula: que los alumnos sepan qué se espera de ellos, generar previsibilidad. Mi hijo cierra la boca. Alza las cejas, menea la cabeza, pero guarda silencio y presta atención.

—Hace apenas tres semanas de su muerte —digo—. Y muchas cosas han pasado desde entonces.

Cierro los ojos un instante. Veo el restaurante del papel pintado con listas doradas, donde impúdicamente me ofrecí al primer hombre que me brindó un poco de atención. Recuerdo la voz de Silje, aquel día en su piso: «Bebes un montón, mamá».

—Todos sabemos lo que papá hizo con sus bienes —sigo—, y en paralelo a eso, han intentado matarme en dos ocasiones.

Los tres inspiran aire marcadamente, al unísono.

—El escape de gas en Tjøme puede que estuviese dirigido a papá —digo—, aunque supongo que, de haber sido así, quien fuera que quería hacerle daño se habría tomado la molestia de dejar las cosas en su lugar. Eso me hace pensar que era yo el objetivo. Y la bomba que arrojaron por la ventana el jueves pasado, esa sí que no buscaba a papá. Fue un intento de asesinato, dirigido a mí. Y podría haber tenido éxito. Fue casi un milagro que aquella noche me despertara y

lograra salir al jardín.

Veo a Erling en mi sueño: «Corre, Evy».

—Creo que papá sospechaba de uno de vosotros —continúo—. Creo que sospechaba que uno de vosotros había tratado de acabar con su vida.

Hanne coge aire con fuerza, pero la atajo con una severa mirada y no dice nada.

—Vosotros tres necesitáis dinero. Papá pensaba que quien lo quería matar lo haría por precipitar el cobro de la herencia.

—Pero, mamá... —salta Hanne, incapaz de seguir conteniéndose.

—Pero vosotros sois sus hijos —la corto—. Y los padres protegen a sus hijos. Papá no podía acudir a la policía y se negaba a hacer nada que pudiera perjudicaros, aunque fuese para ponerse a salvo. Creo que la solución que se le ocurrió fue la que le propuso su abogado: tomar disposiciones previstas para que ninguno de vosotros pudiera beneficiarse de su muerte. Ese, creo yo, fue su método para neutralizar al sospechoso. De haber tenido tiempo de ponerlo en conocimiento de quien lo amenazaba, dicha persona habría sabido que no ganaría nada con quitarle la vida. Supongo que a Erling ni se le pasó por la cabeza que esa persona pudiera querer hacerme daño a mí. Puede que diera por hecho que conmigo teníais lazos más fuertes que con él y que quien lo amenazaba era un peligro solo para él. Pero yo no lo veo así. Yo pienso que esa persona ha tratado de matarme a mí también.

Detengo la vista en cada uno de ellos. Ninguno abre la boca. Bård mantiene una expresión de incredulidad. Silje tiene la boca entreabierta y se le han hundido las mejillas; me mira fijamente, estupefacta. Hanne me observa con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados, como si tuviera la prueba de que he perdido el juicio.

—Creo que tenía previsto verse con esa persona la tarde en que murió —digo—, para informarla de las nuevas condiciones que había dispuesto. De las últimas medidas de salvaguarda que había adoptado. Como bien sabemos, no le alcanzó la vida. Y eso es de una tristeza brutal.

El peso de mis palabras se me enrosca en el corazón un instante cuando pienso en los esfuerzos de Erling por protegerse y a la vez proteger a su familia, y en lo mal que salió todo. Las suelas de sus zapatillas deportivas, la bicicleta en el asfalto, la hebilla de plástico bajo el mentón.

Pero yo no tengo planes de cometer el mismo error. Cojo aire.

—Me he dado cuenta de que vuestra infancia fue más dura de lo que creía. De que no siempre he sido la madre que debería haber sido. Saberlo me pone triste. Porque sois mis hijos, y os quiero por igual a los tres, pase lo que pase.

Miro a cada uno, apesadumbrada. Ninguno reacciona a esto. Me miran como con máscaras, a la espera de lo que está por suceder.

—Y por eso nunca le diré a la policía lo que os estoy diciendo ahora. Igual que papá, para protegeros. Contra todo. Pero eso no significa que me vaya a quedar cruzada de brazos, esperando el hachazo. De modo que veo dos posibilidades. Una de ellas es que la persona en cuestión confiese.

Guardo silencio. Una vez más los miro uno a uno. Al principio permanecen completamente inmóviles, igual que hace un momento, pero entonces Silje parece salir de un sueño. Me mira primero a mí y luego a sus hermanos, desconcertada. Esto saca a los otros dos de su estupor.

—Pero, a ver —dice Bård—, ¿tú esperas que...?

—Yo espero —lo interrumpo— que quien haya matado a papá dé un paso al frente.

—Por el amor de Dios —protesta—. No puedes estar hablando en serio. Es locura pura y dura.

—Bård —dice Hanne.

Y se abre otro silencio. Cuento el tictac del reloj, los pesados segundos. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Dejo que pasen quince. Había pensado contar hasta veinte, pero no sabía lo que se estira ese tiempo en un silencio tan opresivo.

Nadie dice nada. Nadie se mueve. Nadie se lleva un vaso a la boca, ni se oyen cucharas rascando el fondo. A duras penas si respiramos.

—Muy bien —digo.

Abro el móvil y veo que me tiemblan los dedos al pulsar los botones. No hay mucho que hacer: el mensaje ya está escrito. Solo tengo que darle a enviar y, sin embargo, se me hace eterno. Ninguno de los chicos me interrumpe. Se han quedado aguardando a que mande el mensaje, y cuando alzo la vista veo que me miran fijamente. Los tres.

—Me lo suponía —continúo—. Solo me queda esta alternativa.

Paso la punta de los dedos por debajo de la mesa. Acaricio el cuchillo y luego el sobre, que cojo por un borde, tiro de él y lo coloco sobre el mantel.

—Ahí dentro —digo—, en ese sobre, están los documentos con los que se establece la Fundación Erling Krogh. En este mismo instante, mi abogado está leyendo el texto donde confirmo que transfiero todos mis bienes a la fundación con efecto inmediato. La fundación tiene la finalidad de otorgar un premio anual a la persona u organización que haya aportado una contribución significativa a favor de la biodiversidad y contra el cambio climático y... ¿qué era lo último? No me acuerdo, pero podéis leerlo. Todo está escrito ahí. —Señalo el sobre con el mentón—. La casa se pondrá a la venta —sigo —, así como el estudio encima del garaje y también el apartamento, y lo mismo vale para la cabaña y las parcelas de Tjøme.

»Con el dinero de esas ventas, la fundación me concederá fondos para la compra de un piso de mi elección y del que podré disfrutar el resto de mis días, así como una asignación que emplearé para complementar mi pensión. Como bien sabéis, cobro la pensión mínima. Aparte de eso, la fundación administrará el resto de los activos. Con una excepción: la de un fondo fiduciario a favor de mis nietos. Dos millones para compartir entre Henrik y Fredrik; dos millones para Max, sea para él solo o a compartir con posibles futuros hermanos, y dos millones destinados a los hijos que Silje pudiera tener, deduciendo de ello el dinero que se le adelantó para la compra de su piso. Los nietos podrán disponer de esos fondos al alcanzar los veintiún años. Si Silje no tiene hijos, recibirá los fondos destinados a sus herederos el día en que Max cumpla los veintiuno.

Vuelvo a mirarlos uno tras otro, y digo, despacio y para subrayar la idea:

—Si yo muriera esta noche o dentro de veinte años, eso no tendría ninguna consecuencia a efectos de lo que os tocaría recibir. A partir de ahora, no ganáis nada con mi muerte.

Son tres rostros rígidos como máscaras. Puedo ver, literalmente, cómo tratan de hacer encajar las piezas de lo que les he dicho, ocultos tras sus caras de cera.

—Pero... —dice Hanne al fin—. Es que no lo entiendo. No me cabe en la cabeza que puedas hacer esto.

—Ya está hecho —respondo—. Todo está escrito ahí —digo señalando el sobre, que sigue en el mantel, tan blanco y virginal.

Ninguno hace amago de cogerlo, ni siquiera ahora, como si temieran que estallase en llamas al tocarlo.

—Es una locura —dice Bård—. ¿Nos estás desheredando?

—No. Eso no se puede hacer. Sería ilegal. Lo que hago es donar mis bienes. A eso tengo todo el derecho del mundo y, para seros sincera, me quedo muy a gusto. Trataré de emplear el dinero en hacer algo útil para el mundo, como papá habría querido.

—Como papá habría querido —repite Bård.

Pasan unos segundos marcados por el tictac, y entonces descarga el puño en la mesa con todas sus fuerzas y nos hace saltar a las tres en nuestros asientos. Los cuencos vacíos saltan también y el ruido reverbera en las paredes.

—¡No! —grita—. No pienso aceptarlo. ¿Te has vuelto completamente loca, mamá? ¿Crees que te siguen y qué sé yo qué tonterías más? ¿Que uno de nosotros quiere matarte? De verdad... —Vuelve la vista a sus hermanas—. Esto ya es pasarse de la raya.

Hanne hace un esfuerzo por recuperar la compostura. Mueve el cuenco; corrige el ángulo de la cuchara.

—Ese amigo a quien se confió papá —dice—, no sería ese Edvard, ¿verdad, mamá?

—Sí.

—Porque, en ese caso, puede que nos convenga detenernos a pensar en esto un poco y preguntarnos qué interés tiene él en todo

esto.

Me mira. Tengo la impresión de que se está pensando la mejor manera de abordar el asunto.

—¿Te has preguntado, por ejemplo, si no será que él mismo espera meter mano al dinero? —dice—. O a ti misma, mamá. Tienes que reconocer que es propio de la locura hacernos venir para afirmar que uno de nosotros quiere matarte. Tal vez debamos preguntarnos qué espera sacar de todo esto ese tío.

—Edvard no tiene nada que sacar —contesto con calma—. Está en el consejo de la fundación, pero Peter Bull-Clausen es el presidente, y la selección del ganador del premio la hace un comité independiente.

Bård está pálido; se vuelve hacia mí, con el rostro duro y exangüe. Un rostro que poco a poco se transforma en severo.

—Esto es completamente... —dice—. No tengo palabras. «Paranoia» es quedarse corto. Hablas de intento de asesinato. ¿Qué pasa? ¿El vino te ha reblandecido el cerebro?

El tono y la dureza de sus palabras me contraen el estómago. Él, mi preferido. Yo estaba preparada para esto, pero aun así duele. Hay cosas que no pueden recuperarse jamás.

—Lo siento —respondo—. Con lo de la bebida tengo previsto hacer algo, pero sé que eso no va a reparar lo que he roto. He sido una mala madre —Bård suelta una risa corta de incredulidad—, y cargaré con esa losa el resto de mi vida, pero no tengo la intención de dejar que me maten por esa razón.

—«Que me maten» —se mofa con risa hueca—. Es que esto es muy fuerte.

—El caso es que alguien realmente arrojó una bomba por mi ventana hace un par de noches —digo.

—¿Quién sabe? Igual fue el Edvard ese —sugiere Bård con sorna —. Parece un tipo muy emprendedor.

—Bård. Dudo que decir eso sea muy útil —replica Hanne.

Se vuelve hacia mí con esa mirada tan adulta que sabe poner. Como si fuera ella la madre. Como si yo fuera la niña.

—Mamá —dice—, ¿cómo se te puede ocurrir que alguno de nosotros haya tirado un explosivo en la casa? Pero si ni siquiera sé cómo hacer una bomba, por el amor de Dios.

—Es de lo más sencillo —digo—. Sobre todo ahora, cuando se pueden buscar las instrucciones por internet.

Durante un momento nos miramos a los ojos. Nos calibramos una a la otra. Ella lo sabe, me digo. Lo saben todos. Gundersen ha hablado con ellos. Probablemente les habrá hablado de las sospechas de Bilal y les habrá pedido su opinión.

Y ahora entiendo que lo saben. El que prendió fuego a la casa tenía que estar al tanto del episodio con Bilal. Existen maneras mucho más efectivas de provocar un incendio, sobre todo si tienes acceso a la casa. El cóctel molotov fue el escogido porque apunta claramente hacia mí. Es casi como si el que provocó el incendio se estuviera comunicando conmigo: «Mira lo que soy capaz de hacer. La policía no podrá ayudarte porque yo conozco tus secretos». Lo mismo pienso de las pruebas que encontré en el sótano, que fueron colocadas allí porque me incriminarían a mí. Por eso me deshice de ellas. Ayer por la mañana, después del café, Edvard me llevó en su coche a Sørkedalen. Llevé la bicicleta a pie varios kilómetros bosque adentro y la arrojé en un estanque. El resto de las cosas las tiré en otro. Quité las etiquetas a las cajas y frascos de medicamentos para curarme en salud. Deshacerme de todo aquello no estaba exento de riesgo, pero más arriesgado habría sido dejarlo donde estaba.

Silje se aclara la garganta. Los otros tres nos volvemos hacia ella. Ha puesto las manos en la mesa y mira fijamente el cuenco vacío, como si examinara con atención los restos de la crema de moras.

—Me parece —dice— que deberíamos entender por qué mamá hace esto.

Hanne y Bård protestan al unísono.

—No puedes hablar en serio —dice Hanne alzando la voz.

—¡¿Qué coño se supone que tenemos que entender?! —ruge Bård.

Silje permanece sentada, inalterable, contemplando su cuenco.

—Es cierto que alguien ha tirado una bomba en su casa —dice—. Y está lo del escape de gas en la cabaña. Así lo dijo ese policía. Me parece sensato que trate de cuidarse.

Y alza la vista. Mira primero a sus hermanos, y luego se vuelve hacia mí. Me dirige esa mirada suya de sinceridad, que me resulta familiar y ajena al mismo tiempo.

—No fui yo, mamá —dice con voz seria—. Yo nunca te haría

daño a ti, y tampoco a papá. Me parece una lástima esto que has hecho, pero entiendo por qué ha sido. —Guarda silencio un instante y añade—: Buena idea eso de la fundación.

—¡Y una mierda buena idea! —chilla Bård. Se pone de pie con brusquedad y su silla cae al suelo—. Vamos de absurdo en absurdo. Entonces ¿crees que he sido yo o Hanne? ¡Pero ¿qué cojones?! Claro que no hemos sido nosotros. Espero que sepas lo que estás haciendo, mamá. Porque si lo haces, si de verdad lo haces, entonces olvídate de mí. ¿Lo entiendes? No volverás a ver a los niños nunca más. ¿Es eso lo que quieres?

También estaba preparada para esto. Había pensado que esa reacción vendría antes de Hanne que de él, pero no olvido la debilidad que tengo por Bård y que eso me nubla un poco el discernimiento. Noto la garganta apretada y seca.

—Ya está hecho, Bård. Lo he hecho cuando he mandado el mensaje. No hay marcha atrás, y ya no puedo cambiarlo, aunque quisiera hacerlo. Pero espero que podamos seguir llevándonos bien.

—¡Y una mierda que vamos a llevarnos bien! ¿Tú qué te has creído? ¿Que puedes robar nuestra herencia? ¿Quedarte con todo? ¿Con lo que es nuestro? ¡Me cago en la puta! ¿Y se supone que nosotros debemos estar tan tranquilos en las comidas de domingo mientras tú te emborrachas en la cocina en lugar de cocinar?

Mis dedos tantean de nuevo la superficie inferior de la mesa y encuentran la punta de la cinta adhesiva que sujeta el cuchillo.

—Porque ya te puedes ir olvidando de todo eso —dice—. Si haces esto, nos pierdes. Para mí dejas de existir.

Con mucho cuidado despego la cinta que sujeta el mango del cuchillo.

—Bård —repite Hanne, y su hermano se vuelve hacia ella.

—No me digas que no estás pensando lo mismo, Hanne —replica —. No me digas que no estás pensando exactamente lo mismo que yo.

—Sí que lo pienso —dice Hanne—, pero también pienso que tenemos que dejar esto en paz de momento. Nos lo pensamos después, ¿te parece?

Hace un gesto hacia el sobre que descansa en la mesa. Bård se acerca, lo coge y me mira.

—Mi abogado se pondrá en contacto contigo —me dice—. Eso que lo sepas. Esto no ha acabado.

Oímos sus pisotones por el pasillo. Aparto la mano de la cinta adhesiva y dejo el cuchillo en su sitio.

Las chicas no tardan en marcharse. Hanne ha vaciado su rostro de toda expresión, pero de una forma distinta a la de su hermano. Se escuda en su mirada de quien se las sabe todas, la que usa para decir que a ella no se la engaña, que tolera mis rarezas gracias a una delgada capa de paciencia. Apenas nos decimos nada. Las dos se despiden con un abrazo. El de Hanne es desganado y mecánico, pero Silje me abraza de verdad y luego me acaricia la mejilla.

Me detengo ante la ventana del recibidor. Las veo acercarse a su hermano, que está apoyado en el capó, escribiendo en el móvil. Permanecen allí un momento los tres. Hablan. Bård lo hace con grandes gestos de las manos. Hanne los urge a subir al coche. Ella se pone al volante. Se marchan.

Cuando se han ido, vuelvo al comedor. Despego el cuchillo de debajo de la mesa y lo pongo en su lugar. Recojo la mesa, apago las velas y coloco las cosas donde deben estar. Me detengo varias veces entre el salón y el comedor. Por primera vez en mucho tiempo me siento del todo lúcida, completamente a salvo. Estoy en casa.

UN AÑO DESPUÉS

Acaban de pasar los camiones de la limpieza en Sondrevegen, y las aceras lucen limpias y despejadas. Tal como estaba hace exactamente un año, el día en que Erling venía calle abajo en bicicleta hasta que se cayó. La calle está desierta salvo por mí, que vengo subiendo desde la estación de metro con un ramo de lilas en la mano. Las he cortado de un arbusto que hay en la cooperativa residencial donde vivo ahora. Son de color púrpura, como deben ser.

Erling se cayó en el tramo superior de la cuesta. Recuerdo que había un pedazo de acera rota justo al lado de donde yacía Aquel Día y, como no ha sido reparada, no me ha costado encontrar el sitio exacto. Allí me detengo. Ya no queda el menor rastro de su paso por aquí. Para quien lo vea, no dejará de ser solo una grieta en la calle. Muy pocos saben que Erling Krogh murió aquí.

¿Porque su organismo no había recibido la medicación de la que dependía? ¿Porque alguien había cambiado las pastillas del frasco por píldoras azucaradas? ¿Por alguna otra razón? ¿Tal vez por un veneno que no se detectó en la autopsia? Cierro los ojos, aspiro aire y lo llevo hasta el vientre. Me arrodillo y dejo el ramo de lilas en el asfalto.

Me quedo un rato ahí de pie, mirando las flores. Trato de reconstruir los recuerdos de aquella mañana: Maria Berger frente a mí en la calle, con su chaquetilla amarilla de chándal; el corro de gente alrededor de Erling. Las suelas de sus desgastadas zapatillas deportivas, la hebilla de plástico bajo el mentón. De todo eso me acuerdo, y pensar en ello ha dejado de doler. Ahora se trata de otra cosa. Es un dolor sordo que no se me quita del estómago: la vida sin él.

Fue una vez vendida la casa y ya instalada en un moderno y luminoso apartamento de Røa cuando empezó a ocurrirme: haciendo la cena en

mi nueva cocina no ponía sal porque a Erling le había dicho el médico que comiera menos salado. Recortaba del periódico un artículo sobre el reciclaje y se lo apartaba para más tarde. Asistía a la asamblea de la junta de vecinos y me imaginaba teniéndolo a mi lado, que volvíamos a casa juntos y comentábamos lo que se había dicho. Todavía me sorprendo deseando mostrarle la nueva vida que me he construido.

En verano, entré en rehabilitación y pasé algunas semanas internada. A las horas de comer compartía una mesa de madera de pino con otros adictos; rumiaba el pan de molde ya cortado que untaba de mantequilla y mermelada que venían envasadas en porciones. Asistí a terapia de grupo, revelé a otros mis peores facetas. Me aprendí los doce pasos: «Admitimos que somos impotentes ante el alcohol, que nuestras vidas se han vuelto ingobernables». Confesé mis pecados ante otros pacientes, ante el personal de mediación, ante una joven psicóloga que tenía cara de no haber vivido jamás un mal día. Hice abstinencia absoluta de alcohol durante los seis meses siguientes. Hoy vivo sujeta a reglas inflexibles: nunca a solas, nunca más de dos copas y nunca entre semana. Y sigo acudiendo una vez al mes al ambulatorio clínico para adicciones.

Y, por último, he abrazado las ideas de los doce pasos. No trato ya de restar importancia a mi problema. No hago como si mi forma de beber fuese una minucia, habida cuenta de lo que otros tienen que soportar. Asumo que cargaré con esta fragilidad el resto de mi vida. Reconozco también lo que esto les ha costado a los míos. Tal como lo dicen los pasos: «Hacemos una lista de todas aquellas personas a quienes hemos ofendido y estamos dispuestos a reparar el daño que les causamos en cuanto sea posible». Este paso no es tan fácil de dar.

Con Silje se puede. Viene a verme una o dos veces por semana. Preparamos juntas la cena y, mientras comemos, hablamos de Erling.

—¿Cómo era papá de joven? —pregunta—, ¿o cómo imaginas que fue su juventud con los abuelos?

Juntas reconstruimos su vida. No sé si todavía quiere ser madre, pero se me ocurre que tal vez quiera preservar recuerdos de su padre para transmitirlos luego a sus hijos. O quizá para plasmarlos en sus obras. Aunque puede que lo haga por su propio interés. No se lo pregunto. Ya bastante me alegra poder hablar de él.

No sé si va a ser posible recomponer las cosas con Hanne. Aún hablamos por teléfono, pero menos que antes. Por lo visto, tampoco mantiene mucho contacto con Silje. De uvas a peras viene a cenar, por lo general sin la compañía de Max ni de Ørjan. Han cesado casi por completo las acusaciones sin fundamento, la manía que tenemos ambas de decirnos lo que no hay que decirse. Y, sin embargo, resulta doloroso, porque se me ocurre ahora, demasiado tarde, que esas manías eran, al fin y al cabo, nuestra manera de estar cerca, nuestros intentos por acercarnos la una a la otra, por encima de nuestras diferencias. Ahora da la impresión de que al entrar en casa se pone en piloto automático. Desaparece de sus ojos; solo deja la cáscara.

Le pedí perdón por haber bebido demasiado cuando era joven.

«No pienses en eso, mamá», dijo, quitándole importancia con un débil manotazo al aire.

Pero, quién sabe, a lo mejor las cosas se arreglan. El pasado invierno acabó por convencer a los del banco para que les dieran luz verde, de modo que pudieron al fin comprar el adosado de Kjelsås, y me parece que desde entonces ha recuperado algo de calidez.

Bård no me habla. Me subo el cuello de la chaqueta para abrigarme y aquí sigo, mirando el ramo de lilas en el asfalto, porque eso sigue doliendo: él, mi primogénito, ha cortado todo contacto. Está indignado, dice Lise, y terriblemente amargado. Lise me llama de vez en cuando, y por ella sé cómo les va. Me he enterado de que ha disuelto la sociedad y se ha puesto a trabajar para una promotora inmobiliaria. Se le ve razonablemente a gusto, dice ella.

No pregunto mucho. Me digo que el tiempo ayudará. Y, a la vez, veo en mi chico la testarudez de Erling y sé que se quedará aferrado a esa rabia hasta el día de su muerte. Es el precio que me toca pagar por no haber querido morir para que Bård se saliera con la suya, pero claro que duele. Suelto aire, y procuro que todo lo que me duele en el cuerpo se vaya con mi aliento. Es algo que aprendí en la clínica. Es de una eficacia sorprendente.

Me veo con Edvard, si no cada semana, cada dos. Comemos en restaurantes de los que le han hablado. Lleva un registro de los que más nos gustan. Suelo trasladarle a Synne nuestras mejores recomendaciones, y ella las agradece con entusiasmo, pero no estoy muy segura de que les haga mucho caso. El consejo de la Fundación Erling Krogh se reúne una vez por trimestre, y este otoño me he reunido tres veces con Miriam y dos colaboradores más para hablar de las nominaciones al premio anual. Trabajar con la fundación me ha dado más alegrías de las que creía posibles. Se me había ocurrido como una forma de privar a mis hijos de la capacidad de hacer daño. No tenía idea de lo importante, lo revitalizante que iba a ser. Disfruto escuchando a los expertos presentar argumentos, me encanta hacerme mi propia opinión y saberme escuchada. Disfruto de los argumentos en contra, porque la crítica es sana, sobre todo porque es señal de que se te toma en serio.

Además, he empezado a entender el compromiso ecologista de Erling. Durante años intentó hacerme ver lo que él veía; me bombardeaba con estadísticas y profecías apocalípticas, me instaba a leer tal o cual libro o panfleto. Ahora los he leído. Y cuánta razón tenía. Esto es lo que creo ahora: el mundo se encuentra en condiciones deplorables. Los retos que se alzan son enormes, casi imposibles de superar. Como individuos es bien poco lo que podemos hacer, pero hay que intentarlo. La fundación para mí es importante, es aquello con lo que puedo contribuir. Justo antes de Navidad entregamos doscientas mil coronas a una organización de Østfold.

También pienso menos en lo que sucedió en mayo. Asumo que habrá altibajos, que en ocasiones seré toda pesadumbre, pero no todo el tiempo; ya no. Y casi he dejado de despertarme en medio de la noche, olfateando por si hay algo ardiendo.

Sí. Me he compuesto una vida a mi medida. Una vida distinta a la que llevábamos Erling y yo y, para ser sincera, una vida que me va mejor. Pero lo echo de menos, cada vez más. Su sonido, sus cosas, su olor en la casa. Erling, el que estaba siempre ahí.

En agosto, Gundersen pasó a verme una última vez. Yo estaba en el jardín deshierbando los arriates en preparación para la venta de la casa. Vi un Toyota que no reconocía aparcar un poco calle abajo, y

luego el sonido de sus pasos firmes en el camino de gravilla que lleva a la entrada.

—¡Hola! —voceó cuando se acercó por el garaje.

Alcé la vista y ahí estaba, de pie exactamente donde se había detenido Erling la última vez que lo vi con vida.

Nos sentamos en el porche. Gundersen dijo que el caso de Erling había sido archivado. No se disponía de elementos de prueba que demostraran la comisión de un delito penal. Y esto lo dijo con un rastro de decepción en la voz. Los atentados contra mi vida seguían siendo caso abierto, pero me advirtió que, cuando pasaba tanto tiempo sin que se produjera un giro que supusiese un avance, las posibilidades de dar con el culpable no se incrementaban, precisamente. «Por desgracia», añadió.

Y parecía sincero. Puede que pensara que yo tenía miedo; que temía que algún desconocido anduviera merodeando por entre los arbustos en la oscuridad, con una mochila repleta de bombonas de gas defectuosas y cócteles molotov. O tal vez interpretara la calma con que recibí su desafortunado informe como prueba de que era yo quien lo había urdido todo. Pasamos un momento en silencio, tomando sorbos de café al sol de la tarde.

—¿Vas a vender la casa? —preguntó.

—Sí. No quiero seguir viviendo aquí —contesté, y como si se me ocurriera en ese instante—: A decir verdad, esta casa nunca me terminó de gustar.

Sonrió. Parecía algo ausente. Di por sentado que estaría pensando en otra cosa, en lo que tenía que hacer después: ir a la comisaría, pasar por el súper antes de irse a casa. Me lo imaginé viviendo con alguien que lo esperaba, una mujer de su edad o puede que un par de años más joven, que habría preparado la cena, o a lo mejor sería él quien se pusiera el delantal. Podía verlos sentados a la mesa de la cocina de un apartamento donde se acumulaba el polvo. Pero se volvió hacia mí con esa mirada tan suya con la que examina cada gesto, cada apretón de manos, cada tic de los labios.

—Pero no se te ve con miedo, Evy —dijo con la seguridad de quien afirma una convicción—. Me pregunto por qué.

Me encogí de hombros y miré mi taza.

—Una no puede estar toda la vida asustada.

Se quedó mirándome y conté los segundos hasta que dijo:

—No. Hay algo más. Tú sabes algo, ¿verdad que sí?

Pasamos un momento en silencio. Gundersen me estudiaba con los ojos entrecerrados.

—Yo creo que tú sabes quién te la tenía jurada.

Me invadió un deseo abrumador de confesar. Sería increíble demostrarle a un hombre de semejante inteligencia lo lista que he sido. Cómo lo resolví todo, con qué astucia dejé a mis hijos sin garras. Pero me lo tragué y me lo guardé para mí. Esta es mi condena: protegerlos de sí mismos, de las consecuencias de lo que han hecho. Como dicen los pasos: «Tengo la voluntad de reparar el daño». Hago por ellos lo que puedo y de las maneras en que lo puedo hacer.

—No tengo nada que añadir a lo que ya te he dicho —respondo —, y por lo demás, también sé cuidar de mí misma.

Me observó con curiosidad.

—Estamos hablando de una persona peligrosa de verdad —dijo —. Alguien que mató y que trató de matar otra vez.

La gravedad de su voz me incomodó y aparté la vista. Su mirada era penetrante, y me dije que, si se la devolvía, acabaría confesando.

—Cuando uno tiene tratos con gente peligrosa, necesita la ayuda de la policía —añadió Gundersen, haciendo hincapié en lo último—. Son muchos los que han pensado que podían arreglárselas por su cuenta, y muchos los que se han equivocado.

Pero no dije más. Muy poco después, cerré la venta de la casa y desde entonces no he vuelto por allí.

Y esto era todo lo que quería hacer en Montebello: dar con el lugar donde Erling había muerto y dejar el ramo de lilas. Ahora puedo volver por donde he venido. Hace un hermoso día de primavera. Puedo ir al bosque, llevarme un termo de café. O sentarme en mi nueva terraza con un libro. Porque aquí no me queda nada que hacer. Pero no puedo evitarlo. He de subir a Nordheimbakken. Tengo que ver mi antigua casa otra vez.

Allí está, dominando su colina. El nuevo garaje es moderno. La pareja que la compró ha puesto una cama elástica en la terraza del porche, y veo juguetes de plástico de colores brillantes esparcidos por el empinado jardín, pero ni con esa utilería pierde la casa ese halo tenebroso que le es propio. La primera vez que vine quedé estupefacta. Con acento en el estupor, se me ocurrió después. La cuesta que hay que subir para llegar, y la oscuridad de los espacios. Es un alivio saber que nunca volveré a poner los pies en ella.

Y es entonces, parada allí, cuando la veo. Me temo lo peor. Y ella ya me ha visto y me saluda agitando las manos con entusiasmo. En un día cualquiera no tendría inconveniente en detenerme a charlar un poco, pero justo hoy preferiría que no. Al menos no lleva la chaqueta amarilla de chándal.

—Dichosos los ojos —dice mientras se acerca adonde estoy.

Sonríe de oreja a oreja. Seguro que se ha hecho blanquear los dientes, porque son más blancos de lo natural, y a Maria Berger siempre le ha gustado estar guapa. Las hombreras y el peinado de volumen inflado los dejó en los ochenta, pero sigue siendo ella. Como lo somos todos, de una forma o de otra.

—Lo mismo digo —respondo con desgana.

—Pronto hará un año de la muerte de Erling, ¿no? ¿Más o menos?

—Sí. Más o menos.

—Pensaba en eso el otro día. Dios, qué horror.

Asiento con la cabeza. Preferiría no entrar en detalles.

—¿Tú cómo estás? —le pregunto entonces.

Se lanza a un largo y enredado relato de las razones por las que su gimnasio se vio obligado a irse a otro local. La escucho a medias mientras examino los arriates que yo cultivaba. Definitivamente,

tendría que haberme vuelto al metro una vez depositadas las flores. No debería haber subido aquí.

—¿Y qué tal la familia? —pregunta Maria.

Me demoro en responder. Decir que todo va viento en popa sería mentir, pero describir el estado real de las cosas sería pasarse de transparencia.

—Bueno, bien.

Un suave soplo de aire agita las hojas de los arbustos del jardín. De eso me doy cuenta. Por lo demás, todo es silencio alrededor. No pasan coches, no hay ruido. Solo el tenue roce de las hojas. Y entonces Maria dice:

—¿Y qué fue lo que les ocurrió a los padres de Ørjan? Me llegó la noticia.

Una corriente de aire frío me eriza la piel de la nuca.

—¡Qué historia tan espantosa! —dice—. ¡Y tengo entendido que Hanne y Ørjan estaban allí cuando sucedió!

El tiempo que me lleva volverme a ella es largo, increíblemente largo. Su rostro cordial está surcado de pliegues trágicos de los que percibo cada detalle: el pintalabios ligeramente borroneado en la comisura derecha; el vello rubio encima del labio; una pequeña irregularidad del incisivo izquierdo. Sí. Ahora lo veo todo.

—Como sabes, mi prima vive en la granja vecina —sigue Maria —. Fue ella la que me lo contó. Hasta donde entendí, fue por comer marisco en mal estado. ¿Cómo se llama lo que produce? ¿Botulismo? Te ataca el sistema nervioso y provoca parálisis. Algo espantoso; y puede ser mortal, como lo fue para los padres de Ørjan. ¿Cómo se llamaban? ¿Tom y Eva? Gente muy maja, dice mi prima.

Nos rodea un silencio absoluto. Como si no cupiera en el aire otro sonido más que el de su voz.

Tom y Eva. Estaban de pie a la entrada de la iglesia donde se casó mi hija: Tom iba de traje; con el rostro sonrojado por un orgullo que no alcanzaba a poner en palabras. Sí que le oí decir varias veces: «Bueno, allá vas, muchacho», frase que acompañaba con palmaditas afectuosas en la espalda de su Ørjan. Eva era bajita y regordeta. Llevaba un vestido de seda azul claro y un reluciente broche en el

cabello, ya gris. Se pasó todo el rato sonriendo; se la veía intensamente feliz. Recuerdo que se habían cogido de la mano cuando el sacerdote declaró a nuestros hijos marido y mujer; que apoyó la cabeza en el hombro de Tom, y que este ladeó la cabeza para ponerle la mejilla en la frente. Y veo a Hanne, con el vestido blanco de sus sueños.

—Pobre Ørjan —dice Maria—. Tiene que ser horrible perder a tus padres así, tan de pronto.

El vestido de novia de Hanne fue encargado a un prestigioso establecimiento de la ciudad. Llevaba el pelo adornado con flores blancas. Puso para el fotógrafo su mejor sonrisa. Se acercó a abrazar a sus suegros en el pórtico de la iglesia. Tal como lo dijo Gundersen: estamos hablando de una persona peligrosa de verdad.

—Y Ørjan era hijo único —añade Maria—. Heredó la granja entera, pero, si lo entendí bien, la vendieron enseguida.

Una vez más, como dijo Gundersen: muchos piensan que pueden arreglárselas por su cuenta. Muchos se equivocan.

Erling se equivocó al pensar que de ninguna manera podía Hanne ser una amenaza para mí. ¿He cometido yo el mismo error? Una dolencia que ataca el sistema nervioso. Los sonrientes y entrecanos Tom y Eva, muertos en su cama.

—¿Te encuentras bien, Evy? —me pregunta Maria Berger—. Estás un poco pálida.

El chalé adosado del barrio de Kjelsås, el que por fin pudo comprar. Erling sentado a la mesa de la cocina, poco antes de pedalear hacia su muerte. «Es un embrollo», dijo en aquel momento. La persona con la que iba a hablar esa tarde, aquel «asunto propio». «Cuando vuelva a casa, habrá quedado resuelto.»

Alzo la vista hacia la casa negra de la colina. Me imagino allí de pie, en el pasillo a la entrada de la cocina, donde madre estuvo un rato durante la comida de Pascua. Madre, la que no entiende nada ni se entera de que el tiempo pasa, la que no distingue lo que sucedió hace un instante de lo que ocurrió cuarenta años atrás. Madre, la que me confunde con su hermana.

Ahora veo lo que ella habría visto de haber sido Hanne la que pasó por la puerta de doble hoja, por el pasillo y hasta el despacho.

Habría visto una figura alta y delgada, porque tiene la constitución que yo tenía de joven. ¿Quién entró en el despacho? Evy.

Pero es que Hanne se parece a mí, a mí cuando yo tenía su edad. Es más: tiene el pelo exactamente del mismo color que yo.

La herencia
Helene Flood

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Enken*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Stephen Mulcahey / Trevillion Images

© Helene Flood, 2023
First published by H. Aschehoug & Co. (W. Nygaard) in Oslo, 2023
Published in agreement with Oslo Literary Agency and Casanovas & Lynch Literary Agency

© de la traducción, Inger-Lise Østrem y José Arconada Rodríguez, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2024

ISBN: 978-84-08-29886-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Citas y otras teorías (Edición española)

Nix, Susannah
9788408298953
384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una novela romántica STEM en la que la realidad supera a la ciencia ficción, perfecta para las fans de Ali Hazelwood. A Esther le molesta todo de Jonathan, su vecino: su gorro hípster, sus opiniones de cine y,

sobre todo, sus constantes excusas para hablar con ella. Pero pronto se da cuenta de que Jonathan es justo lo que necesita... para sanar el corazón roto de su mejor amiga. Como él necesita ayuda para escribir un guion y ella es la nerd perfecta para el trabajo, hacen un trato: él sale con su amiga, y ella lo ayuda con su proyecto. Mientras pasan más tiempo juntos, el odio se convierte en atracción y, de repente, Jonathan pone patas arriba la organizada vida de Esther.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Estirpe de sangre

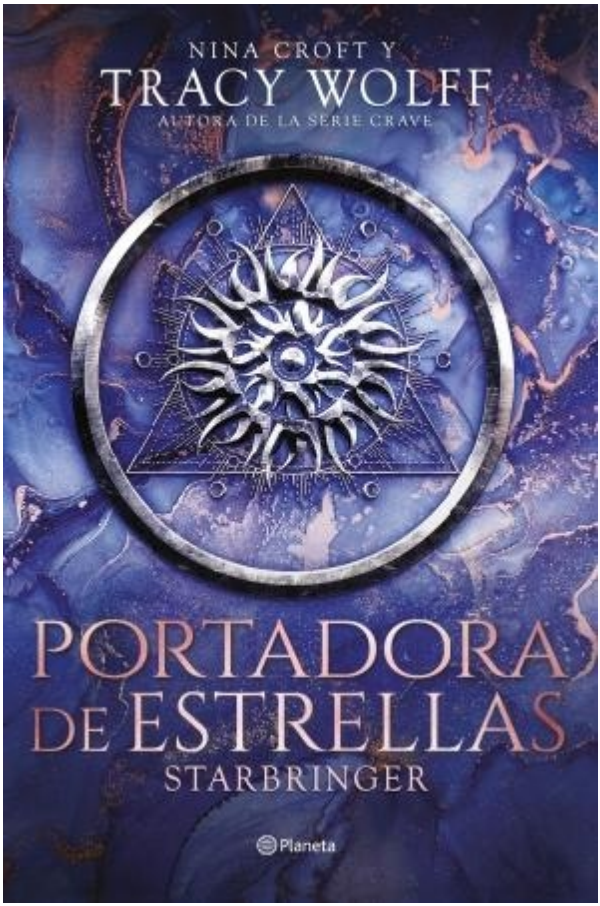
Aza, Sandra

9788408293453
776

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Es la hora de restaurar el honor familiar. Es la hora de culminar la venganza. Tras el auto de fe que le ha dejado huérfano, Alonso acude a la Inclusa para recuperar a su hermano Diego, pero allí enfrenta la peor de las noticias cuando le comunican que el niño murió al poco de ingresar. Roto de pena, se apoya en sus amigos, Juan y Antonio, quienes le ayudan a superar esta nueva pérdida introduciéndole en el duro pero fascinantemundo de la picaresca. Una noche rescatan de un atraco a don Gonzalo Soto de Armendía, marqués de Velarde, quien los recompensa incorporándolos al servicio de su casa. Este nuevo vuelco en la vida de Alonso le abrirá las puertas de otro Madrid muy distinto al que conoce, el de la aristocracia; le sumergirá en un sinfín de aventuras y desventuras; le pondrá en el camino a personas que marcarán su futuro y también su pasado, y, sobre todo, le brindará la oportunidad de consumar su venganza y al fin restaurar el honor de los Castro.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Portadora de estrellas (Star Bringer)

Wolff, Tracy

9788408300090

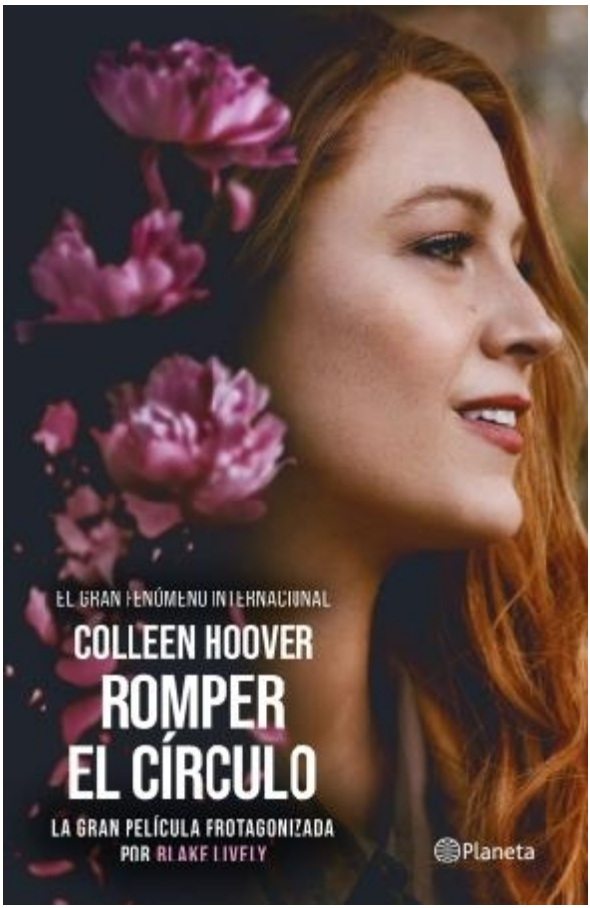
752

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ciencia ficción, fantasía y romance. El nuevo libro de Tracy Wolff te llevará a una nueva galaxia. SIETE DESCONOCIDOS. UNA NAVE ESPACIAL Y TODO EL UNIVERSO BUSCÁNDOLOS. El sol se está muriendo y con ello todos los planetas de la galaxia: la única posibilidad de sobrevivir es una estación espacial y el artefacto

alienígena que contiene. Los encargados de salvar la galaxia son siete protagonistas: una princesa, un mercenario, un artista, un prisionero, un estafador, una sacerdotisa y una persona con pocas luces, que está a cargo de la nave. Este último, en un arranque de locura, hace volar la estación espacial. Unidos por la desesperación, tienen que trabajar juntos para sobrevivir. Cada rincón de la galaxia está buscando la nave espacial y ellos tan solo están en un lugar parcial de la nave quemada. Solo hay una oportunidad para salvar el mundo. Todo depende de ellos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



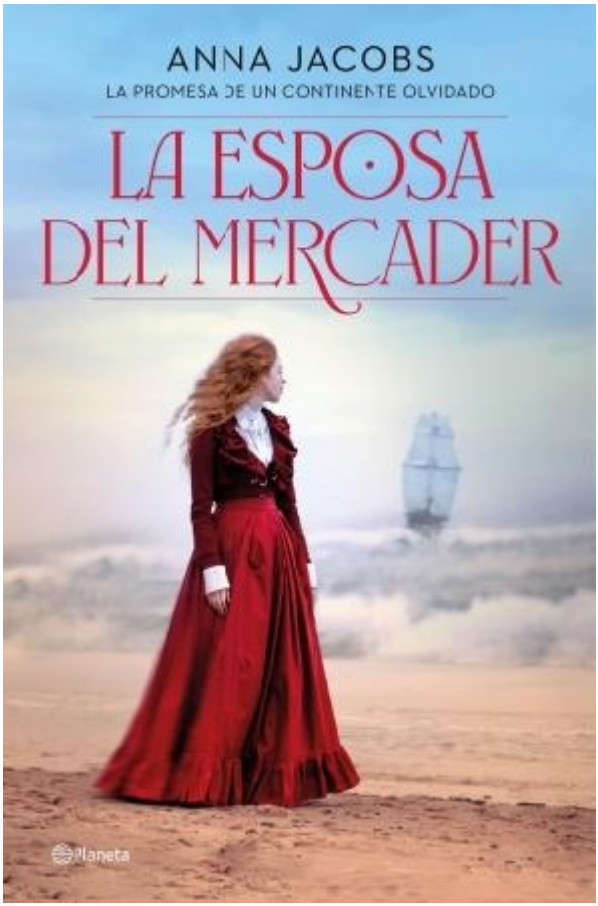
Romper el círculo (It Ends with Us)

Hoover, Colleen
9788408259015
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

A veces, quien más te quiere es quién más daño te hace. Lily no siempre lo ha tenido fácil. Por eso, su idílica relación con un magnífico neurocirujano llamado Ryle Kincaid, parece demasiado buena para ser verdad. Cuando Atlas, su primer amor, reaparece repentinamente y Ryle comienza a mostrar su verdadera cara, todo lo que Lily ha construido con él se ve amenazado. «Nadie escribe sobre sentimientos como Colleen Hoover.» Anna Todd

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La esposa del mercader

Jacobs, Anna

9788408300076

464

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una inolvidable saga familiar en la Australia colonial del siglo XIX. Más de 5.000.000 millones de lectores en todo el mundo. Una tierra lejana y peligrosa. Una mujer sin miedo a nada. Un destino por construir. La joven inglesa Isabella Saunders se ha quedado sola en el mundo: sin un hogar y sin recursos, su belleza y fascinante cabellera pelirroja en

la Singapur de 1860 se convierten en un gran escollo para conseguir un trabajo como institutriz. Todo su mundo se transformará cuando conoce a Bram Deagan, un apuesto y decidido irlandés llegado desde la lejana Australia para conocer de primera mano los nuevos productos de Oriente y hacer realidad su sueño de convertirse en un próspero comerciante. Isabella deberá decidir si las nuevas colonias, las lejanas y peligrosas tierras del continente más olvidado, pueden convertirse en su nuevo hogar. ¿Hallará el amor y la felicidad en el extremo opuesto del mundo? La esposa del mercader inicia una poderosa y cautivadora saga sobre el amor y el odio, la aventura , la confianza y la enemistad, y sobre dos personajes cuyo destino quedará siempre unido de forma indisoluble.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)